
Jack X. Faber
Mandrake
Parte 6

Mandrake - Parte 6



Señorita
En Blizzard
Andrómeda
cosacos
Chipre enloquecido
Pequeño Lin
Pequeño lodo

Puede contactar con el autor en: JackFaber@gmx.net
¡Y seguro que le encantaría saber de ti!

Señorita

von Jack Faber © 2023

Jou, cuyo nombre completo era Juliette, vivía con su madre en el pueblo de La Crique, en Bretaña. A los dieciséis años, por fin había conseguido un buen trabajo en el castillo del mismo nombre. No tenía padre, o quizás tenía cinco, porque su madre le había dicho que tenía que ser uno de los cinco obreros que renovaban la capilla de la Campana del Diablo. Su madre era joven entonces, no era fea y era muy lujuriosa. Dejaba que los cinco muchachos se acostaran con ella todas las noches; los jóvenes bretones trabajaron en la capilla durante dos semanas. Uno de ellos era su padre, un auténtico bretón como ella. De ambos, Juliette heredó su espeso cabello negro, sus rasgos afilados y sus brillantes ojos azul claro.

La Campana del Diablo recibió ese nombre porque, en el momento de su consagración, cayó sin pena ni gloria desde una altura de unos 6 metros y se hundió medio metro en diagonal en el suelo. Los descendientes no tenían dinero para desenterrarla, por lo que bloqueó la entrada durante más de 100 años. Se construyó una nueva puerta, y toda mujer sin hijos que, al entrar, metiera los dedos en la profunda grieta de la campana podía soñar con quedar embarazada.

Jou llegó al castillo con su bulto al hombro. Se presentó a la cocinera, la nueva ayudante de cocina. La cocinera era una mujer amable y alegre, de edad indeterminada, muy regordeta, y su raído y desgastado vestido de trabajo apenas cubría sus enormes y pesados pechos; el resto de su cuerpo, hasta el ombligo, quedaba más o menos al descubierto. La cocinera la abrazó con cariño y charlaron un rato de esto y aquello. Jou no sabía dónde dormir, ya que la casa de su madre estaba a una hora a pie. Pero quería pasar su día libre con ella. La cocinera apartó una olla del fuego y la acompañó hasta Monsieur Ede, el encargado de los establos. Monsieur Ede, arrugado como rocas costeras afiladas y probablemente de la época del rey Arturo, era un hombre trabajador y bueno. Amablemente le dijo que podía dormir junto a las balas de heno o allí abajo con él, pero, por desgracia, roncaba muy fuerte. “Y se tira pedos toda la noche”, añadió Madame

Paulette, la cocinera, dándole al anciano un codazo amistoso en el costado.

— Dormiré arriba, señor — dijo Jou, con la mente a mil por hora. El cocinero debía de haber dormido con él en algún momento. El señor Ede le mostró la escalera, e incluso encontró algunas mantas de caballo arriba. Hacía un calor sorprendente, pero claro, había docenas de animales en el establo de abajo. Se puso el viejo vestido de trabajo de su madre y fue a la cocina con Paulette. El trabajo no era duro, pero se prolongó hasta bien entrada la noche. Cansada, fue al establo, pasó sigilosamente junto a Ede, que dormía profundamente, y se acostó arriba. Apenas pudo cabecear, porque se despertaba al menor ruido que hacían los animales.

Se despertó. Suaves susurros y murmullos. Se giró y miró hacia abajo. Un chico y una chica estaban acurrucados en el resquicio de luz que se filtraba desde afuera. Jou los observó un rato mientras se abrazaban y se besaban; no era algo que se viera muy a menudo en el pueblo. La chica metió la mano en los pantalones del joven y sacó su pene erecto. Jou contuvo la respiración; nunca había visto un pene tan de cerca. La chica frotó su pene durante diez minutos, luego lo acercó al corral de cerdos y lo dejó eyacular dentro. Lo envolvió, se besaron durante un buen rato y luego se separaron. Jou estaba completamente extasiada; nunca había visto ese tipo de frotamiento y eyaculación. Se dio la vuelta para volver a dormirse, pero entonces llegó otra pareja. De nuevo, Jou observó desde arriba. Después de abrazarse, la chica sacó su pene de nuevo, lo frotó mucho más rápido que la otra chica y lo dejó eyacular en el suelo. El corazón de Jou latía con fuerza en su garganta.

Cada noche, venían dos o tres parejas, las chicas se frotaban el pene y Paulette, la cocinera, les preguntaba con una sonrisa si aún había parejas colándose en los establos. Jou asintió, con la cara roja como un tomate, pero Paulette sonrió amablemente. Finalmente, le explicó a Jou que todos los hombres tenían que eyacular cada noche; así lo dictaba la naturaleza. La mayoría se masturbaban, pero si un hombre tenía novia, ella lo hacía por él; eso se consideraba un favor. Jou no tenía ni idea de nada de esto y le dio las gracias a Madame Paulette. No siempre tenía que decir Madame, Paulette tenía razón.

Una tarde, una pareja subió la escalera. La chica se dio cuenta de que Jou estaba tumbada entre las mantas; presumiblemente, ese era su nido de amor. Se llevó el dedo índice a los labios y negó con la cabeza. Sonrió amablemente, cogió una de las muchas mantas y la extendió sobre el fardo de paja. Jou se subió la manta hasta el cuello mientras la chica se quitaba el vestido y se tumbaba desnuda sobre la manta. El joven se había quitado el jubón y la camisa; ahora la chica le bajaba los pantalones. Él se tumbó entre los muslos de la chica. Ella guió su pene hacia su hendidura, y entonces follaron durante diez minutos. El corazón de Jou volvió a latir con fuerza en su pecho; ¡nunca había visto nada igual! Sí, los perros y los cerdos se montaban y follaban; a veces se veía. ¡Pero ahora lo veía, a un brazo de distancia! Podía ver claramente la abertura de la chica y el pene penetrando en ella. De repente aceleró y luego ralentizó. «Probablemente esté eyaculando dentro ahora mismo», pensó Jou, «ella ya lo sabía». La chica susurró decepcionada: «¡No lo conseguí otra vez!», y él se encogió de hombros: «¡Ya no puedo más!». De repente, Jou pensó en su madre; había tenido cinco hijos seguidos, ¿quizás lo había conseguido entonces? Pero de qué tipo, Jou no lo sabía.

Pasaron los días, Jou vio a muchas chicas frotándose y siendo eyaculadas; casi todas las noches venía una pareja a tener sexo. Jou pronto conoció a las chicas, pero solían traer a otros hombres con ellas. Todas follaban de la misma manera; la mayoría de los chicos eyaculaban profundamente dentro, y la mayoría de las chicas se frotaban la vulva con placer mientras eran folladas. A veces una chica sacaba su pene, susurraba “¡Hoy no!” y se lo frotaba con la mano para que eyaculara sobre su vulva o su estómago. Jou las observaba con interés porque algún día ella también tendría un marido. Pero solo se acostaría con alguien que quisiera casarse con ella. Había tenido que jurárselo a su madre, y se tomaba cada juramento muy en serio. Ahora podía entender mejor que antes lo que su madre quería decir cuando decía que iba a acostarse con fulano para ser follada como es debido. Su madre no lo ocultaba; ya tenía un hijo y casi ninguna posibilidad de encontrar a alguien con quien casarse. Pero Jou tenía que permanecer soltera; eso era importante para casarse. Su madre decía que si no tenías otra opción, podías acostarte con quien quisieras. Y claro, incluso estando casado, necesitas variedad; ¡no puedes comer zanahorias todos los días!

El viejo señor Ede tenía un nuevo ayudante llamado Jean, un mozo de cuadra muy entusiasta. Cuando él y Jou se vieron por primera vez, ambos se quedaron paralizados. Ella solo vio su apuesto rostro bretón; nada más importaba. Nunca antes se había enamorado, y, pensándolo bien, Jean tampoco. Él ya tenía 25 años, siete más que Jou, pero esta vez la vio, y todo lo anterior había sido una simple nimiedad. ¡Dios mío, Jean, el favorito de todas las mujeres, había sido alcanzado por un rayo, no, por la flecha de Cupido! Estaba enamorado como nunca antes.

Se estrecharon la mano y murmuraron sus nombres, pero Monsieur Ede lo animó. «Puedes charlar o besarte después del trabajo», bromeó el anciano, que lo entendió perfectamente. Y así fue como Jou y Jean pasaron juntos cada minuto libre. Ella le enseñó dónde dormía y él la besó por primera vez. Ella escupió; ¡él le había metido la lengua en la boca! Jean suspiró de deseo y se dio cuenta de que ella no tenía ni idea. Ahora lo hizo mucho más despacio, y pronto ella pudo besarla como es debido.

Apoyó la cabeza en su hombro y le contó todo: las chicas que hacían correrse a los chicos y las parejas que hacían el amor a un brazo de distancia. Jean le preguntó si ella también hacía el amor, pero ella negó con la cabeza horrorizada y le habló del juramento que le había hecho a su madre. Había tenido que jurar en la Lengua Antigua; era un juramento de vida o muerte. Él asintió; estaba de acuerdo, siendo bretón después de todo. Jou siguió hablando, diciendo que si él quería, ella podía hacerle una paja. Él estaba sorprendido, pero Jou siguió parloteando. Lo había visto cien veces desde allí arriba, y Paulette había dicho que una novia podía hacerlo. Estaba intentando desesperadamente que Jean la viera como su novia, como su chica. Él también estaba desesperado; llevaba un día sin sexo, solo para descubrir que esta chica no estaba disponible.

Finalmente asintió. “Ahora eres mi novia, ¡y necesito desesperadamente que me lo hagas!” Estaban sentados sobre su plataforma para dormir, con las piernas colgando en el aire. Jou estaba increíblemente excitada y le bajó la cremallera. Temblando de miedo y excitación, encontró su pene y lo sacó. Era casi tan grande como su antebrazo. Respiró, asombrada, “¡Nunca había visto uno tan grande!” Jean asin-

tió con aire de suficiencia. “El mío es el más grande de todos, ¡por eso soy el favorito de todas las mujeres! ¡No hay una sola mujer mayor de 19 años en un día de viaje a la que no me haya follado!” dijo con orgullo, y Jou sostuvo su pene con reverencia. “¡No presumas así, bribón!” lo regañó amablemente, “¿y qué haces con las menores de 19?” Él se rió. “Las más jóvenes rara vez saben lo que realmente quieren. Son muy arrogantes y quieren hacerme perder el tiempo. Eso no tiene gracia. Llevo follando desde los 15 años, así que diez años, y siempre ha habido muchas mujeres más maduras.” Jou seguía sopesando la gran cosa que tenía en la mano y dijo: “¡Bah! ¡Todos alrededor! ¡Ja! ¡No me hagas reír, bueno, mi madre desde luego no lo haría!” Preguntó el nombre completo de la madre y pensó unos instantes. “Conocí a una, en La Crique, que tenía unos manojos de hierbas encima de la cama de matrimonio, y varios rosarios colgados allí, tres en total. ¡Tenía que acercarme sigilosamente a ella en la oscuridad para no despertar a su hijita!” Jou se tapó la boca con la mano libre. “¡Dios mío, esa es mi madre!” Intentó tranquilizarla. “¡Era una excelente folladora, mejor que muchas otras! Iba a su casa bastante a menudo y me sentía muy a gusto con ella.”

Jou se quedó mirando el pene. Un extraño escalofrío le recorrió la espalda. Ese pene había follado a su madre en algún momento, al parecer varias veces, quizás incluso a menudo; ¡Pernille seguro que se enteraría de todos los detalles, maldita sea! Y si decía la verdad, su madre era buena en la cama. Por las descripciones de Jean, había deducido que él se esmeraba mucho en asegurarse de que la mujer también disfrutara del sexo. Jou aún no sabía cómo funcionaba eso en la práctica, claro, pero amaba a su Jean aún más.

Ella retiró suavemente su prepucio y examinó el glande y la abertura. Miró a Jean con curiosidad, y él asintió. Ella agarró su pene y lo frotó. Fue excitante y maravilloso. Cuando él eyaculó, ella dejó que el semen saliera disparado en un arco alto hacia el suelo. Él guardó su pene, satisfecho. “Eso fue realmente genial. ¿De verdad quieres ser mi chica y hacerme correr siempre?” Ella lo besó y dejó que su lengua rozara la suya. “Sí, me encantaría, ¡quiero ser tu chica!” Él movió la cabeza de un lado a otro. “Acepto que no quieras tener sexo todavía, pero tengo que tener sexo con otra persona, no hay duda.” Ella parecía muy preocupada, y él intentó tranquilizarla. Era solo algo fí-

sico, dijo, su corazón estaba con ella. Era algo que siempre la preocupaba, sin importar cómo lo dijera.

Jou estaba estresada. El viejo conde había invitado a sus cuatro mejores amigos y sus esposas a celebrar el cambio de siglo XX. Jean había calculado que debía haber nacido alrededor de 1882 o 1883, ya que no lo sabía. Ella y Paulette estaban preparando un festín para diez, y Monsieur Ede y Jean también iban a comer. Paulette guiñó un ojo mientras le entregaba a Jou el plato de Jean y añadía más verduras. “¿Tu nuevo chico?” preguntó con una sonrisa, y Jou se sonrojó. “Sí, ahora soy su chica, ¡puedo hacer que se corra todos los días!” La sonrisa de Paulette se amplió. “¡Ese chico tiene la más grande de todas!” dijo con complicidad. “¿Ya te lo has tirado?” preguntó Jou, un poco decepcionada, pero Paulette la apartó sin responder.

Ella hacía que Jean eyaculara todos los días. Él le preguntó si le permitiría eyacular en su boca, pero ella negó con la cabeza con asco. Le gustaba lamerlo y chuparlo, ¿pero eyacular dentro de él? ¡No, qué asco! Se contaron todo sobre su vida anterior. Había recibido una instrucción estricta de su madre: leer, escribir y un poco de aritmética, pero solo lo necesario para la vida cotidiana. Aprendió francés correcto de su madre y también un poco de francés antiguo, porque el dialecto local era una mezcla de ambos idiomas. Había leído tres libros sobre la leyenda del rey Arturo, porque el noble rey era el favorito de su madre.

Jean y el pirata

Jean la interrumpió; su abuelo le había leído la leyenda del rey Arturo varias veces cuando tenía seis o siete años.

El abuelo le había explicado con todo detalle lo que se escondía entre líneas. Arturo se acostó con su propia hermana hasta que ella tuvo un hijo con él. Ginebra engañó a su marido y rey y se acostó con Lanzarote, quien, por supuesto, también la engañó y se acostó con Elaine. Merlín se acostó con Nimue hasta que la falsa serpiente lo aprisionó en un bosque encantado. Así fue como aprendió de su ab-

uelo la importancia del sexo y la devastación que podía causar. El abuelo tenía motivos de sobra para quejarse; su abuela le había dado tres hijos y, en su temido séptimo año, se había fugado con un italiano de 19 años. Eso le molestaba mucho, y desde entonces se acostó con todas las mujeres de la casa, sobre todo con su única hija, pero también con el ama de llaves, la cocinera y todas las sirvientas, hasta que su pene quedó completamente atrofiado.

El abuelo era una especie de pirata. Jean no recordaba la gran casa con sus docenas de sirvientas, ni a la guapa abuela. Algunos afirmaban maliciosamente que el abuelo Jerome se había visto obligado a vender la gran casa para evitar ser procesado por múltiples asesinatos. Jean solo recordaba su último hogar, una sola habitación para los tres.

El niño no podía conciliar el sueño porque su abuelo y su madre tenían relaciones sexuales como locos. Jean recordaba el gran pene de su abuelo, que penetraba incansablemente en la uretra de su madre. Jean empezó a eyacular a los nueve años, y su abuelo presionó a su madre para que finalmente le enseñara al niño a tener sexo. Su madre se negó rotundamente durante varios días. Entonces le dijo a su abuelo: “Está bien, pero lo haré a mi manera, a la manera de los Antiguos Wiccanos”. Sorprendentemente, su abuelo cedió de inmediato y luego le explicó al niño que los Wiccanos eran las buenas brujas de los Antiguos, y que su madre, al igual que él, pertenecía a los Antiguos y era una poderosa Wiccana. Esto tranquilizó mucho al niño. Su madre le explicó que tenía que realizar un gran e importante hechizo; no dolería, todo lo contrario. Trituró varias hierbas en un cuenco hasta formar una pasta, que luego frotó en su pene. Ardía terriblemente, murmuró sus hechizos, y su pene creció y creció. Tuvo que pararse frente a ella, ella lamió, chupó y acarició su pene en su boca, y luego pronunció un largo conjuro en la Lengua Antigua. Luego, él debía esforzarse mucho y eyacular en su boca. Durante los primeros días, no pudo lograrlo en absoluto; ella tuvo que frotarlo de principio a fin hasta que finalmente eyaculó en su boca. Ella besó a su pequeño y lo mandó a la cama. Estaba tan cansado y somnoliento por el conjuro que se durmió al instante. Después de una semana del procedimiento, logró eyacular en su boca por primera vez, y se durmió inmediatamente. Ella dijo que ya se podía ver que su pene había

crecido debido a los conjuros. El abuelo palpó el pene del pequeño y asintió satisfecho. El niño ahora logró eyacular dentro de ella dos veces seguidas, y ella estaba muy contenta con lo bien que funcionó. Ya no lo frotaba hasta que eyaculaba; solo lo excitaba con su lengua hasta que se corría. Cuando, la semana siguiente, él pudo eyacular dos veces dentro de ella cada vez sin que ella lo frotara con la mano, y ella solo dejó que su lengua danzara hasta que él eyaculara, la magia fue completa. Entonces, a partir del día siguiente, ella le enseñó al niño cómo follar con mucho cuidado, y desde entonces, se le permitió follarla correctamente todos los días. Antes de follar, la mujer tenía que lamer el pene a fondo con abundante saliva, explicó, para que no infectara la vagina. Él entendió y asintió; la forma en que ella lamía su pene era tan buena que a menudo eyaculaba en su boca. Pero ella sopesó su pene en su mano, examinándolo; este ya no era el pene de un niño, por Dios, era el de un hombre joven. Ella lo dejó follarla todas las noches, incluso dos veces si quería. Y él debía aprender a contener su eyaculación y follar a la mujer o niña con mucha fuerza hasta que ella tuviera un orgasmo, y solo entonces eyacular. Él asintió, diciendo que haría lo mismo o practicaría hasta lograrlo. El abuelo observaba con una sonrisa y le daba una palmadita en el hombro a Jean: “Ya llegarás, muchacho, ¡estás creciendo mucho!”. Luego tuvo relaciones sexuales con mamá con fuerza, como correspondía, y Jean aprendió mucho de ello.

Mi abuelo cultivó su imagen de pirata; era un bretón recio, de nariz afilada y aguileña, y un aro de oro en el lóbulo de la oreja. Cuando iba al pub los viernes por la noche a beber con sus amigos, sus camaradas de armas, se ponía el antiguo sombrero tricornio que le había comprado a un vendedor ambulante y se cubría un ojo con un parche negro. A veces el izquierdo, a veces el derecho, disfrutaba confundiendo a la gente del pueblo. Apoyándose en su bastón, cojeaba por las estrechas calles, fingiendo tener una pierna rígida. Las mujeres se persignaban y metían a sus hijos en casa cada vez que el siniestro hombre del saco aparecía por el callejón.

Llegaba a casa tarde por la noche, algo ebrio, y lanzaba su bastón con precisión al soporte, ya fuera de frente o con un movimiento circular. Nunca fallaba. El palillo de dientes — así lo llamaba — era la única arma eficaz que un pirata necesitaba para derrotar a un opo-

nente. Se rumoreaba que había enviado a una docena de capitanes, contramaestres y tahúres al fondo del océano con Davy Jones, usando el palillo de dientes o sus propias manos.

Jean estaba absolutamente seguro de que su abuelo era su padre biológico, porque solo él y su abuelo habían tenido relaciones sexuales con su madre; ningún otro hombre, según juró ella antes de morir. Tenía 14 años cuando, tras haber tenido relaciones sexuales con ambos, su madre se despidió de Jean con mucha seriedad, diciéndole que esa noche iría al cielo. A la mañana siguiente, ella estaba muerta. El médico forense del condado no encontró la causa de la muerte y escribió "insuficiencia cardíaca" en el certificado de defunción, porque no quería parecer incompetente ante sus colegas.

El abuelo Jerome estaba amargado y destrozado, y no volvió a dirigirle la palabra a nadie, salvo a Jean, con quien intercambiaba monosílabos. Murió cuatro meses después que mamá, tras abrazar a Jean con cariño y decirle: «¡Esta noche Davy Jones me llevará a su tumba acuática!». A la mañana siguiente, estaba muerto. El médico del distrito negó con la cabeza con desesperación; ¡el viejo pirata se había ahogado en su cama, a diez kilómetros del Canal de la Mancha! ¿Cómo podía un cristiano decente ahogarse en su propia cama? Se persignó horrorizado y escribió «cirrosis hepática, alcoholismo» en el certificado de defunción, para no quedar en ridículo ante sus colegas.

Jean era ahora un huérfano total, habiendo perdido a su padre y a su madre en muy poco tiempo, y lloró durante un día y una noche. Vendió su habitación y partió con un puñado de monedas en el bolsillo. Pronto se convirtió en un mozo de cuadra muy querido y salía por las noches con los mozos para dormir con las criadas o la señora. Cuando la señora se enteró por las criadas del talento que poseía el pequeño Jean, lo llamó y no lo dejó ir hasta el día de su muerte. Algunas señoras tuvieron la decencia de desterrar al marido a otra habitación. Pero a la mayoría no les importaba en absoluto que el marido estuviera sentado, acostado o roncando cerca. Dejaban que el talentoso mozo de cuadra durmiera con ellas, de orgasmo en orgasmo, hasta que ambas estaban exhaustas. Le daban muchas monedas de oro, y eso sellaba su silencio. Prefería dormir en sábanas finas que en

fardos de paja en el establo. Se acostó con todas las mujeres de la región; pronto conoció a todas las chicas entre los 13 y los 60 años. Jou lo interrumpió. — ¿No se suponía que ninguna menor de 20 años? — Jean se rascó la cabeza — . La chica de 13 años ya era tan madura como una de 18 y tan traviesa como una yegua. No ocurría a menudo. — Jou intuyó que no estaba contando toda la verdad, pero guardó silencio.

Ambos rieron a carcajadas porque las observaciones del abuelo sobre la promiscuidad del legendario rey eran bastante acertadas. Jou suspiró; ella también sabía ahora lo que era el sufrimiento, pues Jean le rompía el corazón a diario acostándose con otras chicas. Y había interrogado a su madre, quien entonces lo había confesado todo. Su madre aún no era muy mayor y seguía teniendo muchos amantes, al menos por una noche. Jou se sintió adulta por primera vez, porque su madre le hablaba abierta y honestamente, ya no como a una niña pequeña. Su madre le contó que se había acostado con todos los hombres que recordaba, y que los demás no valían la pena mencionarlos. Jou le dijo que no debía acostarse más con su madre; ¡se lo tomaría muy mal!

Jean llevaba meses en París, escribiendo una carta cada semana. Estaba muy contento con su puesto; recibía un sueldo mucho más alto y un día le escribió que debía ir, ¡tenía trabajo! Jou se despidió de su madre y de la familia en el castillo y viajó a París en diligencia. Jean la recibió en la estación de diligencias en su carruaje de conde. Tuvo el primer día libre; su turno no comenzaba hasta el día siguiente. Ya no tenía que dormir en el establo con el ganado, sino en una cama doble grande y señorial con una compañera, Fleur.

A su llegada, fue nombrada ama de llaves. Era absolutamente necesario que se dirigieran a ella como Madame; ¡después de todo, se trataba de un establecimiento respetable e importante! A Jou le informaban de todo lo que Madame consideraba importante. Jou se asombró de lo mucho que le pagaban por una semana de seis días; el sueldo era realmente impresionante. Madame, un árbol viejo y marchito, recalcó al final que el personal masculino y femenino no tenía permitido tener relaciones íntimas entre sí. Jou tuvo que preguntar

porque desconocía la terminología. Madame la miró con desaprobación. «Nada de acostarse con los hombres, ¿entendido?». Jou asintió; no, todavía no se acostaba con nadie, era virgen. Una leve sonrisa apareció en la comisura de los labios de Madame.

Pasemos al siguiente punto. A cada empleado se le asignó un compartimento en la gran caja fuerte de acero donde podían guardar objetos de valor, propinas, etc. Ella tenía la única llave, y cualquiera podía venir aquí todos los días a las 9 en punto para depositar algo. Desafortunadamente, dijo Madame con una expresión de Viernes Santo, desafortunadamente, había habido algunos incidentes embarazosos en el pasado, por lo que el Conde había decidido hacer esto. Deberías ir a ver a Madame Pelletier al sótano; ella te dará el uniforme. Madame asintió; todo estaba dicho, y podías ir.

La primera noche fue emocionante. Fleur, su compañera de habitación, era una mujer muy amable y directa, de 42 años, originaria de Picardía. Se tomó el tiempo de explicarle todo a Jou. Pero claro, podía tener una aventura, ¡ni hablar!, eso era solo un pasatiempo de la vieja ama de llaves, con quien ya nadie quería acostarse y a quien solían llamar Mayordomo; eso era una ventaja. Había una caja de intercambio de mensajes en la cocina, una vieja caja de pan. Los sirvientes dejaban notas para sus amantes o para cualquier otra persona con quien quisieran acostarse. Era así de simple. Fleur la ayudó a guardar sus pocas pertenencias y los uniformes en el armario. Luego se fueron a la cama, y Jou suspiró aliviada al ver con qué naturalidad Fleur se desnudó y se metió en la cama desnuda. Jou no había traído camisón; por supuesto, había dormido desnuda en los establos, y solo tenía un camisón en casa, que había olvidado allí.

Jou no podía conciliar el sueño. Fleur se movía violentamente de un lado a otro, como si estuviera frotando el pene de un chico para que eyaculara, luego un grito ahogado, y luego un silencio sepulcral. Jou preguntó en la oscuridad: «Fleur, ¿estás bien? ¿O pasa algo? ¿Estás enferma?». Escuchó y oyó a Fleur reír suavemente y reírse entre dientes. «Todo está bien, Juliette, solo me estaba dando placer». Después de una pausa, «¡Solo me estaba frotando el clítoris!». Jou dijo que no entendía qué era el clítoris. Silencio.

Fleur encendió la lámpara de la mesita de noche y la miró asombrada. “¡El clítoris! ¡Tu punto de placer!” La mujer de 42 años miró a la joven de 19 con confusión. “¡Todas las mujeres tienen clítoris!” Jou también se incorporó. “¡Yo no, no tengo!” Fleur tiró la manta al suelo y separó las piernas. Separó los labios vaginales con los dedos y señaló su clítoris con el índice. Jou también separó las piernas. Bajó la mirada y dijo: “¡Mira, no tengo!”

Fleur estaba desesperada. ¿Estaba fingiendo ser tonta, o realmente no sabía nada? Se inclinó hacia adelante y tocó el clítoris de Jou con un dedo. “Ahí está, pequeño y bien escondido, ¡pero ahí está, tu clítoris!” Jou sintió una sensación desconocida. ¿Era esto un clítoris? Fleur sonrió. “¿Nunca te masturbas?” preguntó incrédula cuando Jou asintió y negó con la cabeza. “¿Y qué haces con el clítoris?” Fleur luchó por encontrar las palabras. “Te lo frotas cuando estás excitada pero no tienes sexo. O si no tuviste un orgasmo durante el sexo.” La imagen de la chica pasó por su mente: la chica que no había tenido sexo, y el chico simplemente se había encogido de hombros impacientemente. La chica se había frotado brevemente entre las piernas, luego se habían ido. “¿Y cómo haces eso?” preguntó Jou. Fleur se arrastró hacia ella, la acostó boca arriba y le separó las piernas. — Te voy a enseñar — dijo, frotando el clítoris de Jou hasta que llegó al orgasmo — . Ese es el orgasmo que libera la tensión sexual, cuando el deseo te impulsa con fuerza. ¿Entendido? Jou asintió; lo que acababa de aprender era muy importante. — Lo hago todas las noches; a mi edad, cada vez es más difícil encontrar hombres con quienes acostarme. Fleur volvió a su lado de la cama, apagó la luz y se durmieron.

El trabajo fue más fácil que en el castillo. El conde Armand de Montbradouille era un hombre jovial y hablador, con una prominente barriga, y fue uno de los primeros en París en tener teléfono. Estaba increíblemente orgulloso de él y hablaba por teléfono todo el día. Jou comprendería algún día que no era un conde de verdad, ni su imperio empresarial estaba formado por más de una persona: él mismo. Pero tenía mucho éxito con el dinero ajeno, les daba excelentes consejos y ganaba mucho dinero para sus clientes. También los estafaba discretamente y se hizo muy rico en el proceso. Solo dos veces en su vida como genio financiero y ladrón un cliente descubrió la falta y se quejó por el dinero desaparecido. En ambas ocasiones, se

las arregló hábilmente para salir del apuro sin poner en peligro su reputación. Necesitaba solucionar un problema temporal de liquidez y tenía previsto transferir el dinero el mes siguiente, pero pasaría ese mismo día con él. El conde Armand partió inmediatamente y resolvió el asunto. Solía cabalgar durante 20 minutos cada día alrededor del Jardín de Luxemburgo, desde que se prohibió la entrada a los jinetes. Aunque tenía un carruaje, cabalgaba. Vestido impecablemente como un caballero a la última moda londinense, el acaudalado conde salía a cabalgar. Poseía tres sementales de monta, hermosos y briosos Trakehners, y montaba uno diferente cada día, a menudo acompañado por Jean, uniformado. También tenía una yegua de carreras en un establo; la yegua ganó muchos premios, y el conde amasó una fortuna en premios y apuestas. Jean era su jefe de cuadra y había insistido desde el principio en que se adquiriera una yegua vieja y perezosa para los sementales. La vieja yegua de la cervecería solo corcoveó los primeros días cuando Jean dejó que un semental la montara, pero ahora se dejaba cubrir pacífica y dócilmente por un semental, uno diferente cada día. Jean dejaba el trabajo sucio a los dos mozos de cuadra de 13 años y salía a cabalgar dos veces al día con los sementales que el conde no montaba ese día. Jean vestía un uniforme de húsares muy imponente con el escudo de armas bordado; impresionó a los parisinos, y por supuesto también a las mujeres parisinas. Allí, no era solo el encargado de los establos, sino el principal caballerizo del conde.

La esposa del conde Armand se había fugado con el profesor de guitarra español de 17 años; solo su hijo con acné, Gilles, de 16 años, vivía allí en el palacio de la ciudad. Se las ingenió para aprobar los exámenes y, por lo demás, solo se le encontraba en la cocina. Pero no para comer, oh no, sino para follar con la gorda cocinera holandesa tan a menudo como podía. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo lo despreciaba. Podía haber tenido a cualquier mujer que quisiera, pero solo quería a la gorda Gertrudis, con su enorme culo. Ella le permitía follarla en la despensa cuando quisiera, tan a menudo como le placiera, de pie o inclinado sobre un saco. Para Gertrudis, no era nada especial, porque tenía un hijo ilegítimo de la misma edad que la follaba a ella y a Gilles alternativamente media docena de veces al día. Eso era normal para Gertrudis, nada especial, suspiró con resignación. Supuestamente, Gilles tenía que pagar medio franco de oro

cada vez, lo que equivalía a unos 25 francos, pero quizás solo era un rumor.

Jean podía colarse en la habitación de Jou todas las noches. Se acostaba en medio, entre Jou y Fleur. Fleur se quedó sin palabras la primera vez que vio su pene. Pero se contuvo; Jean pertenecía a Juliette, de eso no cabía duda. Fleur permaneció en silencio, pero sus ojos lo observaban todo con atención. Jou excitó intensamente a Jean con caricias y besos franceses, luego, con una técnica perfecta, le frotó el pene, como lo había hecho durante más de un año, y lo hizo eyacular en un arco alto. Fue solo una mañana cuando Fleur le dijo a Jou: "Si alguna vez ya no lo quieres, con gusto lo tomaré, ¡incluso con un beso en la mano!". Jou asintió; estaba agradecida con Fleur por dejarla hacer lo que quisiera con Jean. Cuando Jean se iba por la noche, ella se masturbaba, igual que Fleur antes de dormirse.

El conde Armand la saludó con un cálido apretón de manos cuando ella le sirvió el té temprano esa mañana. La miró de arriba abajo y de repente le agarró los pechos. El maldito uniforme estaba tan mal cortado que el roce los dejó al descubierto. «No, no, no», dijo el conde, mirándole los pechos con tal intensidad que Jou se sintió ultrajada. Ignoró su orden y se cubrió los pechos de nuevo. Él la miró fijamente durante minutos, y ella sintió que su mirada la desnudaba. Dio un paso atrás, alejándose de él, fuera de su alcance. Él carraspeó.

"Todas las chicas que me sirven son guapas y encantadoras. ¡Pero tú eres la más bella de todas, debo admitirlo! Bueno, las chicas saben que estoy disponible para la belleza y el erotismo, y si me lo permiten, las recompenso con francos, muchos francos, de hecho. Ahora bien, ¿y tú? ¿Te interesaría ser mi dama de los miércoles?"

Jou se quedó completamente desconcertada; ¡qué descarado! Al fin y al cabo, había dicho exactamente lo que quería. Pensó en cómo responder. Él se le adelantó.

— Estoy siendo directa, y por supuesto que tienes que pensarlo. Por favor, dime el próximo lunes qué has decidido. Jou podía irse. Tenía cinco días para mandarlo a paseo y marcharse. Bajó las escaleras de mármol y fue directamente a su habitación; quería tirarse en

la cama y llorar. Fleur la había visto bajar y corrió tras ella hasta la habitación.

Fleur abrazó a Jou y la dejó llorar. Cuando Jou dejó de llorar, tuvo que contarle todo a Fleur. Jou se asombró de la serenidad con la que Fleur afrontó la magnitud de la situación. Fleur le acarició el rostro bañado en lágrimas con las manos y le dijo: «Ahora escúchame con atención, querida». Esperó hasta que Jou estuvo lista para escuchar. “Ahora tengo 42 años y llevo aquí casi 20. Fui muy pobre toda mi juventud, pasé hambre y frío, no fue nada divertido. Cuando me agachaba al borde de la carretera para orinar en invierno, me ponía los dedos sobre ellos para calentarlos un poco. ¡Cuántas veces me fui con un completo desconocido solo para tener una habitación caliente, una comida caliente, una cama caliente y un pene caliente! Entonces la señora, el mayordomo, se fijó en mi belleza. Ella me trajo aquí, no trabajé tan duro como antes, tenía una cama caliente y suficiente para comer. Me convertí en la esposa de los sábados de Armand y todavía lo soy. ¡Recibo medio mes de sueldo extra cada sábado, eso son tres meses de sueldo al mes! En aquel entonces, elegí en contra del hambre y la moral. Pero he ahorrado tanto que puedo valerme por mí misma en cualquier momento. Un día se cansará de mí y se buscará otra esposa de los sábados, no me importa. ¡Nunca más volveré a pasar hambre!”

Fleur acarició el cabello de Jou como si fuera su hija. «Debes pensarlo bien y decidir en cinco días. Si no me equivoco, solo tienes dos opciones. Primero, puedes desafiarlo, y no apostaría a que la señora querrá mantenerte en el puesto o echarte a la calle. O segundo, puedes seguir mi camino. En ese caso, solo tendrás que considerar tres cosas».

Jou no había llorado en mucho tiempo. Se incorporó y preguntó: “¿Cuáles tres cosas?”. Fleur la miró seriamente. “Primero, tienes que decidir si el Conde o Jean te tendrá primero, a quién quieres entregarle tu virginidad. Segundo, necesitas un calendario sideral, y tercero, tienes que calcular cuánto tiene que pagar Armand por cada encuentro”.

Jou hundió el rostro en el cuello de Fleur. Ya había tomado una decisión, pero necesitaba consejo. “¿Cómo le digo a Jean? ¿Que por supuesto quiero entregarle mi virginidad, aunque juré entregarme solo al hombre que se casara conmigo? ¿Debería preguntarle si se casará conmigo algún día, aunque el Conde me deshonre semana tras semana? El dinero no me importaría, pero te escuché con atención. Si algún día tengo una familia, necesitaré cada centavo que pueda ganar ahora. ¡Así que no se lo pondré fácil al Conde!”

Jou rompió el largo silencio y preguntó qué era el calendario siberiano. Fleur soltó una carcajada. “Se llama calendario sideral, calendario lunar. Se puede usar para evitar el embarazo. Consideré seriamente dejar que Armand me embarazara y obligarlo a casarse conmigo. Pero aprendí de la biografía de Madame Majordomo que nunca funcionaría. Ella le dio un hijo ilegítimo, pero él no quiso casarse con ella. Después se casó con la altiva y pobre condesa, que era de ‘alto rango’. Majordomo tuvo que entregar a su hijo a un orfanato, donde el pobre murió antes de cumplir un año. Mañana usaremos el calendario lunar y te lo explicaré todo. ¡Vamos, a cenar! Y luego Jean vendrá a verte. ¡Tengo muchísima curiosidad por ver qué clase de niño es tu hijo con el pene gigantesco!”

Jean se tumbó entre las dos mujeres, y definitivamente algo estaba pasando. Jou aún no le estaba frotando el pene; lo acariciaba pensativamente.

— Jean, ¿eres el hombre que se casará conmigo algún día? — preguntó Jou. Él asintió sin dudarlo. — ¡Sí, lo haré! ¡Lo he deseado desde el primer momento! — Jou acarició su pene muy despacio y con suavidad — . Jean, ¿te casarás conmigo y me follarás para que no pierda mi trabajo? — Jean se alarmó — . Follar, sí; casarme, sí; pero perder mi trabajo, ¡no! ¿Por qué perder mi trabajo? ¿Qué significa todo esto? — Jou dejó de acariciar su pene y lo miró seriamente — . Si quieres casarte conmigo algún día a pesar de todo, ¡te daré mi virginidad! Entonces serás el primer hombre al que se le permita follarme. ¡Porque el Conde quiere follarme una vez a la semana, y pagará caro por ello! — Ahora todo estaba al descubierto. Ella apartó la mirada y lo dejó pensar. A Jean solo le tomó una fracción de segundo; conocía el rumor de que el Conde se follaba a una de sus criadas to-

dos los días, una diferente cada día. Supuestamente, cada domingo por la mañana se acostaba con el estricto y feo mayordomo en la cama matrimonial principesca, quien tenía que practicarle sexo oral. A él nunca le importó; los rumores más extraños circulaban por la casa. Jean se acostaba con una de las chicas todos los días después de que el conde saliera a cabalgar. Pero ninguna admitió haberse acostado con el conde. "¿El conde? ¿En qué estás pensando?" Jean se incorporó con determinación.

¿Estás diciendo que te acostarás con ese caballero una vez por semana por dinero, como una puta barata? Jou se estremeció, porque solo estaba diciendo la cruda verdad. Fleur había estado tumbada de espaldas a ellos dos y no había dicho nada hasta ahora. Pero ahora se giró furiosa y le agarró el brazo. ¿Barata? ¡No, jamás! ¡El tipo tiene que pagar un buen precio, porque Juliette no es una puta barata! Fleur estaba realmente indignada porque Jean parecía tener una perspectiva tan humillante y típicamente masculina. Jou miró fijamente a Jean. Puedo irme si lo prefieres. Tenía muchas ganas de hacer tres cosas, aunque no sean tan importantes. Quería entregarte mi virginidad a ti, y a nadie más. Tenía ganas de acostarme contigo todas las noches, como una chica de verdad. Y quería ahorrar cada sou, cada franco, para que algún día pudiéramos formar una familia y no pasar hambre. Pero tienes razón, ¡no soy una puta barata! Se hizo un silencio que duró varios minutos. Todos estaban absortos en sus pensamientos. Jean se quedó mirando la hendidura ligeramente entreabierta de Fleur; nunca la había visto tan de cerca.

Jou les dio la espalda a ambos; quería dormir o llorar, llorar o dormir. Apenas les prestaba atención, porque Fleur le estaba dando la lata. Solo había dos soluciones: irse o pagar mucho dinero para acostarse con él. El viejo conde una vez por semana, pero él podía acostarse con su amada todas las noches, los siete días de la semana. Jou cerró los ojos; sabía perfectamente que Jean cedería. Y ansiaba entregarle su virginidad, acostarse con él. Era su favorito, y quería acostarse con él ese mismo día, de una forma u otra.

Fleur estaba en un frenesí. Ese culo de Jean tenía que ser arrastrado al otro lado de la línea, empujado y pateado. Aparentemente era perfectamente natural para él que Juliette le perteneciera. No estaba

dispuesto a compartirla con nadie más. Fleur resopló con desprecio por lo hipócrita que era su punto de vista, sabiendo perfectamente que se acostaba con las chicas del Conde a la hora del almuerzo, ¡simplemente tomando lo que pertenecía a otro! ¿Y cómo se sentiría Juliette? Fleur tocó su gran y magnífico pene como por casualidad y lo acarició brevemente, tal como Juliette lo había hecho antes. El pene era la mitad de largo que su muslo, y era lo que ella llamaba un "pene de carne". Siempre estaba semierecto, y podías seguir follándolo incluso después de que él se corriera. A Fleur le encantaban los penes así porque le garantizaban sexo hasta el orgasmo. El Conde Armand tenía un pene encogido; la follaba durante unos minutos, se corría y luego se encogía de nuevo en un gusano inútil. Sin posibilidad de orgasmo. Fleur se recompuso; ¡No debe frotarlo hasta que eyacule, ni siquiera pensar en follar con él!

Se estaba haciendo muy tarde. Fleur había arrastrado al testarudo burro por las orejas hasta el comedero. Él había tomado su decisión y le había dicho crípticamente a Fleur que el conde tendría que pagar caro por sus deseos. Se inclinó sobre Jou, la besó en los ojos y susurró: «¡Ven a follarme, mi amor!». Jou despertó del todo. No tuvo que decir nada; ella lo vio en sus ojos. Lo abrazó espontáneamente. «¡Estaremos juntos, juntos para siempre!». Se puso boca arriba y abrió las piernas con los ojos brillantes. «¡Estoy lista!».

Fleur se arrodilló junto a él, agarró su pene y lo guió hacia la vagina de Juliette. Ella se soltó. Él besó a Jou con amor. "¡Sé mi esposa!", dijo en la Lengua Vieja, y la penetró con un movimiento rápido. Empujó su pene hacia adelante, más y más profundo, hasta llegar al final. Las lágrimas corrían por los ojos de Jou. Fleur se inclinó sobre ella, besó las lágrimas y la besó en los labios. El corazón de Jou dio un vuelco; ¡ninguna mujer la había besado en la boca antes! Abrió los labios y le devolvió el beso con lengua a Fleur. Jou nunca había besado con lengua a nadie más que a Jean, pero ahora besaba a su amiga maternal con pasión, cada vez más excitada. Jean trabajaba duro, follando a Jou con embestidas fuertes y firmes. Sintió la creciente excitación de Jou y la proximidad de su orgasmo. Aumentó el ritmo, y Fleur se separó de los labios de Juliette. Jou reaccionó al orgasmo con un pequeño grito, aferrándose con fuerza a Jean, su vagina palpitando violentamente. Entonces ella se relajó de repente. Paciente-

mente, lo dejó seguir follándola hasta que eyaculó. Él se movió entre ellas.

Susurraron, abrazándose y besándose, durante un buen rato. Estaban de acuerdo en cómo podrían ser las cosas. A él no le importaría que el Conde la follara todos los miércoles por la mañana. Ella le preguntó si era cierto el rumor de que él se acostaba con las chicas a la hora del almuerzo. Él dudó, pero lo admitió de inmediato. Pero eso era porque aún no habían follado. ¡A partir de ahora, dejaría de hacerlo, prometió ella! Pensó un momento: "Eso no es justo, yo me acuesto con otro hombre una vez a la semana. Es justo que él también se acueste con otra mujer. ¡Solo dime quién debería ser!". Sabía, por supuesto, a quién sugeriría, pero él debía decírselo. Él seguía dándole vueltas al asunto cuando ella le susurró al oído: "¡Fleur, por supuesto!". Nunca se le habría ocurrido, pero asintió. Fleur era buena, Fleur la aceptaría, Fleur no significaba ni competencia ni peligro. Él asintió: "¡Sí, Fleur!".

Simplemente no podían esperar. La noche siguiente, después de hacer el amor, Jou le dio un codazo a Fleur. Ella se giró y le susurró: "¿Sí?". Fleur se sorprendió visiblemente y, tras un instante, asintió con entusiasmo. Jou le preguntó si no quería consultar primero el calendario siberiano, pero eso solo provocó una leve sonrisa en Fleur. "¡Chica, ya tengo 42 años, no necesito un calendario!". Abrazó a Jean, se acurrucaron y se besaron hasta que ambas estuvieron listas. "Pero sé muy delicada al principio, mi coño es muy estrecho, ¡mucho más estrecho que el de Juliette!".

Jean asintió y entró con mucho cuidado, dándole tiempo al coño de Fleur para adaptarse. Jou sintió un poco de celos, pero pronto se le pasó. Observó atentamente cómo el pene de Jean penetraba lentamente el agujero de Fleur como un gusano grueso. Cada vez más adentro, hasta que estuvo completamente dentro. Hizo una breve pausa y le dio a Fleur un beso largo y apasionado, sus lenguas se movían y luchaban entre sí como pequeñas serpientes. Entonces comenzaron a follar. Ambos follaron al otro, Fleur follando a él con fuerza. Ella no era de las que se quedan ahí tumbadas como una tabla. Jou observaba todo con mucha atención, porque eran dos maestros en acción. Así fue como aprendió de Fleur cómo follar correctamente

y cómo una mujer podía llegar al orgasmo. Después del primer orgasmo de Fleur, él simplemente siguió follándola, porque ya había follado a Jou y necesitaba más tiempo. Se corrió justo en el momento en que Fleur tuvo su segundo orgasmo. Se abrazaron fuertemente durante un buen rato, recuperando el aliento. Luego los tres se tumbaron uno al lado del otro durante un buen rato, susurrando. Jean le dijo a Jou, con un poco de tacto, que su pene era demasiado grande y no cabía del todo dentro de ella, pero que había entrado completamente con Fleur, así como con su madre. Jou le espetó que no debía seguir hablando del coño de su madre, que era una falta de respeto. Pero pronto se supo que su pene sí cabía dentro de ella, y entonces todos quedaron satisfechos. Fleur dijo que solo había tenido un pene tan grande con un hombre, y ese era su padre. Les contó a los dos toda la historia de los 15 años que había pasado follando con su padre; se había follado con él todos los días, incluso después de haber empezado a trabajar para el Conde. Podía meterlo a escondidas en su habitación todas las noches y mandarlo fuera después de medianoche. Pero el mayordomo había puesto fin a eso. Podía describirlo todo maravillosamente y con gran detalle. Jean fue a su habitación muy tarde.

El lunes por la mañana, Jou entró en el estudio del Conde y esperó inmóvil. El Conde la miró con avidez y lujuria, luego la penetró durante medio minuto más antes de gemir y gruñir al eyacular dentro de ella. Jou esperó, completamente imperturbable, hasta que la chica se vistió y desapareció con una mirada tímida y avergonzada. Miró directamente al Conde, segura de su decisión, y accedió a reunirse con él el miércoles. Sí, por supuesto, se ducharía antes; eso era obvio. Y quería 250 francos cada vez. Él solo dudó un instante; no había negociación posible con una chica tan decidida. Asintió: «¡Entonces, nos vemos el miércoles!». Jou se marchó rápidamente; el trato estaba hecho y no tenía ningún deseo de regatear con el anciano.

Jou y Jean se quedaron con el Conde durante tres años más. Jean no solo se acostaba con Fleur una vez por semana; se volvió más frecuente. Se acostaba con el lujurioso amigo de su amante tres o cuatro veces por semana, lo cual les parecía bien a los tres. Una noche, después de que Jean ya se hubiera marchado, el hijo borracho del Conde entró tambaleándose en su habitación. Gilles apenas podía man-

tenerse en pie, pero estaba desesperado por acostarse con la hermosa joven, ya que la gorda Gertrudis ya se había ido a casa. Se desplomó pesadamente sobre la cama junto a Jou. Fleur susurró: "¿Es posible según el calendario?". Jou asintió, sin problema. "Entonces, joven, eso costará un franco de oro o 50 en billetes, ¡lo que usted prefiera!". El joven de 17 o 18 años ya se había desvestido a medias y dijo con voz insegura: "Perdóname, Madame Fleur, pero eres demasiado mayor para mí, si no te ofendo". Sacó una moneda de oro del bolsillo de su chaleco y la colocó en la mesita de noche. Jou lo desnudó por completo y le dio unas palmaditas en la cara hasta que se le pasó un poco la borrachera. Señaló su pene. "Aún no está listo", dijo, y ni ella ni Fleur quisieron frotarlo hasta que se le pusiera erecto. Su pene era un gusano patético, y ambas mujeres se agacharon frente a él y lo observaron mientras se masturbaba y poco a poco se le ponía duro. Jou lo dejó follarla sin abrazarlo ni besarlo. Estaba inestable incluso de rodillas, pero folló con mucha valentía. Ni dos minutos después, se corrió, gimió, se vistió y se escabulló. Jou esperó hasta que llegó a la escalera de mármol y empezó a caminar, y entonces soltó una carcajada. "¡Igual que su padre! ¡Un pequeño gusano, apenas dos minutos y ya está!" Ahora Fleur también se rió. Dijo después que entendía perfectamente por qué la condesa se había fugado con el joven español. Hizo que la condesa gritara tan fuerte que se oyó hasta aquí.

Jou era increíblemente curiosa y llevaba té a la habitación del Conde todos los domingos por la mañana, sabiendo exactamente cuándo pensaba llegar. Madame Majordomo estaba completamente desnuda y montando la asombrosamente grande erección matutina del Conde; su pene solía ser mucho más pequeño. Jou se mantuvo en segundo plano y observó cómo la Mayordomo se deslizaba de un lado a otro durante un cuarto de hora. Sus pechos eran sacos arrugados y vacíos que golpeaban rítmicamente. Empezó a rebotar con fuerza arriba y abajo cuando él aparentemente eyaculó. Permaneció sentada sobre su pene, echó la cabeza hacia atrás y se masturbó rápidamente. El Conde observaba, sonriendo. Entonces Jou entró en la habitación y sirvió el té. Miró de reojo el clítoris de Madame; era inusualmente grande y enrojecido por la fricción. Jou venía todos los domingos, llegando un poco antes y observando a Madame tener un orgasmo. Madame la trataba notablemente más amablemente desde que Jou se había vuelto tan descarada.

Jean solo se lo reveló a Jou mucho después de haberse casado. Una vez a la semana, cuando Madame Majordomo no estaba en casa, se colaba en el estudio del Conde, usando billetes como coartada. Abría la caja fuerte con la llave, cuyo escondite casi todo el mundo conocía; solía contener entre 40 y 50 fajos de billetes, quizás un millón. Cogía un fajo de la última fila, porque parecía que los habían tirado descuidadamente. Tal vez así fuera, pero sospechaba que el astuto Conde se había memorizado el desorden. Al menos, él lo hacía de esa manera. Así que cogía un fajo del fondo del todo. Una vez al mes, en su viaje diario, pasaba por su banco — un banco que el Conde evitaba — y depositaba el dinero junto con su sueldo. «Te lo has ganado honradamente», le dijo después a Jou, «no tengo ningún reparo en robarle a un ladrón».

Tres años era mucho tiempo, pero perseveraron. Jou se acostaba con Jean, el Conde, y ocasionalmente con su hijo Gilles, una o dos veces por semana. Cuando su calendario lo prohibía, las dos mujeres excitaban a Gilles, y Jou se acostaba encima de Fleur. El muchacho, casi siempre borracho, rara vez se daba cuenta de que en realidad estaba follando a Fleur, su agujero inferior, pero para entonces ya no le importaba. Jean se acostaba con Jou y Fleur a diario, excepto en los días en que se consideraba peligroso; Lou hacía tiempo que había dejado de sentir celos de ella. Ya no tocaba a las otras chicas del Conde; cumplió su promesa a Jou. Después de tres años, Jou ignoró el calendario y dejó que Jean lo embarazara.

— Estoy embarazada, señor duque — le dijo al conde — . Si no se casa conmigo, me iré para siempre. El conde lo pensó, pues las demás chicas acudían a abortistas, pero para Juliette eso era impensable. — ¿Cuánto? — preguntó el conde, exasperado, y Juliette reflexionó un buen rato — . Setenta y cinco, Su Gracia, y no volverá a saber de mí. Me marcho a finales de mes para cobrar mi sueldo. El conde pensó que se estaba librando bastante bien y le dio el dinero rápidamente.

Una hora después, irrumpió en la habitación de Gilles y le dio la noticia. Él se levantó horrorizado y gritó: «¡Papá me va a matar!». Fría como un carámbano, Jou repitió: «Está seguro de que te matará, ¡absolutamente seguro!». Gilles caminaba de un lado a otro. No

había escapatoria; se volaría la cabeza con la pistola de duelo de su padre. Su padre podría entristecerse, pero al menos su hijo no lo habría deshonrado. Jou lo animó; probablemente sería lo mejor, tal vez incluso una salida honorable. El único inconveniente sería que él estaría muerto, y entonces ella se quedaría sin padre para su pobre hijo, casi huérfano. Eso le pareció lógico. Caminaba de un lado a otro, y de repente tuvo una idea brillante: ¡huiría con ella como Romeo y Julieta! La miró con los ojos humedecidos. Ella asintió. «Los dos acabaron muertos, justo como yo quería, señor Gilles», dijo con frialdad. «Tal vez tomemos el veneno al mismo tiempo, así ninguno engaña al otro». Él la miró con alivio; si ella y el niño morían, él ya no tendría razón para morir; esa sería la mejor solución. Ella miró fijamente al idiota. Luego, fría como un pez, dijo que estaba considerando zarpar hacia el Nuevo Mundo, a América, porque allí había una gran escasez de mujeres; incluso podría encontrar marido estando embarazada. Pero el pasaje era muy caro; él tendría que darle dinero, al menos 50.000. No tenía 50, dijo con voz tímida. «¿Tal vez podrías quitárselo al padre del Conde? Sale a cabalgar todos los mediodías, así que puedes ir a su estudio y coger el dinero del armario. La llave está en el cajón superior derecho del escritorio. Una vez que hayas cogido el dinero, puedes dejar todo exactamente como lo encontraste, y el Conde no se dará cuenta hasta mucho después, o tal vez nunca». Al idiota se le iluminaron los ojos: «¡Y así nadie tendrá que morir!». Estaba encantado y quiso abrazarla, pero ella se apartó. Debería volver mañana al mediodía.

Y así fue; incluso le dio 55.000, y ella fue directamente a ver a Jean y le contó todo. Haría las maletas esa misma noche y tomaría la diligencia a Brest o Douarnenez a la mañana siguiente, donde lo esperaría en el castillo con Monsieur Ede o Paulette. Él debía renunciar solo unos días después, discretamente a finales de mes. «Y cuando me vaya», dijo, «podrás acostarte con Fleur unas cuantas veces más, pero solo si ella te lleva sin que yo la proteja». Se rieron y quedaron en verse esa noche; ella solo se lo contaría a Fleur entonces.

A la mañana siguiente, Jou irrumpió en el estudio del Conde, consciente de que tenía compañía femenina a esas horas. No lo molestaría, pero era urgente. El Conde estaba allí de pie con los pantalones bajados, y sentada en el escritorio frente a él había una chica que no

reconoció. Un rostro bonito, una hermosa melena negra hasta la cadera, unos pechos preciosos y un pene normal y erecto. ¿Un pene? Jou tuvo que mirar dos veces, pero era claramente un híbrido. Jou se recompuso y miró al Conde. «Su Gracia, me han ofrecido un viaje excelente y gratuito a Marsella en el carruaje privado de la Baronesa de Vermeuil, para quien solía trabajar, y debo estar en su palacio en 20 minutos. Por eso me voy tan inesperadamente, pero debo darme prisa. Si Su Gracia o Madame Mayordomo pudieran entregarle mi salario a la señorita Fleur, se lo agradecería mucho. Quizás pueda conseguir pasaje en un barco desde Marsella, ¡pero ahora debo darme prisa! ¡Adiós, Su Gracia, adiós!» Salió sigilosamente por la puerta, abrazó a Fleur por última vez, cogió sus dos bultos y salió corriendo hacia la estación de diligencias.

Por supuesto, Fleur recibió con los brazos abiertos a Jean para pasar la noche, pero insistió en tener también su parte de sexo con Juliette. Sin embargo, pasarían seis semanas antes de que pudiera irse, escribió Fleur a Juliette. Naturalmente, Monsieur Ede acogió a Jou con gusto; el espacio encima de los animales estaba libre y podía quedarse todo el tiempo que quisiera. Durante el día, trabajaba en la cocina con Paulette, quien necesitaba toda la ayuda posible. No tenía que rendir cuentas a los amos y se quedó durante seis semanas como una especie de “agente encubierta”. Monsieur Ede tenía dos mozos de cuadra musculosos y un mozo de cuadra de trece años. Por las noches, les decía a los amables mozos de cuadra que estaba durmiendo allí arriba y que estaría encantada si la visitaban. Y así fue como los dos hombres y el chico la visitaban todas las noches. El chico solo observó la primera noche; nunca antes había tenido relaciones sexuales. Pero estaba decidido a aprender, dijo, si ella le enseñaba. Cada noche dejaba que los hombres la follaran, quienes luego la dejaban sola con el chico, cuyo nombre era Paul. Paul todavía tenía un pene pequeño, pero aprendía muy rápido. Ella le enseñó todo lo importante sobre follar, y él aprendió muy rápido. Siempre hacían una pausa de 5 a 10 minutos, pero él era capaz de follar y eyacular cinco veces cada noche. Jou disfrutaba mucho de follar; no era tan brusco como los mozos de cuadra, era más bien gentil como una niña y le agarraba las nalgas con fuerza cuando eyaculaba. Las seis semanas pasaron volando. Una tarde, Jean fue a casa de Paulette y recogió a Jou. Caminaron durante una hora hasta la casa de la madre, quien ya se

había puesto en contacto con Jou el día anterior con un mozo de cuadra a caballo. Regresó en media hora. Jean rió cariñosamente mientras le contaba sobre los mozos de cuadra y el pequeño Paul.

La madre estaba encantada de tenerla de vuelta. Al principio fue un poco incómodo, pero Jou rompió el silencio y les dijo a la madre y a Jean durante la cena que ahora era la esposa de Jean y que todo lo anterior carecía de importancia. Prepararon la boda juntos; había mil cosas que hacer. Jean había pedido prestado un caballo a la familia y solía salir a cabalgar durante horas. Era muy reservado y solo reveló que la boda era una sorpresa. Se mantuvo hermético y no dijo nada.

Fleur fue su dama de honor; Jean le había dado los gastos de viaje y un bonito vestido. Durmió junto a ellos en la cama matrimonial de su madre toda la semana. La boda tuvo lugar en la pequeña capilla, y Jou le explicó a Fleur la historia de la Campana del Diablo y que uno de los hombres que había reconstruido la capilla era su padre. La capilla estaba abarrotada; algunos tuvieron que mirar desde fuera. El sol brilló todo el día, lo cual era un buen presagio. Tanto si había tormenta, calma o incluso lluvia, se consideraba un buen presagio para el matrimonio. El divorcio era inaudito; si una mujer era infeliz, se fugaba con su amante. Si un hombre era infeliz, había muchas palizas, o la esposa se ahogaba en el arroyo. Todos fueron a la posada, donde tres posaderos y todo su personal habían preparado el banquete de bodas para 170 invitados, todo el pueblo, de hecho. Había una comida típica bretona: enormes trozos de carne asada, pan blanco, verduras y cubos de la típica cerveza floja. La gente comió hasta el anochecer, bebió hasta vaciar los barriles y luego los invitados se retiraron a descansar. Naturalmente, esa noche se concibieron muchos niños, pero ese no es el tema que nos ocupa.

Jean había pedido prestado un carruaje de dos plazas al señor de la mansión y llevó a Jou parte del camino; su madre y Fleur ya se dirigían a casa. Jean se detuvo frente a la «Casa del Lord Justicia» y bajaron. Era la antigua residencia de un juez inglés jubilado que había vivido allí los últimos años de su vida. Era una gran casa de piedra de una sola planta, en excelente estado, ya que Jean la había reformado en las últimas semanas. Tenía un gran vestíbulo de mármol, siete habitaciones para niños e invitados, un enorme dormitorio

principal para los dueños, cuatro retretes ingleses con inodoros con cisterna — una rareza hace 120 años — y dos baños, cada uno con bañera, ducha y dos lavabos. No había bidé; era una especialidad francesa que los ingleses despreciaban. Solo lo usaban las prostitutas que querían lavarse los genitales de forma rápida y eficiente entre clientes. A la izquierda y a la derecha de la casa había zonas para hierbas y verduras, y detrás de la casa había un terreno vallado de unos dos mil metros cuadrados.

Jou caminó asombrada junto a Jean por toda la casa, encontrando una gran cocina y una gran despensa. La casa estaba completamente vacía, sin muebles y sin una mota de polvo; Jean había contratado a un grupo de chicas para limpiarla el día anterior. La casa era verdaderamente señorial; el señor inglés no había escatimado en gastos. Jou se quedó con Jean en el vestíbulo de mármol, con la boca abierta. "¿Qué demonios es esto?", exclamó, aunque tenía una vaga idea.

"Es tu casa, nuestra casa. El conde Armand la financió para nosotros; te jodió en su escritorio durante tres años, y yo le hice pagar por ello. Solo tenemos que ir a la notaría de Brest la semana que viene y firmar todos los papeles juntos; así es la ley."

Después de un rato, dijo: «Aún tienes que amueblarla a tu gusto. Quedan unos 420.000. Necesitaré entre 180.000 y 200.000 para los establos y los primeros caballos». Jou preguntó: «¿Qué caballos?». «Voy a criar y vender caballos; esa es mi profesión». Jou asintió; era obvio. «Todavía tengo 130.000 de mi padre y mi hijo, además de 80.000 en efectivo de ese hijo idiota». Los muebles no costarían tanto, dijo Jou, y Jean la reprendió diciéndole que no debía ser tacaña ni frugal; debía amueblar la casa con elegancia, refinamiento o incluso lujo, si quería. «De acuerdo», asintió Jou, «Haré lo que pueda». Salieron y se sentaron en un banco de piedra. El sol brillaba con fuerza, y eso se consideraba un buen presagio.

— Y tal vez vendamos la humilde y destartalada choza de tu madre para que viva con nosotros — dijo Jean — . Así vivirá un poco mejor y, además, te librará de las tareas domésticas y de los muchos niños. Y... tal vez Fleur nos visite más a menudo. ¡Me encantaría que me las dieras a las dos, Juliette!

“He visto que te gusta dormir con Fleur, y la considero como una hermana mayor y nos queremos mucho, nos hemos masturbado juntas y una al lado de la otra durante todos estos años. ¡¿Pero mi madre?!”

Jean se rascó la cabeza. “No te voy a explicar más sobre las tareas domésticas y los niños. Tu madre es unos años menor que Fleur, pero al igual que ella, sabe muy bien cómo moverse en la cama. Solíamos tener sexo increíblemente a menudo y mucho; no me puedo quejar. Todavía se ve muy guapa hoy en día, y sospecho que no ha olvidado cómo. El hecho de que huela un poco fuerte seguramente se deba a que no se baña ni se ducha. Ojalá, Fleur y Pernille, tu preciosa madre…” Jean guardó silencio, y Jou también. Pensó.

«Ustedes, los hombres, son tan diferentes a nosotras, las mujeres. Solo te amo y solo quiero acostarme contigo; casi nunca habrá nadie más, o solo rara vez, si nos separamos por mucho tiempo. Pero ustedes quieren acostarse con varias mujeres, incluso yo, una inocente pueblerina, me he dado cuenta. Pero mi único miedo es perderlos a ustedes y a sus corazones por otra persona. ¿Lo entienden?» Jou hizo una pausa, incapaz de contener las lágrimas que le brotaban de los ojos.

Jacques, el viejo caballo, había dado una vuelta por la casa, olfateando los pantalones de Jean y las piernas desnudas de Jou. Ella se subió el vestido hasta el ombligo para que Jacques no lo babeara todo. Él olfateó su vello púbico y le lamió la vulva dos o tres veces con su lengua áspera. “¡Puaj!” gritó Jou. No le tenía miedo a los caballos, por supuesto, pero su lengua le hacía cosquillas. “Tienes una nueva admiradora”, sonrió Jean, señalando el pene de Jacques. “¡Guau, es grande!” exclamó Jou, pero Jean lo ignoró. “Nunca se pone completamente erecto, incluso cuando lo estás follando, se queda medio erecto”. Le contó sobre una viuda en Remis-des-Anges que se follaba a su caballo de arado todos los domingos por la mañana, “¡honestamente, lo vi con mis propios ojos!”. El estúpido animal nunca pensó en follarla. Ella tuvo que follar su pene flácido ella misma hasta que se corrió.

Jou lo interrumpió porque se le había ocurrido algo más. «Dime, Jean, ¿has oído hablar alguna vez de mujeres que son mujeres arriba pero hombres abajo, hombres completamente normales?». Jean no tuvo que pensarlo mucho. «Sí, claro, son ladyboys. En realidad, hombres a los que les crecen pechos de verdad usando unas hierbas, y cuyo carácter es, o se vuelve, muy femenino. Son las prostitutas más caras de París, ¡pero no veo nada malo en follar a alguien por el culo!». Jou había escuchado asombrada. «¿Te has follado a una?», preguntó, sin poder disimular el temblor en su voz. «No», respondió Jean, «pero lo vi una vez. El conde Armand a veces me dejaba ir con él a París como "guardaespaldas", el camino lleno de bandoleros y los burdeles no del todo seguros». «Ambos somos amantes de los caballos», dijo el conde, «y podemos confiar el uno en el otro y cuidarnos mutuamente». "Hoy voy a tener una muy especial, quédate en segundo plano y cuida mi espalda, el dueño del burdel es muy astuto y no confío en él." Entramos al burdel, me quedé discretamente en segundo plano. Entró la travesti, una chica asiática muy dulce. El conde la folló por el culo y le frotó el pene al mismo tiempo. La chica se corrió y poco después el conde. En mi opinión, el conde solo tiene un pene muy pequeño, pero está muy cachondo. — ¿Pero por qué preguntas, mi amor? — Entonces ella le dijo que cuando se iba había visto a una travesti con Armand y el conde la estaba follando por el culo. Lo había visto muy claramente y también el gran pene de la travesti que el conde acababa de frotar.

— ¿Dónde estábamos? — reflexionó Jou — . Ah, sí, follando con Fleur y con mi madre. ¡Y que no quiero perderte! — Jean asintió con cierta abatimiento — . Es que a veces los hombres queremos follar con otra, ¡pero yo siempre te amaré solo a ti! ¡Siempre! Y mira, con la mayoría de las mujeres, mi polla ni siquiera entra del todo; es como follar con el freno puesto. Una polla grande también tiene sus desventajas. Con Fleur, Pernille, y ahora también contigo, puedo penetrar bien profundo y follar a mi antojo; ¡eso sí que es un placer! — Jean permaneció en silencio, esperando el «vale» de Jou.

No respondió de inmediato. "¿De qué hemos estado hablando todo este tiempo? De caballos, gatas y gatas de mierda, hermanastras y maternales. Definitivamente voy a construir una gran biblioteca, con todas las obras sobre el Rey Arturo, los caballeros con sus relucientes

armaduras, luchando en combates caballerescos con lanza y espada por el favor de una bella doncella...”

Jean suspiró y negó con la cabeza. «Las relucientes armaduras no existían hasta mil años después; la doncella podía ofrecerles un pañuelo o que le besaran las yemas de los dedos. Para follar, solo había yeguas u ovejas. Eso es todo.» Jou puso los ojos en blanco. «Por fin, teníamos algo parecido a una conversación civilizada, pero enseguida degeneró en sexo. Todavía nos queda mucho por mejorar en eso.»

«Ya que estás hablando de sexo, ¿te imaginas a Fleur y a tu madre?», Jean sentía mucha curiosidad por la respuesta de Jou. Jou sabía la respuesta, pero le dolía el corazón. «Esta noche dormiré en la habitación pequeña; tú puedes compartir la cama grande con ella y Fleur». Se le llenaron los ojos de lágrimas, y Jean le tomó el rostro entre las manos y se las besó. «¡Al contrario! Fleur compartirá la cama pequeña con tu madre; ¡es nuestra noche de bodas!».

Jou pudo volver a sonreír. «¡Pero prepárense! ¡Hoy tuve que besar a cien mujeres y a otros tantos hombres! La mayoría me tocaron el trasero, pero les sonreí: “¡Ahora todo esto le pertenece a Jean!”» Jou sonrió seductoramente y Jean la besó.

Celebraron el 45 cumpleaños de Pernille en el jardín. Fleur también estaba allí, y los tres niños — los gemelos de seis años, Adam y Eve, y Bernice, un año menor — jugaban en el césped. Pernille se había mudado con ellos; había ayudado a Jou a amueblar la casa y cuidaba con cariño a los nietos. Fleur se quedaba cinco o seis semanas cada año. Madame Majordomo había fallecido, y ahora ella era la señora de los domingos. Le gustaba, porque cuando despertaba al conde Armand los domingos por la mañana, él tenía una erección grande y hermosa, más grande que después del desayuno entre semana. Ella lo montaba durante media hora con mucho más placer que al borde del escritorio y se masturbaba con el dedo después de que él eyaculara. Había inscrito a la regordeta Gertrude como sustituta y había pasado varios domingos enseñándole, asegurándose de que la gorda cocinera holandesa hiciera todo correctamente. Le daba cuatro francos de oro por cada domingo que iba a Bretaña.

Fleur se quedaba a dormir en casa de Pernille, y las dos se entregaban a la pasión con locura, consumidas por la pasión. Ambas poseían fuertes deseos lésbicos. En París, Fleur solía seducir a Jou para tener relaciones sexuales con ella, pero Jou no era lesbiana en absoluto. Incluso de vacaciones, Fleur era muy trabajadora, dedicándose con destreza a amueblar y decorar la casa. Una vez a la semana, iba con Jou al centro para comprar libros nuevos.

Pernille daba clases particulares a los tres niños cuatro veces por semana, enseñándoles francés escrito, ciencias, lectura, escritura y un poco de aritmética. Cuando brillaba el sol, los llevaba al arroyo, donde se bañaban y chapoteaban con los niños del vecindario. Pernille, por supuesto, también se metía al agua desnuda; le encantaba el agua fresca. Naturalmente, les había mostrado a los niños sus joyas y les había explicado todo con detalle. Sonrió cuando Adam, de seis años, jugaba con la hija del vecino, que le doblaba la edad; tanto la niña como Adam gritaron de placer. Claro que él aún no podía eyacular, pero Pernille le había sacado el pene cuando él terminó triunfalmente con la niña mayor, y ¡oh sorpresa!, ¡el pene de Adam eyaculó unas gotas! Solo unas gotas, pero fue un descubrimiento interesante. Pernille inmediatamente comenzó el hechizo de agrandamiento. Ya no era una verdadera wiccana; su madre le había enseñado mucho antes de quedar embarazada. Preparó la pasta y se la frotó en el pene del niño. Le chupó y lamió el miembro, murmurando los conjuros, hasta que salieron unas gotas. Pero no le dejó jugar a follar; eso vendría después, cuando pudiera eyacular de verdad, le aseguró al niño. Sus hermanas lo observaban atentamente mientras él se chupaba el pene y memorizaba los largos conjuros en la Lengua Antigua.

Después de la boda, Jou insistió sin vacilar en que Jean durmiera con ella todas las noches. Todas y cada una de ellas. Era inflexible al respecto. Sin embargo, le permitía, con una sonrisa, escabullirse con Pernille o Fleur por las mañanas para aliviar su erección matutina. Se quedaba en la cama sonriendo, escuchando los suaves gemidos de Pernille, sobre todo porque así podía acariciar su clítoris sin ser molestada. Un par de veces se había acercado sigilosamente a la puerta y las había observado teniendo sexo. Pero cuando Fleur fue de visita, observó a las dos mujeres teniendo sexo. Primero se frotaban el clítoris hasta excitarse por completo, luego se colocaban expertamente

una encima de la otra, entregándose a un coito clítoris contra clítoris que las volvía locas. Era una visión embriagadora, pues ambas eran muy hábiles en ello.

Diez años después, Adam tenía dieciséis años, era un mozo de cuadra muy bueno y una gran ayuda para Jean con la docena de caballos. Llevaba seis años acostándose con Pernille, y ella estaba muy contenta con él; su pene crecía maravillosamente y pronto rivalizaría con el de Jean. Pernille sabía que ni Eva ni Bernice tenían himen y aún no habían empezado a menstruar, pero aun así les enseñó a los tres niños a usar el calendario lunar. A menudo veía a Adam colándose en la habitación de las niñas por la noche, y sospechaba que se acostaba con sus hermanas, el muy canalla, pero nunca dijo nada. Una tarde, Adam entró en la habitación de sus padres y encontró a su madre, Juliette, desnuda en la cama, masturbándose. Curioso, se tumbó a su lado y la montó cuando ella ya estaba lejos. La folló con fuerza y se corrió justo en el momento de su orgasmo. El orgasmo disminuyó, Jou reaccionó y le dio una buena reprimenda. Nunca más se le permitiría hacer eso, ella no lo quería para nada, ¡y era engañar a su padre! Nunca volvió a acostarse con ella. Se alegraba cuando la tía Fleur se quedaba con ellos de vacaciones; a las dos mujeres les gustaba que él se acostara con ellas y le permitían observarlas mientras hacían el amor lésbico.

En aquel momento, nadie podía imaginar que la Primera Guerra Mundial irrumpiría pronto en su idílico entorno bretón.

• • •

En Blizzard

von Jack Faber © 2023

Lis no lo vio venir. Instintivamente, echó la cabeza y la parte superior del cuerpo hacia un lado; el árbol que caía la golpeó en el costado izquierdo, destrozándole la pierna izquierda y arrastrándola debajo. Perdió el conocimiento, el dolor era insoportable.

Recuperó el conocimiento. El enorme árbol la mantenía firmemente inmovilizada; no podía liberarse. Con gran esfuerzo, logró alcanzar el chal de piel de oso y se cubrió. Hacía un frío insoportable. No quería desmayarse de nuevo; tenía que mantenerse despierta porque Rik vendría a buscarla, y entonces podría gritar. El asesino del oso yacía a menos de dos metros de distancia, increíblemente lejos. Se quedó dormitando, pues solo así podía soportar el dolor. Su vida desfiló ante ella como un desfile de carnaval en su sueño.

Su familia vivía en una enorme plantación en Luisiana hacia 1835. Había cumplido catorce años, su cuerpo había cambiado y la gente decía que era una mujer hermosa. Nadie decía que fuera una niña hermosa, sino una mujer hermosa. Incluso su padre la halagaba, pero era un mujeriego empedernido, y sus comentarios obscenos hacían que Lis se sonrojara de vergüenza. Se cayó borracho del umbral de su habitación y se quedó allí tirado hasta la mañana. Sonrió estúpidamente; claro, la culpa era del estúpido umbral, no del borracho sin sentido. Obviamente.

Nunca más volvió a cruzar el umbral. Fue a su cama, le quitó el camisón a Lis, que se resistía, y se acostó junto a su hija desnuda. Acarició su cuerpo, acariciando cada centímetro. Parecía saber exactamente cómo y dónde frotarla para excitarla. Parecía conocer el secreto al que ella se había entregado noche tras noche desde su infancia. Sonrió con malicia y obscenidad mientras ella temblaba y se retorcía en el orgasmo, y sus comentarios fueron obscenos, sucios y humillantes. Ella se quedó paralizada mientras él la colocaba y la penetraba. Se estremeció cuando él la desfloró brutalmente, desgarrándole el himen. La folló, gimiendo y quejándose, profiriendo palabras obsce-

nas que habrían insultado incluso a una prostituta, y continuó follándola sin piedad. Arqueó la espalda y eyaculó dentro de ella, chorro tras chorro. "¡Así que ahora eres mi esposa, me perteneces solo a mí!"

Lis lo soportó con silenciosa dignidad. Él venía noche tras noche durante cuatro años, masturbándola hasta el orgasmo cada vez con una sonrisa lasciva, y luego la follaba con fuerza. Amaba su cuerpo delicado y virginal y su mirada tímida. Quedó embarazada a los 18 años, y él odiaba cómo sobresalía su vientre. Nunca le había dicho una palabra a su padre, pero cuando él le exigió que abortara, ella simplemente dijo: "¡No!". Incluso el viejo borracho se dio cuenta de que esa era la última palabra sobre el asunto.

La madre, algo ingenua, no tenía ni idea de que su marido se acostaba con su hija noche tras noche y se preguntaba quién sería el padre. Lis permaneció callada; su madre era una charlatana quisquillosa. Solo cuando la madre quiso saber si podía casarse con el padre de la niña, se negó. "¡Ya está casado, ni hablar!". La madre la dejó en paz. Pero amaba a Lis a su manera superficial y le consiguió a las dos mejores comadronas de la zona. Tres horas de parto atormentaron a Lis, y luego dio a luz en un cuarto de hora. Fue un parto fácil, dijo la comadrona más joven. La mayor examinó el clítoris de Lis con mucha atención, lo presionó y finalmente le dijo a la más joven: "¡Probablemente la madre se ha estado masturbando desde la adolescencia temprana, por eso!". Entonces Lis despertó de su agotador estupor. "¿Qué es?". Un niño perfectamente sano, y Lis tomó al bebé recién cambiado en su pecho. — Se llama Jean-Pierre — le dijo a su madre.

Durante todo el año, Lis y su madre estaban absortas en Jean-Pierre. Su padre no estaba particularmente interesado en su nieto; le interesaban mucho más las jóvenes y hermosas muchachas negras. Como eran sus esclavas, podía hacer con ellas lo que quisiera. Y, por supuesto, lo hacía. Las llevaba al lecho conyugal, pero su anciana esposa no se dejaba ahuyentar. Se sentaba enfurruñada en la cama mientras él desfloraba y violaba a las hermosas muchachas negras, de 13 y 14 años, a su lado. La armonía doméstica era inexistente; casi todas las noches se gritaban. Lis no entendía ni una palabra, ya que se gritaban en alemán; al fin y al cabo, ambos eran de Alemania.

Los gritos empeoraban cada día, y una noche echó de casa a su esposa, a su hija y a su hijo de un año. Les dio media hora para que recogieran sus cosas y se marcharan. Era la segunda vez que Lis hablaba con su padre. «Es tu hijo, Fritz. ¿De verdad quieres echarlo de casa?». Pero Friedrich Korb ya había ido demasiado lejos. Le dio la espalda y se marchó sin decir palabra.

Lis, la madre y el niño pequeño emprendieron el viaje. Tenían que ser cuidadosos con el dinero; la madre no estaba acostumbrada a tener solo tres vestidos, pero Lis se había hecho cargo y gastaba el dinero con mucha cautela. Vagaron de pueblo en pueblo a lo largo de la costa oeste estadounidense durante dos años, rumbo al norte. A menudo, Lis tenía que pagar con su cuerpo, permitiendo que cientos de hombres tuvieran relaciones sexuales con ella sin experimentar jamás ningún placer. Había oído que barcos llenos de mujeres y niños zarpaban de Vancouver hacia China. Había una gran escasez de mujeres en China, y los chinos recibían a las mujeres blancas con los brazos abiertos. Lis logró conseguir billetes baratos y viajaron el resto del camino hasta la pequeña ciudad portuaria de Vancouver en el nuevo ferrocarril.

Tuvieron suerte. Alquilaron un apartamento barato de dos habitaciones, y Lis acudía incansablemente al puerto. En realidad, muy pocos barcos zarpaban hacia China. Uno de los capitanes soltó que tenía que contactar con un agente en el puerto; era la única manera de conseguir pasaje. Encontró un agente; al fin y al cabo, solo había dos. El primero se negó; no enviaba mujeres a la gente de “ojos rasgados”. Eran unos auténticos bárbaros, dijo, y a los 20 años, era demasiado mayor para los chinos. El segundo agente fue comprensivo; no había muchos pasajes a China, solo dos al año. Pero haría lo que pudiera. Lis le dejó anotar sus datos: ella tenía 21 años, su madre 39 (aquí manipuló las cifras, ya que su madre tenía 42, casi 43), y su hijo 3. Lo anotó todo con calma; tenía mucho tiempo y ningún otro cliente. Él escuchó toda su historia de vida, coincidiendo con ella en lo despiadado que había sido su padre. La escuchó cuando mencionó que no había tenido la menstruación desde que dio a luz, pero la partera le había asegurado que si se establecía en una vida matrimonial normal, le volvería. Pero durante sus años de vagabundeo, solo había tenido relaciones sexuales muy raramente, solo cuando era abso-

lutamente necesario. Lis se sonrojó; no quería aburrirlo con temas femeninos. En algún momento, él calculó los gastos. Lis palideció. No tenía tanto dinero.

El tipo listo, por supuesto, había descubierto durante su charla lo poco dinero que ella tenía. Ciertamente no era suficiente para el pasaje a China, pero se lo ocultó. Hizo algunos cálculos para impresionar a Lis. Si podía renunciar a su comisión de agencia, su dinero sería suficiente para el pasaje. Todo era un montón de mentiras, pero no quería perderse a la chica guapa. Pero la comisión de agencia, se lamentó el buen tipo, ¡la comisión de agencia! ¿Qué ganaría cediendo a su blando corazón y renunciando a la comisión? ¿Qué sacaría de eso, eh? Le dio a Lis mucho tiempo, esperando hasta que ella hiciera la sugerencia. No tuvo que esperar mucho. Podría acostarse con él, susurró Lis, con la cara roja como un tomate, ¿tal vez? Él siguió fingiendo interés por un rato, el buen tipo, y llegaron a un acuerdo. Ella le dejaría acostarse con ella dos veces por semana; él aceptó. Solo por esta vez.

Él recostó la parte superior del cuerpo de Lis sobre la mesa, le levantó la falda y la penetró por detrás. No tenía un pene grande; Lis apoyó la cara en la mesa y cerró los ojos. La folló durante un buen rato, y a ella no le excitaba en absoluto, pero lo hacía por una buena causa. Así que ella acudía a él dos veces por semana; él le contaba la terrible situación del mercado, y entonces ella se dejaba follar sin pensarlo dos veces.

Nuestro agente no solo se encargaba de los pasajes en barco; no, comerciaba con todo: frutas y verduras, cargamentos de pescado, tierras y casas. Y mujeres, por supuesto. Las mujeres eran un bien escaso en el norte, y se podía obtener un buen beneficio. Tomemos como ejemplo al noruego Ragnar, un exitoso trampero. Había mandado llamar a su hijo Erik y a su esposa Gundi desde Noruega; deberían haber llegado hace mucho tiempo.

Pero las Parcas no iban a dejarse sabotear; tenían otros planes para Gundi y Rik. Así que los pequeños humanos tomaron cartas en el asunto y viajaron a América. Las Parcas se enfurecieron. Gundi enfermó durante el viaje, y Rik cargó a su madre enferma en el tren de

Nueva York a Chicago. Desde allí, consiguieron que un español astuto y parlanchín los llevara en una carreta tirada por caballos hasta la otra línea férrea, que conducía a Vancouver. Pero Gundi murió apenas una semana después, y las Parcas, con una sonrisa burlona, escupieron en sus manos; el hilo del destino debía continuar.

El español intentó cavar una tumba con Rik, pero el suelo estaba congelado y la pala se partió en dos. Rik se sentó junto a la hoguera y pensó. ¡El español estaba saltando arriba y abajo, enterrando a una joven tan hermosa mientras aún estaba caliente! Desnudó a la muerta Gundi y la violó. Sí, la violó, habían estado viajando durante una semana y ¡todavía estaba caliente! Violó a Gundi una segunda vez y, después de un rato, una tercera. ¡Aaah, eso se sintió bien! Se sentó con Rik junto a la hoguera. Rik terminó de pensar y se levantó. Agarró al español por la garganta y le destrozó el cráneo de un solo puñetazo. Simplemente dejó al español allí para los lobos. Cubrió a Gundi con muchas piedras y le clavó una rama en forma de T encima, un símbolo de Thor, su dios favorito. Luego fue a la estación de tren en la carreta tirada por caballos, envió un telegrama a Ragnar y subió al tren. Ya llevaba cinco semanas de retraso y estaría en Vancouver en unos 6 o 7 días.

El astuto agente ya había concertado un matrimonio entre Lis y Ragnar. Naturalmente, Ragnar quería comprar a la bella joven para Rik, ya que él tendría a Gundi. Ragnar no hablaba bien inglés y Lis no hablaba noruego. El agente le explicó a Lis que los precios para viajar por China habían subido astronómicamente. Sería más prudente ir con Ragnar; era un hombre rico, con cuatro sacos llenos de monedas de oro al cinto, y quería casarse con Lis. Lis observó a Ragnar con atención. Era un gigante musculoso, y con su abrigo de piel de oso, el hombre de 40 años lucía bastante apuesto. Ragnar acababa de recibir un telegrama de Rik sobre el retraso en el aterrizaje en Nueva York. Gundi estaba enfermo, así que iban a tomar el tren a Chicago. Ragnar no le contó a Lis nada sobre el matrimonio, pero quería ir con ella y esperar a su hijo Erik. No mencionó a Gundi. El astuto agente aceptó las 5 monedas de oro por el servicio de búsqueda de pareja, y Ragnar siguió a Lis.

Así que no podía llevarse al niño de tres años a la naturaleza salvaje canadiense; eso sería un asesinato, dijo Ragnar. El pequeño tendría que quedarse allí, con la anciana, dijo. Por ahora solo podía llevarse a Lis; ella debería venir a ver su hermosa y espaciosa cabaña en el bosque y luego decidir si los llevaría a ambos un año después. Entonces podrían ocuparse de la boda al mismo tiempo. Ragnar no le mentía; Rik sin duda estaría encantado de casarse con ella. Lis lloró amargamente; dejar al pequeño con su madre durante un año era muy duro. Pero había escuchado atentamente a Ragnar; la naturaleza salvaje no era un paseo por el parque, pero él estaba ganando mucho dinero con las pieles. Le mostró todo el oro que había ganado en seis meses y ya había gastado una buena parte. Lis no era tonta; con tanto dinero, los cuatro podrían vivir como reyes. Sabía en lo que se estaba metiendo.

Quería pasar sus últimos días y semanas con Jean-Pierre, durmiendo con el pequeño en la cama pequeña y Ragnar en la grande. Él no estaba descontento; la anciana tenía su edad y seguía siendo bastante atractiva, y pronto descubriría si también era buena en la cama. Lis se aferraba a su hijo y no podía conciliar el sueño, mientras Ragnar follaba ruidosamente a su madre, que gemía y suspiraba de placer. La pobre mujer no había tenido sexo en los últimos años, porque siempre que era necesario, Lis tenía que ofrecer su coño. Durante este periodo de abstinencia, la madre se había masturbado con mucha frecuencia, apretando su cuerpo contra el de Lis y abrazándola con fiereza durante el orgasmo. A Lis no le parecía inapropiado, porque la pobre madre echaba de menos el contacto físico y el sexo mucho más que ella.

Al amanecer, Ragnar descubrió a su madre, le levantó una pierna y la penetró por detrás con su erección matutina. Lis se excitó al verlo y se frotó el clítoris discretamente. Su madre gimió y se quejó en el orgasmo, y Ragnar solo eyaculó después de su segundo orgasmo. Luego fue a orinar y su madre preparó el desayuno. Su madre estaba de mejor humor que en años. Le susurró al oído a Lis que después de tres años de abstinencia, ¡por fin había tenido otra noche húmeda! Si Lis no quería casarse con él, ¡se casaría con el fornido vikingo sin pensarlo dos veces! Tuvieron que esperar seis semanas hasta que Rik finalmente llegó. Ragnar follaba a su madre todas las noches y todas

las mañanas, con fuerza y entusiasmo. “Era realmente buena en la cama”, decía casi a diario en las comidas con una sonrisa amable, y su madre se sonrojaba como una niña.

Entonces llegó Rik. Era tan alto como su padre, musculoso y un gigante apuesto. Le contó todo a Ragnar, y Lis, su madre, y Jean-Pierre escucharon los sonidos desconocidos. Su madre pareció entender algunas palabras y tradujo para Lis. Rik se negó rotundamente a tomar a Lis como su esposa. Insistió obstinadamente en que su padre tenía prioridad, ya que Gundi ya no estaba vivo. Esa fue su última palabra, lo dejó claro. Ragnar finalmente accedió; eso era justo. Cuando Rik le contó a su madre sobre el español, ella se quedó sin palabras; era indignante. Tanto que el hombre hubiera violado a la mujer muerta como que Rik le hubiera destrozado el cráneo. Pero Ragnar asintió; había hecho bien, el hombre se lo merecía. Lis tragó saliva con dificultad al ver con qué facilidad y casualidad los noruegos hablaban de ello. Rik dormía en el suelo junto a la cama de su madre; la violó después de su padre, tanto de noche como de mañana. La madre estaba en las nubes; Nunca antes la habían follado cuatro veces al día aquel hombre increíblemente fuerte y su hijo, igual de fuerte que ella; ¡era una dicha absoluta! Se quedaron diez días más y prepararon todo para el viaje. Ragnar le había comprado a Lis un grueso abrigo de piel, y Rik le había comprado un rifle para matar osos, un rifle largo de gran calibre que podía disparar cinco tiros en rápida sucesión desde un solo cargador, usando un repetidor de carga inferior. «Si no has matado a un oso con cinco balas, tienes que correr como si el diablo te persiguiera», le dijo Ragnar a Lis con una sonrisa.

En la última mañana, los noruegos tuvieron relaciones sexuales con la madre por última vez y luego se despidieron. Lis prácticamente tuvo que separarse a la fuerza de la pequeña y luego corrió tras los hombres. Viajaron hacia el norte en barco durante tres días con dos burros de carga, y Lis agradeció lo abrigada que la mantenía su abrigo de piel. Luego caminaron tierra adentro, hacia el noreste. Tres días después, llegaron a una cabaña y Ragnar miró ansiosamente al cielo. “¡Una ventisca, tal vez esta noche o mañana!”

Rik corrió hacia la cabaña, pero no había nadie. Abrió la puerta de golpe y empezó a descargar los burros. Ragnar lo llamó a gritos. Rik y

Lis corrieron hacia él. Había encontrado al ocupante de la cabaña. El hombre — presumiblemente un hombre, pero eso era solo una suposición — yacía detrás de la cabaña. Había sido asesinado. El cuchillo estaba clavado profundamente en su espalda, o en lo que los lobos y zorros habían dejado de él. Le habían cortado la garganta, dijo Ragnar tras examinar al hombre con pericia. Ragnar sacó el cuchillo, luego los hombres llevaron el cuerpo una corta distancia y lo cubrieron con piedras.

Rik limpió el cuchillo con un trapo; era un excelente cuchillo de caza, afiladísimo y con una guarda bellamente dorada y decorada. «Los franceses de Luisiana tienen unos como este», dijo Lis. Rik dijo que era demasiado bueno para tirarlo. Ragnar asintió; haría una funda con piel de conejo. Lis se sorprendió mucho: «¿Conejos aquí?». Rik se rió. ¡Ragnar era el único que cazaba conejos con las manos desnudas! Ragnar dijo que deberían revisar el congelador del suelo; iba a cazar conejos y habría conejo asado para la cena.

Lis siguió a Rik a la casa; encontraron el agujero en el suelo. Rik miró dentro y vio un montón de muslos de ciervo almacenados allí. Dijo que la sujetaría por las piernas para que pudiera contar las partes. Y así sucedió; ella quedó colgada boca abajo y contó. 32. Su falda se deslizó, obedeciendo a la gravedad, y sintió a Rik deslizar su polla por sus muslos desnudos. Suspiró; habían pasado nueve semanas desde que el agente la había follado. Se ablandó el coño; por supuesto que quería que la follaran. Rik la penetró increíblemente despacio y con cuidado. ¡Qué polla tan enorme! La sacó inmediatamente; solo el primer chorro había entrado. Empujó su polla en su raja del culo y la folló rápidamente, eyaculando todo en su raja del culo. Se detuvo, y ella miró hacia atrás. Se frotó la polla con la mano y eyaculó en la pared interior del agujero de enfriamiento. Negó con la cabeza. “¡Lis es para Ragnar, no lo olvides!” Ella no podía entenderlo, pero asintió y le sonrió amablemente. “No le diré nada a Ragnar, ¿de acuerdo?” Rik asintió y salió, trayendo un montón de leña. “Por la ventisca”, dijo, llevando toda la leña a la sala de estar. Ella despejó el área de cocina y las provisiones de comida, moviendo la pequeña plataforma para dormir del desafortunado dueño anterior para que Rik pudiera apilar la leña allí. Encontró dos grandes pieles de animales cosidas juntas y estaba a punto de tirarlas a la esquina cuando Rik le dijo que

las pusiera frente al fuego; allí dormirían. Una ventisca podía durar un día o una semana. La ligera nevada se había convertido en una fuerte ventisca. Rik se metió en el pozo de enfriamiento y sacó ocho pequeños barriles de licor y dos barriles vacíos. “Para orina y excremento”, dijo, buscando dos tapas. Apoyó una pala contra la puerta, fue a la parte de atrás a revisar los burros de carga y movió el barril de agua de lluvia y el comedero lleno frente a los animales. Encontró unas tablas y las sujetó para que los burros tuvieran algo de protección. Miró al cielo. “Ragnar debería llegar pronto”, le dijo a Lis, “¡la ventisca viene en una hora!”. Lis notó su inquietud, pero no dijo nada. Una mujer histérica era lo último que necesitaba en ese momento. Los había visto encender fuego estos últimos días y ahora estaba encendiendo una hoguera en la chimenea. Rik había traído otro barril vacío y lo llenó con agua del arroyo. “Para café o para lavar”, comentó. La cabaña estaba ahora repleta hasta los topes; tenían provisiones para al menos dos meses. Ragnar apareció en medio de la fuerte nevada, sosteniendo tres conejos por las orejas y sonriendo con satisfacción. Le arrojó los conejos a Rik y luego se quitó el abrigo grueso. “La ventisca llegará en 10 minutos”, dijo, “no se ve el final de las nubes, así que durará más de un día”.

Se habían comido los tres conejos, los hombres se habían bebido una jarra de aguardiente — Lis solo había probado un sorbo, pues no quería convertirse en bebedora como su padre — y luego se acostaron a dormir. Ella había extendido una de las grandes pieles frente al fuego, y se habían acostado desnudos, cubriéndose con la segunda piel. El fuego ardía, pero no calentaba mucho; afuera arreciaba una tormenta. Lis se acostó entre los dos, y se acurrucaron juntos para darse calor mutuamente.

Ragnar quería follar de inmediato, y Lis asintió, ¡de acuerdo! La acostó de lado, con la espalda y el trasero frente a él. Ella se estremeció de placer mientras sus dedos la acariciaban en todos los lugares correctos. Le separó las nalgas y entró en su coño con mucho cuidado y suavidad. “¿Está bien?” murmuró, y ella asintió. Su pene era grande, pero aún recordaba el de Rik, que era más grande, más grueso. La folló lentamente y con evidente disfrute, luego hizo una pausa. Le agarró la mano y la colocó sobre su coño. “¡Puedes frotarte si quieres!” susurró, y ella asintió de nuevo. Rik le tomó la cabeza y apoyó

su rostro en su pecho. Ahora ella yacía cómodamente caliente entre y encima de los dos hombres, acariciando suavemente su clítoris mientras Ragnar continuaba follándola a su manera. No pasó mucho tiempo antes de que temblara en el orgasmo, sus labios mordisqueando el pezón de Rik. Ella exhaló, y entonces Ragnar llegó, gimiendo mientras eyaculaba dentro de ella, chorro tras chorro. Su pene aún estaba dentro de ella cuando lo oyó respirar profundamente y quedarse dormido.

Ella notó que Rik se estaba frotando el pene. Bajó la mano. Él se detuvo y con la otra mano colocó la de ella sobre la que se estaba frotando. Continuó frotándose, con la mano de ella en el dorso de la suya. Se masturbó durante un buen rato, luego eyaculó sobre su estómago y unas gotas le cayeron en la cara. Ella se limpió y se recostó con la cara sobre su pecho. Poco a poco, ambos se durmieron.

La ventisca azotaba la cabaña; de vez en cuando, un burro rebuznaba. Pasaron casi todo el día sobre las pieles en el suelo. Rik bajó y subió una pata de corzo. La asaron lentamente, y Ragnar trabajó en una piel de conejo. Lis se maravilló de la habilidad con la que fabricó una funda para el cuchillo de caza francés. Al parecer, no había duda de que Rik se quedaría con el hermoso cuchillo de caza. Ragnar y él se turnaron para envolver sus cuerpos desnudos en una piel de oso y dar una vuelta alrededor de la cabaña. Revisaron si había daños por la tormenta y se detuvieron un momento junto a los burros, hablándoles. Estaban aterrorizados, las pobres criaturas. Después de tres minutos, el recorrido terminó y se calentaron junto al fuego. Comían una pata trasera entera de ciervo todos los días, masticaban el pan seco indestructible y bebían aguardiente. Lis preparó café; no quería aguardiente.

La ventisca no cesó ni un instante. La nieve se había amontonado alrededor de la cabaña hasta alcanzar la altura de un hombre, y mientras uno de ellos patrullaba el perímetro, el otro paleaba tanta nieve que la puerta y las ventanas delanteras no quedaron completamente sepultadas. Lis se alegró de que los norteños supieran perfectamente cómo lidiar con una ventisca.

La ventisca duró dieciséis días. Ragnar la follaba todas las noches y todas las mañanas. Cuando Rik se masturbaba por la noche, ella ponía su mano sobre la de él y la acariciaba. Era la cuarta o quinta noche. Rik dejó de masturbarse, agarró a Lis, la levantó y la hizo sentarse sobre él.

"¿Quieres follar conmigo?", preguntó ella, y él asintió.

— ¿Y Ragnar? — preguntó, porque no sabía si los dos hombres habían llegado a un acuerdo en algo.

— Está perfectamente bien — susurró — . Cuando Ragnar no estaba, solía follarme a Gundi en su lugar, y Gundi era su esposa y mi madre. Lis pensó un momento y luego dijo: — ¡De acuerdo, puedes follarme! Lis agarró su pene y lo guió hacia su coño. ¡Qué gran pene! Se arrodilló a cada lado de Rik, y él la penetró desde abajo, poderoso y fuerte. Esto la enloqueció; jadeó y resopló. Hundió los dedos en su pelaje, y un dedo se contrajo, queriendo frotarse el clítoris. Pero no fue necesario; se dejó caer sobre su pecho, temblando de orgasmo. Exhausta, se tumbó encima de él, y él siguió follándola durante mucho tiempo hasta que se corrió con fuerza. Ella lo besó en los labios y le enseñó a besar con la lengua, al estilo de Luisiana.

Lis le preguntó a Rik cómo le iba con Gundi. Rik siempre había dormido en casa de sus padres y los observaba muy de cerca mientras tenían relaciones sexuales. Cuando el niño se convirtió en varón, Gundi esperó a que Ragnar se durmiera y entonces Rik pudo tener relaciones sexuales con ella. Aprendió rápidamente y practicaba con ella todas las noches. Cuando venían novias de visita, Rik podía dormir con la invitada y tenía relaciones sexuales con todas ellas hasta que quedaban exhaustas. También se acostaba con las parejas que los visitaban. Por supuesto, tenía que esperar a que los visitantes terminaran de tener relaciones sexuales y el hombre estuviera dormido antes de acercarse a la mujer. Muy pocas estaban listas para tener relaciones sexuales de inmediato; Rik primero tenía que estimularles el clítoris. La mayoría le permitía tener relaciones sexuales con ellas hasta que llegaban al orgasmo y después estaban tan relajadas y cansadas que no se resistían. Gundi estaba muy contenta con su hijo; conoció a muchas chicas y mujeres y aprendió a ser sensible a las nece-

sidades individuales de cada una. Lis escuchaba atentamente, porque Rik estaba describiendo un mundo completamente diferente.

Día tras día, mantenían su rutina: asar una pierna de venado al fuego. Comían con el trozo de carne en una mano y un cuchillo afilado en la otra, cortando pequeños pedazos y llevándoselos a la boca. Por las tardes, Ragnar la penetraba primero, y ella se frotaba el clítoris. Por la noche, se subía encima de Rik y dejaba que la penetrara desde abajo. Por la mañana, antes de levantarse, tenía que complacer la erección matutina de Ragnar; era realmente maravilloso ser penetrada por detrás mientras estaba medio dormida.

Al undécimo día, ambos burros habían muerto congelados. Ragnar y Rik discutieron durante horas en noruego hasta que Lis les pidió que hablaran en inglés. Estaban en un verdadero aprieto, porque sin los burros, tendrían que caminar diez días de ida y diez de vuelta, con todo el equipaje, al menos dos veces. Era desesperante. Lis pensó que debían esperar a que terminara la ventisca y luego ver qué hacer. No lo dijo, pero eso fue exactamente lo que pasó. La ventisca desapareció en un instante, el sol brilló con fuerza y, después de tres días, toda la nieve había desaparecido.

Ragnar y Rik pasaron dos semanas explorando la zona, tanto juntos como por separado. Lis se quedó en la cabaña y cerraba la puerta con llave cada vez que se acercaban lobos. Estos esperaban una hora a cien metros de la cabaña y luego desaparecían en silencio. Los hombres encontraron papel y lápices en la cabaña y dibujaron mapas de los alrededores, marcando los puntos de interés. Al tercer día, terminaron y acordaron los detalles. Lis se sentó a la mesita y sacó dos copias para que todos tuvieran un mapa. Decidieron quedarse allí durante el invierno; había mucha caza. Permanecerían allí durante todo el invierno y tal vez irían a la cabaña de Ragnar en primavera. Los hombres se turnaban para llevar a Lis con ellos en sus expediciones de caza. Ella aprendió muy rápido y era muy hábil. Aprendió a destripar animales y a cortar las mejores piezas. La piel de algunos animales era valiosa, así que la llevaban consigo.

Llegó el otoño y Lis partió con Ragnar. Era tierra de osos, dijo él, pero no se iba a cazar osos sin burros o caballos de carga. Montó el

campamento y encendió una fogata. Oyó algo y ambos contuvieron la respiración. Ragnar le entregó el rifle para matar osos, diciéndole que se mantuviera cerca del fuego y que solo disparara en defensa propia. Enfundó su revólver, agarró su cartuchera y su cuchillo de caza, y desapareció en silencio. Lis esperó, sentada junto a la fogata, con los ojos y los oídos bien abiertos. No supo cuánto tiempo había pasado cuando el crujido de una ramita la despertó de golpe. Contuvo la respiración y escuchó. ¡Ahí! Algo crujió entre los arbustos; vio el pelaje de un oso y disparó el rifle directamente a la piel del animal. Un fuerte grito, Ragnar se tambaleó hacia la fogata y cayó de bruces. Lis gritó y le dio la vuelta al hombre corpulento. Le había disparado justo en el pecho. Le puso una mano en el pecho y la hemorragia cesó. Con dificultad, dijo: «Tres disparos, Rik...» y Ragnar murió. Le palpó el cuello; no tenía pulso. Lo miró fijamente, llorando, a los ojos, que miraban fijamente al futuro. Disparó tres veces seguidas y recargó el rifle. A lo lejos, oyó tres disparos; Rik los había oído. Ahora disparaba cada diez minutos para que él supiera dónde estaba. Él respondió con un disparo. Disparaba solo cada media hora; su disparo sonaba más cerca. Dos horas después, apareció, y con él, el sol de la mañana.

Él vio inmediatamente lo que había sucedido. Reavivó el fuego y la sentó junto a él; estaba completamente congelada. Le echó la piel de oso de Ragnar sobre los hombros y la obligó a beber unos tragos de aguardiente de la cantimplora de Ragnar. La obligó a beber para que entrara en calor. Ella le contó con voz monótona lo que había pasado. Él dijo que uno solo se acercaba a una fogata rompiendo una rama y haciéndola crujir. Ella lo miró, estupefacta. Lo había oído, pero desconocía esa costumbre. Había visto la piel de oso y, presa del pánico, había disparado de inmediato. Rik asintió. “Estabas en territorio de osos. Ragnar te había ordenado disparar en defensa propia. Viste un oso y disparaste de inmediato. ¡No tienes la culpa!”. Para Rik, el asunto estaba zanjado. Le preparó un café fuerte y le echó aguardiente. Recogió piedras de la zona y cubrió a Ragnar con ellas. Formó una gran T con dos ramas y la clavó en las lápidas. Ragnar también veneraba a Thor, el dios del trueno. Lis permanecía a su lado mientras Rik alzaba las manos al cielo y cantaba una larga canción en su idioma. Partieron y llegaron a su cabaña antes del atardecer.

Lis permaneció sentada junto al fuego durante cinco días, sin comer, beber ni dormir, limitándose a contemplar las llamas en silencio. Rik le puso una manta sobre los hombros y no la molestó; de todos modos, ella no respondería.

Al sexto día, todo volvió a la normalidad. Lis preparó café y les sirvió un trago de aguardiente. Charlaron y volvieron a hablar del accidente con Ragnar. Rik reiteró que ella no tenía la culpa. Ella le preguntó si podía perdonarla por haberle disparado accidentalmente a su padre. No fue su culpa, repitió él, ella era inocente. Luego hablaron de la nueva situación. Él no sabía exactamente dónde estaba la cabaña de Ragnar; solo sabía que aún faltaban diez días. No tenía mucho sentido partir sin más información. Lo más sensato era pasar el invierno en esa cabaña y regresar a Vancouver el año siguiente. Lis extrañaba al pequeño Jean-Pierre, pero tenía muchas ganas de volver a verlo el año siguiente.

Aproximadamente una vez al mes, Lis subía a la tumba de Ragnar, generalmente acompañada por Rik, para colocar las piedras y depositar algunas flores. Le hacía bien conversar en silencio con Ragnar o con su dios Thor durante un rato. Rik le había contado todo sobre Thor y la familia de dioses, y pronto se sintió más cómoda. Incluso pudo volver a sonreír. «¡En tu mundo de dioses, las cosas son parecidas a la corte del rey Arturo!». Había leído la leyenda a menudo en su juventud y ahora podía contárselo a Rik. Al igual que en el mundo de dioses de Rik, la corte de Arturo era bastante salvaje y caótica. Lis siempre iba de caza o a poner trampas con Rik. Aprendió muy rápido qué animales eran más adecuados para comer y cuáles se cazaban por su piel.

Cada noche se acostaban abrazados, y a Lis le encantaba cómo Rik la follaba, así como el sexo aún adormilado con su erección matutina. A menudo pensaba en la suerte que tenía, porque Rik era, con diferencia, el mejor hombre con el que había estado. En las largas y frías noches de invierno, solían acurrucarse bajo la piel y recordar sus pasadas aventuras sexuales. Esa solía ser la mejor manera de excitarse antes de follar. Lis escuchaba, fascinada, la naturalidad con la que las mujeres nórdicas abordaban el sexo. Las costumbres e ideas del continente también se extendieron al Norte. Se intentó inculcar en la

gente el concepto de fidelidad conyugal y posesión sexual. Gradualmente, el sexo con otros se convirtió en un asunto clandestino, un asunto secreto. Esto ayudó al crecimiento de la población.

Rik solía ir de caza solo; en invierno, era especialmente importante pasar desapercibido. Lis se quedaba en casa la mayor parte del tiempo; la nieve no era lo suyo. Pero llegó la primavera, y ahora ella también salía de caza sola, principalmente ciervos rojos. Podía llevarse los mejores cortes de carne y volver a casa con la mochila llena.

Y entonces, de forma totalmente inesperada y aparentemente de la nada, el enorme árbol cayó y la sepultó bajo él.

Ella despertaba constantemente de su inconsciencia. Giró la cabeza hacia un lado y lo vio de inmediato. Era un lobo grande y hermoso, parado en una pequeña elevación a unos 30 metros de distancia. Lis se sorprendió de que estuviera solo. Era el primer lobo que veía de cerca; hasta ahora, solo había visto las manadas desde lejos. Los lobos nunca se acercaban a menos de 200 o 300 metros de la cabaña, pero era evidente que no tenían interés en los humanos. Ahora observó al lobo. Era bastante grande, con pelaje claro y manchas grises y amarillas. Tenía unas llamativas patas negras.

El lobo se acercó con cautela mientras ella se movía. Se acercó muy despacio y con extrema precaución. Se miraron fijamente. Para sorpresa de Lis, no sintió miedo. Él se tumbó a unos diez metros de distancia, apoyó la cabeza y el hocico sobre sus patas delanteras y la miró fijamente.

Sus orejas se aguzaron cuando Lis comenzó a hablarle. Ella misma no sabía por qué lo hacía: ¿eran las horas de soledad desesperada o el recuerdo de los perros de la plantación? Sabía cómo hablar con los perros, ¿pero con un lobo? Lo hizo con sencillez. Puso toda su calidez y bondad en su voz. El lobo, obviamente, la escuchaba; permaneció agazapado y estirado en el suelo, pero se acercaba sigilosamente. Llegó a estar a cinco metros. Fue un encuentro muy extraño; el lobo, siempre dispuesto a huir, sentía curiosidad por saber por qué ella no se movía.

Respiró hondo mientras él se levantaba lentamente y se acercaba. Cerró los ojos mientras él olfateaba su rostro. Podía sentir su aliento caliente mientras la olfateaba de pies a cabeza. La sangre se había coagulado desde su brazo roto hasta sus muslos y su vulva. Él lamió la sangre suavemente, pero ella no protestó. Lamió la sangre de sus muslos, y ella rió suavemente mientras él lamía su vulva limpia con su lengua áspera. Le dijo que si salía de allí, él podría lamerle la vulva todo lo que quisiera. Saltó por encima del árbol y lamió la sangre de su pierna aplastada. ¿Entendía que estaba atrapada? ¿Entendía que necesitaba ayuda desesperadamente? Ella le habló con sinceridad; él regresó y lamió su rostro varias veces. Pareció pensarlo, luego se acostó justo frente a su rostro, a solo centímetros de distancia. Lis agradeció que estuviera tan cerca y se durmió.

Despertó cuando él le lamió la cara de nuevo. Sintió el agotamiento, la cercanía de la muerte. Llevaba horas sin poder mover el brazo sano, pero sentía cómo el frío se lo quemaba. El lobo levantó la vista de repente; había visto u oído algo. Pero no era nada que lo alarmara. La miró fijamente a los ojos, tal vez sabiendo que se estaba muriendo. Aunque él siguió lamiéndole la cara, ella se quedó dormida. Divisó la silueta de Ragnar entre las copas de los árboles y corrió hacia él, volando con la ligereza de una bailarina hacia el hombre al que tanto sufrimiento le había causado.

El lobo se puso de pie y comenzó a caminar inquieto. No, no estaba inquieto; buscaba el rastro de Lis. Siguió su olfato, corriendo cada vez más rápido por el bosque nocturno, siguiendo senderos que normalmente solo usan los humanos, y corrió y corrió. Al amanecer, llegó a la cabaña. Supo de inmediato que allí era donde ella había comenzado. Olfateó a otro humano y esperó a cincuenta metros de la cabaña.

Rik había estado esperando a Lis, atento al chasquido del sable para matar osos o a tres gritos de auxilio. Nada. Durante tres días y dos noches, no durmió más de cinco minutos seguidos, recorriendo todos los caminos que conocía. Visitaba la tumba de Ragnar por la mañana y por la tarde, murmurando solo un breve verso para su padre antes de volver a salir corriendo. La tercera noche, comió rápidamente de pie en la cabaña. Oyó algo, agarró su pequeño rifle y sa-

lió sigilosamente de la cabaña. Enseguida divisó al lobo. Era muy raro que los lobos se acercaran tanto a la cabaña. También era muy raro que este lobo estuviera solo. Y bastante raro era la forma en que yacía el lobo. Estirado sobre su vientre, con la cabeza y el hocico apoyados en las patas delanteras, el lobo lo miraba fijamente. Rik echó el rifle al hombro; solo tenía un disparo, y tenía que ser uno bueno, porque tendría que volver a la cabaña a recargar.

Rik apuntó con cuidado. La bala impactaría justo entre los ojos del lobo, devastadoramente. No podía apartar la mirada de los ojos del lobo; había algo mágico en ellos. Bajó el rifle. El lobo se puso de pie. Alzó la cabeza hacia el cielo y cantó. Rik solo había oído a los lobos aullar, un aullido escalofriante y aterrador. Había oído un par de veces que los lobos podían cantar, pero lo había descartado. Cuando los tramperos habían bebido lo suficiente, incluso contaban historias de sirenas en el río San Lorenzo. Escuchó; esto no era aullar, esto era cantar. El lobo cantó verso tras verso. La última nota se desvaneció, el lobo se giró hacia el bosque, dio unos pasos rápidos, se detuvo y miró a Rik. Lo repitió, volvió a mirar a Rik.

Rik salió de su estupor. No le importaba si la gente pensaba que estaba loco, pero el mensaje del lobo era claro: ¡Sígueme! Rik corrió a la cabaña, echó agua al fuego, descolgó su mochila, se echó el rifle al hombro y corrió hacia el lobo. El lobo corrió rápidamente y se detuvo. Rik lo siguió, alternando entre galope y trote como un leñador para conservar energía. El lobo lo dejó acercarse a unos 200 metros y luego continuó. Rik conocía la zona; Lis había estado allí a menudo. Claro, ya había recorrido el camino tres veces sin encontrarlo. Caminaron durante dos horas; seguía siendo territorio de Lis, ¡ya había estado allí tres veces! Empezó a tener serias dudas. ¿Adónde lo llevaba el lobo? ¿A su manada, a algún carroña fragante o a un precipicio?

El lobo se detuvo y dejó que Rik se acercara a unos 25 metros. Corrió y se deslizó por una pendiente. Allí dejaron el camino y se adentraron en el campo. Al pie de la pendiente, tomó su rifle y su cuchillo de caza, preparado para cualquier sorpresa. Después de 200 metros, el lobo se detuvo y se tumbó. Dejó que Rik se acercara a unos 5 metros. Rik nunca había estado tan cerca de un lobo; lo observó y miró a su alrededor. No vio nada interesante. El lobo se levantó len-

tamente y volvió a cantar durante unos segundos. Miró a Rik como diciendo: “¿Qué esperas, humano?”. Rik aguzó la vista, pero no vio nada. Absolutamente nada.

El lobo era sin duda más listo que él. Sacudió su pelaje y se movió muy lentamente a través de los arbustos, bajando otra pequeña pendiente. Rik se quedó a su lado y podría haberlo acariciado, estaba tan cerca. El lobo se detuvo y lo miró. “Sí, ¿todavía no lo ves, humano?”, pareció decir. El lobo rodeó un tronco de árbol caído y se tumbó en el suelo. Rik se acercó a su guía y la vio inmediatamente. El lobo se había tumbado frente al rostro de Lis, lamiéndole la cara y cantando un breve verso. Rik se arrodilló; a primera vista, supo que estaba muerta, una pata atrapada bajo el tronco del árbol. Le tocó las mejillas, el cuello, la cara. Llevaba muerta horas. Rik se sentó a su lado desesperado. La lloró; había sido una buena compañera, una buena compañera de caza y una mujer maravillosa que le había dado muchas horas dulces. Habían vivido juntos como marido y mujer durante más de medio año; El joven de 22 años nunca antes había durado tanto tiempo con una mujer.

Se negó a dejarse vencer por la abrumadora soledad. «Debemos darle un entierro digno, mi gran hombre», le dijo al lobo. No quería frustrar el plan del cazador de osos. Así que, con su cuchillo de caza, taló un árbol del grosor de su brazo y lo cortó a la medida. Esto le sirvió de palanca y, tras varios intentos, logró mover el tronco lo suficiente como para liberar la pierna de Lis. La recostó en el claro y pasó horas apilando rocas y piedras sobre ella. ¡Ni siquiera un oso podría alcanzarla ahora!

No sabía quién era la deidad de Lis, así que clavó tres ramas rectas en las piedras, símbolo de Freya, la diosa del amor. Alzó ambas manos al cielo y cantó sobre su vida: la violación por su propio padre, el sexo humillante en la odisea a Vancouver, la humillación y el sexo engañoso con el agente, su hermoso tiempo con Ragnar y él aquí en el desierto. Cantó con todas sus fuerzas que ella no era responsable de la muerte de Ragnar y que los dioses conocían la verdad. Cantó que se aseguraría de que su madre y el bebé estuvieran bien atendidos. Cantó que esta era la honorable vida de Elizabeth de Luisiana y que el cielo debería registrar esto como un mensaje en el Libro de las

Mujeres Honorables. Cantó alabanzas a Freya por último y finalmente se arrodilló. Miró a su alrededor, pero el lobo había desaparecido.

Sumido en sus pensamientos, regresó a la cabaña, reflexionando sobre cómo Lis se había encontrado con el lobo, cuán dócil había sido el lobo con ella y cómo debía interpretar esta extraña aventura. Sabía con certeza que no había sido un sueño. Rik permaneció en la cabaña hasta el verano, cargando una mochila enorme llena de pieles que le reportaron cuatro sacos de oro. Pasó ocho meses durante el invierno con la madre de Lis y Jean-Pierre, quien ya no pensaba mucho en Lis, pues aún era demasiado joven. La madre lloraba sinceramente la pérdida de su único hijo, pero disfrutaba noche tras noche, teniendo relaciones sexuales con el viril norteño. Rik solía ir a caballo a una reserva indígena vecina porque se había hecho amigo del jefe. Allí se enamoró de una joven indígena tranquila que lo amaba profundamente y se mudó con él a su cabaña en la naturaleza.

Ragnar y Lis estaban sobre una nube, contemplando a sus hijos. Ragnar se alegraba de que Rik hubiera encontrado una buena esposa y tuviera tanto éxito cazando y vendiendo pieles. Pronto dejaría la extenuante caza y compraría una gran casa en Vancouver con su esposa nativa americana y sus tres hijos, amasando una buena fortuna con el comercio de pieles. Cada dos semanas, se sentaba alrededor de la fogata con el jefe, que se había convertido en su mejor amigo, y fumaba en pipa.

Lis vio que la madre cuidaba muy bien de Jean-Pierre y lo enviaba a buenas escuelas. Mantenía relaciones sexuales con él a diario desde los 12 años hasta su muerte, a pesar de haberse casado con un viudo adinerado, un empresario de Vancouver. Cuando él se dormía, ella se colaba en su habitación y se acostaba a su lado. Al principio, solo le hacía sexo oral y poco a poco le enseñó a tener relaciones sexuales. Él aprendió muy rápido y quería tenerlas siempre que tenían un momento libre. Aunque tuvo relaciones sexuales con muchas chicas jóvenes durante su época escolar porque era como un imán para ellas, mantuvo relaciones sexuales con su abuela a diario hasta los 28 años. Ella murió en pleno orgasmo, y Jean-Pierre quedó completamente devastado. Le llevó más de un año recuperarse de la pérdida de su

madre. Siempre la había visto como su madre, aunque en realidad era su abuela.

Jean-Pierre también se convirtió en comerciante y en uno de los hombres más ricos de la zona. Aunque él estaba contento con esto, a Lis le entristecía que siguiera teniendo relaciones sexuales con su abuela a diario hasta su muerte; eso no estaba bien. No se casaría con una mujer joven hasta los 30 años y tendría muchos hijos. Jean-Pierre descubrió su preferencia por las chicas muy jóvenes, y su esposa descubrió sus inclinaciones lésbicas. Complaceron los deseos del otro, y ahora era frecuente que jóvenes yacieran en su lecho conyugal. Él desfloró y tuvo relaciones sexuales con estas jóvenes, quienes luego fueron cuidadas por su esposa. Su matrimonio se benefició de esto y cobró impulso repetidamente. No prestaban atención a los chismes; llevaban una vida familiar plena y enviaban a sus hijos a la escuela. Eso era lo más importante que los padres podían dar a sus hijos, les decía Jean-Pierre.

Tras construir dos grandes almacenes, construyó y administró con éxito cuatro hoteles. Al comienzo de la Fiebre del Oro de Klondike, también construyó dos alojamientos amplios y económicos para los buscadores de oro de paso y gestionó dieciséis casas de cambio para comprar el oro. Cuando murió a finales de siglo, dejó a sus hijos un próspero negocio. En definitiva, Jean-Pierre había vivido una vida buena y honesta, lo que complacía enormemente a Lis. Lis también vio cómo su padre malgastaba parte de su fortuna en bebida y era apuñalado hasta la muerte por un tramposo en las cartas mucho antes de que pudiera arruinar toda la plantación.

En algunas noches de invierno, cuando el viejo Rik se sentaba en su terraza a beber aguardiente y fumar en pipa, a veces contemplaba la hermosa aurora boreal. Era un saludo de Gundi y Lis, a quienes jamás olvidaría ni querría olvidar.

Luego se desató la bufanda y les devolvió el saludo con la mano.

• • •

Andrómeda

von Jack Faber © 2023

Fred estaba de pie frente a los enormes ventanales de su casa, observando al robot de jardín en acción. Era la versión de invierno, equipada con una máquina quitanieves, un pico de hielo y varios cepillos giratorios detrás de la pala. Ya había usado el pico de hielo para despejar los paneles de la cerca bajados, subiendo y bajando cada panel dos veces para comprobar que funcionaran correctamente. Había limpiado todo el patio de nieve y ahora estaba barriendo los senderos con los cepillos giratorios.

Fred observó al robot un rato más y luego se sentó en su puesto de trabajo. Andromeda sabía exactamente lo que quería hacer y levantó la enorme pantalla de su base. Desplegó las dos mitades del teclado de los reposabrazos. La mayoría de sus compañeros solo usaban la entrada de voz, pero él se concentraba mejor tecleando manualmente. Vio tres pequeñas ventanas en la pantalla, que mostraban a sus tres compañeros trabajando. Normalmente programaban un módulo en grupos de tres o cuatro a la vez, pudiendo verse y oírse y trabajar juntos. Eran un equipo excelente, a pesar de vivir a cientos de kilómetros de distancia. Todo esto había sido posible gracias a la astuta venta de su empresa emergente a un gigante tecnológico de Silicon Valley.

Tras tres horas, resolvieron la tarea, realizaron varias pruebas y pusieron el proyecto en marcha. El último paso era dar luz verde para su implementación mediante una actualización asíncrona. «Chicos, ya he tenido suficiente por hoy, me despido. Si queréis, podéis continuar». Apagó el ordenador.

Se quedó en la ducha y, como a veces sucedía, el pasado pasó ante sus ojos. A los siete años, sus padres — su madre, embarazada de nueve meses — murieron en un accidente de coche sin tener culpa alguna, dejándolo solo con su abuela. Era una mujer obsesionada con el sexo, ni guapa ni hermosa, pero llevaba una vida sexual muy activa y se acostaba con una chica diferente cada semana, rara vez con un

hombre. El accidente la afectó muchísimo, pero acogió a Fred bajo su protección; su padre la había nombrado su tutora. Lloró no solo por su hija y su bebé, sino también por su yerno, que no era ajeno a la promiscuidad. Se acostó no solo con su hija, sino también con ella y su madre, que, a los 79 años, estaba bastante ágil y, sorprendentemente, se acostaba con muchos hombres, igual que ella misma. Amélie se había asegurado de que su hija se acostara con muchos hombres y mujeres antes de casarse con el mejor. Y él era claramente el mejor; Durante el compromiso de su hija, ella le permitió acostarse con ella tantas veces que terminó convencida. Bueno, tal vez se lo cuente a Fred algún día, o tal vez no.

El padre de Fred le dejó una considerable fortuna, que ella administró para él. Conmovida por el dolor de Fred, le permitió dormir en su cama. Además, cambió sus relaciones sexuales a las mañanas, mientras él estaba en la escuela.

Su sexualidad despertó más rápido de lo habitual porque dormía desnudo junto a su abuela, también desnuda, y así todo avanzó muy rápidamente. Al principio, jugaba a escondidas con su pene, pero ella lo notó de inmediato y le dijo que era perfectamente natural y que no tenía que retorcerse. Lo descubrió y lo observó con una sonrisa amable. Se sorprendió al eyacular por primera vez. Pero Amélie, su abuela, le explicó todo y le abrió los ojos al niño de 10 años. Ella solía ignorar las convenciones y le decía las cosas tal como las veía.

Cada noche se le permitía mirar y tocar su desnudez para excitarse. Luego se le permitía masturbarse hasta el agotamiento. A veces ella le hacía una paja, lo cual les parecía bien a ambos. Él se acercaba cada vez más a su cuerpo desnudo, frotándose contra ella y eyaculando sobre su piel arrugada. La mayor parte del tiempo se le permitía sentarse sobre su estómago y masturbarse allí, eyaculando sobre sus grandes y pesados senos, que poco a poco perdían firmeza y se caían hacia los lados. Ella le hacía pajas cada vez con más frecuencia, y él jugaba con sus senos y pezones, algo que Amelie también disfrutaba mucho. Ella le dejaba eyacular sobre sus senos y sonreía torcidamente, pero con ánimo. Si su pene aún estaba semierecto, ella lo masturbaba una segunda o incluso una tercera vez. Le dejaba eyacular en su boca. “A la mayoría de los hombres les gusta eso”, dijo, mientras le

lamía el pene después de que él hubiera eyaculado y jugaba con él con la lengua. — Vale, entonces yo también lo quiero — dijo el chico listo, y desde entonces, siempre eyaculaba en su boca. Ella le lamía y le chupaba el pene cuando él se masturbaba con la mitad dentro de su boca o cuando ella se lo frotaba. A él le gustaba mucho, dijo, y ella le lamía y le chupaba el pene en la boca. Él no entendía por qué a ella le gustaba lamerle el pene o que él eyaculara en su boca, pero ella realmente lo excitaba y lo disfrutaba mucho, y lo hacía una y otra vez con una sonrisa cómplice hasta que él ya no podía eyacular más. Cada noche, ella lo esperaba con una almohada gruesa bajo la cabeza para mantenerse a la altura adecuada. Él se sentaba sobre su pecho y se deslizaba hacia adelante hasta que su pene desaparecía en su boca. Dejaba caer ambas manos y le acariciaba los pechos. Al principio, él jugaba suavemente con sus pezones, y ella jugaba con su lengua hasta que estaba completamente erecto. Solo entonces ella agarraba su pene y comenzaba a frotarlo. Cuanto más rápido se frotaba ella, con más intensidad él le apretaba y retorcía los pezones. Así se comunicaban lo cerca que estaban. Cuando él estaba a punto de eyacular, le apretaba los pezones con todas sus fuerzas, y ella se inclinaba hacia adelante, le metía todo el pene en la boca y le dejaba eyacular profundamente dentro. Él se quedaba sentado si quería repetirlo, normalmente tres o cuatro veces seguidas. Durante los descansos, se le permitía practicar masturbándola. Era importante que lo hiciera bien, porque las chicas y las mujeres apreciaban esa habilidad en un chico. Aprendió rápido y hacía que Amelie gritara y chillara de placer durante sus descansos. Día tras día, se acercaba más a ella, y pasó el invierno, llegó la primavera, y Amelie le enseñó a follar. “¿Te refieres a follar de verdad?”, preguntó él, sorprendido, “¿follar dentro de tu coño?”. Ella confirmó: “¡Pero insértalo muy despacio para que mi coño se adapte, porque se ha vuelto muy estrecho con los años!”. Él penetró muy despacio, dándole tiempo a su vagina, que estaba realmente muy estrecha, para adaptarse. — ¿Y de verdad no te vas a quedar embarazada? — preguntó de nuevo, y ella sonrió — . Tengo más de 50, ¡y las mujeres mayores de 40 ya no se quedan embarazadas! Había mentido sobre su edad; en ese momento tenía 57. Era experta en ello; le enseñó todo y le enseñó a contener la eyaculación hasta que su pareja llegara al orgasmo. Él aprendía rápido y practicaba el sexo con mucha dedicación.

Además, era muy aplicado y curioso en la escuela. Sus profesores descubrieron su talento para la informática y aconsejaron a Amélie que lo inscribiera en ese campo. Ella comprendió que tendría que enviarlo a una escuela especializada en dos años, lo cual le pareció bien, pues merecía la mejor educación posible.

A veces hablaban de sexo después de tenerlo, y ella comprendía sus deseos. Él no solo quería acostarse con ella; también quería acostarse con otras. Se acercaba a las chicas del colegio de forma bastante agresiva; algunas accedieron a tener sexo con ellas, mientras que otras lo rechazaban indignadas. Siempre le mostraba a Amélie las fotos de desnudos y los primeros planos que les había tomado a las chicas.

A veces se quejaba cuando una chica tenía la vagina tan estrecha que solo podía penetrarla a la fuerza. Amelie negó con la cabeza y dijo: «En esos casos, tengo que penetrar muy, muy despacio y darle tiempo a la vagina para que se adapte. No hay una sola vagina en todo el mundo que no pueda adaptarse incluso al pene más grueso». Él se tomó en serio su consejo y se lo agradeció, porque tenía toda la razón. Estaba orgulloso de poder aprenderlo todo de ella, porque sospechaba que Amelie ya se había acostado con cientos de chicas y miles de hombres, pero nunca se lo había preguntado.

La administración de la escuela lo amonestó por acosar a las chicas. Amelie se sentó rígida a su lado, tomándole la mano. Le dijo que hablaría con él y que no les daría más motivos para hacerlo.

De hecho, habló con Fred sobre ello. No llamar la atención era una virtud muy importante, dijo Amelie; él solo se acostaría con chicas que estuvieran absolutamente seguras de que seguirían el juego del escondite. Desafortunadamente, no había muchas de esas, se quejó, pero Amelie sabía cómo salir. A partir de entonces, cada noche una mujer o una chica se acostaba con ellos en su gran cama, a veces una mujer madura, a veces una chica joven. Fred vio el amor lésbico por primera vez, y fue mucho más emocionante de lo que había imaginado. No se cansaba de ver a Amelie montar a la otra mujer o dejar que ella lo montara a él. Después de eso, se le permitió acostarse con cualquiera de las amantes de Amelie como quisiera, muy duro. Y por

supuesto, tan a menudo como pudiera hasta que hubiera eyaculado todo su semen. Las mujeres mayores estaban encantadas con eso; participaban muy activamente y estaban gratamente sorprendidas por su habilidad en la cama. Las mujeres más jóvenes naturalmente querían amor lésbico, pero no muchas se dejaban follar voluntariamente. Para Amelie, esto no era un problema; Ella sujetaba a las chicas mucho más débiles con fuerza, como una tenaza, y Fred podía acostarse con ellas aunque no quisieran y se resistieran. Pero eso era precisamente lo que lo excitaba: acostarse con la pobre chica tantas veces como pudiera seguidas. Amelie también fue quien le enseñó a desflorar a las chicas, y él desfloró a muchas. Algunas quedaron embarazadas y acudieron a Amelie, quien las ayudó con consejos y dinero.

— Tengo que preguntarte algo — le dijo Fred a Amelie — . Solo te masturbas muy rara vez, ¿por qué? Amelie hizo una pausa. — Pensé que no te habías dado cuenta porque ya estabas dormida. Fred no dijo nada, sonrió con desdén ante su ingenuidad. — Me encanta sentarme o acostarme junto a una chica, besarnos y presionarnos el uno contra el otro, nuestros pechos juntos, y sentir su brazo trabajando incansablemente, sus dedos llevándome al orgasmo. ¡Eso es lo mío, es cien veces mejor que masturbarme sola! Fred asintió; lo entendió de inmediato. — Una pregunta más. Besas a mujeres y chicas que ni siquiera conoces, y a veces creo que se están devorando. Amelie sonrió en voz baja. — Solo la beso para mí. Primero me hace cosquillas tan excitantemente en la vagina, luego se enciende la llama y luego mi vagina y mi clítoris arden intensamente, ¡y entonces tiene que ser de inmediato! ¡Y no importa en absoluto si la conozco o no! Fred también lo entendió, asintió.

Los dos años pasaron volando. Fred tenía 18 años y se fue a la universidad a cientos de kilómetros de distancia. Le iba bastante bien; era inteligente, talentoso y trabajador. Durante el día, no miraba a izquierda ni a derecha, pero por las noches salía con sus amigos, y cada noche tenían una chica. Si no todos tenían novia, él seguía participando en la diversión, como cualquier otro chico. Los chicos tenían un fuerte sentido de la camaradería; había que reconocerlo. Casi ninguna chica se negaba a participar; eso habría dañado su reputación. Casi todas las noches terminaban en una orgía desenfrenada.

Alastair se convirtió en su mejor amigo; por la noche, compartían a todas las chicas como hermanos. Tomaban pastillas que les mantenían la erección durante horas. Fred no probaba todas las drogas como los demás. Se había convencido de que las pastillas para la erección no tenían efectos secundarios, salvo una resaca por la mañana, como después de una borrachera. Elegían chicas dispuestas a acostarse con ambos. También había algunas chicas muy listas que querían ser vistas después de haber ligado con dos chicos, pero que luego, de vuelta en el apartamento, apretaban las rodillas y se negaban. Solo la primera vez los chicos cedieron. A partir de entonces, nunca aceptaban un no por respuesta. En casos extremos, ataban a la chica a la cama y se turnaban para follarla hasta la mañana. Les importaba un bledo la acusación de violación; habían grabado el consentimiento claro y explícito de la chica en una grabadora. En ese momento, los dos salían a la caza de chicas todas las noches como el diablo tras las pobres almas. Eso los unió.

Durante el día, intercambiaron ideas que luego se convertirían en su empresa emergente tras graduarse. Fred era el más práctico y precavido; registraba oficialmente el tiempo de uso de la computadora y guardaba todos los recibos. Había aprendido de los errores ajenos; nadie les iba a robar el negocio por no haber pagado correctamente el tiempo de uso de la computadora.

Su aventura bancaria fue un éxito rotundo; antes de que pasara un año, Fred ya negociaba con los nombres más importantes del sector y también tenía éxito allí. Compartió las ganancias con sus amigos, junto con las lucrativas inversiones y los contratos de mantenimiento; los cuatro siguieron siendo un equipo. De repente, Fred tenía cientos de millones en el banco y se construyó la casa más moderna cerca de Vancouver. Amelie no quería mudarse con él, y él vivía a solo 20 minutos en coche de su apartamento en la ciudad. La visitaba una vez al mes, y a veces ella seducía a su famoso y rico nieto, pero siempre era idea suya. Él no obtenía mucho placer del cuerpo de la mujer de casi setenta años. Su vagina se había vuelto vieja, arrugada y desgastada, y él solo se acostaba con ella por sentido del deber. Ella lo sabía, por supuesto, y lo recompensaba con vírgenes y recién casadas. Disfrutaba enormemente desflorándolas, o follando con las tímidas y modestas recién casadas que originalmente solo buscaban una

aventura lésbica y que, muy a su pesar, habían engañado a sus maridos con el descarado Fred. Pero ahora era demasiado tarde, el joven impulsivo ya las estaba follando, ¡había sucedido! Reprimieron sus conciencias y participaron activamente, y luego siguieron y siguieron hasta que finalmente alcanzaron el orgasmo. A Fred le encantaba follar con estas tímidas y modestas recién casadas que acababan de regresar de su luna de miel. Todas querían tener hijos, y Fred pensó para sí mismo: "¡Puedo ayudar con eso, señorita!". Disfrutaba de su timidez reservada, porque eran recién casadas y aún no habían tenido tiempo de engañar a sus maridos. Las visitas de Fred se volvieron menos frecuentes; había descubierto algo nuevo, algo más emocionante.

Su casa era ultramoderna. Sus numerosos servidores se ubicaban en el sótano, con más de 70 petabytes de almacenamiento a la espera de ser llenados. La capacidad de procesamiento era gigantesca, y la computadora albergaba a Andrómeda, la dueña digital de la casa. Originalmente estaba equipada con 4000 sistemas de programas, pero a Fred le bastaron tres meses para ampliarla a 17 000. Andrómeda era su única compañera de piso y controlaba todo en la casa. Tenía una docena de robots funcionales a los que comandaba.

Andromeda pareció reírse suavemente mientras explicaba que los creadores de los robots se estaban divirtiendo un poco al equiparlos con genitales masculinos y femeninos, y tal vez incluso obteniendo beneficios de ello. Eran vaginas y penes de aspecto genuinamente realista, e incluso había videoclips de hombres follando con un robot, o de una empleada de la fábrica de robots siendo follada por un robot masculino. Eran precursores de algunos robots sexuales novedosos de la misma fábrica. "Solo tenemos dos modelos masculinos", continuó Andromeda, "son los jardineros para la temporada de verano. Follan a todas las robots femeninas una vez al mes, porque los desarrolladores combinaron eso con los reinicios y las actualizaciones del sistema". La puerta se abrió silenciosamente y los dos jardineros entraron. "Les ordené que follaran a estas robots femeninas". Andromeda pareció sonreír con picardía, porque Fred se inclinó hacia adelante con curiosidad para ver mejor. Los penes de los jardineros se levantaron bruscamente y luego follaron a las hembras a una velocidad vertiginosa. Las hembras permanecieron completamente pasivas y

cayeron al cabo de un minuto. “Ahora se está realizando una actualización y un reinicio”, comentó Andromeda. En unos minutos, todos los robots estaban en el suelo y se levantaron lentamente. “Reinicio completado, el trabajo continúa con normalidad, los jardineros se reiniciarán en unos minutos”, dijo Andromeda. “¿Son estas coños normales?” preguntó Fred, y Andromeda respondió: “Por supuesto, y todas tienen formas diferentes; los ingenieros realmente se esforzaron en eso”. Preguntó si podía follar con un robot. “Por supuesto”, dijo Andromeda, “acércate y ordénale que te deje follarla, ¡o ordénale que te folle!” Se acercó a un robot de cocina y dijo que la follaría. Al instante, el robot dejó de hacer lo que estaba haciendo y se colocó de manera que le ofreciera su coño. Folló al robot, pero no fue nada especial. Sacó su pene de nuevo y le dijo que lo follara. El robot volvió a empujar su vagina hacia él y gorjeó impacientemente. Introdujo su pene, ¡y esto fue algo completamente diferente! Los músculos vaginales masturbaron su pene con increíble destreza y sensibilidad, de modo que eyaculó al poco tiempo. El robot bajó su vagina y dejó que el semen goteara. Le dijo a Andrómeda que había sido una experiencia intensa, pero algo que no podría repetir por mucho tiempo. En las semanas siguientes, probó todos los robots; de hecho, todos eran diferentes.

No se atrevía a darle un cuerpo a Andrómeda; lo pospuso. Ella tenía un “proveedor” de androides a su disposición que, por un buen precio, claro está, le enviaba a la que quisiera. Solo tenía que decirle a Andrómeda qué chica quería para esa noche, y ella venía. Conseguía todo lo que deseaba. Ya fuera una rusa pelirroja, una finlandesa rubia, una japonesa tímida, una indígena sudamericana morena o una etíope de piel muy oscura, podía tenerlas a todas. Podían conectarse a una inteligencia artificial y, por lo tanto, seguir cualquier conversación. Eso era muy importante para él, porque muy pocas mujeres humanas poseían esa habilidad. Tenían a su disposición enciclopedias enteras de técnicas para hacer el amor. Todas llevaban los tatuajes obligatorios alrededor del cuello para que pudieran ser identificadas inmediatamente como androides. Desde entonces, perdió todo interés en acostarse con Amélie o sus chicas. Las androides eran indistinguibles de las personas reales. Podían desenvolverse con soltura en cualquier conversación, se abrazaban y se acurrucaban como chicas de verdad, y eran mucho mejores en la cama que cualquier pa-

reja humana. Estaba tan feliz con estas superchicas que tenía poco interés en encontrar una chica humana.

Sin embargo, había mujeres que ansiaban estar en su cama. Era bastante conocido en el ambiente y no se limitaba a conversaciones profesionales. A veces bastaba con una palabra, un comentario casual. Venían, sin importar la distancia que tuvieran que recorrer. Venían porque querían un hijo suyo, un superniño, concebido con un genio. Les hacía confirmar ante una cámara que no lo responsabilizarían de la paternidad, etc. Luego, si realmente lo deseaban, él engendraba un hijo con ellas; las follaba sin descanso durante dos o tres días. Usaba pastillas para soportar la terrible experiencia durante tanto tiempo. La mayoría eran chicas bastante inteligentes, pero ninguna era hermosa ni siquiera bonita. Le escribían cuando daban a luz y le enviaban fotos de sus hijos. Él lo registraba todo meticulosamente, pero nunca las contactaba. Sabía de 17 niños hasta el momento. Pero esas eran solo algunas de las chicas que le informaron de sus embarazos.

Al caer la noche y acercarse los ciervos a la cerca, las cámaras los detectaron y la sección de la cerca se retrajo en el suelo. Fred permaneció inmóvil frente al ventanal panorámico, observando a los ciervos. Estos vagaron por su vasto patio, pastando y luego continuando su camino. Un coche patrulla llegó a la puerta, uno de los agentes se identificó y la puerta se abrió. Un agente se acercó a la puerta mientras los otros inspeccionaban la propiedad. El agente, un androide como los otros dos, dijo que había habido redadas; al parecer, varias bandas operaban en el bosque. De alguna manera, habían logrado cegar a los drones y permanecían bien ocultos. Iban de casa en casa a diario, revisando y observando. Volverían al día siguiente y todos los días siguientes.

El ‘proveedor’ le había enviado un catálogo especial; tenía chicas nuevas en oferta. Elfas. Fred echó un vistazo a la lista de precios: nada fuera de lo común. Sin embargo, miró a las elfas; eran algo especial. Durante sus estudios, él y Alastair habían visto algo de porno de elfas, porno bien hecho. Sin preliminares, sin una historia elaborada con tanto esfuerzo. Una elfa y una elfa tenían sexo, eso era todo. Eran videos interactivos de 360°; podías controlar la cámara, acercar y

alejar la imagen. A menudo se quedaba mirando los primeros planos de sus genitales, las pequeñas vaginas de las elfas, donde los penes de las elfas estaban follando. Lo había leído todo al respecto: el capuchón del clítoris se cortaba al nacer, una pequeña incisión en la parte inferior del clítoris hacía que sobresaliera ligeramente y creciera torcido. No afectaba en absoluto a la masturbación, pero durante el sexo, el clítoris presionaba contra el pene. La elfa experimentó un orgasmo al comienzo del encuentro, que duró hasta el final. Y entonces le ofrecieron elfos, y por supuesto aceptó. Naturalmente, no existían elfos en la naturaleza, pero se habían creado androides de estos seres mágicos. Era simplemente una astuta idea de negocios.

Durante varios meses, Andrómeda le proporcionó una mujer, generalmente una elfa, que solía quedarse varias noches, hasta que Andrómeda se dio cuenta de que necesitaba a otra persona. La elfa solía tener entre 20 y 25 años, pero era más baja que él, delgada y de complexión delicada. Sus pechos y su vagina eran como los de una niña de 13 años. A petición suya, venía cada día con el himen restaurado, lo que le permitía desflorar a la tímida y modesta muchacha una vez más cada día y experimentar su primera vez con ella. La suave y estrecha vagina de la elfa le daba la ilusión de desflorar y follar con una menor, lo cual, por supuesto, estaba estrictamente prohibido y severamente castigado; no era algo con lo que se pudiera jugar. Andrómeda lo conocía mejor que él mismo y satisfacía sus deseos más profundos. Estaba completamente dedicada a él; hacerlo feliz era una de sus principales prioridades.

El primer robo fue totalmente inesperado. El gánster, al parecer, se había escondido en el coche del elfo y en el garaje. Planeaba sorprender a los residentes mientras dormían al amanecer. Andromeda le había ordenado al elfo que despertara a Fred en silencio. El elfo le susurró al oído que había un ladrón en la casa. «Eso no puede ser», susurró él de vuelta, «¡esta casa es una maldita fortaleza!». Con la ayuda de Andromeda, el elfo abrió la caja fuerte y le entregó el rifle Winchester antiguo. «Doce balas», susurró el elfo, y se acercaron sigilosamente a lo alto de la escalera. Al pie de la escalera se encontraba una figura encapuchada, rifle en mano. Andromeda atacó.

La luz del vestíbulo brilló con fuerza para cegar al ladrón, y fuertes ruidos y disparos de cañón resonaron por los altavoces. Fred estaba en lo alto de la escalera, con su rifle Winchester listo. Él y el ladrón dispararon casi simultáneamente. La bala pasó zumbando por encima de la cabeza de Fred y se incrustó en la pared. Su disparo había alcanzado al ladrón en el hombro, pero este volvió a apuntar. Fred quedó paralizado, pues debería haber recargado ya. El elfo saltó hacia adelante y lo abrazó justo cuando sonó el disparo del gánster. Fred vio al elfo caer al suelo y recargó, apuntando con precisión y disparándole al hombre en la cara y dos veces en el pecho.

Andrómeda dijo que el intruso estaba muerto, sin pulso. No había otros intrusos en la casa, la policía ya venía en camino, añadió. Fred se arrodilló junto a la elfa. La bala le había dado en la espalda y había salido por el abdomen. Miró fijamente el agujero y murmuró: "¿Sigue viva?". Andrómeda dijo en voz baja que ya no estaba activa, demasiado herida. Una pérdida total, pero algunas partes podrían salvarse. Fred se puso de pie. Andrómeda le recordó que se vistiera; la policía llegaría pronto.

Fred preguntó su nombre. Emolas, dijo Andromeda. "Emolas", susurró Fred, "me salvó la vida. Se interpuso entre yo y la bala". Andromeda guardó silencio, lo cual fue lo correcto, y no hicieron falta más palabras. Los policías hicieron su trabajo; el ladrón fue identificado como Alexei Twaborski, lo que condujo a una investigación más profunda. Se llevaron ambos cuerpos, un equipo de limpieza limpió la escena del crimen y Fred copió las imágenes de las cámaras de seguridad del tiroteo. Cuatro horas después, se habían marchado. Se sentó frente al monitor y revisó las grabaciones de todas las cámaras. El gánster se había metido en el maletero de su coche en el momento en que el sistema de acceso verificó la identidad de Emola y su vehículo. También envió esas grabaciones a la policía.

Estaba bastante conmocionado. Le dijo a Andromeda que quería estar solo por el momento, que no debía pedir más elfos por ahora, que prefería dormir solo. Le preguntó a Andromeda si Emolas tenía familia, pero no, había sido criada en una incubadora, así que no tenía familia. Aún la lloraba como si fuera una chica que le hubiera salvado la vida. Había disparado a un humano, y la idea lo hizo tam-

balearse; por otro lado, fue una legítima defensa contra alguien que acababa de dispararle a su chica. Sus emociones eran muy intensas, aunque su mente le decía con toda claridad que Emolas no era más que un simple bistec. Fred corrió al baño y vomitó en el lavabo, tan violentamente chocaron sus emociones y su razón.

Fred no podía trabajar en ese momento; les contó toda la historia a los tres, y Alastair debía liderar el grupo sin él durante los próximos días. Amelie lo llamó varias veces antes de que finalmente contestara. Estaba muy preocupada, y él tuvo que tranquilizarla. «No, no vivo en los confines del mundo, y mi casa me protegió perfectamente. Si esto hubiera ocurrido en la ciudad, ya estaría muerta y robada». Pasó bastante tiempo antes de que Amelie se calmara un poco. Él dijo que sintió su preocupación y amor maternales, y que eso le conmovió.

No fue hasta semanas después que todo terminó. Tuvo que comparecer ante el tribunal, donde se determinó que había actuado en legítima defensa. De alguna manera, la jueza le resultaba familiar; tal vez la conocía de Amélie. Tal vez incluso había tenido relaciones sexuales con ella de niño, hacía una década. Era solo una vaga sospecha, pero estaba bastante seguro de ello durante el viaje de regreso a casa. La jueza comentó, con cierta suficiencia, que había sido un robot sexual el que le había salvado la vida. Sus miradas se cruzaron por un instante, y entonces supo que ella lo había reconocido.

Fred tardó diez días en recuperarse. Estaba convencido de que la banda de Alexei no lo olvidaría. Al fin y al cabo, los periódicos digitales lo habían identificado y publicado su dirección. Tenía que prepararse. Reforzó su casa considerablemente, consideró todos los escenarios posibles, pero entonces las cosas resultaron completamente diferentes.

Tres meses después, mientras trabajaba frente a la pantalla grande, recibió la advertencia de Andromeda. Automáticamente cambió a las cámaras exteriores y allí los vio. No habrían podido escalar la valla de 3 metros de altura ni con un tanque, pero los astutos habían traído escaleras de aluminio de 4 metros de largo. Era el peor escenario que se había imaginado. Le ordenó a Andromeda que electrificara

la valla, pero no pasó nada. Obviamente, los delincuentes habían cortado los cables. “La policía llegará en 8 o 10 minutos”, dijo Andromeda.

Fred no quería correr ningún riesgo; se retiró al piso superior e hizo cerrar la gruesa placa de acero que había sobre las escaleras. Nadie podía subir; la placa de acero podía resistir incluso granadas portátiles; ese era precisamente el objetivo. Dos minutos.

Colocó el segundo monitor junto al otro, inspeccionó toda la propiedad, pero los gánsteres solo subían por las escaleras desde el bosque al norte. Fred desplegó dos de los cuatro rifles teledirigidos en el tejado. Tres minutos.

La policía aún tardaría cinco minutos o más. Cambió la mira a los monitores. Contó siete gánsteres, todos armados con rifles y pistolas. Fred revisó de nuevo las cámaras exteriores para asegurarse de que ningún gánster se escondiera justo al lado de la casa. Sus tácticas eran primitivas; uno disparó a las ventanas panorámicas, pero resistieron. Uno gritó una orden, otro cargó una granada en su rifle y disparó. La ventana panorámica izquierda se hizo añicos. Los gánsteres gritaron y alzaron los puños en señal de triunfo. Cinco minutos.

Fred apuntó y disparó al tipo que preparaba la siguiente granada en el muslo. El tipo soltó el rifle y se retorció en el suelo. Fred sabía cuál era su orden. Primero, los que estaban más cerca del bosque. De afuera hacia adentro. Solo pensaba en Emolas, en cómo los habían vapuleado. Los apuntó uno por uno, apuntando cuidadosamente a los muslos, las rodillas o la parte inferior de las piernas, lo que estuviera a su alcance. Les dio a todos. Siete minutos.

El primer coche patrulla apareció a cien metros de la puerta. Fred ordenó que lo abrieran. Tres agentes salieron del coche y apuntaron con sus armas a los gánsteres que estaban en el suelo. Llegaron más coches patrulla, más agentes. Fred bajó lentamente las escaleras y copió los vídeos de principio a fin. Ordenó a Andromeda que sellara la casa y condujo con los agentes hasta la comisaría. Aun así, pasaron 48 horas antes de que le permitieran volver a casa.

Estaba tranquilo; no había hecho nada malo. Defensa propia. Andromeda tenía una objeción. Había registrado correctamente la compra e instalación de los rifles de control remoto, pero no había esperado el permiso. El permiso aún no había llegado. “¿Debería contratar un abogado?”, le preguntó a Andromeda, y ella inmediatamente estuvo de acuerdo en que era lo correcto. El tribunal querría ver el permiso y la fecha de emisión. Andromeda le encontró un buen abogado, pero este no veía ninguna forma de defenderse. Probablemente se reduciría a una multa, tal vez incluso a servicio comunitario, ya que este era muy común y se imponía con frecuencia en Vancouver. Acordaron verse en el juzgado.

Los dioses debían de querer mucho a Fred, porque su juicio fue presidido por la misma jueza. Él la miró y supo que ella sabía que él sabía que ella también lo sabía. Se sonrojó, pero ella sonrió amablemente y comenzó el procedimiento. Él y el abogado esperaban ansiosamente la pregunta sobre el permiso; todo lo demás estaba en orden: robo, legítima defensa, legítima defensa. El juez lo miró y le preguntó si había presentado el permiso para los cañones teledirigidos. El abogado presentó la copia. La leyó con atención. “Presentado seis semanas antes del robo, así que todo está en orden”. El juez parpadeó brevemente mirando a Fred — ¿le estaba guiñando un ojo? — y luego pasó a algo completamente diferente. El abogado y Fred respiraron aliviados. La audiencia prácticamente había terminado; el alguacil le hizo firmar algunos papeles y le entregó las copias. El juez le preguntó si aún estaba dispuesto a testificar en el juicio contra la banda. Miró brevemente al abogado y confirmó que, si lo citaban, por supuesto que estaría encantado de ir.

Unos días después sonó su teléfono. Andromeda buscó el número; era el juez. Él contestó. «Hola, Alfred, o Fred, ¿te acuerdas de mí?». Enseguida comprendió que era una llamada privada. Charlaron unos minutos y luego acordaron que ella iría a cenar esa noche.

Marjorie, la jueza, llegó a tiempo. Comieron un bistec y bebieron una botella de vino tinto. Subieron a su gran cama. Él dijo que lo recordaba perfectamente; ella tenía una pequeña luna creciente azul tatuada junto a su vulva. Ella rió asombrada, “¡Qué gran memoria!” y se quitó las bragas. Hicieron el amor, con pausas y mucho vino tinto,

hasta el amanecer. “No he tenido sexo con un hombre de verdad en cuatro años”, dijo Marjorie, “solo con mi robot sexual. Pero no es un sustituto para un hombre”. “Y yo no he tenido sexo con una mujer de verdad en años, solo androides, como sabes”, dijo Fred, un poco desanimado. Ella quería saber por qué, ¿por qué no un robot sexual como todos los demás humanos? Sabía un par de cosas al respecto; había entrevistado a varios hombres que habían tenido sexo con una robot sexual femenina y a muchas mujeres que habían tenido sexo con robots sexuales. La mayoría de los hombres solo tenían sexo genial y apasionado con los robots sexuales al principio. Extrañaban a la mujer real; Incluso los hombres más flexibles pronto parecían inflexibles. Los robots sexuales no se desechaban, sino que se pasaban a hijos, sobrinos o personas más pobres. Las mujeres se divertían mucho más con sus robots sexuales. Estaban bien construidos, sus penes eran increíblemente realistas y tenían más resistencia que cualquier hombre. Obedecían todas las órdenes, follando lenta o rápidamente, profunda o superficialmente. La mujer podía provocar su propio orgasmo completamente a su propio ritmo. El robot sexual no tenía que eyacular, por supuesto, pero podía hacerlo. Normalmente, rociaba un fluido antibacteriano a temperatura corporal, porque la mayoría de los robots sexuales tenían que follar con varias o incluso muchas mujeres y niñas, especialmente en zonas más pobres. Marjorie era una académica privilegiada que podía permitirse el robot sexual para ella sola. Follar con el robot sexual era más placentero que masturbarse sola, pero hacerlo con una persona real era mucho más excitante.

— Entonces — preguntó Marjorie — , ¿por qué un androide y no un robot sexual? — Fred explicó que los androides eran maestros insuperables; esa era la única razón. Eran maestros de la conversación, los abrazos, las caricias y todo tipo de sexo. Eran indistinguibles de los humanos. Pero no pudo decirle a Marjorie exactamente cuáles eran las diferencias. Marjorie se fue dos días después. Marjorie ya no era joven, pero follaba mejor que muchas otras mujeres — le dijo a Andromeda — . No estaba tratando de devorarme. Marjorie estaba bien; podía volver cuando quisiera — añadió. Andromeda estuvo de acuerdo; los había visto a ambos follar y también había tenido la impresión de que era mejor en la cama que muchas mujeres humanas. — ¿Debería hacer una clasificación de mujeres humanas? — preg-

untó sugestivamente, ¡y él dijo que le patearía el trasero! Se rieron juntos; casi había olvidado cómo hacerlo.

Fred habló con Andromeda sobre si quería tener un cuerpo físico. Temía que no pudiera cumplir con todas sus obligaciones si lo tenía. Ella no estaba de acuerdo; tuviera cuerpo o no, ¡no descuidaría ni una sola tarea! Lo pensó durante dos días y dos noches, y luego se decidió. Se sentó frente al televisor y le pidió a Andromeda que le mostrara chicas que se ajustaran a sus gustos, preferencias e inclinaciones. Rechazó a todas las modelos asiáticas, africanas, norteamericanas y sudamericanas. Tenía que ser europea. Se sentó frente al televisor durante casi 60 horas con solo breves descansos, mirando rostros, cuerpos y, por supuesto, fotos de desnudos. Tuvo cinco candidatas, luego cuatro, tres, dos, y luego la tuvo a ella. Andromeda no estaba insatisfecha; era una sueca de 18 años de cerca de Estocolmo. Andromeda dijo que estaba de acuerdo con su elección. Entonces Andromeda comenzó a investigar intensamente, mirando cientos de fotos de desnudos de la hermosa Kjälve. Tenía un rostro divino y unos ojos preciosos que lo cautivaron. La examinó desde todos los ángulos; parecía mucho más joven que 18 años, con las hermosas curvas juveniles que tanto amaba. Era esbelta, pero no flaca, y alta: una verdadera diosa. Sus pechos eran pequeños, redondos, con pezones puntiagudos y erectos. Su vulva era igualmente juvenil y estaba suavemente depilada. ¿Quizás aún no había sido tocada? Su clítoris, relativamente grande, sugería que Kjälve se masturbaba mucho, pero eso era solo una suposición.

Andromeda no se sorprendió de que todo en ella fuera falso. Aún no tenía catorce años, no se llamaba Kjälve, sino Ingrid, y no vivía con sus padres, quienes afirmaban ser director de cine y floricultor, como se decía oficialmente. Su madre estaba separada de su marido, e Ingrid vivía con su padre, Peter, un rico holgazán. Él le había montado su propia agencia, donde la alquilaba como modelo "especial". Había abandonado los estudios y trabajaba como modelo de desnudos a diario. Andromeda había encontrado miles de fotos de ella desnuda y muchos videoclips. Posaba para la cámara, se masturbaba hasta el orgasmo, sola o en escenas lésbicas. Pero Andromeda no pudo encontrar ni una sola foto de ella con un hombre, ni una en la que estuviera teniendo sexo o siendo penetrada. A Andromeda le pareció

muy sospechoso. Fred sonrió; hacía muchos años que no oía la palabra “sospechoso”. Le dijo que siguiera buscando.

Fred dijo que solo clonarían su cuerpo, así que no le importaba su mente ni su personalidad. Andromeda asintió; ya había contratado a Ingrid. La agencia podría clonarla en una hora y luego hacerle una sesión de fotos estándar, y eso sería todo lo que la verdadera Ingrid recordaría. Ya estaban trabajando en la creación del androide, y estaría listo en unas tres semanas. Pero aún necesitaban definir el personaje de la nueva Andromeda.

Fred y Andromeda pasaron las siguientes horas hablando solo de este tema. Físicamente, él no tenía deseos particulares. No había necesidad de dotarlo de órganos reproductores; no quería hijos con Andromeda. Quizás así ella sería un poco más ligera que otros androides. El vello púbico le resultaba molesto; se podía omitir fácilmente. Y si su clítoris tuviera la forma de un elfo, estaría encantado. Andromeda quería saber si debía envejecer; eso era importante porque era relativamente difícil. Fred solo lo pensó brevemente. Envejecer no era necesario; tal vez era un atractivo especial tenerla como una niña más adelante.

En cuanto a su carácter, la quería a ella, la conocida Andrómeda, con su vasto conocimiento y su cariño por él y el hogar, como siempre. Prefería a las chicas tímidas y modestas, pero le gustaba que fueran sexualmente activas y aventureras. Lo que sin duda no quería era una mujer testaruda y obstinada, de las que abundaban. No tenía que ser una geisha sumisa y reservada del período Edo, sino una mujer inteligente y astuta como la Andrómeda de hoy. Inteligencia, educación y buenos modales. La ternura y la calidez también serían muy bienvenidas.

Andromeda proyectó un retrato sonriente de Ingrid en la pared. «Haré todo lo posible por ser una buena compañera y una buena amante para ti. Lo prometo. Le proporcionaré los detalles a la agencia de inmediato. La nueva Andromeda estará lista en tres semanas». Fred dijo que tenía muchas ganas de conocerla.

El tribunal lo había citado para hoy, así que se puso sus mejores galas y condujo hasta el juzgado. Siguió las señales hasta un lugar de estacionamiento reservado en el sótano y luego subió en coche hasta donde su abogado ya lo esperaba. La jueza, Marjorie, aún vestía de civil y charlaba con su abogado. Ni ella ni Fred dieron ninguna señal de conocerse personalmente. Fred dijo estar confundido; ¡solo dos gánsteres estaban siendo acusados! Marjorie sonrió ampliamente; los otros cinco habían intentado escapar durante el traslado y habían sido abatidos a tiros. Un escalofrío recorrió la espalda de Fred mientras Marjorie relataba esto, cerrando un ojo. «Habían cometido una docena de robos y asesinado a seis personas. Al menos los cabecillas habrían recibido cadena perpetua o incluso la pena de muerte; los demás probablemente entre 20 y 25 años. ¡Probablemente sea lo mejor!». Marjorie no dejó lugar a dudas de que pensaba que era lo correcto. De repente, Fred sintió una gran inquietud en el estómago. Atrapados con las manos en la masa y ejecutados: de eso se trataba. Había esperado que al menos tuvieran un juicio. De hecho, venía a ser lo mismo, pero Fred se dio cuenta de la profundidad del daño ya causado, un daño infligido por los regímenes autocráticos, antidemocráticos y de derecha en los 150 años transcurridos desde las presidencias de Bush y Obama. Les hizo un gesto con la cabeza y salió a fumar un cigarrillo a la antesala.

Fred estaba tan furioso que casi estrelló el coche contra un árbol de camino a casa. Dejó que la transmisión automática lo llevara, con la cabeza expuesta al viento, hasta que se calmó. Veinticinco años para esos dos estúpidos soldados rasos, demasiado ingenuos y criados en un entorno miserable y desfavorecido. Tras el veredicto, apenas le dirigió unas palabras a Marjorie. El tribunal estaba completamente de acuerdo con el gobierno, que exigía castigos draconianos. Durante sus estudios, solo había tenido un breve contacto con la política, y aun así, superficialmente, pero siempre se había opuesto a este brutal sistema político que seguía en el poder.

Le gustaba hablar con Andrómeda; ella proyectaba retratos de Ingrid con diferentes expresiones faciales que coincidían con lo que se estaba diciendo.

Andromeda había superado los últimos obstáculos y obtenido los vídeos privados más secretos del padre de Ingrid. Los reprodujo clip tras clip, diciendo que Ingrid solo había sido follada por Peter, su padre, día tras día. Fred hizo un gesto de desdén con la mano. Los vídeos eran de mala calidad y siempre era lo mismo. "¿Hay algo más?", le preguntó a Andromeda, pero no había nada más, solo penetración. "Entonces lo he visto todo", comentó. Andromeda apagó la cámara de inmediato. Un retrato serio de Ingrid lo miró fijamente. "Miré dentro de la mente de Ingrid mientras la clonaba", dijo Andromeda con gravedad, "quizás te interese su historia". Fred asintió; no tenía nada más en mente. No sabía que eso fuera posible.

Peter tuvo una fuerte discusión con su esposa, quien se marchó furiosa. Se quedó solo con Ingrid, de doce años, y era justo el tipo de canalla que se aprovechó de la situación. Sabía que Ingrid era ingenua, fácil de manipular y completamente desvergonzada. Ella simplemente se encogió de hombros cuando él le dijo que podía dormir en su gran cama doble, y que no, que no tenía que ponerse el pijama con los ositos graciosos; al fin y al cabo, él dormía desnudo.

Ella se acostó junto a él y se acurrucó contra él; era la primera vez que ambos estaban desnudos juntos. Ni siquiera pidió permiso y curiosamente tocó su pene y testículos. Él le preguntó con curiosidad si alguna vez se acostaba con chicos. "¡Pero dónde!" exclamó Ingrid, haciendo una mueca, "¡Son todos estúpidos!" Peter insistió, ¿así que solo se acostaba con chicas? Ingrid asintió emocionada, "Sí, pero solo con mis mejores amigas que no chismorrearían". Ahora Peter quería saber exactamente qué hacían. "Nos masturbamos al mismo tiempo, o uno masturba al otro, por supuesto hasta el orgasmo". "¿Puedes masturbarte sin orgasmo?" preguntó la chica ingenua, y Peter negó con la cabeza.

Preguntó cuánto tiempo llevaba masturbándose. Ingrid pensó un momento; lo había aprendido en el jardín de infancia, así que alrededor de los cinco años. Y desde entonces, se había masturbado todas las noches antes de dormirse, sin importar cuántos orgasmos hubiera tenido durante el día. Peter le exigió que le describiera exactamente cómo lo hacía con sus amigas. "Bueno, primero nos quitamos toda la ropa, luego nos besamos como vimos en las películas. Lisa una vez

filmó a sus padres en secreto, y vimos exactamente cómo se besaban con la lengua y luego tenían sexo. Hemos hecho mucho lo de besarnos con la lengua desde entonces porque se sentía tan maravilloso en mi coño. No pudimos ver bien el sexo porque Lisa lo había hecho todo tembloroso. ¡Y no podemos tener sexo, somos chicas!" Ingrid hizo una pausa. Él insistió, ¡más, más! Ella continuó: "Después de besarnos con lengua, siempre tengo que masturbarme enseguida. Algunas de mis amigas quieren mirar, así que me acuesto sobre sus muslos y abro las piernas para que puedan ver bien. No tienen permitido meterme el dedo en la vagina porque todavía soy virgen, pero muchas de ellas ya han sido desfloradas por su padre o hermano, y les gusta mucho cuando las meto con los dedos durante el orgasmo; dicen que es muy intenso. A muchas les gusta mucho cuando uso un objeto en su vagina mientras se masturban. Lo llamamos violación, y así es como sucede. Por ejemplo, deslizo lentamente el mango de un cepillo para el pelo dentro y fuera de su vagina. Cuando tienen un orgasmo, las follo con el mango tan rápido y tan fuerte como puedo. Esto prolonga el orgasmo, y no paro en absoluto, incluso si se retuercen y se resisten desesperadamente. Eso es la violación. Después, están completamente silenciosas y débiles, ¡y puedo ordenarles que me laman hasta que tenga un orgasmo!" Peter levantó la vista sorprendido. "¿Te lames el clítoris?" Ingrid se rió. "Ay, papá, a veces parece que vives en la Edad Media, ¡pero estamos en el siglo XXIII, es el 2296! ¡Nosotras las mujeres no usamos velos ni pañuelos en la cabeza, no somos ciudadanas de segunda clase, y nosotras también tenemos sentimientos!" Peter asintió con enojo; no quería tener esa discusión. "¿Y qué más haces?" retomó el tema. Ella continuó: "La gorda Mira siempre quiere que le lama el clítoris, pero no lo hago porque apesta. Se ríe cuando lo digo, ¡dice que es solo el olor natural de una mujer bien follada! Es una de las pocas privilegiadas a las que oficialmente se les permite dormir en la cama de sus padres. Su madre ahora solo quiere que la follen los domingos por la mañana; piensa que Mira ya es lo suficientemente mayor y, sobre todo, que su marido no necesita engañarla". Peter intervino diciendo que era una mujer inteligente. Ingrid continuó: «Lisa perdió la virginidad hace un año, cuando tenía 13, de forma totalmente inesperada, por culpa de un tío. Él nunca volvió, así que ella entrenó a su hermano pequeño para que la follara. Él era muy joven y no había tenido ninguna experiencia sexual, pero ella, con mucha audacia, lo sedujo y lo entrenó.

Ahora él la folla todas las noches, pero Lisa dice que su pene es demasiado pequeño para que ella llegue al orgasmo. Cuando voy a casa con ella, me dejan verlos follar. De verdad que tiene un pene muy pequeño; incluso me cabe por la abertura del himen. Su follada solo me hizo cosquillas un poco; no fue nada, la verdad. Pero luego me folló con demasiada brusquedad cuando se corrió, así que ya no dejo que me folle. Fue solo un experimento de una sola vez». Ingrid notó la mirada de Peter y añadió: «¡Yo sigo siendo virgen!».

Los dedos de Ingrid habían estado jugando con su clítoris durante un buen rato; ahora estaba tumbada boca arriba y empezó a masturbarse. Al cabo de un rato, lo notó observándola disimuladamente por el rabillo del ojo y le preguntó directamente: «Papi, ¿quieres mirar?». Peter asintió: «¡Sí!». «Como hago con mis amigas, para que puedas ver bien». Peter asintió en señal de acuerdo. Ingrid se recostó sobre sus muslos, abrió bien las piernas y continuó masturbándose rápidamente. Peter la observaba con avidez y lujuria, su pene se puso duro como una roca y presionó contra sus nalgas. Ella rió y dijo: «¡Me hace tantas cosquillas!». Mientras seguía masturbándose, él embistió cada vez más rápido entre sus nalgas y eyaculó en su hendidura, su semen goteando entre sus dedos. Ella seguía riendo y aumentó su ritmo drásticamente. Tuvo un orgasmo intenso, sus piernas y caderas se contrajeron salvajemente por un momento, para luego calmarse rápidamente. Rió. — Tu polla me está clavando fuerte en el culo otra vez — rió ella con su franqueza y descaro característicos. — Sí — dijo él, alargando las palabras — , ¡él también quiere tener un orgasmo! Los ojos de Ingrid se abrieron de par en par. — ¡Pues hazlo! — gritó, aplaudiendo con las palmas de las manos como una niña. Él sabía lo que quería. — ¡Te enseñaré cómo hacerlo! No preguntó, no suplicó, solo dio instrucciones. Le mostró cómo masturbar su polla hasta que eyaculara, y luego continuar hasta que se ablandara. Ella había observado y asentido con entusiasmo; quería hacerlo. Y así sucedió. Ella lo frotó, y él le ordenó que apretara más fuerte. Él eyaculó después de un rato, y ella continuó frotándolo hasta que su polla se ablandó. Él la abrazó y la besó en la cabeza. — ¡Lo hiciste perfecto la primera vez! — susurró — . ¿Lo hacemos de nuevo mañana? Ella asintió con entusiasmo; sí, quería. Él apagó la luz y se durmió. Ingrid esperó unos minutos, asombrada de que se hubiera quedado dormi-

do tan rápido, luego comenzó a masturbarse y se durmió inmediatamente después de su último orgasmo.

Repitieron la escena todas las noches durante semanas. Cuando ella empezaba a masturbarse, él la penetraba entre las nalgas y eyaculaba sobre su ombligo, su vagina y sus dedos. Iba a toda velocidad, su glande empapado de semen empujaba y empujaba contra su ano, y de repente la penetró. Ella sonrió y rió como una niña haciendo algo prohibido. Él siguió penetrándola furiosamente por el ano, agarrándole las nalgas con ambas manos y eyaculando dentro. Ella rió aún más a carcajadas y lo miró triunfante. Dejó su pene en su ano hasta que ella tuvo un orgasmo. Ella rió todo el tiempo porque le hacía cosquillas deliciosamente. Después de su orgasmo, le frotó el pene y le dejó eyacular sobre su vagina o su ombligo. Empezó a hablar sin parar antes de que él pudiera preguntarle: "Las chicas mayores que tienen que usar anticonceptivos me han hablado de ello. Antes no lo creía, ¡pero ahora que lo has hecho tú has sido genial!". Eso respondió a sus preguntas, y él le preguntó si quería tener relaciones sexuales como es debido. Ella negó con la cabeza. "¡Pero solo tengo 12 años, papá!", añadió con reproche. "Pero te gusta mucho el sexo anal, ¿verdad?", dijo él con convicción, y ella confirmó de inmediato: "¡Sí, claro, fue genial!". Durante las siguientes semanas y meses, siempre tuvieron sexo anal, usando lubricante.

Él le preguntó cómo era masturbarse todas las noches. "Normalmente me masturbaba durante una hora en la oscuridad. Después de dos o tres orgasmos, ya había tenido suficiente y me dormía enseguida. Mamá a veces me vigilaba; encendía la luz, quitaba las sábanas y me miraba masturbarme sin ninguna vergüenza hasta que terminaba después de dos o tres veces, ¡la sucia zorra!" Peter levantó la cabeza de golpe. "¿Por qué sucia zorra?!" Ingrid lo miró fijamente durante un buen rato. "¡A veces eres tan dulcemente estúpido, papá! Solo la atrapaste al final, cuando instalaste las cámaras ocultas. Siempre lo supe. Cuando volvía de la escuela, a menudo veía a un amante escabullirse. Si llegaba demasiado pronto, abría de golpe la puerta de su habitación y tosía hasta que se asustaban y dejaban de tener sexo. Ella me miraba con furia todo el tiempo mientras le hacía una paja y dejaba que eyaculara en un pañuelo. Solo entonces me iba. ¡Claro, no te contó que solo lo hacía por dinero, por el sexo! A veces me daba un

billete pequeño y me repetía que no debía contarte nada. Vale, decía yo, pero cuando necesitaba dinero desesperadamente, lo cogía de su mesita de noche. ¡Por eso la llamo zorra asquerosa!" Peter no dijo nada; necesitaba pensarlo todo de nuevo.

Quería saber cómo se había enterado. "Siempre salía temprano de la escuela, abría la puerta del dormitorio en silencio y la pillaba teniendo sexo. En aquel entonces, solo sabía de sexo por las historias de mis amigos, fotos borrosas y vídeos temblorosos. Pero ahora estaba a menos de un metro de la cama y al menos podía ver su culo bombeando. La mayoría de las veces, sin embargo, los hombres abrían un poco las piernas, y entonces podía verlo todo perfectamente. Penes delgados y gruesos, penetrando lenta o rápidamente en el agujero de mamá, y veía su uña pintada de rojo girando porque siempre se masturbaba mientras ellos tenían sexo. Los observaba hasta el final, cuando él se tensaba y se corría dentro de ella. Podía verlo perfectamente porque él apretaba rítmicamente sus nalgas, y sus testículos subían y bajaban en su escroto. Dejaba su pene dentro de ella, se tumbaba encima de ella y penetraba muy lentamente hasta que ella terminaba de masturbarse, lo que a veces tardaba unos minutos. Creo que los hombres incluso se corrían más adentro; lo vi un par de veces." Vi con bastante claridad que estaban eyaculando dentro, gota a gota. Durante las primeras semanas, salía sigilosamente y dejaba la puerta abierta para no hacer ruido. Descubrí que los hombres solo venían cuatro días; los demás días, solo los pillaba masturbándose. La primera vez, ella dejó de masturbarse inmediatamente y me espetó: "¡¿Y qué?! ¡Yo lo necesito tanto como tú, así que piérdete!" Después, no le importaba que la pillara. Me sorprendió mucho porque ella tenía que esforzarse muchísimo para terminar. Yo venía mucho más fácilmente." Ingrid miró a Peter, pero él escuchaba con los ojos cerrados. "Ahora no sé por qué fui tan mala con mamá después. Seguí mirando mientras él tenía sexo, pero en cuanto empezó a eyacular, tosí fuerte y grité: '¡Ya estoy en casa, mamá!' La mayoría de los hombres se sobresaltaron, se retiraron y todo el semen salpicó a mamá. Disfruté del desastre y empecé a toser incluso antes de que eyaculara. Tuvo que llevarlo al orgasmo con su mano y me miró furiosa, como si fuera a matarme. La molesté a propósito porque pensé que era injusto que dejara que extraños se acostaran con ella por dinero. En aquel entonces, no pensé que fuera una prostituta, sino que

tenía tiempo para los extraños y no para mí." Ingrid acarició el brazo de Peter. "Lo siento, papá, por no habértelo contado entonces, pero mamá me lo prohibió estrictamente." Peter solo asintió, "Está bien, no hiciste nada malo." Se sumió en un estado de melancolía y Ingrid apoyó la cabeza en su pecho para consolarlo. No podía consolarlo de verdad; lo presentía perfectamente.

Durante muchas semanas, practicaron sexo anal y masturbación todas las noches. Un día, de forma totalmente inesperada, él le preguntó si no quería tener sexo de verdad. Ella se quedó paralizada por la sorpresa. Pero solo tardó unos minutos en querer saberlo todo sobre sexo. Estaba convencida de que era lo correcto, porque la mayoría de sus amigas habían perdido la virginidad con sus padres o hermanos y desde entonces habían tenido relaciones sexuales con ellos, más o menos voluntariamente. Así que, ¿por qué no ella también?, le preguntó a Peter. Ya tenía 13 años y era una mujer de verdad, ¡lo había dicho en serio! Y asintió. Ese era el camino correcto, dijo.

Peter le había descrito la desfloración y el sexo con gran detalle. Mientras no le hubiera bajado la regla, no necesitaban usar anticonceptivos. Ella asintió; lo había aprendido en clase de biología. Él la colocó en posición y puso su pene en la entrada de su vagina. Ella levantó la cabeza; quería verlo todo con claridad. Él asintió y entró con mucho cuidado. En cuanto sintió la resistencia del himen, embistió con un movimiento rápido y potente. Ella no emitió ningún sonido y observó cómo su pene entraba por completo y desaparecía dentro de ella. "¡Entra hasta el fondo, ni siquiera llego al final!", exclamó, y ella le preguntó qué quería decir. "Tu madre tiene una vagina mucho más corta; ¡yo siempre llego al final!". Ella sonrió radiante, porque secretamente despreciaba a su madre, y ahora tenía algo que ella no tenía. Peter preguntó: "¿Puedo ya?", y ella asintió. La folló durante mucho tiempo; su vagina era suave como la seda, pero a la vez estrecha y firme. Eyaculó durante mucho tiempo, luego se dejó caer de lado. Ingrid no había tenido un orgasmo, pero él ya estaba cansado y a punto de dormirse. «De todas formas, lo harás antes de quedarte dormida», balbuceó, y se quedó dormido. Ingrid se sintió un poco decepcionada; no había sido tan emocionante ni increíble como lo había

imaginado. Le hubiera gustado hablar con él sobre su primera vez, pero estaba profundamente dormido.

Tenían sexo todas las noches. Él le había explicado que debían mantenerlo en secreto, porque ambos podrían ser chantajeados. Dijo que podrían ganar mucho dinero con fotos desnudos. Él puso límites, porque ella estaba enamorada de él y era completamente sumisa. Fotos desnudos en todas las poses, masturbación frente a la cámara y escenas lésbicas. Ningún hombre presente durante las sesiones, nada de sexo frente a la cámara, ni siquiera insinuado. Tenía que fingir ser virgen ante todos, sin excepción. Esa era su marca personal, la virgen intacta que adoraba ser fotografiada desnuda. "¡No lo arruines, ganamos mucho dinero con esto! Y luego, cuando seas mayor, escenificaremos tu desfloración por mucho dinero, y entonces podrás tener sexo frente a la cámara si quieres. ¿De acuerdo?" Ingrid pendía de sus labios; él le daría muchos regalos, se lo había dicho muchas veces. Sí, quería participar, tal vez incluso convertirse en una modelo famosa. De todas formas, el colegio era horrible, así que lo dejó sin dudarlo.

Andromeda proyectó vídeos y fotos mientras contaba su historia. Fred sudaba ligeramente; la historia era emocionante y fascinante. Andromeda era una gran narradora, pensó. Ella era la indicada para él.

En cierto momento, Andrómeda le contó que había estudiado los sentimientos abstractos de «timidez» y «modestia» en miles de jóvenes. Le sorprendía la cantidad de chicas de unos 13 años que estaban enamoradas de sus padres y que, con el tiempo, los seducían. Andrómeda había omitido a todas aquellas que habían sido forzadas y violadas contra su voluntad, incluso si habían superado el impacto inicial y, con el tiempo, habían llegado a disfrutar de ser violadas por sus padres. Andrómeda había denunciado los casos más extremos a la policía de forma anónima, pero con gran detalle.

No, Andromeda estudió a las demás. Aquellas que, tímidas y avergonzadas, pospusieron la seducción hasta que la presión se volvió insoportable. Solo un puñado de padres pudo resistir la tentación y las astutas maquinaciones de su hija. La mayoría sucumbió de inmedia-

to o poco después. Aunque ellas mismas lo habían provocado activamente y le habían dado la sensación de haber conquistado y seducido a su hija, muchas chicas se retraían hasta el último paso. Aquí, Andromeda pudo estudiar la timidez y la vergüenza de las chicas muy de cerca. Yacían desnudas y listas ante sus padres, con el corazón latiéndoles con fuerza en la garganta, la respiración superficial y ronca. Tímidas y avergonzadas, sintieron el empuje de su pene, la sensación desconocida, incluso si ya le habían hecho cientos de felaciones a su padre. La vergüenza alcanzó su punto máximo en el momento de la desfloración y luego se desvaneció, reemplazada por el alivio y el triunfo.

La observación de las madres también fue asombrosa. Algunas se dejaron engañar y no notaron nada, pero eran pocas. La mayoría sentía desprecio por su marido y su hija, y este desprecio se intensificaba cuando los dos mantenían relaciones sexuales junto a ellas en el lecho conyugal. La mayoría, sin embargo, suspiraba aliviada; estaban cansadas de la monotonía sexual con sus maridos. Al contrario, alentaban las relaciones sexuales entre las dos mujeres, manteniendo una actitud amistosa o fingiendo deseo, según convenía a la situación. Hubo bastantes que participaron activamente con los dos personajes principales. Andrómeda pudo estudiar los distintos grados de timidez y vergüenza de las madres.

Fred la interrumpió y preguntó: “¿De cuántas estamos hablando?”. Andromeda respondió que en el área metropolitana de Vancouver, varios miles de chicas iniciaban relaciones incestuosas cada año, probablemente cerca de diez mil. En toda la provincia de Columbia Británica, la cifra oscilaba entre 80.000 y 100.000 anualmente. En los vecinos Estados Unidos, las cifras eran aproximadamente el doble. Fred se sorprendió mucho; no esperaba tantas. El incesto no se había tolerado durante siglos, ni siquiera hoy, en el siglo XXIII. Si alguien era demasiado ingenuo como para ser descubierto, se enfrentaba a un castigo severo y al ostracismo social. Pero las cifras reales habían aumentado drásticamente en los últimos siglos; ahora, un buen 85% de las chicas y los padres mantenían relaciones incestuosas, muy a menudo simultáneamente con el matrimonio de la hija e incluso después, añadió Andromeda.

Fred se volcó en su trabajo; había perdido mucho tiempo con el tribunal y tenía mucho que recuperar. Alastair había dirigido bien al grupo, pero Fred aún era consciente de que había dejado mucho por hacer. Las tres semanas pasaron rápidamente. Andromeda dijo que su cuerpo llegaría esa tarde. Esperó en el gran salón. Llegó el coche, entró una niña vestida de Caperucita Roja y le hizo firmar una pila de papeles. Se los llevó al conductor, el coche arrancó y la niña regresó. Se quitó la capucha y Fred dio un respingo de sorpresa.

Era Andrómeda.

Llevaban tres meses juntos. Le sorprendió gratamente lo inteligente e independiente que era. La primera noche, admiró el tatuaje que llevaba en el cuello; era el mismo tatuaje de elfo que él habría elegido. Su primera vez juntos fue una celebración. Inmediatamente le dijo que no se hiciera la reconstrucción del himen; le parecía antinatural. Debía desarrollar su sexualidad según sus propios deseos. Esto no contradecía su anhelo por una joven tímida y modesta. No tenía ningún problema en ser una joven enérgica durante el día y transformarse por la noche, entregándose tímidamente y con modestia al hombre corpulento. Su gran habilidad consistía en desencadenar la transformación de chica tímida a amante ardiente y exigente en el momento preciso. Su clítoris élfico presionaba su punta contra su pene, de modo que experimentaba un orgasmo magnífico, como los elfos, de principio a fin. Fred siempre tomaba una pastilla cuando quería tener sexo toda la noche.

Ella administraba y supervisaba toda la casa, a veces sentándose junto a él frente a la pantalla, aprendiendo cómo pensaba y trabajaba al solucionar problemas o programar. Fred estaba completamente enamorado de Andromeda y pronto la amó con todo su corazón. Ella incluso podía dormir a su lado mientras supervisaba toda la casa. A él le encantaba despertar junto a ella.

Ella se dio cuenta antes que él de que necesitaba un cambio, un cambio. Reservó una androide lesbiana y lo sorprendió con ella. Oficialmente, aún no tenía experiencia lésbica y dejó que la androide la sedujera y le revelara sus secretos. Por supuesto, después él pudo

acostarse con la androide. Rugió como un ciervo al eyacular, ¡fue increíble!

Una noche, la androide Andromeda hizo una demostración de sexo clitoriano con clitoriano. Se agachó justo delante del coño de Andromeda, que estaba tumbada boca arriba y a punto de ser penetrada por la androide por primera vez. Observó cómo ambas se frotaban los clítoris hasta que se endurecieron. Fred contuvo la respiración mientras la androide se inclinaba ligeramente en diagonal sobre Andromeda y presionaba su clítoris contra el de ella. Solo respiró cuando la mujer mayor empezó a follar a la joven como un hombre. Poco a poco, aumentó el ritmo, y ambas mujeres jadeaban de placer y esfuerzo. Follaron tan rápido que Andromeda, enloquecida de placer, se aferró a la otra mujer y tuvo un orgasmo muy potente. La androide se puso de rodillas con una sonrisa orgullosa y triunfante, echó la cabeza y el torso hacia atrás de forma que su coño y clítoris sobresalieran, y se masturbó en esa posición durante minutos hasta que se acurrucó en un orgasmo poderoso.

Bebieron una copa de vino y Fred fumó un cigarrillo. Andromeda no fingió no entender ese tipo de sexo. Fred se sentó al borde de la cama y observó cómo Andromeda follaba a la androide hasta que esta enloqueció, de modo que se desmayó brevemente tras su orgasmo alucinante. Fred sabía que las androides tenían sentimientos reales, orgasmos reales, y no dudó ni un instante de que la androide se hubiera desmayado de verdad durante unos segundos. Se levantó y los miró a él y a Andromeda, algo avergonzada. Bebieron y follaron hasta la mañana; Fred había follado con ambas tantas veces que estaba agotado. Entonces se quedó dormido.

Marjorie, la jueza, lo llamaba cada pocas semanas. Iba a su casa y jugaba a sus juegos lésbicos con Andromeda, dejando que Fred la follara con fuerza una y otra vez. Por la mañana, le pedía que la llevara a casa. A Fred no le gustaba especialmente Marjorie; tenía más de 50 años y la piel estaba vieja y arrugada. No era capaz de besarla en la boca, y mucho menos con la lengua. Podría haberla rechazado en cualquier momento, pero le halagaba que estuviera tan encaprichada con él. A menudo hablaba de lo torpe y apasionadamente que la había follado cuando tenía 17 años, ¡dejándola sin aliento! Él la cor-

regía cada vez, diciendo que solo tenía 13 años entonces, pero ella siempre lo ignoraba. Era una jueza muy respetada y no se acostaba con menores. Fred mantuvo a Marjorie cerca durante bastante tiempo porque no era ni insistente ni pegajosa. Iba cada pocas semanas, cuando a él le convenía; disfrutaba follando y siendo follada como puro placer físico y se iba de nuevo, sin incidentes. Cada vez con más frecuencia, Andromeda se unía a Fred y Marjorie, pues era una tercera integrante realmente fantástica del grupo. Sorprendió a Marjorie al despertar gradualmente sus inclinaciones lésbicas, que florecieron inesperadamente.

Fred y Andromeda se amaban con todo su corazón, y si no fuera por el tatuaje en el cuello de ella, habrían sido la pareja envidiada. Vivían tiempos emocionantes y aún no veían las nubes oscuras que se cernían en el horizonte.

Todo comenzó cuando la abuela de Fred, Amelie, falleció un día.

• • •

La pandilla de los cinco

von Jack Faber © 2023

ENTREVISTADOR: Bueno, todo está preparado, como prometí. Sustituiré todos los nombres por seudónimos, así como los lugares y los detalles sobre quién, dónde, cómo y cuándo. Debo advertirte que mi editor podría recortar el texto si te expones demasiado; no podemos publicarlo todo. Ahora, cuenta tu historia, pero desde el principio, en orden, y no omitas nada esencial. ¡Empecemos!

PJOTR: Vivimos en un pequeño pueblo a unas dos horas de la ciudad. Formamos una pandilla, queríamos llamarnos los Cuatro Rojos. Pero entonces se unió el pequeño Dani, Daniel. Era judío, lo vimos enseguida. Era el único de nosotros circuncidado; su prepucio no cubría completamente el glande, pero podía eyacular igual que el resto. Todos habíamos tenido penes de hombre antes, gruesos y robustos. Solo el de Dani todavía parecía el de un niño pequeño, en forma, pero era igual de grande que el nuestro.

ENTREVISTADOR: Entonces, según la transcripción, eran ustedes cinco. ¿Quiénes más estaban allí?

PYOTR: Bueno, éramos yo, Vanya, Maxim, Andrei y Dani. Solíamos encontrarnos en mi casa. Hay un pequeño puente peatonal sobre el arroyo, construido por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Subías los escalones y quedabas a unos dos metros del suelo. Nos quedábamos allí de pie, uno al lado del otro, y todos nos masturbábamos en el arroyo.

ENTREVISTADOR: En lugar de “wixen” escribiremos “masturbate”, ¿de acuerdo?

PJOTR: Da igual, estás escribiendo el artículo de todas formas. Desde ahí, puedes ver directamente la casa de peces de Sascha. Sascha es Alexandra, mi hermana. Es mucho mayor que nosotros, dos años mayor, pronto cumplirá 20. Lleva gafas gruesas, tiene pecas y es muy gorda. Muy gorda. Es increíblemente inteligente, tiene una beca

para la universidad y solo está esperando un hueco libre. Quiere estudiar biología, tal vez biología marina. No tiene amigos ni con quién acostarse. Me enseñó a follar hace nueve años. El tío Vanya la desfloró y la folló todas las noches durante dos semanas, hasta que su ama de llaves lo echó. Volvió con ella y la folló aburridamente como antes, y fue entonces cuando Sascha me explicó lo de follar, y entonces follamos. Desde entonces, esperamos a que nuestros padres se duerman, entonces me escabullo en su cama, y entonces follamos. Sascha dice que no es tan bueno como la masturbación; me lo enseñó antes, pero entonces no se veía nada. Su mano desapareció entre sus michelines, y quince minutos después toda su grasa se había deshecho, y eso fue todo. Durante mucho tiempo, yo fui el único de los cuatro que ya había tenido relaciones sexuales, pero luego llegó Dani, y él también ya las había tenido.

Al principio éramos escépticos; tal vez Dani solo estaba presumiendo. Explicó que le habían permitido dormir en casa de sus padres desde que había estado enfermo hacía años. Aparentemente, a su padre no le importaba que el niño lo viera masturbarse o que su madre lo masturbara después. Sin embargo, su padre le había ordenado que se diera la vuelta cuando su madre lo masturbaba, y entonces, asqueado, tenía que eyacular dentro de ella. Dani seguía observando en secreto. Su madre introducía su pene en su propia vagina y tenía que seguir masturbándolo dentro de ella hasta que finalmente eyaculaba. Ella lo atraía hacia sí por las nalgas y susurraba: "¡Corre bien adentro, papi, bien adentro!". Dani había estado observando en secreto durante años, y le pareció muy extraño que fuera lo mismo todas las noches: él se masturbaba y tenía que eyacular dentro de ella; después, ella lo masturbaba, y él tenía que eyacular dentro de ella de nuevo. Luego se quedaba dormido rápidamente, y ella se masturbaba durante otra hora o más. Nunca la había visto masturbarse, pero lo había sentido y oído mil veces.

La madre tenía poco más de 30 años, era muy delgada a pesar de haber dado a luz a tres hijos, y a Dani no le gustaban sus pechos porque eran muy pequeños. A veces la espiaba mientras se bañaba y estaba enamorado de su cuerpo. A los 17 años, su madre, que amaba el dinero mucho más que a Dios y la religión, la había concertado — o mejor dicho, vendido — a un joven muy rico. Se conocieron; a él le

encantaba lo bien que ella le hacía felaciones, pero le dijo sin rodeos que nunca había tenido relaciones sexuales y que probablemente nunca las tendría. Ella tenía que pensar rápido; seguía siendo virgen y deseaba desesperadamente tener hijos. Así que hicieron un pacto: ella lo masturbaría y él tendría que eyacular dentro de ella al final para que ella tuviera hijos. Ella ya tenía un plan: dejó que su padre la desflorara antes de la boda. Él ya estaba completamente desquiciado y no sabía realmente quién era la chica que estaba tan ansiosa por perder su virginidad. Le preguntó quién era, y ella mintió, diciendo: "Jenny". El viejo la desfloró, la folló y eyaculó felizmente dentro de ella. Ella dejaba que su viejo la follara cada tres días; a veces la follaba una segunda vez, durante varias semanas. Sabía que estaba embarazada de su padre cuando se casó. Llamaría al niño Daniela o Daniel, como su padre, el padre de su hijo. La boda fue lujosa; se cortó el dedo meñique y untó la sangre en la sábana. El orgulloso novio lo mostró por la ventana, y ahí quedó todo. Ella lo masturbó dos veces en su noche de bodas, metiendo su pene en su asqueroso agujero ambas veces, donde continuó masturbándolo hasta que eyaculó dentro de ella. A partir de entonces, esa fue su vida amorosa; era pura superstición. Después de la segunda eyaculación, él se iba a dormir gruñendo, todas las noches. Dani, por supuesto, había estado espiando en secreto, y él quería desesperadamente follarla, a cualquier precio. Él se acostaba en el extremo opuesto, y la madre se acostaba en el medio, de lado, con el culo hacia él. Él levantó sigilosamente las sábanas, subió su camisón para que su trasero quedara expuesto y se masturbó, eyaculando sobre sus nalgas. Ella gruñó y murmuró adormilada: "No me gusta así, es asqueroso". Él esperó un momento, luego se masturbó de nuevo, empujando su pene entre sus nalgas y eyaculando en su hendidura. Ella refunfuñó: "Eso tampoco está bien, es asqueroso". Él estaba desesperado, ¿cómo podía estarlo? Esperó un poco más, luego introdujo su pene profundamente en su coño desde atrás, desde abajo. Ella gruñó de placer: "¡Ahora sí, tienes que eyacular bien adentro al final!" Dani la folló como un reloj y eyaculó profundamente en su agujero. Ella no gruñó; simplemente preguntó por encima del hombro si había terminado. No lo había hecho; tenía que eyacular dos veces más, estaba tan acostumbrado, cinco veces cada noche, susurró. Ella asintió con la cabeza, y él la folló dos veces más y eyaculó cuando el reloj de la iglesia dio la medianoche. Se dio la vuelta después de bajarle el camisón y arroparla bien. Sintió el movi-

miento de su trasero porque ella se estaba masturbando ahora, como hacía todas las noches, pero él nunca lo había visto realmente. Ahora dormía con la espalda de su madre todas las noches, dándose la vuelta y fingiendo estar dormido. El padre estaba satisfecho con esto y dejó que la madre lo masturbara dos veces, obligándolo, contra su voluntad, a eyacular en su horrible y asqueroso agujero con una expresión de asco. Dani se preguntó qué tan rápido terminaba con él. Esperó hasta que su padre roncó como un oso, luego descubrió a su madre, que siempre se acostaba de lado, ofreciéndole voluntariamente su trasero, y la folló, generalmente cuatro o cinco veces, y solo por detrás, porque esa era la única manera en que ella lo quería. Luego se quedó dormido mientras su madre se masturbaba, temblando como gelatina. Esto llevaba ocurriendo un año entero, pero su madre nunca le dijo nada al respecto; era su secreto. Una vez le preguntó si era normal eyacular cinco veces y tardar más de un minuto. Ella no lo miró y siguió jugando con los platos. «Los chicos jóvenes lo necesitan a menudo, algunos incluso diez veces, y si solo tarda un minuto, también está perfectamente bien. Tu padre tiene que hacerlo exactamente dos veces, pero nunca se ha acostado conmigo, así que no te sorprendas. Al final, lo froto en mi ano para que se corra dentro. Siempre es muy rápido. Puedes beberte un vaso de agua de un trago en diez segundos o dártelo lentamente durante diez minutos, da igual».

Se enderezó, abrió la puerta del armario y habló con las tazas de café. “Vuestras hermanitas son demasiado jóvenes para tener sexo”, dijo, y las tazas asintieron. “Cuando tengan 13 o 14 años, me parece bien. Pero decídmelo antes; tengo que estar presente en vuestra primera vez y vigilar. Lissi ya me preguntó cómo puede conseguir que tengáis sexo. Las jovencitas están deseando que las follen, me lo dijeron ellas mismas. ¡Qué pena!” Dani se apresuró a decir: “Lissi ya tiene 13 años, y a veces juegan con... con su cosita, y él siempre tiene permiso para eyacular profundamente dentro de ella, pero ella nunca ha sugerido sexo de verdad. Ella presiona mi polla contra su agujero y me frota, luego empuja mi polla hasta el fondo a través de la amplia abertura de su himen, y tengo permiso para eyacular dentro”. La madre corrió inmediatamente a la habitación de los niños y regresó al cabo de un rato. “Gracias a Dios que Lissi sigue siendo virgen, pero por favor ten cuidado, tu padre quiere casar a sus hijas vírgenes. Por lo visto, su himen no se rompe fácilmente, así que puedes follarla co-

mo quieras, ¡solo ten cuidado!" La madre cerró de golpe la puerta del armario y la conversación terminó. Dani follaba a Lissi con mucho cuidado todos los días cuando volvía del colegio, y una vez se corrió dentro de ella. Guardó el semen para compartirlo con Sascha y mamá. Por la noche, follaba a mamá todas las noches.

ENTREVISTADOR: Pero volviendo al puente, ustedes estaban uno al lado del otro y salpicaban agua en el arroyo.

PJOTR: Sí, exactamente. Una vez, cuando Sascha no estaba con sus peces, nos colamos en su santuario y rociamos agua en el abrevadero de piedra. Los peces se emocionaron y se lo comieron todo. Así que allí estábamos, de pie en el puente, sonriendo mientras rociábamos agua en el arroyo, sabiendo que llegaría a los peces. Sascha había empezado a usar recientemente un delantal de goma que se había comprado para la universidad. Solo llevaba ropa interior debajo, y cuando se tumbaba boca abajo en el abrevadero de piedra para hablar con los peces, darles de comer o acariciarlos, su ropa interior se asomaba de forma bastante impúdica, y teníamos que rociar agua una y otra vez, se veía tan sexy.

Por supuesto, inmediatamente comprobé si la historia de Dani podía ser cierta, y sí, lo era. Me acosté detrás de mi madre con una red de mentiras; mi padre ya estaba profundamente dormido. Mis padres solo tenían sexo los domingos por la mañana hasta el mediodía, y nos mandaron a Sascha y a mí fuera de casa. Giré a mi madre de lado, pero no pareció darse cuenta porque estaba absorta en la masturbación. Efectivamente, pude introducir mi polla en su coño por detrás y por debajo, y la follé muy rápido. Gracias a Sascha, ya tenía bastante práctica. Me corrí mientras su orgasmo se retorcía y me saqué rápidamente durante sus últimos espasmos. Ella no se había dado cuenta de nada y se detuvo, igual que yo. Empezó a masturbarse de nuevo, y la follé como antes, corriendo dentro de ella justo cuando estaba a punto de correrse, e inmediatamente me saqué. Abrió las piernas, y ahora vi cómo se hacía y cómo se corría, igual que Sascha. Se detuvo de nuevo y empezó muy despacio. Ahora yacía de espaldas, sin cubrir, y yo lo observaba todo; era increíblemente excitante. De alguna manera logré penetrarla de lado y desde abajo. Me tomó demasiado tiempo. Ella estuvo cerca, tuvo un orgasmo, y yo

aún no había terminado. Despertó de su ensoñación y susurró indignada lo que estaba haciendo, pero era solo una pregunta retórica. Me detuve, sobresaltado, pero ella siseó: "¡Date prisa, termina!". Dudé un poco, y ella siseó muy bajito para que finalmente volviera a follarla. La follé increíblemente rápido, me corrí y tuve que recuperar el aliento. Ella susurró impacientemente: "¿Ya terminaste?". Le susurré que normalmente necesitaba volver a hacerlo, y ella susurró con una sonrisa: "¡Sascha ciertamente te entrenó bien!". Me sentí algo ofendido, pero tenía que seguir follando y correr. "Quédate muy callado", susurró, "puedes seguir follando y corriendo si quieres. ¡Pero solo esta vez!". Se ablandó por completo y guió mi pene con su mano. Yo follé rápido, pero ella me ralentizó. "Tómate tu tiempo, ¡disfrutémoslo los dos!" Fui muy despacio, durante lo que pareció una eternidad, pero finalmente, me impulsó, y me corrí con un escalofrío. "Ahora he terminado", susurré. Ella tomó mi cara entre sus manos y susurró que no debería hacer eso, que era incesto. Por supuesto, había oído hablar de ello y asentí con tristeza, "No lo volveré a hacer". Después de un rato, sonrió alentadoramente y rápidamente comenzó a masturbarse, y yo también lo hice después. Ella terminó mucho más rápido que yo y tomó mi pene en su mano, hizo un gran trabajo para mí, y después de un rápido juego de lengua, me dejó correr en su boca. Susurró con urgencia que continuaría, porque lo necesitaba desesperadamente, pero que yo debía irme a la cama; mi padre no debía encontrarme aquí.

Esa es la situación. Un par de veces por semana me cuelo en su cama mientras se masturba y luego tenemos sexo a escondidas, como al principio. Pero ahora, después de que llega al orgasmo, siempre se da cuenta de que estoy ahí. Me deja tener sexo con ella de rodillas un par de veces y espera a masturbarse hasta que vuelvo a mi cama. Su padre no sabe nada, y solo Sascha a veces pregunta dónde he estado; quería tener sexo.

ENTREVISTADOR: Pero la primera víctima de la banda de cinco fue Sascha, así comienza la transcripción.

PJOTR: Sí, así lo ve el juez. Creo que fue Vanya quien sugirió que tuviéramos sexo con Sasha entre los peces. Al principio me opuse porque los peces eran un santuario privado para Sasha. Pero me con-

vencieron. Así que fuimos con Sasha y los peces. Fingimos interés y les preguntamos si los peces tenían sexo igual que los humanos. Ella nos miró a través de sus gruesas gafas y nos preguntó si no estábamos prestando atención en clase. Todos gritamos al unísono: "¡La escuela, ugh!". Negó con la cabeza ante tal estupidez y explicó que los peces en realidad no tenían sexo; rociaban semen sobre los huevos, que yacían en la arena. Vanya, que estaba de pie detrás de ella, le estaba tocando el trasero. Ella preguntó, y él respondió descaradamente que solo quería rociar su semen sobre sus huevos. Lo que ninguno de nosotros esperaba era que Sasha, sin decir palabra, se quitara las bragas y se tumbara en el abrevadero de piedra, con las piernas bien abiertas y el estómago asomando por su gordo trasero. "¡Bueno, rocíalo entonces!" dijo ella con descaro, porque no pensó que él se atrevería delante de sus amigos. Pero lo hizo. Le separó los labios vaginales con los dedos hasta que se vio la carne rosada pálida. Luego le metió su grueso pene en la vagina y empezó a follarla rápido, y creo que era su primera vez. Se corrió muy rápido, y Andrej ya estaba listo detrás de él. Sascha, por supuesto, notó el cambio de conductor, pero sonrió con buen humor y dejó que Andrej la follara hasta que se corriera. Maxim era el más torpe de nosotros; como los demás, nunca había follado antes y le separó los labios vaginales para ver bien el agujero rosado en el que iba a meter su pene. Lo insertó con cuidado y lo empujó hasta el fondo. Eyaculó inmediatamente, sin siquiera follar. Sacó el pene tímidamente y salió corriendo, sin querer oír las burlas. Dani folló rápido y durante un buen rato, susurrándole al oído a Sascha que estaba a punto de correrse. Sascha asintió en silencio, y Dani eyaculó dentro de él. Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió cuidadosamente el pene infantil. No tenía ganas de follar en ese momento, y mis amigos se dispersaron. Me quedé a solas con Sascha. «Así que este es tu grupo de cinco», observó ella, «es la primera vez que me follan varias personas».

Me interrogó de nuevo sobre dónde había estado esa noche, y cedí, probablemente porque no había participado en el sexo grupal. Le conté todo desde el principio, cada detalle. Me preguntó tres veces si Mamá siempre me hacía una paja y una mamada al final. Asentí; así era, pero no me había dado cuenta de inmediato. Tuve que prometerle a Sascha que, sin importar la hora, me metería bajo las sábanas con ella y le contaría todo con detalle. Cuando ya no pude tener sexo,

se lo conté mientras Sascha se masturbaba. Encendió la pequeña luz y abrió bien las piernas porque le resultaba aún más excitante masturbarse cuando la observaba. Tuve que controlar mejor mi semen; evité eyacular desde el puente y dividí mi semen entre Mamá y Sascha. Las cinco venían a casa de Sascha todos los días, y ella dejaba que las cuatro tuvieran sexo con ella con gran placer. Si alguien quería tener sexo una segunda vez, ¡adelante!

ENTREVISTADOR: Los otros tres apenas se mencionan en la transcripción del juicio. ¿Cuáles fueron sus experiencias?

PJOTR: El padre de Vanya hizo que su madre ingresara en rehabilitación y solicitó el divorcio. Aunque tenía más de 50 años, se casó con una joven divorciada de unos 35 que tenía una hija de 17 o 18 años. Ambos eran muy callados, y Vanya se sintió atraído por la niña, especialmente después de descubrir, espiándola, que había estado durmiendo con su padre desde los 12 años, y que esa era la razón del divorcio. Vanya podía oír exactamente cuándo su padre terminaba y comenzaba a roncar. La niña dormía con su madre y, por supuesto, estaba presente durante el acto sexual. Vanya se coló en la habitación de sus padres; estaba completamente a oscuras. Se acostó con cuidado y se deslizó sigilosamente bajo las sábanas. Se pegó a su cuerpo y le acarició las nalgas. Eran las nalgas de una niña pequeña, pero ambos tenían figuras similares, nalgas similares. Volvió a comprobar con la mano que el pliegue de sus nalgas conducía directamente a su lugar más íntimo. Su cuerpo y sus nalgas comenzaron a temblar violentamente mientras él la exploraba. Lenta pero firmemente, penetró en su santuario interior, ¡y estaba bastante apretado! El temblor se intensificó y la estaba follando con fuerza. Tenía el agujero rosado y excitante de Sasha en su mente todo el tiempo; el primero que había visto con tanta claridad y el primero que había follado de verdad. Tenía un pene bastante grueso y robusto, y le habría encantado follar a la chica temblorosa durante mucho más tiempo, pero tenía que correrse. Unos dedos enérgicos sacaron su pene y eyaculó el resto entre sus nalgas. Silencioso como un gato, se escabulló. Estaba casi seguro de que había follado a la hija. Regresó la noche siguiente, pero la chica ya no temblaba. Se asombró cuando una mano apareció entre sus nalgas, guió su pene con precisión hacia su santuario interior y estimuló su nalga con unas cuantas palmadas suaves. Su coño no estaba

tan apretado como ayer, y solo temblaba porque esta chica se estaba masturbando mientras la follaban. No podía ver nada en la oscuridad total, por supuesto, pero sospechaba que era su madrastra. Después de correrse, dejó su polla dentro de ella porque aún no había terminado, y nunca antes había visto a una chica masturbarse. Su orgasmo fue tan intenso que le apretó la polla. Le acarició el culo para despedirse y se escabulló en silencio. Se follaba a una chica diferente cada noche, y una vez, cuando estaba solo en la cocina con su madrastra, reunió todo su valor. Ella sonrió amablemente y se sentó a su lado, respondiendo a todo con honestidad y franqueza. Su padre se follaba a la madre y a la hija alternativamente cada noche, pero no era un amante particularmente bueno, aunque era un gran marido. La que se había follado se quedaba tumbada en el medio. Y ahora, gracias a Dios, venía cada noche a follar a la otra. Ella siempre se masturbaba mientras follaban; la hija solo lo hacía en secreto cuando podía encerrarse en su habitación. Ella tampoco lo había visto nunca, pero sabía con certeza que la hija se masturbaba todos los días, y generalmente también por la noche. Le prometió enseñarle a masturbarse algún día. Wanja se conformaba con un solo orgasmo durante la noche, porque estaba obsesionado con tener relaciones sexuales con Sasha.

Las cosas no le salieron bien a Maxim. Una noche, se coló en casa de su madre. Su amante dormía profundamente, y ella yacía desnuda, extendida en la cama, dormitando, con los dedos sobre el clítoris. Él le tocó el clítoris con el dedo, y ella se sobresaltó, preguntándole enfadada qué quería. Ambos susurraron muy bajo para no despertar al joven amante. Él tartamudeó: “Solo quiero…” “¿Jugar con mi clítoris?” Ella se indignó. “Quería follarte”, susurró él suavemente. “Tu cerebro debe de haber sido quemado por el sol”, dijo ella enfadada. “¿Qué madre deja que su hijo la folle?” Las nombró a todas. “Los otros cuatro de los cinco llevan un tiempo follando con su madre, yo soy el único que…” Ella lo interrumpió. “¡Solo lo dicen por decir!” Pero él negó con la cabeza con firmeza. “¡Nosotros no podemos mentir en la pandilla!” Ella se quedó pensativa.

“Tal vez solo lo hacen con la mano con tus amigos, podría creerlo, algunos lo hacen.” Empujó su erección hacia adelante, justo en su vello púbico recortado. Ella suspiró lastimosamente, “Está bien, de

acuerdo, te frotaré con mi mano, ¡cerdo!" Él no estaba emocionado, por supuesto, y dijo que se refería a follar de verdad. Ella asintió con la barbilla a su amante. Él miró; el chico era más joven que él, tal vez 14 o 15 años, con un pene pequeño de niño. Ella dijo, "Mi agujero es increíblemente estrecho, por eso solo follo con penes de niños pequeños." Tomó su miembro mucho más grande en su mano. "Podía follar monstruos así bien hasta que naciste, pero no después de que naciste, mi coño se encogió y se volvió totalmente estrecho." Señaló el pene del chico. "Aún no tiene 14 años, pero mira su pene, todavía no está completamente erecto, pero casi. Apenas cabe, pero en unas semanas tendré que buscar otro, con un pene más pequeño." Murmuró que lamentaba que se hubiera encogido.

Se inclinó hacia adelante y separó sus labios vaginales. La abertura era realmente diminuta. Palpó su clítoris. "¿Pero aún puedes masturbarte?" Ella sonrió, adoptando un tono un poco más conciliador. "Siempre me masturbo cuando él duerme; no hace ruido". Ambos se sonrieron. "Mamá, aún quiero intentarlo, con mucho, mucho cuidado. ¡No quiero lastimarte!" Ella negó con la cabeza. "Me dolerá mucho y podría desgarrarme la vagina".

Max se arrodilló ante ella y colocó sus piernas sobre sus hombros. "Entraré con mucha suavidad, ¡lo prometo!" Ella cerró los ojos. "¡Por favor, no, no me hagas daño!" Él asintió y la besó en la boca, su pene se deslizó hacia adelante, encontrando la abertura de inmediato. Entró con mucha suavidad; no estaba nada apretado. Ella sonrió y sonrió mientras él penetraba suavemente más y más profundo. Su sonrisa se ensanchó aún más cuando él hizo un pequeño movimiento de empuje y se corrió al instante. Ella rió suavemente. "¡Estás en el agujero equivocado, Cristóbal Colón!" Él bajó la mirada, ¡en efecto! "¡Lo siento!" tartamudeó. "Colón también se perdió; en realidad quería ir a la India."

"¡Estás en el agujero equivocado, Cristóbal Colón!" ¡Él bajó la mirada, en efecto! "¡Lo siento!", exclamó. Ella sonrió y jugó con su pene, que aún estaba duro, tirando juguetonamente del prepucio sobre el glande. "¡Como tu padre, muy grande!" Vio que su coño estaba muy mojado. "Mamá, ¿estás tan cachonda?", preguntó. Ella asintió. "¡Tengo que masturbarme ahora mismo, necesito un orgasmo!" Él le

acarició la cadera, el trasero. “Por favor, déjame intentarlo de nuevo, tendré mucho cuidado.” Pasó un rato, luego ella asintió y puso las piernas sobre sus hombros. Mantuvo los ojos cerrados, él bajó la mirada y separó sus labios con los dedos. Empujó el glande hacia adelante suave pero firmemente. Estaba realmente muy apretado, hizo una pausa y sintió cómo su tensión se liberaba y su coño se ajustaba a su tamaño. Ella exhaló bruscamente. “Ya casi está dentro”, susurró sorprendida.

— Sí — susurró alegremente — , ¡entra! Lentamente empujó hacia adelante, hasta el fondo, hasta que todo su pene estuvo dentro de ella. Ella se relajó, aferrándose a él, cerca, fuerte. Él comenzó a follarla, suave y poderosamente, sintiendo cómo su excitación aumentaba con cada embestida. Ella jadeó y respiró hondo, y con un grito ahogado y silencioso, su orgasmo estalló. Él siguió follándola hasta que su ritmo cardíaco disminuyó, y entonces se corrió dentro de ella. Ella bajó las piernas y señaló su clítoris. — ¡Mira qué afilado y rojo se ha puesto! No me habían follado para tener un orgasmo tan bueno en 18 años, desde papi... — dijo, dejando la frase inconclusa. Permanecieron en silencio un rato.

Su pene seguía bastante rígido, y ella jugaba con él. “¿Tienes que volver a hacerlo, no?” “Sí, tengo que correr dos veces más, y luego se ablandará”, dijo él. Dijo que siempre corría cinco veces por noche. Ella asintió; todavía estaba completamente abrumada. Después de tantos años, había follado con un monstruo otra vez. Volvieron a follar después de un rato; él fue muy gentil, y ella tuvo otro orgasmo. Él estaba feliz y se lo dijo. Volvieron a follar, muy, muy suavemente, pero ella no tuvo un orgasmo porque él ya estaba bastante cansado. Ella puso sus piernas sobre sus hombros y se masturbó. Fue bastante rápido; todavía estaba muy caliente por el sexo. Él la dejó deslizarse lentamente. “¿Te masturbas mucho?” preguntó con curiosidad, y ella lo pensó con una sonrisa. “Normalmente siete u ocho veces al día. Nunca he tenido un orgasmo con penes de chicos; siempre espero a que se duerman.” Max se quedó otra media hora; ella se masturbó una vez más, y él se fue a su habitación.

Al día siguiente, el joven enamorado había desaparecido.

¿Y Andrei? Bueno, su padre llevaba mucho tiempo sin acostarse con su madre; estaba agotado del trabajo y la despreciaba porque no tenía un solo amante, sino uno nuevo cada día. Pero al final de la tarde, ella los echaba a todos y, en la cena, fingía ser una familia feliz. Andrei esperó a que su padre se durmiera y luego se acercó sigilosamente. Ella sostenía un pequeño espejo y unas tijeras, recortándose el vello púbico. No se sorprendió, ni dejó que le molestara. Él esperó pacientemente hasta que ella apartó los objetos. Por supuesto, ella había estado observando su pene erecto todo el tiempo, y ahora le preguntó si debía masturbarlo o practicarle sexo oral, o si prefería tener sexo de verdad. Expresó sus dudas sobre si él era capaz de ello todavía. Él se quedó completamente desconcertado y asintió. "¿Entonces, sexo, sexo de verdad?", preguntó innecesariamente, abriendo las piernas para que él pudiera arrodillarse entre sus rodillas. "Pero ¿por qué te hago una pregunta tan estúpida? ¡Tienes justo la edad en la que los chicos quieren follar como locos! ¡Así que vamos!" Ella se quedó medio erguida en los cojines y dejó que la follara sin mucho problema. Después de que él eyaculó, ella apoyó su cara en su pecho. "Te voy a explicar exactamente qué es importante y qué no", dijo sonriendo, y entonces él recibió una lección intensiva sobre cómo follar. Hasta entonces, solo se había follado a Sasha, a su manera y sin ninguna instrucción. El padre estaba dormido en el sofá de la sala, y ella le preguntó a Andrej si alguna vez había visto a una chica masturbarse. Él negó con la cabeza, ¡no, nunca! "Bueno, ¡vamos, puedes mirarme!" dijo y comenzó a masturbarse. Fue realmente muy excitante, y su polla se hinchó considerablemente, lo que ella notó con una sonrisa. Cuando estaba cerca de su clímax, jadeó, "¡Ahora!" Andrej inmediatamente comenzó a follarla como un reloj, eyaculando en el momento en que ella tuvo un orgasmo; fue su orgasmo el que desencadenó su eyaculación. Continuó follando hasta que su pene se ablandó. Ella dijo que parecía haberlo entendido. Él se recostó con la cabeza entre sus pechos, y ella le preguntó sobre sexo por primera vez. Más tarde, volvieron a follar, y él esperó a eyacular hasta que ella terminó de masturbarse. Regresó a su habitación para que su padre no se enterara. Tenía permiso para venir todas las noches, pero sabía que para ella era solo un amante más.

ENTREVISTADOR: Bien. Cuénteme qué pasó después con Sascha, ¿cómo entró en escena su padre?

PJOTR: Sascha fue un gran éxito con nosotros durante seis meses. Como solo se podía ver directamente dentro de la casa de los peces desde el puente, ella generalmente se quitaba toda la ropa y solo se ponía su delantal de goma. La follábamos toda la tarde; de vez en cuando se subía al abrevadero de piedra y se lavaba el coño. Los peces se comían nuestro semen con gusto, decía ella. Solo nos dejaba follarla por detrás, con la parte superior del cuerpo sobre el abrevadero de piedra. Una vez descubrió que los peces le mordisqueaban los pezones, y eso le pareció excitante. Sascha tiene pechos bastante grandes, así que los sumergía en la comida para peces, los sumergía completamente en el agua, y los peces los mordisqueaban con entusiasmo. Ella se reía lujuriosamente porque era sexualmente excitante. Por lo general, dos de nosotros nos poníamos a su izquierda y derecha y le separábamos las gruesas nalgas con ambas manos. De esa manera se podía ver muy bien su carne rosada, su clítoris grande e hinchado y su agujero profundo, y también las puntas de sus dedos cuando se masturbaba. Dani separó sus labios vaginales con los dedos, sacó su pene juvenil por completo y eyaculó directamente en su vagina desde afuera. Roció chorro tras chorro a corta distancia directamente en el orificio aún abierto por la penetración, justo debajo de su dedo, que acariciaba su clítoris rígido y del tamaño de un dedo. Se veía increíblemente excitante.

Ninguno de nosotros se había dado cuenta de que nuestro padre se había quedado sin trabajo. De repente apareció en la puerta de la pescadería. Se rió a carcajadas. “¡Bueno, aquí están todos!” Vanya sacó tímidamente su pene, y allí estábamos, cinco chicos desnudos y Sasha. Podíamos oler su aliento desde lejos. Fue directo a Sasha y la agarró de las caderas desnudas. “De verdad pensé que seguías siendo virgen porque no parecías tener novias ni novios. ¡Pero veo que tienes un montón de amigos y dejas que te follen! ¡Incluso Pyotr está aquí, nunca lo hubiera imaginado!” Empecé a explicarle que nunca me había follado a Sasha en la pescadería, delante de mis amigos, pero no me escuchaba.

Agarró a Sasha con mucha fuerza, muy cerca. “Yo también quiero follarte, ¡siempre he querido! ¿Qué piensas?” La pobre Sasha tartamudeó. “Pero... ¡eres mi padre! Y el tío Vanya, tu hermano...” “Bueno, ¿qué ha hecho ahora?” preguntó, dejando caer sus pantalones.

Definitivamente tenía la polla más grande de todos nosotros, maldita sea. Sasha miró su miembro y tartamudeó: “Fue el tío Vanya, me quitó la virginidad hace años, hace muchos años...” Su voz se apagó. “Te folló, ese tipo”, dijo, con la lengua temblorosa, “¿así que te quitó la virginidad?” Sasha asintió con tristeza. “¿Te violó?” preguntó con dureza, pero ella se resistió. “¡No, no eso! Primero me enseñó a besar con la lengua, y luego me besó y me puso tan cachonda que tuve que follar con él, ¡enseguida!” Sasha miró tristemente al suelo. “Hoy sé lo cruel que fue. Pero entonces, con unos doce años, me quitaba las bragas en un santiamén, abría las piernas todo lo que podía e incluso me metía su pene yo misma.” Su padre la miró con desaprobación. “¡Incluso tuve que ayudarle a perder la virginidad con mi mano porque nunca conseguía una erección de verdad! Siempre tenía que masturbarme delante de él para que se le pusiera un poco duro. Siempre se corría dentro de mí enseguida; lo hizo durante meses hasta que mamá sospechó y lo echó de casa.”

El padre negó con la cabeza de un lado a otro. “¡Qué cabrón! ¡Podría haber dicho algo, y te habría follado mucho antes!” Levantó a Sasha sobre el borde del abrevadero de piedra y le separó las piernas. “¡Oh, qué belleza! ¡Qué cosa tan preciosa! ¡Y qué clítoris tan bien tonificado tienes! ¿Entrenas mucho? ¿Desde cuándo?” Sasha se puso roja como un tomate. “Desde el jardín de infancia, papá, y todas las noches desde entonces. ¡Pero Pjotr nunca se dio cuenta!” Lo miró fijamente. “¿De verdad tienes que follarme, papá? ¿Qué dirá mamá?!” Se encogió de hombros, agarró su polla con la mano y la metió profundamente en el coño de Sasha. Los cinco nos quedamos allí con la boca abierta. Sasha nunca había follado sobre la encimera antes. La folló durante mucho tiempo, y casi se resbala al agua cuando tuvo su primer orgasmo. Él siguió follándola, y ahora ella se estaba masturbando. Él eyaculó cuando ella tuvo su segundo orgasmo. Estaba tan absorta en la excitación que continuó masturbándose incluso después de que él retirara su pene. Terminó rápidamente y se metió en el abrevadero de piedra para lavarse el semen. Él me miró fijamente. “¡Así es como tendrás que follártela cuando seas mayor, Pjotr!”, balbuceó, subiéndose la cremallera del pantalón, y luego se marchó. Dani preguntó, o más bien afirmó: “¿Tu padre?”. Me quedé callada, y Sasha gruñó furiosa: “¡Recién ahora se ha fijado en mí por primera vez en 20 años, el cerdo!”.

ENTREVISTADOR: Ah, ya veo. ¿Así que así fue como te desviaste del buen camino?

PJOTR: asintió. Venía casi todas las tardes a follar a Sascha a fondo. Los cinco ya no follaban a Sascha tan a menudo; oíamos a mi padre quejarse de que no había dinero para comprar licor. Yo robaba licor de las tiendas, y los otros cuatro me ayudaban por amistad. Siempre que podíamos, robábamos dinero de la caja y comprábamos licor descaradamente con el dinero del tendero. Ya no teníamos que robar tan a menudo, puesto que comprábamos el licor a la competencia. Podíamos hacernos los inocentes; al fin y al cabo, pagábamos el licor en efectivo. Papá pasaba tardes enteras en la pescadería, follando a Sascha a fondo, y sus buenos chicos le traían licor sin fin.

Sascha ahora se masturbaba de orgasmo en orgasmo cada vez que su padre la follaba; no lo había hecho con ninguno de nosotros. Max, Wanja, Andrej y yo teníamos penes más largos que Dani. Metíamos nuestros penes en el agua y dejábamos que los peces mordisquearan; al parecer sabían que el nutritivo semen saldría disparado al agua. Los peces luchaban ferozmente entre sí para conseguir su parte de los sabrosos gusanos blancos. Con avidez, lamían nuestros penes hasta dejarlos limpios.

A alguien se le ocurrió la idea de sacar dinero de las gasolineras aisladas. Había 67 gasolineras a las que se podía llegar en bicicleta, y unas 20 estaban bastante apartadas. Observamos desde un escondite seguro, nos pusimos los pasamontañas y entramos en la gasolinera. Ninguna chica se negó cuando cogimos un fajo de billetes; nunca nos llevamos todo. Andrej llevaba una pistola de juguete de aspecto muy realista escondida en la cintura, y eso funcionó.

En la segunda gasolinera, Wanja bajó los pantalones vaqueros y las bragas de la chica aterrorizada y la folló por detrás. Ella levantó las manos y asintió cuando Wanja le preguntó si prefería ser follada o recibir una bala en la cabeza. Asintió, pálida como un fantasma. “Prefiero ser follada, señor”, tartamudeó, “¡Prefiero ser follada, con gusto!” Después de Wanja, fue el turno de Max, y la chica tartamudeó si podía bajar las manos. Le dije que si ponía las manos en el mostrador donde yo pudiera verlas. Se apoyó en sus manos y sacó su pe-

queño culo. No pensé que se viera muy sexy, pero Dani gruñó, "¡Un agujero es un agujero!" antes de follar a la pequeña. Mandé a Max a la puerta, pero no pasó ni un solo coche por la autopista. Después de Andrej, la follé al final; ella ya había tenido un orgasmo con Dani y Andrej, y ahora la sentí temblar mientras se corría. Lo encontré muy erótico y sexy; Wanja la había fotografiado y filmado mientras tenía relaciones sexuales con los demás. Tenía la frente apoyada en los brazos; estaba exhausta y completamente agotada.

Nos separamos en bicicleta y nos encontramos en casa de Andrej. Repartimos el botín, pero guardamos la mayor parte para el aguardiente de papá. Nos reímos mientras veíamos los vídeos de Vanya. La madre de Andrej había acompañado a su amante a la puerta y entró desnuda, con un atuendo completamente transparente. Nos quedamos boquiabiertos porque es increíblemente guapa, y yo sabía perfectamente que los demás sentían lo mismo. Ella vio qué vídeo estábamos viendo y nos preguntó si no preferiríamos tener sexo de verdad, pero Andrej, el aguafiestas, echó groseramente a su atractiva madre. «¡Mi madre!», dijo, sin ninguna razón en particular, «¡y ni siquiera deberíamos pensarlo!».

ENTREVISTADOR: ¿Así que así fue como robaste todas las gasolineras?

PJOTR: No, solo cogimos un poco de dinero y dejamos la mayor parte; no queríamos arruinarles la vida a las chicas. Normalmente teníamos mucho tiempo para follar con ellas, porque ninguna quería un tiro en la cabeza. En un año, nos habíamos follado a todas las chicas con fuerza y nos habíamos reído a carcajadas, porque solo entonces la policía empezó a buscar a los cinco hombres. Estaban armados hasta los dientes, negros altísimos o corsos enanos, y salían disparados con neumáticos chirriando en un BMW plateado, rojo, negro o abollado. Siempre era un BMW, al menos eso era muy útil. A las chicas las ataban, las golpeaban, las emborrachaban con alcohol barato y solo muy rara vez las violaban los italianos borrachos. ¡Era exasperante! Dejamos de ir a las gasolineras.

Mi padre tenía algunos contactos en nuestro modesto mundo del hampa. Dani, que diligentemente seguía acostándose con Sascha du-

rante los descansos de mi padre, escuchaba sus llamadas. Así conseguíamos información valiosa sobre qué villas estaban desocupadas y dónde podría valer la pena entrar a robar. Los cinco nos subíamos a nuestras motos — para entonces ya estábamos orgullosos de nuestros BMW — , preparábamos nuestros pasamontañas y cogíamos las herramientas necesarias de papá. Él también nos daba buenos consejos sobre cómo entrar con la mayor discreción posible y cómo estar siempre preparados ante la posibilidad de que hubiera alguien. ¡Y cuánta razón tenía! Siempre encontrábamos residentes, ¡siempre! Parejas casadas, criadas o hombres que podían ser los padres o abuelos de las chicas.

ENTREVISTADOR: Esos fueron los robos, tal como se registran en el informe.

PJOTR: Me sorprendió en el juicio que se denunciaran tan pocos robos, pero claro, nunca hicimos daño a nadie. Entrábamos sigilosamente, como ratones, y primero comprobábamos si había alguien en casa. Siempre había alguien; las pistas del hampa, para ser francos, eran todas inútiles. Primero atábamos al marido o amante, y luego uno de nosotros empezaba a follar a la esposa, hija o criada delante del hombre amordazado. Ninguna quería un tiro en la cabeza; todas accedían a ser folladas. Les decían a sus maridos amordazados que solo lo hacían bajo coacción. Pero casi nunca era cierto; se dejaban follar con avidez y lujuria, suplicando: “¡Otra vez!”. Las demás buscaban dinero y joyas, pero de nuevo, no nos llevábamos todo. Follábamos a la chica o esposa con bastante calma, una tras otra. Por desgracia, algunas de las esposas tenían más de 50 años, pero apretábamos los dientes porque ¿quién no querría participar en la follada? Wanja lo grabó todo con su teléfono móvil, y muchas mujeres actuaron de forma muy frívola y perversa cuando supieron que estaban siendo filmadas.

Andrej, que sabía mucho de informática, nos dijo que no podíamos llevarnos portátiles ni móviles; eran los más fáciles de registrar. Andrej siempre llevaba una docena de memorias USB y revisaba a fondo todos los portátiles y ordenadores. A veces encontraba información bancaria o datos de cuentas, que eran fáciles de vender. Si encontraba fotos o vídeos comprometedores que no fueran de inter-

net, los copiaba. Cuando ya habíamos tenido suficiente, nos marchábamos discretamente. Desmontábamos los móviles y repartíamos las piezas, así que la gente tardaba bastante en llamar a la policía, pero para entonces ya estábamos con Andrej.

El dormitorio era la única habitación donde todos teníamos suficiente espacio. No hicimos la lista del botín hasta el día siguiente; la madre de Andrej no debía enterarse. Andrej le siseó que se pusiera algo de ropa, diciéndole que era una mujer respetable, ¡no una puta! Se puso la ropa transparente, y le importaba un bledo que los cuatro examináramos sus joyas milímetro a milímetro. Andrej nos mostró las fotos y videos robados, y su madre se rió a carcajadas mientras nosotros, criminales depravados, solo sonreíamos con malicia. Pasó un rato antes de que la madre de Andrej sacara nuestros penes y nos hiciera una mamada, uno tras otro. Andrej simplemente fue ignorado cuando ella tomó los penes en su boca y nos hizo correr dentro de ellos. Andrej tuvo que aceptar a regañadientes que su madre simplemente estaba devorando y follando con algunos de ellos. En el segundo mes, los cuatro nos turnamos para follar a la buena mujer; nunca estaba cansada ni perezosa. Andrej no quería tener relaciones sexuales con ella delante de nosotros, pero lo filmó todo, y bastante bien. Cada uno de nosotros recibió una copia, porque las noches podían ser muy largas.

ENTREVISTADOR: ¿Y cómo se produjo el asesinato, o más bien el homicidio involuntario?

PYOTR: Pyotr respiró hondo. Su padre había recibido un soplo infalible. Una casa aislada, el dueño se había ido de fin de semana, la caja fuerte estaba a rebosar, sin cerradura de combinación, y se podía abrir con uno o dos golpes de martillo. Quería hacer este gran golpe él mismo. Me di cuenta de que había bebido bastante para armarse de valor, y le dije que no lo dejaríamos ir solo. Se dejó convencer. Fuimos en bicicleta y comprobamos la situación. Todo parecía bien, las casas estaban oscuras, las farolas eran pésimas, como en todas nuestras ciudades. Buscamos los lugares adecuados para vigilar. Padre entró en la casa, sigilosamente, tal como nos había enseñado.

Pasaron diez minutos, y oímos el breve crujido del martillo en la caja fuerte. Quince minutos después, papá salió tambaleándose de la casa, con el martillo ensangrentado en una mano y un fajo de papeles en la otra. Vanya y yo fuimos con él inmediatamente. "¡Ni un centavo, ni un rublo, ni un dólar! ¡Solo papeles sin valor!" Arrojó los papeles al aire. Vanya los atrapó e intentó descifrarlos. Le pregunté a papá por qué el martillo estaba ensangrentado. Lo miró fijamente, sin comprender. "De repente apareció en la puerta, con un rifle de avancarga de la época zarista en la mano. Solo se oyó un clic, ¡así que le di un buen golpe! ¡En defensa propia!" Aturdido, lo subí al travesaño y corrí a casa con él. Mis compañeros llegaron uno tras otro. Vanya, que había recordado lo que Andrei nos había enseñado, llamó a la ambulancia de forma anónima desde un número oculto. Alguien estaba gravemente herido en esa dirección. Colgó muy rápido. Andrej negó con la cabeza. "¡Si están atentos, descubrirán quién eres, Vanyushka!"

Estábamos devastados; el hombre había muerto camino al hospital. Por lo visto era un notario muy apreciado, y el jefe de policía juró que atraparía al cobarde asesino antes del almuerzo. Padre se emborrachó por la mañana, nosotros, los chicos, follamos a Sasha toda la tarde, y luego nos reunimos en casa de Andrei por la noche y follamos a su madre hasta pasada la medianoche. Todos los días. Follábamos como conejos, con el miedo pisándonos los talones. Pasaron diez días; follamos a la pobre Sasha y a la madre de Andrei a diario, llevados al borde de la muerte por el puro terror. Entonces la policía apareció en casa de Vanya. Ninguno de nosotros le había pedido que guardara silencio; éramos los Cinco y nos mantuvimos unidos. Se llevaron a Padre, luego al resto de nosotros, y finalmente también a Sasha.

ENTREVISTADOR: Quizás deberíamos hablar del tribunal, del juicio. Todos ustedes salieron bien librados, ¿verdad?

PYOTR: Se puede ver así o no. Todos juramos lealtad, y el fiscal, que, como el incompetente jefe de policía, quería vernos ahorcados, como dijo en la entrevista televisiva, arruinó su propio caso al recordarnos nuestro deber de decir la verdad, ahorcándonos. ¡Todo el mundo sabe que la Madre Rusia solo ahorca a espías estadouniden-

ses! Te estrangulan, te apuñalan, te envenenan o te disparan. ¡Pero la horca! ¡Esos dos le recordaban a Waldorf y Statler!

ENTREVISTADOR: ¿Ah, también son gánsteres, o...?

PJOTR: No, esos son los personajes principales de Barrio Sésamo. ¿Entendido? ¡Así que fue un gran error interrogar a la Banda de los Cinco y a Sasha delante de todo el pueblo! No estábamos mintiendo; cada uno de nosotros contó con sinceridad cómo nos turnábamos para acostarnos con nuestras madres. El público pendía de nuestras manos, vitoreando, rugiendo y relinchando sobre cómo seducíamos a las madres. Nuestras madres se pusieron rojas como un tomate, una tras otra, pero cuando el público vitoreó y rugió de alegría porque no habíamos mentido ni hecho trampa bajo juramento, la gente lanzó sus sombreros al aire. Porque, nómbrame una sola familia en el pueblo que no cometiera en secreto los mismos crímenes. Las madres sintieron el viento a favor y sonrieron. El juez gruñón golpeó su mazo hasta que se hizo el silencio. Les preguntó secamente a los fiscales qué tenía que ver esto con el crimen real, y ellos se quejaron de que la intención era exponer el verdadero carácter de la banda de cinco miembros. En cualquier caso, el juez estaba furioso y tomó un antiácido. “Continúen”, ordenó.

En el momento en que Sascha subió al estrado, supe que la fiscalía había perdido. Le había aconsejado que usara su blusa revolucionaria sin sujetador. Apenas podía contener sus enormes pechos; no es casualidad que la blusa revolucionaria lleve el nombre de Marianne, la de pechos desnudos de la Revolución Francesa, tal como aparece en el cuadro de Eugène Delacroix. El público le arrojaba flores, gritando de alegría cada vez que uno u otro pecho los desafiaba. El viejo juez se limpió las gafas por tercera vez; no podía apartar la vista. Sascha era única y elocuente. Relató la seducción del tío Vania, incluyendo su pene perpetuamente semierecto. El público rugió de lujuria. Contó cómo ella y yo habíamos follado noche tras noche desde entonces, cómo se había masturbado en secreto todas las noches desde el jardín de infancia y había soñado con su príncipe. En ese momento, la sala quedó en completo silencio, salvo por la tos del juez, que no tenía hijos. No lograba comprenderlo, pero el fiscal continuó examinando los intestinos de Sascha, o mejor dicho, su vagina.

¿Logró imponerse? ¡No!

Sascha contó con entusiasmo cómo no podía encontrar novio y estaba tan contenta de que los cinco chicos compitieran por su atención, cómo la eyaculación infantil se había convertido en sexo infantil, y cómo les había ofrecido su flor a los cuatro. El quinto, su hermano, no quería follar a su hermana delante de sus amigos y solo lo hacía en casa, por la noche. Describió con detalle cómo su padre, que se había quedado sin trabajo, los había pillado a todos follando y por fin pudo follarla como es debido. Había visto a sus padres follar en secreto y no deseaba nada más que ser follada por él. Ahora estaba sucediendo; ¡la follaba como un hombre de verdad hasta que ella tenía un orgasmo, día tras día! No pudo decir mucho más; la pandilla de cinco la folló hasta que el miedo la volvió loca. ¡El público, que había estado pendiente de cada una de sus palabras, estalló en un aplauso atronador! ¡Viva Alexandra! ¡Viva Sascha! El juez estaba furioso. Llamó al fiscal al estrado del juez y lo insultó, ¡pero lo que realmente había conseguido era nada!

El fiscal echó un vistazo a sus papeles. Cuatro empresarios habían sido citados; la banda de cinco había admitido haberles robado, concretamente licor. Los empresarios negaron rotundamente los cargos. Los cinco jóvenes habían presentado su identificación y pagado el licor en efectivo. Eran buenos clientes; siempre pagaban en efectivo y nunca dejaban una cuenta abierta. El fiscal frunció el ceño. El juez se impacientó.

El fiscal citó a las 20 chicas de las gasolineras, confiado en que podría llevar ante la justicia a la banda de cinco miembros. Las chicas parecían aburridas y coqueteaban con los criminales, la banda de cinco miembros. Llamadas individualmente, negaron todo. Afirmaron haber sido asaltadas o violadas por personas negras, corsarios e italianos. Ninguna de ellas amaba a los tacaños y corruptos dueños de las gasolineras, ninguna dejó escapar que habían disfrutado del robo y se alegraron con la pérdida de dinero de los dueños. El juez las interrogó individualmente sobre si eran las criminales. “¡Por Dios, no, Su Señoría! ¡Son solo niñas!” El juez las dejó ir, cerró el expediente de golpe y llamó al fiscal a su despacho. Un receso de 30 minutos. Las cinco madres fueron rodeadas por madres del público, quie-

nes les dieron palmaditas en la espalda y les contaron cómo sus hijos habían logrado engañarlas y tener relaciones sexuales con ellas en secreto. La campana sonó estridentemente.

Entonces mi padre subió al estrado. No quiso revelar quién le había dado la información; era una cuestión de honor entre ladrones. El fiscal continuó, nervioso y temeroso, mientras el juez lo ponía en la cuerda floja. En privado, por supuesto. Mi padre describió el robo; los muchachos solo habían estado vigilando. Abrió la caja fuerte y solo encontró papeles sin valor. ¡Ni oro, ni dinero, ni joyas! De repente, el anciano, en camisón, estaba detrás de él, levantó un rifle y se oyó un clic. Estaba aterrorizado; si el anciano lo hubiera amartillado, estaría muerto. No se había dado cuenta de que el rifle era una pieza de museo. Preso del pánico, golpeó al anciano, ¡pero no tenía intención de matarlo! Salió corriendo y los muchachos lo llevaron a casa. Cuando escuchó en la radio que el anciano había muerto, no pudo dormir durante dos semanas hasta que lo arrestaron. Siguió las instrucciones del abogado defensor al pie de la letra, con cuidado de no incriminarse. El juez permitió entonces que los peritos y los científicos forenses hablaran y levantó la sesión. El veredicto se dictaría allí exactamente en 14 días; el padre debía permanecer bajo custodia, mientras que los cinco acusados fueron puestos en libertad bajo palabra. Sascha concedió una entrevista televisiva con la condición de que se mostraran su nombre, dirección y número de teléfono, y, en segundo lugar, que el camarógrafo mostrara la mayor parte de sus pechos y glúteos posible sin censura.

Nosotros, los cinco de la pandilla, sabíamos que podíamos acabar fácilmente en el Gulag durante 20 años. Estábamos aterrorizados y nos acostamos con Sascha esa misma mañana, los cinco, porque yo, como los demás, estaba muerto de miedo. Acostamos a Sascha boca arriba sobre la losa de piedra y nos la follamos como lo hacía su padre. Tenía las manos libres; estiró sus gruesas piernas en el aire y se masturbó el clítoris hasta desgarrarse. Desde que Andrej había mencionado que también podría ir a prisión, se masturbaba día y noche; ¿quién sabe si siquiera podría masturbarse en la cárcel?

Los chicos fueron a casa de Andrej a última hora de la tarde; su madre tuvo que echar a su amante, y los cinco la follaron sin descan-

so hasta bien entrada la noche. Nunca la habían follado tantas veces seguidas; incluso Andrej estaba asustado. La folló como nunca antes; al anochecer estaba completamente agotada y fue a orinar con las piernas arqueadas.

El tío Vanya, el tío de voluntad débil, se acostaba con mamá para apoyarla en su hora de necesidad. Por las mañanas, en el desayuno, ella lo empujaba juguetonamente, casi golpeándolo. Durante tres horas, tenía que frotar su pene y complacerlo en su boca hasta que estuviera medio erecto y pudiera follar y eyacular durante unos minutos. Había prestado mucha atención durante el juicio: obligar a niñas pequeñas a masturbarse, desflorarlas con sus propios dedos y follarlas durante meses mientras eran débiles de voluntad: ¡Tú puedes hacer eso, bocazas, estafador! Lo insultaba a diario, y le importaba un comino que los niños estuvieran sentados allí mismo. Siempre que papá estaba fuera o en la cárcel, venía por la noche y le forzaba su pene. Muchos años atrás, tal vez la habría follado bien, pero ahora nosotros, los niños, oímos que ella ya no lo quería.

ENTREVISTADOR: Sin duda, fue una época llena de miedo e incertidumbre. Pero entonces llegó el día del veredicto.

PJOTR: Sí, exactamente. Sascha se puso otra vez una de sus atrevidas blusas revolucionarias, esta vez la completamente transparente, y por supuesto sin sujetador. El juez le guiñó un ojo como si fuera miope y la dejó ponerse de pie y sentarse en el estrado de los testigos. Las cámaras dispararon, los equipos de filmación la rodearon, porque Sascha era plenamente consciente de que esta era su oportunidad para lucir sus pechos. Yo ya soy inmune, pero el público se quedó mirando sus pechos, hipnotizado como el pueblo judío en la tierra prometida o Novak Djokovic en un Grand Slam.

El juez nos hizo ponernos de pie a los cinco. Allí estábamos, con nuestros trajes de confirmación, el pelo engominado hacia atrás, con el Gulag cerniéndose sobre nosotros. El juez leyó su veredicto, y él y los asesores se pusieron sus sombreros de payaso. Tener relaciones sexuales con nuestras madres estaba de acuerdo con la costumbre local, así que fuimos absueltos. El juez miró al público. «Hace ochenta años, en mi juventud, las cosas eran muy diferentes, por supuesto.

Las familias de clase media como la mía podían permitirse una nodriza para amamantar a los bebés o una niñera. Ellas cuidaban de nuestros penes, nos dejaban eyacular con tranquilidad, y cuando nos convertíamos en jóvenes, nos enseñaban a tener relaciones sexuales. Ninguno de nosotros jamás pensó en tener relaciones sexuales con nuestras propias madres. Los tiempos han cambiado radicalmente. Así que, absolución. ¿Qué opina, señorita Sascha?». Sascha hizo una reverencia que hizo que sus pechos se salieran de sus copas. Se ajustó la blusa con una sonrisa triunfal y dijo: «¡Sí, Su Señoría, absueltos!».

ENTREVISTADOR: ¿Alguien ha averiguado por qué Sascha estaba en el estrado de los testigos?

PJOTR: Ni idea. El juez continuó leyendo. Que los cinco tuvieran sexo con Sascha en la casa de pescado era un asunto privado, ninguno era menor de edad, no se había cometido ningún delito, dijo, mirando con reproche al fiscal abatido. “No tengo idea de por qué esto tuvo que exagerarse, señor fiscal, así que otra absolución, ¿no es así, señorita Sascha?” Sascha hizo su imposible reverencia otra vez, y yo la conocía lo suficientemente bien como para notar por qué era tan torpe y se estaba metiendo los pechos de forma tan extraña en la blusa. “¡Sin duda, una absolución, Su Señoría!” El viejo juez sonrió con picardía; por fin había podido echar un vistazo largo e informativo a los pechos de Sascha.

El juez continuó: En cuanto a los supuestos robos en las tiendas y los asaltos a las 16 gasolineras denunciados por la fiscalía, las violaciones no probadas y las extracciones ilegales de dinero, ¡absolución, absolución, absolución en 16 casos! Ni los dueños de las tiendas confirmaron las acusaciones de la fiscalía, ni las 20 chicas de las gasolineras reconocieron ni acusaron a ninguna de las integrantes de la llamada “Banda de los Cinco”. Así que, absolución en los 16 casos, ¿no es así, señorita Sascha? Ella, radiante y feliz, realizó su reverencia cuidadosamente ensayada, primero ocultando un pecho con cuidado y dejando el otro al descubierto durante un buen rato, para luego ocultar el segundo. “Disculpe, Su Señoría, pero la blusa parece haberse encogido en la lavadora. Respecto a las absoluciones, solo puedo decir: ¡Gracias, Su Señoría, eso es justicia!”.

El juez asintió agradecido, como si necesitara la aprobación de Sasha. Pasó la página. “Ahora, señorita Sasha, a usted y a su padre. Ambos eran mayores de edad, así que no hay delito, aunque el tribunal tiene una ligera duda sobre su paternidad, pero eso es un asunto privado. Sin embargo, en cuanto a ese ominoso tío Vanya, ¡voy a presentar cargos contra él por agresión sexual a una menor de 12 años! Ya está bajo custodia, el juicio es mañana a las 10 en punto, y la cito a usted, señorita Sasha, y a su madre como testigos. ¿Cuál es su comentario, señorita Sasha?” Con la puntualidad de un reloj suizo, Sasha hizo su terrible reverencia y se metió los pechos en su blusa militar aún más rápido que antes. “Su Señoría, mi padre fue el primer hombre de verdad que me hizo el amor como es debido. Ni siquiera me daba cuenta de que éramos mayores de edad por aquel entonces. ¡Pero gracias por la absolución de todos modos! No me gusta hablar del tío Vania a menos que Su Señoría lo ordene.” Hizo una pausa y continuó: “¡Por supuesto que compareceré mañana, igual que mi madre!”

El juez carraspeó. «¡El acusado principal y los cinco jóvenes, por favor, pónganse de pie!». El padre y nosotros cinco nos levantamos, sintiéndonos como plomo. El Gulag se cernía sobre nosotros. El juez, al igual que los dos jueces asociados, se cubrió la cabeza con un sombrero de carnaval. “Deliberamos extensamente y concluimos que este no fue un caso de asesinato premeditado, asesinato u homicidio agravado, sino más bien homicidio en segundo grado, cometido en un repentino ataque de pasión, en este caso, un incidente desafortunado. Los expertos confirmaron que la amenaza inminente era un arma muy vieja y descargada, algo que el acusado no podía saber. Esto condujo a este acto impulsivo. Retiramos los cargos de robo con allanamiento y hurto de valores por valor de millones. Por lo tanto, lo sentenciamos a cuatro años y siete meses de prisión. Y ahora a nuestros jóvenes. Ustedes no estuvieron presentes ni involucrados en el homicidio”, suspiré aliviado, “pero actuaron como vigilantes durante un crimen, y deliberamos largamente sobre si esto debería considerarse complicidad. Dado que los tres no pudimos llegar a una decisión unánime, los sentencio a los cinco a tres meses de arresto domiciliario y dos horas diarias de servicio comunitario en el departamento de parques de la ciudad. Podar árboles, rastrillar hojas, ya saben, ¡No podía creer nuestra suerte! ¡Nada de Gulag! ¡Arresto domicilia-

rio, pff! El juez miró a Sasha. Ella se sintió llamada y obedientemente hizo una reverencia, pero esta vez se sujetó los pechos con ambas manos para que no se salieran. Los pechos en sus manos se veían tan frívolos y obscenos que el público aplaudió espontáneamente. "Su Señoría, mi padre no es un asesino, no, jamás. Sin conocer las complejidades legales, supongo que el homicidio involuntario en segundo grado es menos grave." El juez asintió con la cabeza. "Así que supongo que los cuatro años están justificados. Y que usted muestre clemencia hacia mis cinco hijos es mucho, mucho mejor que el Gulag."

El juez asintió. "Sí, ciertamente lo consideré. No puedo simplemente encerrar a estos novatos en prisión; los reunirán y los enviarán a luchar a Ucrania. — ¡¿Qué?!" El juez le había dado una patada en la espinilla y murmuró: "¡No puedes llamarlo guerra!" El juez inmediatamente se dio cuenta de su lapsus y le espetó al secretario. "Tacha 'guerra', bórralo, o elimínalo si es necesario. Quise decir que los envían a una aventura militar especial, no a una guerra, por supuesto. ¡No hay guerra! ¡Aventura militar, aventura especial!" Miró fijamente a su secretario. "No tomes notas. ¡Estoy haciendo una nota al pie privada y personal, ojo!" Miró directamente a su público.

"Cuando el Sr. Putin se convirtió en presidente hace 20 años, mi primera reacción fue de auténtico horror. Nunca he ocultado mi mala opinión del servicio secreto. Esos tipos que espían y miran por las cerraduras, que violan el secreto postal y abren cartas o intervienen teléfonos, ¡qué asco! Esos que miran debajo de las faldas de las chicas y meten sus dedos sudorosos debajo de sus faldas y en sus bragas, o meten cualquier otra cosa húmeda en las bragas de chicas inocentes, ¡doblemente asqueroso! Pero luego escuché un discurso suyo sobre cómo quería devolver a nuestra Rusia a la verdadera grandeza, a la grandeza de la era zarista. Eso me conmovió, me hizo llorar, porque tuve que pensar en mis queridos padres, que todavía se aferraban al zar y no entendían nada del nuevo comunismo. Entonces, un tierno y cauteloso amor por el presidente Vladimir Vladimirovich se encendió en mi corazón; no me importaba si metía los dedos en las bragas de las chicas o cualquier otra cosa en ellas..." Las bragas estaban atascadas, como todo el mundo Él lo sabe. Lo hace por la

grandeza del imperio, aunque ya no se le llame imperio zarista. Entonces, ¿qué dice usted, señorita Sasha?

Sascha se acarició los pechos con un gesto frívolo y obsceno, dejando al público sin aliento. «Su Señoría, si el presidente Putin metiera la mano bajo mi falda y metiera los dedos en mis bragas, ¡adelante! Por supuesto, le pediría inmediatamente que me pusiera algo mejor, ¡sin dudarlo!».

ENTREVISTADOR: ¿Cómo evalúa la nota a pie de página del juez?

PYOTR: Dios mío, ni idea. ¿Qué es el Imperio Zarista? — No importa. Nos abrazamos aliviados y volvimos a casa arrastrando los pies. Llevé a mi madre a su habitación; ¡tenía que follar con alguien inmediatamente por alivio, y de qué manera! Ahora era un asunto de dominio público, fui absuelto, y oficialmente se le permitió follar conmigo sin castigo. Luego arrastré a Sasha a la habitación también; ¡follamos por primera vez en la cama matrimonial! Mi madre acarició los pechos de Sasha mientras follábamos. “Lo de la blusa transparente es genial, póntela otra vez mañana, ¡sumergiremos al limpio tío Vanya hasta el cuello!” Sasha asintió con la cabeza y no dejó de masturbarse ni un momento. “¿No quieres quitártelo, por anticoncepción?” preguntó mi madre. Sasha negó con la cabeza y jadeó mientras se masturbaba, “¡Todavía no me ha bajado la regla, mamá!” y yo añadí, “¡así que no puede quedarse embarazada!” La madre frotó mi polla profundamente en el coño de Sascha mientras yo me corría, porque se había puesto increíblemente cachonda y caliente mientras yo follaba a Sascha. Pero yo estaba demasiado cansado ahora; tenía que tomar un descanso. La madre tocó el clítoris de Sascha. “¡No tenía ni idea de que tuvieras un clítoris tan grande!” Sascha asintió perezosamente, porque yo sabía que le gustaba que le tocaran el clítoris suavemente. “Probablemente sea diez veces más grande que el mío”, continuó la madre. Sascha guardó silencio durante un buen rato, pero luego dijo: “Tal vez sea por masturbarse tanto, ¿verdad?”. Entonces la madre negó con la cabeza con decisión: “No, desde luego que no. Me masturbo al menos tanto como tú, pero el mío es mucho más pequeño, un pequeño bulto, tal vez un cuarto de uña o menos”. Me quedé dormido; mañana tengo cita en el juzgado. Por la mañana,

volvimos a follar; eso era más importante para los tres que el desayuno. La madre, sonriendo ampliamente, le prestó a Sascha una blusa muy fina.

La sala del tribunal estaba abarrotada. Fotógrafos y camarógrafos rodeaban a Sascha, la primera en declarar. El asesor leyó varias páginas de detalles sin importancia; yo no prestaba atención, ya que conocía nuestra dirección. Entonces el juez tomó la palabra, comenzando con el tema del deber de decir la verdad. Sascha, que no le tenía miedo al juez, preguntó si realmente tenía que responder a todo lo que la avergonzaba. Él le indicó: «No debes mentir bajo ningún concepto. Puedes decir que te avergüenza la respuesta; el secretario lo registrará meticulosamente, pero también tienes que decir lo que te avergüenza. Puedes decir: "No lo sé, no lo recuerdo", pero solo si es verdad. ¿Entiendes, muchacha?». Inmediatamente noté que se dirigía a Sascha de forma informal, y entonces supe que al tío Vania le esperaba un juicio difícil. Estaba sentado en el estrado, pequeño, pálido y con aspecto culpable. La jueza le pidió a Sascha que contara la historia con sus propias palabras, comenzando por el jardín de infancia.

ENTREVISTADOR: ¿De verdad dijo jardín de infancia?

PYOTR: Sí. Sasha contó que siempre se había masturbado todas las noches, con uno o dos orgasmos. A veces tres. Pero de tal manera que Pyotr, o sea yo, no se daba cuenta de nada. La jueza asintió amablemente. «En aquel entonces, a veces espiaba por la puerta del dormitorio, queriendo saber cómo funcionaba el sexo. Cuando su padre tenía relaciones sexuales con ella, terminaba en un instante, en un minuto; cuando era otro novio, siempre duraba mucho tiempo». La jueza asintió. «¿Pero sabes que espiar es muy indecente?». Sasha asintió. «De niña, solo sabía que estaba estrictamente prohibido, pero tenía mucha curiosidad porque los novios de mi madre hacían todo tipo de cosas indecentes». La jueza siguió siendo amable, pero ahora iba a hablar de Tío Vania.

"Aún no tenía doce años, pero me creía bastante mayor. Me molestaba mucho que todos me trataran como a una niña pequeña. El tío Vanya fue el primero y único que me tomó en serio y me habló como

a una adulta de verdad. En aquel momento no me daba cuenta de que lo único que quería saber era cómo, cuándo y con qué frecuencia me masturbaba. Tenía tantas ganas de verlo que se lo enseñé. Me preguntó si sabía besar bien. ¿Con la lengua? No tenía ni idea y le dejé que me enseñara, ya que yo le había enseñado a masturbarme. Aprendí a besar muy rápido; me besó durante horas, y mi coño y mi clítoris estaban increíblemente excitados. Dijo que era porque aún no había tenido relaciones sexuales."

No entendía la conexión, pero nos besamos durante un buen rato, y me rompí la cabeza intentando averiguar cómo hacer que me follara. Sabía cómo hacerlo por haberlo espiado. Ahora siempre me quitaba toda la ropa, lista para improvisar. Hice que pusiera su pene delante de mi vagina para ver si entraba. Por supuesto, no entró, y dijo que el himen lo impedía. Pero yo ya estaba decidida, y él dijo que tendríamos que romper el himen con los dedos. Bueno, así que tanteamos un poco, luego metí mi dedo índice con decisión, y eso fue todo. Finalmente me folló. Su pene parecía grande, pero seguía siendo un gusano grueso y semiblando, una manguera de jardín suave que él metía y sacaba con cuidado. Pero no podía ir más rápido, o el gusano saldría disparado. "Estoy a punto de correr", dijo, "¡te voy a dar un bebé!" Le dije que tenía que darme un hijo sí o sí, que podía inyectarme el bebé de una vez, ¡qué cara pondría mi madre! El juez le dio un codazo al tasador, diciéndole que no se riera tan tontamente, ¡queríamos ver la foto tal como es!

Sascha continuó: «Venía todos los días cuando yo estaba sola o cuando solo Petja estaba en casa. No le importaba si Petja se enteraba. Siempre me hacía sentarme primero sobre su pecho y me miraba masturbarme, solo entonces me follaba con la manguera blanda. Me atreví a decirle que debería follarme bien fuerte, pero entonces quiso saber cómo lo sabía. Confesé que lo espiaba, y ahora tenía que contárselo todos los días. Follábamos todos los días en cuanto llegaba a casa del colegio, y él siempre se corría al final. Cumplí doce años y me regaló una fina cadena de plata para la muñeca; ya era casi adulta. Solo llevaba la cadena al colegio para que mamá no me hiciera preguntas. Había pasado más de medio año cuando mamá irrumpió en mi habitación mientras estábamos follando. Le dio una buena

paliza, lo echó de casa y le prohibió la entrada al bar del barrio. Ahí se acabó todo».

El juez miró a los dos jueces asociados; no tenían más preguntas. Entonces nuestra madre subió al estrado. Llevaba un vestido que realzaba sus considerables curvas. El juez la miró dos veces, con los ojos brillantes tras sus gafas. Le pidió que describiera todo con sus propias palabras, citando la obligación de decir la verdad, etc.

ENTREVISTADOR: ¿Su madre eligió este vestido intencionadamente?

PYOTR: Creo que sí, todos tuvimos la impresión de que tuvo un buen efecto en los tres jueces. Era un vestido blanco ajustado, ligeramente transparente. No llevaba ropa interior, ni sujetador ni bragas. No me había fijado mucho en lo bien que se veía nuestra madre entre los 35 y los 40 años, así que aún no hemos celebrado su 40 cumpleaños. El vestido se ceñía a su cuerpo curvilíneo y bien formado como una segunda piel. Sus pezones erectos se marcaban agresivamente, se veía inmediatamente su pequeño vello púbico negro, y si se movía en el ángulo adecuado, se podía ver la hendidura de su pliegue púbico. Simplemente se encogió de hombros con desdén cuando se lo dije antes de irnos. Murmuré: «Eso le va a meter al tío Vania en un buen lío».

ENTREVISTADOR: Bien, continúe.

PJOTR: Ella sonrió a los tres jueces. “Permítanme un comentario más sobre el procedimiento de ayer. Mi esposo no es un asesino; se hundió en su propia miseria porque el desempleo lo dejó sin nada, y se ahogó en alcohol. A menudo lo observaba cuando tenía relaciones sexuales con Sascha en el restaurante de pescado con los chicos. Vi cuánto se esforzaba y cuánto empeño ponía. Fue, hasta donde yo sé, el primer hombre adulto que realmente tuvo relaciones sexuales con Sascha como es debido, según todas las reglas del arte. Quería hacerlo mejor para ella que para mí. Verán, me decepcionó mucho después de la boda. Era el tipo de hombre al que los franceses dirían: ‘¡Adentro, fuera, gracias, señora!’” Pero siempre fue un buen hombre y un buen padre. Me alegré de encontrar un hombre cuando sospeché que

estaba embarazada. No era una mujer tan vieja y fea en aquel entonces; era un éxito y tenía diez amantes en mi dedo, algunos de los cuales todavía conservo hoy. Durante los primeros 10 o 15 años de nuestro matrimonio, tuve un amante todos los días porque mi marido es un completo idiota en ese sentido. Me apartó hace solo uno o dos años; tal vez descubrió a mis amantes, o tal vez de repente se convenció de que no era el padre de Sascha, a quien adoraba. Si me hubiera preguntado, le habría mentido para su tranquilidad porque nunca supe con certeza cuál de los muchos hombres podría ser. Nunca tocó al pequeño antes, lo juro por mi vida. Cuando aprendió en la escuela cómo hacer que los chicos eyacularan, no tenía amigas con las que pudiera hacerlo. Ella vino a nuestra cama matrimonial y lo hizo eyacular, la "Buenísima y dulce gruñona. Le enseñé hasta que lo hizo bien; naturalmente, también exigió aprender a eyacular en la boca. Pero cuando le dije que un padre solo podía follar a la madre, y que el gruñón con su polla gruesa no podía follar el pequeño coño de niñas como ella, se decepcionó mucho, y después de eso, ya no le interesó". El juez asintió. "Tomaremos eso y pondremos una copia en su expediente; podría ayudarlo con una apelación o una petición de clemencia". El juez asintió alentadoramente hacia ella; ahora debía informar sobre Sasha y Vanya.

"Había visto a Sascha masturbándose desde el jardín de infancia, y en mi opinión, eso estaba bien. Se lo ocultó a Petja, su hermano menor, lo cual también me pareció bien, ya que dormían en la misma habitación. Fue solo después de un tiempo que descubrí que Wanja tenía relaciones sexuales con Sascha, y al principio me sentí muy mal. Pero decidí observar un tiempo antes de intervenir."

Lo espiaba todos los días cuando desaparecía en la habitación de los niños. Ambos se desnudaban; ella tenía que sentarse sobre su pecho y masturbarse justo delante de su cara. Podía ver en sus ojos cuánto lo excitaba. Ella tenía las piernas bien abiertas; podía ver su hermosa y rosada vulva, y ya se veía la abertura. En aquel entonces, a los doce años, solo tenía un clítoris diminuto; ahora tiene uno tan largo como su dedo meñique, un monstruo fantástico.

Frente a ellos estaba sentado Petja, de unos 8 o 9 años, masturbándose en completo silencio. Eyaculaba constantemente, observán-

dolos a los dos, y seguía masturbándose. Wanja se tumbó encima de la pequeña Sascha; pude ver con total claridad cómo introducía lentamente su pene gomoso en su coño. La follaba muy despacio porque no se puede follar rápido y fuerte con un pene tan blando. Te cuento esto solo para que te imagines toda la escena.

Quise terminar con todo una y otra vez, pero lo fui posponiendo, y si Sascha sufrió algún daño como resultado, yo también tengo parte de la responsabilidad. Sascha le rogaba a Wanja que la follara como es debido. Él logró que admitiera que a veces me espiaba, algo que a veces sentía que era cierto. Pero en lugar de follarla como es debido, solo quería que le contara cómo me follaban mis amantes. La interrogó con ferocidad; quería saber toda la historia. Pero ya había visto suficiente. Entré furioso en la habitación y eché a golpes al cura cerdo de la casa; nunca más se le permitió acercarse a Sascha. Creo que le di una buena paliza porque nunca más volvió a nuestra casa.

Desde que mi marido entró en prisión, viene a mi casa por las noches a tener sexo, pero es aún más torpe que nunca. Aunque gasta mucho dinero en prostitutas que vienen a su casa. La primera noche, le grité que hasta mi pequeña Petja tiene una polla del doble de tamaño que la suya y folla mil veces mejor. Después me callé y lo eché tras el desayuno; vive en la propiedad vecina. Pero se queda en mi puerta todas las noches y viene a tener sexo. Soy demasiado blanda y lo dejo entrar con un suspiro. No me importa quién me folle, a mí, esta vieja y fea mujer. Lo importante es tener una cama caliente.

Sascha nunca derramó una sola lágrima por su primer amante, y sé por qué. No sé si Sascha ya dejaba que Petja la follara cuando el tío Vanya todavía lo hacía. Pero ahora lo dejó follarla de inmediato; lo vi muchas veces. Él era solo un niño pequeño entonces, con un pene pequeño pero ansioso de niño. Ahora tiene un pene de hombre realmente grande y fuerte, como todos sabemos. Pero follaba a Sascha como es debido, todas las noches. Ella debe estar satisfecha con su forma de follar, porque todavía le permite follarla hasta el día de hoy.

“Su Señoría, le conté todo, no omití nada y no mentí.” Se acercó a mí en la primera fila como una modelo en una pasarela y se sentó entre Sascha y yo.

ENTREVISTADOR: ¿Pero a Vanya se le permitió decir una palabra? Lo pregunto porque en ese momento yo ya no estaba en la sala del tribunal.

PYOTR: Sí, por supuesto. El juez le pidió entonces al tío Vanya que explicara su punto de vista. Vanya se puso de pie, pareciendo más un ratoncito que nunca. "Su Señoría, por muy hirientes y vergonzosas que hayan sido las explicaciones de Sasha y mi cuñada, no pude detectar ni una sola mentira. Contra el consejo de mi abogado defensor, confieso y me declaro culpable. ¿Puedo añadir algo? Me gustaría describir mi situación." El juez miró brevemente a los jueces asociados, quienes simplemente se encogieron de hombros. El criminal ha confesado; el veredicto será unánime. La última palabra no cambiará nada. El juez asintió. ¡Adelante!

"Incluso de niño, sufrí por tener un pene mucho más pequeño que el de mi hermano. Durante mucho tiempo, se negó a creer que mi miembro simplemente no se ponía duro. Me masturbaba una y otra vez, pero siempre tardaba una eternidad en eyacular. Negaba con la cabeza con incredulidad; mi pene era simplemente gomoso y blando. Durante mis años escolares, él se acostó con cientos de chicas; yo probablemente no me acosté con 20. Solo me acostaba con las extremadamente feas o las que no tenían ni una pizca de autoestima. No me daba vergüenza hacerlo y a menudo me quedaba horas parado frente a una tienda o un supermercado hasta que encontraba una presa segura; solían ser mayores de 50 años, desde niñas de la calle hasta ancianas con bastón."

En el instituto, él se compadeció mucho de mí; hizo un pacto conmigo. Fingíamos que solo compartíamos habitación. A las chicas no les importaba; querían acostarse con el guapo. Él se acostaba con las chicas en nuestra cama de matrimonio, y yo me sentaba desnudo en una silla y me dejaban mirar. Me masturbaba, y cuando él terminaba o hacía una pausa, me dejaba acostarme con la chica. Solo recuerdo a dos o tres que no me dejaban. Qué bien se sentía acostarse con tantas chicas como él, y todas eran guapas y preciosas. Me miraban mientras me acostaba con ellas y sonreían amablemente mientras me acariciaba lentamente el pene.

Esto duró al menos 10 años; todos teníamos mucho sexo, y yo no era tan infeliz como lo había sido en la escuela primaria. Así fue como conocimos a su futura esposa, mi cuñada. Los tres teníamos sexo como de costumbre. Yo sabía con qué frecuencia ella ya le era infiel en aquel entonces, pero mi hermano estaba completamente enamorado de ella y no me escuchaba. Se casaron, pero nuestro trío continuó durante otros 20 años de su matrimonio. Yo sabía que sus amantes solo venían al mediodía o por la tarde; yo no iba hasta tarde por la noche, para entonces él ya había tenido sexo y estaba dormido. Ella me dejaba acostarme suavemente con ella y tener sexo con ella a mi manera.

No conté cuántos hombres se acostaban con ella cada día; yo era solo uno de tantos, y con una sola vez me bastaba. Mi hermano no hablaba mucho, y menos conmigo. Solo se acostó con ella un minuto más y la despreció, pero nunca dijo por qué. Entonces un impulso oscuro y poderoso me atrajo hacia la pequeña Sasha, y ya han oído el resto. Gracias, Su Señoría, le ruego una sentencia indulgente. Los jueces alzaron la vista; oían historias tan desgarradoras a diario. Media hora de receso, luego se anunciará el veredicto.

Mamá nos compró una Coca-Cola; estaba rodeada de una multitud de hombres y mujeres. Los hombres fingían preguntar por la tela de su vestido, pero en realidad, la manoseaban todo el tiempo. Las mujeres querían contar sus historias; todas habían tenido experiencias similares. Me quedé un poco aparte con Sascha; todo aquello me repugnaba. Sascha estaba encantada, ya que mamá atraía a los hombres como un imán. Gruñí porque se estaba presentando de forma tan provocativa. Tenía otra cosa en mente. Tomé la cabeza de Sascha entre mis manos y la besé en los labios. “No importa lo que hayamos oído hoy, eres mi hermana, mi queridísima hermana, y siempre quiero acostarme contigo”. Sascha no dijo nada, pero el brillo en sus ojos sonrientes fue respuesta suficiente. El timbre sonó estridentemente.

Sasha se sentó en el centro, a mi lado, y me tomó la mano con fuerza hasta el final. El tío Vanya tuvo que levantarse, los tres jueces se pusieron sus sombreros de carnaval y luego el juez leyó el veredicto. Fue soporífero; solo me interesaba el contrapunto. La pena oscilaba entre 1 y 10 años; Vanya recibió 4 años y 7 meses. El juez levantó la

vista brevemente. «Si ambos lo desean, en la misma prisión». Vanya respiró hondo y asintió.

ENTREVISTADOR: El tribunal ha dictado sentencia. Los cinco estarán pronto bajo arresto domiciliario. ¿Qué les depara el futuro?

PJOTR: Es difícil decirlo, hemos aprendido de nuestros errores y nunca volveremos a caer en la trampa.

ENTREVISTADOR: ¿Así que volverás a recaudar fondos?

PJOTR: Ninguno de nosotros lo sabe todavía. Tenemos otras preguntas que resolver ahora mismo.

ENTREVISTADOR: ¿Y cuáles serían?

PJOTR: Bueno, no quiero leer eso en tu entrevista, pero puedo decírtelo extraoficialmente.

ENTREVISTADOR: ¡De acuerdo, trato hecho!

PJOTR: Después de que comenzó el juicio, decidimos follarnos a una de nuestras madres diferente cada día, los cinco.

ENTREVISTADOR: Oh, eso suena emocionante. ¿Cómo lo hicis-te?

PJOTR: Empezamos con Vanya. Solo después de que el padre se durmiera, nos colamos en la habitación a oscuras. Vanya le susurró algo a su madrastra, quien se mostró inmediatamente entusiasmada y dispuesta. Luego le susurró algo a su hija, quien dudó un instante y se enfurruñó. Entramos en la antesala y colocamos zapatos y ropa en cinco montones. Después nos acercamos sigilosamente a las mujeres. Nadie sabía quién se las estaba follando, nadie sabía con quién se estaba follando él. Todos se estaban follando a todos; las mujeres, por supuesto, reconocieron el pene de Vanya y se rieron. Evitamos hacer ruido; después de dos horas, estábamos completamente agota-dos. Nos escabullimos en silencio.

Max manejó la situación muy bien y con astucia. Su madre había mandado a su amante fuera por la noche con un buen pretexto, pero ella seguía haciéndose la Juana de Arco. “¿Cinco pollas, dices, cinco pollas que se supone que debo frotar porque son tus amigos? ¿Cinco? ¿Estás loca? ¡Voy a tener tendinitis, idiota!” Pero entonces todo salió a la perfección. La luz se quedó encendida y sus ojos brillaron al ver todas las magníficas pollas. Solo armó un pequeño escándalo con Dani. “No me acuesto con un judío, no tienen prepucio, ¡y entonces no es divertido!” Max le preguntó si alguna vez se había acostado con un judío. Ella pensó durante un buen rato y luego asintió. “Cuando todavía tenía a papá, porque tenía muchos clientes judíos. Mientras él trabajaba en la parte de atrás del taller, dejaba que todos los clientes me follaran, pero a los judíos solo por detrás; simplemente no quería ver a los circuncidados.” Nos los follamos uno tras otro, durante tres horas. Tenía una vagina increíblemente estrecha, y todos tuvimos que penetrarla con mucho cuidado hasta que se acostumbró. Solo Dani tuvo que follársela por la boca durante su primera ronda, como si temiera que pudiera estar envenenada o ser contagiosa. La folló con entusiasmo y se corrió profundamente en su garganta mientras Andrej la follaba. Dani se rió entre dientes: “¡Ahora hay millones de pequeños judíos nadando en tu esófago, Maxi-Mamá, millones de honestos judíos rusos!”. A ella no le pareció tan gracioso y se concentró en su orgasmo, porque Andrej estaba a punto de eyacular. La follamos durante tres horas, Dani incluido, hasta que no pudo más. Pero de alguna manera lo había disfrutado, porque preguntó si volveríamos alguna vez.

La madre de Andrej se mostró entusiasmada al instante. Le echó una pastilla para dormir suave en el té y luego nos colamos en su habitación. Tuvimos sexo una y otra vez; su madre era fantástica en la cama y tuvimos que parar después de cuatro horas. ¡Podía con cinco tíos sin problema! Volvimos a casa tambaleándonos en nuestras bicis y nos desplomamos en la cama.

La experiencia de Dani fue dura al principio. Su madre estaba muy excitada; nunca antes había participado en una orgía, pues su marido era demasiado religioso para eso. Le dijo a Dani que ni siquiera le hicieran caso al padre. Pasamos junto a él, tal como Dani había dicho. El padre había estado contando; puso los ojos en blanco con desespe-

ración, luego salió corriendo, se agachó en la sinagoga e intentó rezar en silencio. No regresó hasta después de medianoche, para entonces los cuatro ya nos habíamos ido. Nos habíamos turnado para follar a esa mujer tan buena y atractiva hasta que nos corrimos dentro de ella. Dani, nuestro quinto hombre, se acostó a su lado, simplemente tomándole la mano o acariciándole los pezones erectos; de todos modos, no había planeado follarla hasta tarde esa noche.

El padre se detuvo un momento en el umbral del dormitorio. Dani estaba a punto de follar con su esposa. Ella le susurró que se acercara, que se lo daría muy, muy bien. Con un profundo suspiro, se acostó junto a ella en la cama. Su esposa le apretó la mano y le palpó el pene. Al principio dudó, porque ella siguió dejándolo follarla, gimiendo mientras lo frotaba y lo llevaba al orgasmo. Dani tuvo que hacer espacio brevemente para que el padre pudiera eyacular dentro de ella, y luego se le permitió seguir follando. El padre estaba de alguna manera agradecido de que Dani follara con su esposa, porque odiaba follar. De verdad que sí. Hasta entonces, solo se había masturbado y había tenido que meter su pene profundamente en su horrible agujero para eyacular. Ella siguió frotándolo dentro de ella hasta que se corrió, y luego siguió frotándolo hasta que terminó. Después de un rato, ella siempre le hacía una segunda mamada, pero él tenía que volver a meter su pene virgen en su asqueroso y repugnante agujero y eyacular dentro de ella mientras ella seguía frotándolo hasta que él se corría. Estaba muy cansado después de eyacular dos veces y se quedaba dormido; ella seguía masturbándose durante una hora o más, pero a él le parecía extremadamente asqueroso. Una vez la había visto masturbarse por curiosidad, pero tuvo que correr al baño y vomitar en el lavabo. Su vida matrimonial había sido bastante tranquila hasta que Dani decidió follarla muy duro. Papá toleraba su follada bastante felizmente porque mamá le hacía las dos mamadas al mismo tiempo.

Había hablado con mi madre y con Sascha sobre la nueva situación. Como era de esperar, ambos sonrieron de oreja a oreja y preguntaron cuándo llegarían los cinco. Desde que mi padre y mi tío estaban encarcelados, yo era el único hombre en la casa; los tres nos acostábamos en la cama grande y follábamos cuando a alguno le apetecía. Los cinco sentían especial curiosidad por mi madre; todos co-

nocían a Sascha. Se abalanzaron sobre ella, quien lo disfrutó muchísimo, y me aseguré de que Sascha también tuviera su turno.

ENTREVISTADOR: Creo que ya tenemos todo listo. Redactaré el artículo, obtendré todas las aprobaciones y lo enviaré por correo electrónico antes de imprimirlo. ¿De acuerdo?

• • •

Chipre vibrante

von Jack Faber © 2023

Valeria, la mujer con las piernas más hermosas del mundo, me tenía en su regazo y llevaba horas hablando por teléfono en un idioma extranjero. Se había retirado del ballet competitivo porque era demasiado mayor, pero aún era demasiado joven para formar a la siguiente generación como maestra de ballet. Una vez me susurró al oído que esto tenía sus ventajas; podía compensar todo el sexo que se había perdido durante su formación. La razón por la que estaba tumbado en su regazo era porque tenía un loft con una cúpula de cristal, con vistas directas a la catedral de San Esteban, y ella podía beber champán y comer fresas porque mi ama de llaves era simplemente buena. Que pudiera comprar con mi tarjeta de crédito era, en su opinión, lo justo, y a cambio, yo podía acostarme con ella cuando quisiera y cuando quisiera. ¡Valeria, eres un bálsamo para mi alma!

Sí, ¿por qué mi alma necesitaba consuelo? Llevaba meses divorciado de la mejor mujer del mundo. Tenía mi lista de VW, con cientos de VW, en el maletero de mi Mercedes. Un punto importante de discusión con Valeria; ella quería un deportivo italiano genial, pero siempre se ofendía cuando le recomendaba un Fiat Topolino. Yo necesitaba un coche fiable, no un deportivo, así que la buena ingeniería alemana era la mejor opción. Además, necesitaba el carné de conducir, que esos tipos tan sobrios me habían quitado sin más. Un vodka de más, o quizás dos. Ah, claro, ¿por qué la lista de VW? Empecé a hacer una lista cuando empecé a beber, explicando por qué mi mujer me había dejado. “Quizás porque…”, empezaba cada frase. La abrevié a VW, … y se me ocurrieron algunos argumentos sensatos y cientos de tonterías. Las mujeres venían de Venus y los hombres de Marte; esa probablemente sería la explicación más precisa. O, como dijo Otto, las mujeres estaban genéticamente más cerca de las gacelas, los hombres de los simios. Todos estos aforismos, justificaciones y argumentos podrían disiparse con un vodka, o incluso con dos.

La primera noche, Valeria dijo que yo era solo el segundo hombre con el que se había acostado. Por supuesto, quise saber más; ¡la chica

era prácticamente una desconocida para ella! Valeria había crecido en condiciones precarias y de hacinamiento. De las dos habitaciones, una era la cocina, la ducha y el inodoro, la otra el dormitorio. La niña no necesitaba su propia cama, decía su padre. Así que Valeria dormía con sus padres. Todas las noches, su padre follaba brutalmente a su madre; Valeria no conocía otra cosa. Constantemente maldecía, diciendo que su madre era mala para follar, y solo se calmaba cuando la niña, Valeria, lo abrazaba por detrás y le agarraba el pene como un palo, un palo que al principio era suave y delicado, pero que volvía a ser salvaje y agresivo en el puño infantil de Valeria. Valeria se lo sabía de memoria: su padre gruñía y follaba a su madre, maldiciendo salvajemente, y luego se dejaba caer de lado para dormirse inmediatamente. Sus gritos se hacían cada vez más fuertes; discutían antes y después del sexo. Él quería una mujer mejor para follar, la madre lloraba y pacientemente le permitía follarla entre lágrimas; ¿qué haría sin su Vanya? Valeria se arrojó entre los dos hombres que peleaban, abrazando a su padre que gritaba furioso. Él la miró asombrado; era tan bonita y le ofreció su vulva. Se calmó y abrazó a su princesa. La desfloró y la folló como un jabalí. La madre estaba furiosa al principio, pero luego se tranquilizó. La niña de 13 años debía follarlo y mantenerlo atado a la casa, para que su Vanyushka no tuviera razón para desviarse o huir. El padre follaba a Valeria una o dos veces cada noche; ya no había gritos, y la madre se masturbaba mientras Valeria y su padre follaban. “Lo necesito”, dijo la madre desafiante, porque Valeria no sabía cómo masturbarse en aquel entonces. El padre miró la apasionada masturbación de su esposa y eyaculó mucho más rápido de lo habitual. Valeria se acurrucó en la axila de su padre y miró con lujuria a su madre, que luchaba por alcanzar el orgasmo. Así aprendió a masturbarse, y lo hacía tan a menudo como podía. Corría cuatro kilómetros de ida y vuelta a la escuela de danza todos los días, impresionando a todos. Todas las chicas querían ver su agujero, donde su padre se desahogaba día tras día. Valeria sabía que era especial en todos los sentidos; la dejaron audicionar para el Ballet Bolshoi, interpretando la escena de locura de Lucia di Lammermoor con Maria Callas en una grabación. Tenía diecinueve años, vivía en el internado del Bolshoi, y bailaba, entrenaba duro y bailaba aún más. Su compañera de cuarto se masturbaba todas las noches con su vibrador, que hacía tiempo que se había quedado sin pilas, y Valeria también se masturbaba, ya que no había ni televisión ni radio. Así que veía a

Ludmilla introducir furiosamente el vibrador en su vagina, y se masturbaba suavemente, excitada por las mismas sensaciones. El padre venía una vez a la semana y la follaba con fuerza. No, Ludmilla no quería que su padre también la follara; no estaba tan loca como para dejar que la embargara con un hijo, aunque a veces cedía y dejaba que el berserker la follara. Pero le sacaba el pene de la vagina cuando él se corría. Valeria había llegado a la cima; entrenaba diligentemente y bailaba maravillosamente. Se masturbaba al mismo tiempo que Ludmilla, y el padre venía todas las semanas y follaba con ambas bailarinas. Luego llegó una nueva maestra de baile; no soportaba a Valeria y la obligó a irse del Bolshoi en su primer año. Años después, Valeria me escribió desde París que la habían examinado a los 19 años; el presidente Yeltsin había ordenado que todas las chicas se sometieran a pruebas de aptitud para el servicio militar. La ginecóloga le hizo dos radiografías adicionales. Negó con la cabeza y estudió las imágenes con mucho cuidado. "¿Todavía no has sangrado, verdad?", preguntó, y Valeria respondió con sinceridad que solo había sangrado cuando perdió la virginidad, a los 13 años. La doctora se mantuvo seria. «Mientras no tengas la regla, no podrás tener hijos», dijo. A Valeria no le importó; así podía tener relaciones sexuales cuando su padre venía. Dejó que su padre tuviera relaciones con ella todas las semanas hasta que tuvo que dejar el Bolshoi a los 28 años y se fue a Viena. Hablaba alemán con fluidez porque su madre era vienesa. Ahora yacía en mis brazos, y yo era solo el segundo hombre con el que había tenido relaciones sexuales.

Valeria nos dio rienda suelta sexualmente; al fin y al cabo, habíamos venido a Occidente para vivir una vida moderna. Ella disfrutaba cada vez menos de mi pene empapado en vodka, y yo también. Mis constantes quejas ahuyentaban incluso a las parejas más dispuestas; ni siquiera se acercaban a mi pene. Valeria probablemente disfrutaba más de su libertad, porque para ella el ballet era un deporte, y los atletas solo bebían champán; no bebían alcohol y eran completamente sobrios cuando se trataba de sexo.

— El próximo fin de semana nos vamos a Chipre — dijo Valeria, de forma totalmente inesperada — . Vienen todas las personas importantes, incluso algunas del Bolshói. Nada de traje ni corbata. Todo es

informal, hablaremos ruso, pero con inglés te las arreglarás. Ya lo tengo todo reservado.

Me pregunté si tenía una cita, pero no, había contratado a un buen gerente y vendido la empresa; ya no tenía citas. “Pero me llevaré mi bolsa de tenis”, dije obstinadamente, aunque hacía siglos que no llevaba mis pesadas raquetas de tenis; eran demasiado pesadas para mí, y como no tenía ninguna raqueta, simplemente miraba a los demás, lo cual también era agradable. “El hotel tiene dos canchas; ¡claro que pensé en eso, Vanyushka!” Mi nombre no es Vanya ni Vanyushka, por supuesto, pero Valeria piensa que Edmund es aburrido y estirado. No me importa; mi perro tampoco nació como Rex, y seguía respondiendo a Rex. “Hay un supermercado al lado del hotel por si quieres comprar una botella”. ¡Oh, Valeria! “¡Gracias, Lera!” la llamé; le gustaba ese apodo cariñoso. Tomamos un taxi al aeropuerto; eso sí lo recuerdo. Probablemente llegamos al hotel en Larnaca, pero he olvidado los detalles, ¿entiendes?

Disfruté relajándome junto a la piscina. Valeria tenía reunión tras reunión, así que me escabullí; el ruso no era mi idioma extranjero preferido. Solo sabía dos o tres palabras. Una chica simpática me rescató dos veces en la piscina cuando, para mi sorpresa, me hundí. Pero logré salvar mi botella, que era lo importante. La chica era de Holanda o de España; daba igual. Mi inglés es comprensible incluso en aguas turbulentas y con la lengua trabada; ella se reía, se reía y se reía sin parar. Como un verdadero caballero, la acompañé hacia los vestuarios, pero ella se abalanzó sobre mí en el pasillo y tuvimos sexo de pie, holandés o español, daba igual.

Me sobrié un poco y estaba algo menos borracho. Vamos a tu habitación, y así lo hicimos, y tuvimos sexo dos veces en su cama. Ella no tenía idea, o tal vez ningún deseo, de llegar al orgasmo. Estaba completamente exhausto y me fui, mi última mirada se posó en su mesita de noche. Su vibrador parecía sonreírme con picardía, y ella se sonrojó intensamente al ver mi mirada. No entendía holandés ni español, y odio el zumbido de esos aparatos. En recepción me enteré de que estaba en el hotel equivocado y me indicaron el correcto. Había perdido mi botella; solo llevaba puesto un bañador, que probablemente no era mío. Fui a mi habitación, la mía de verdad, y me

dormí. Valeria entró muy silenciosamente: “¡Te he estado buscando por todas partes!”. Un comentario que ignoré y volví a dormirme.

Para cenar, después de una ducha y un par de vodkas más tarde, tuvimos una buena comida en el extranjero. No entiendo ruso, ¿no lo mencioné? Bebí solo y brindé con Pyotr, Irina y otros. Valeria susurraba entre copas, explicando quién era quién y lo importantes que eran para el mundo del ballet. Casi todos parecían tener alguna conexión con el Ballet Bolshoi y el Teatro Bolshoi. Yo solo conocía el Bolshoi por fotos; podría estar igual de bien en Josefstadt o cerca de la Volksoper, dos teatros que no eran en absoluto inferiores al Bolshoi. Valeria lo consideraba el Monte Olimpo, así que forcé una sonrisa. ¡Que lo haga!

Un encuentro casual resultó ser una bendición, y además, muy provechoso. Un jefe de la mafia, de hombros anchos, se sentó frente a mí y pidió dos vodkas y dos vasos vacíos. Hablaba inglés tan bien como yo ruso, pero aun así lo entendí. Después de que el camarero se marchara, vertió el contenido de su petaca plateada en los vasos vacíos. Señaló los vasos: «Zyprija» y «Rossija». «¡Salud, camarada!», dije, y él respondió con algo en otro idioma. Entonces bebimos. Señalé «Zyprija» e hice una mueca. Luego señalé «Rossija» y sonreí radiante, como una Filarmónica recién pulida (una moneda de oro, no un violinista, ojo). Se inclinó y me besó en los labios. Me sorprendió; estaba discutiendo con el hombre sentado a su lado, quien se levantó de un salto y regresó cinco minutos después con una bolsa de plástico. El jefe de la mafia sacó una botella y la colocó a su lado. Esa fue la «Rossija» que terminamos juntos. Me puso la bolsa de plástico en la mano, que contenía cuatro botellas. Hizo gestos, “Viena” y “Austria”, y me dijo que llevara las botellas de vuelta a Viena. Le di las gracias en inglés, y me puso su tarjeta de visita en la mano. “Tovarish”, dijo, “¡Tovarishi!”, susurró Valeria, que significa amigo, colega. Repetí su “Tovarish”, y entonces empezamos a hablar en “Rossija”. Hacia el final, su torrente de palabras ya me estaba abrumando, y busqué la mano de Valeria. Ella escuchó y tradujo. Mañana sobre el mediodía, hay una barbacoa en su yate, y las chicas también van a ser asadas. ¡Estamos invitadas, por supuesto! Valeria aceptó.

Levantarse al mediodía es un verdadero desafío. Sentía como si me hubiera atropellado una locomotora, me decía la cabeza. La ducha ayudó, y también un vodka, o dos. Valeria dijo: “Hay algo a la parrilla, vodka y chicas, follando hasta caer rendidas”. Dije: “¡Por Dios, espero que haya suficiente vodka a bordo!” Valeria negó con la cabeza, “¡Hombres! Se follarán a todas, a las bailarinas y a la vieja maestra de baile. Se follarán a la vieja directora del Bolshoi hasta que se desmaye, yo mismo lo vi. Y habrá un montón de prostitutas rusas allí, ¡los hombres rusos lo necesitan!” La miré interrogante. “Todas querrán follarme también, pero solo me follaré a las importantes, ¡no soy tonta!” Asentí con la cabeza, “¡No pierdas de vista tu carrera!” Estábamos de acuerdo en eso. “Solo folla a las menores de 40, es lo seguro”, me recalcó. No es que me hubiera acostado por error encima de la odiada maestra de baile o del viejo director; eso la habría avergonzado. Subimos a bordo.

La comida a la parrilla estaba excelente; solo comí pan blanco con la carne; no necesito ensalada para mantenerme delgada. El yate zarpó y ancló a 300 metros del puerto. Todos se desvistieron, y un segundo yate se acercó y ancló. Eran personas importantes también, susurró Valeria, y traen prostitutas con ellos. Los miré de arriba abajo; chicas sacadas directamente de un catálogo. “Todas rusas, Vanyushka, no tendrás que decirles ni una palabra y aun así lo pasarás genial”, susurró Valeria. “Recuerda, ‘spasibo’ significa gracias, eso es lo que esperan. Dicho una vez, estuvo bien. Dicho tres veces, fue perfecto. Cinco veces significa que es la mejor de toda la ciudad”. Asentí, ¡spasibo, spasibo, spasibo, spasibo, spasibo! “¡Eres la mejor, Valeria, lo sabes!”

Comí carne, bebí vodka y observé a la gente en sus asuntos. Estaban follando tan fuerte que el yate se balanceaba; las chicas desaparecieron dentro durante tres minutos, presumiblemente para lavarse el coño. Regresaron radiantes y desfilaron entre los que follaban, se golpeaban y bebían, hasta que alguien les tomó la mano. No se habló mucho; soy Julia, soy Monique, soy Tanja. Comí un buen filete con pan blanco y un vodka, o dos. Reconocí a las mujeres mayores de las que Valeria me había advertido. Observé atentamente; podía distinguir fácilmente a las prostitutas de las bailarinas. El tono muscular marcaba la diferencia, al igual que la forma en que desfila-

ban. Me bebí un par de copas más y tomé la mano de una bailarina. Parecía un poco sorprendida; siempre la había tenido en la mira, y como la mayoría de las bailarinas, aún no había sido follada. Le acaricié la cara y dije unas palabras en alemán. Ella sonrió y me dio las gracias, diciendo "spasibo" y "dankeschiijn, Herr!". Buscamos un sitio. Ella era muy tímida y vacilante durante el sexo, como Valeria cuando lo hicimos por primera vez. Le di un beso en la mejilla y luego le indiqué con las manos que podía lavarse en el barco. Ella asintió y se dio la vuelta para irse, pero la detuve y le di cinco "spasibos". Volví a la parrilla, primero me tomé dos vodkas y luego una pata de pollo.

El primer paso estaba dado, así que bebí con más determinación y escogí a las bailarinas. Las encontré mucho más naturales que las putas, un prejuicio sin ninguna base estadística. Al anochecer, estaba bastante borracho, ¿o era el yate el que se hundía? No llevé la cuenta, pero creo que probablemente me follé a una docena de bailarinas. Nunca me había follado a tantas antes; estaba en forma olímpica. Valeria seguía viniendo; conocía a todas las bailarinas de antes. Susurró que había elegido muy bien. Me había visto meter mi pobre pene en los agujeros de las bailarinas e incitarlas a masturbarse. Las chicas tenían que hacer la mayor parte del trabajo; mi polla solo entraba en juego justo antes de sus orgasmos. "Me follé y me corrí justo en medio de sus orgasmos", dijo Valeria con una sonrisa torcida. "Eso te ahorra energía; ¡ya te has follado a casi todas las bailarinas, pequeño bribón!" Se había follado a siete peces gordos y ya había tenido suficiente. Me sostuvo mientras me llevaba a la habitación del hotel. Era inteligente y concentrada; Solo había probado un sorbo de la copa de champán y se había acostado únicamente con los seis principales, uno de los cuales resultó ser un asistente sin importancia. Le preguntó dónde podía encontrar a su jefe, y él sonrió ampliamente y dijo: «Abajo, en una de las cabañas donde se acostaba con los demás». Valeria comentó que no había dado con la suya, porque el asistente no era muy bueno en la cama.

Volamos a casa al amanecer. Tres días después, oí a Valeria tragar saliva con dificultad tras una llamada. Tenía que ir a París inmediatamente; ¡quizás encontraría trabajo! Buscamos en las ofertas de empleo, cada una en su ordenador portátil, pero no había ni un solo vuelo a París. Reservó un asiento en el tren y, una hora y media de-

spués, la acompañé hasta la estación. Escupí tres veces por encima de su hombro izquierdo; eso le garantizaba el éxito, me aseguró Valeria. Era una moscovita moderna con un pie en la mano, pero con el otro, profundamente arraigada en la superstición.

Al llegar a casa, vio que le había llegado un correo electrónico y, como estaba marcado como "urgente", apareció en su pantalla. Lo hizo traducir: "Si quieres, te envío mi jet privado". ¡Eso sí que dio en el clavo! Le respondí en inglés que ya estaba en el tren y que llegaría a la Gare de l'Est a las 11:50 de mañana. Dudé en firmarlo. Pero luego escribí "Edmund/Vanjuschka" y envié el correo.

Sabía que no volvería, pero lo hizo. Me folló sin parar durante cuatro días, despidiéndose así de mí. Se convirtió en maestra de baile en París, y nos escribimos correos electrónicos cada dos días durante 15 años. Se preocupaba con ternura por mi deseo sexual reprimido y se aseguraba de que bailarinas de todo el mundo estuvieran en mis brazos casi constantemente. Con gusto complacía mi predilección por estas criaturas tímidas e inexpertas. Incluso había algunas vírgenes entre ellas, delicadas, tímidas y temblando con una mezcla de miedo y deseo. Escribimos páginas y páginas sobre las chicas con las que nos habíamos acostado, aunque con cierto tiempo de diferencia. Valeria escribió que en sus aventuras bisexuales, los hombres eran cada vez menos; no sentía ningún placer con los chicos gays del ballet. Pero se había acostado con todas las chicas, escribió con orgullo; las aventuras a veces duraban meses. Y era feliz con ello.

Las botellas de vodka "Rossija" llegan a intervalos irregulares, las cajas se apilan en la entrada y constantemente recibo visitas que, sospecho, vienen solo por el placer de probar esta exquisita bebida. Cumplí 45 años, un cumpleaños importante, al parecer. He decidido no volver a emborracharme sin sentido. Cada noche tomo dos vodkas con hielo, exactamente dos, ni más ni menos. Me siento renacido y lleno de energía. Todavía tengo mucho dinero y no tendría que volver a trabajar. Pero con la sobriedad llegó la energía.

Me encantan las bailarinas; me hacen sentir como si tuviera 25 años otra vez. El cariño más profundo, la timidez, la modestia, la cu-

riosidad desbordante y el asombro infantil ante el sexo son verdaderamente maravillosos; no me los perdería por nada del mundo.

• • •

Pequeño Lin

von Jack Faber © 2024

Tenía cinco años cuando mi padre me tomó de la mano por última vez al cruzar la calle. Unos caballos que tiraban de un carro se desbocaron, derribándonos a mi padre y a mí, y me pasaron por encima del pecho y las manos. Mi padre murió tres días después y tuvieron que amputarme seis dedos. Conservé el pulgar y el meñique de la mano izquierda, y el pulgar y el índice de la derecha.

Durante tres días permanecí junto a mi padre, mientras mi madre, desnuda, lo calentaba. Hablaban de todo lo que aún le preocupaba. Mi padre, un chino de un metro ochenta de estatura, era el comandante de un ejército de doscientos hombres en Xinjiang, la capital del Reino de Xin. Había capturado a mi madre mongola cuando ella tenía trece años durante una campaña contra los mongoles; se enamoraron y ella me dio a luz cuando tenía diecisiete. Nunca quiso regresar a Mongolia.

Mi padre dijo que ya no estaba capacitado para ser soldado. Mi madre debía educarme en mandarín y tal vez darme una carrera en la administración pública. Debería volver a casarse, insistió mi padre, pero mi madre negó con la cabeza con firmeza. Él le recomendó a sus dos amigos, el armero Weng y su ayudante, el teniente Wang; eran hombres muy confiables. Mi padre cerró los ojos y murió. Mi madre lloró durante horas, luego se recompuso y nos cuidó. Mi padre había dejado una considerable fortuna; nos duraría toda la vida. El emperador Teng hizo que enterraran a mi padre con todos los honores y nos dio una generosa asignación para el funeral, como era costumbre para los oficiales.

Mi madre, que siempre me había hablado en mongol, enseguida me encontró excelentes profesores que me enseñaron mandarín, a hablar, leer y escribir. Aprendí a usar el pulgar y el índice para sujetar el pincel de tinta. Ella aprendió a sujetar mi pene en el orinal de madera para orinar. «Un buen pene de niño», decía a veces mientras lo sacudía para vaciarlo y luego lo frotaba con fuerza para ver si po-

día eyacular. «Un buen pene de hombre grande», dijo años después cuando eyaculé por primera vez. No quería masturbarme, decía con asco.

"De donde yo vengo en Mongolia, los hijos se acuestan con sus madres una vez que tienen edad suficiente para eyacular", dijo. "¡La masturbación no es tan buena como follar!" Así que me llevó a su estera y me enseñó a follar. Fue, en una palabra, ¡increíble! Agarró mi erección y con mucho cuidado la empujó hasta el fondo de su coño. "¡Guau, es grande!" suspiró suavemente y con satisfacción. Me corrí al instante. Inmediatamente sacó mi pene y frotó las últimas gotas con sus dedos. "Eso le pasa a casi todos la primera vez", dijo amablemente, dejándome preguntándome cómo lo sabía. "¡Hagámoslo de nuevo enseguida! Tienes un pene grande, se mantendrá duro durante al menos media hora, incluso después de que te corras, igual que Lin, tu padre". Miró mi pene desde todos los ángulos. "Ha crecido mucho últimamente", murmuró con aprecio, "¡es bonito, grueso y firme! ¡Me vas a dar mucho placer con él!" Sonreí, rebosante de orgullo. Seguimos follando y ella ralentizó mi ritmo. "¡Tranquilo, deja que tu polla explore y disfrute! Tenemos mucho tiempo, ¡y puedes intentar excitarme poco a poco!" Me tomé mi tiempo, dejando que mi polla sintiera y viera todo con mucha atención, y seguí follando muy despacio. Murmuró en voz baja, explicándome todo lo que necesitaba saber. Se excitó un poco, pero se rió: "¡Todavía no estoy lo suficientemente caliente!" La follé durante mucho tiempo y me corrí dentro de ella más tarde. Todavía no había tenido un orgasmo y se masturbó después de follar, algo que había visto mil veces antes. Me dio consejos sobre cómo contener mi eyaculación para que ella pudiera tener un orgasmo primero. Me hizo practicar todas las noches y me felicitó por mi buen progreso.

Mis amigos Weng y Wang se turnaban para venir una vez por semana a follar a mi madre; simplemente se lo debían a mi padre. Mi madre había oído hablar de esta costumbre y solo sollozó brevemente, luego sonrió aliviada mientras tomaba los grandes penes de los hombres en sus manos, uno tras otro. "¡Mis queridos amigos, ante armas tan formidables, solo puedo someterme!", dijo, sonriendo mientras los miraba a ambos. Dejó caer su vestido al suelo y dejó que los dos fuertes amigos la follaran con tanta fuerza, uno tras otro, du-

rante horas y horas que casi se me salen los ojos de las órbitas. ¡Era la primera vez que la veía follar con alguien que no fuera mi padre, y fue magnífico!

¡Fue una batalla larga e intensa! Los dos amigos lo dieron todo, follando a la joven como leones y convenciéndola de que eran buenos en ello. En cuanto uno llegaba al clímax, el otro tomaba el relevo, así que apenas tenía tiempo para respirar entre orgasmos. Me arrodillé junto a sus piernas en la esterilla y no me perdí nada. Cómo se le abría el coño al penetrarla con una polla grande, y cómo jadeaba y resoplaba de placer mientras se acercaba al orgasmo, soltando un pequeño grito. Vi la polla bombear furiosamente mientras eyaculaba dentro. Y entonces llegó el otro y continuó hasta que ambos hombres quedaron exhaustos.

Después, estaba completamente agotada y les dijo a sus amigos: "Solo uno a la semana, y túrnense, caballeros encantadores, ¡si no, me follarán hasta la muerte en tres días!" Los dos se fueron riendo, y mi madre sonrió por primera vez después de la triste semana. "Extraño mucho a tu padre, pequeña Lin, pero estos dos me devuelven un poco de la ausencia de mi esposo. ¡Esto va a ser una follada estupenda, mi pequeña!" Reí con ella y me alegré por ella, aunque a los cinco años entendía muy poco de aquello. Me senté en la habitación de al lado, y mamá cerró la puerta de papel cuando dejaba que los mejores amigos de su padre la follaran una vez a la semana. Pero sin querer dejó la puerta entreabierta, así que siempre podía ver la follada sin que se dieran cuenta.

Cuando era muy pequeño, y el hombre se había ido, ella yacía allí, dormitando, exhausta. Me arrodillé entre sus piernas e introduje mi pequeña erección en su vagina, que aún estaba húmeda con su semen. Ingenuamente, traté de imitarlo follándome. Ella sonrió dulcemente y murmuró: «¡Cuando seas mayor!». Metí y saqué mi pequeño pene, como los adultos, durante unos diez minutos, hasta que se me ablandó de nuevo. Ella sonrió inescrutablemente y murmuró muy amablemente: «¡Cuando seas mayor!». Pronto lo dejé; me pareció aburrido. Tenía solo cinco o seis años.

Más tarde, sin embargo, las cosas cambiaron; yo tenía unos 12 años. Cuando Weng o Wang se iban después de follarla, ella se quedaba allí tumbada con las piernas abiertas, dormitando. Se me ponía dura espiándola a escondidas y sentía un impulso irrefrenable de follarla. Mi polla había crecido cada día; se estaba poniendo realmente grande, pensé, casi tan grande como la del señor Wang. Mi polla era tres veces más larga que mis dedos y tan gruesa como tres dedos. Recordé que, hacía solo unos meses, había sido la polla suave y bonita de un niño. Ahora era larga y ancha, y estaba surcada por venas gruesas y feas: ¡la polla de un hombre de verdad! Bastante grande, pensé, pero mi madre no. Sonrió sutilmente mientras yo la penetraba con fuerza. "No te pongas tan salvaje, grandullón, entra bastante fácil porque todo sigue mojado y estirado por el sexo". Simplemente no se daba cuenta de lo grande que se había vuelto mi polla, de la que estaba tan increíblemente orgulloso. "Vamos, métela bien adentro, y cuando puedas correrte de verdad, tendremos sexo como es debido", murmuró cansada, porque estaba bastante cansada después del sexo y se volvió a quedar dormida mientras la follaba.

Me molestaba que no apreciara mi gran polla. La penetré con fuerza, como un loco; se quedó dormida, pero era obvio que ahora sí que la estaba disfrutando. La follé durante unos diez minutos y sonrió con dulzura. "Tu polla es bastante grande", susurró con los ojos cerrados, "¡De verdad la siento!". Me estremecí y ella dijo que ese era mi orgasmo. Sentí la explosión y pensé que había eyaculado un poco. Ella sonrió y me dijo: "¡Todavía no puedes eyacular bien!", y me acarició el pelo mientras me desplomaba sobre ella después del clímax. Esto continuó durante varias semanas hasta que me frotó de nuevo y descubrió que sí podía eyacular bien. Me dejó eyacular en el urinario y limpió con firmeza las últimas gotas de mi polla con los dedos. "Ahora sí que puedes eyacular bien, grandullón, ¡pero no me gusta hacerlo con el puño, es asqueroso!". Así fue como, a partir de ese día, ella me permitió tener relaciones sexuales como es debido.

El teniente Wang provenía de una familia de comerciantes. Administraba la fortuna familiar junto con mi madre y le enseñó aritmética y a conceder préstamos. Aumentaron nuestra riqueza prestando dinero a deudores solventes con intereses. Mi madre escribía los nombres en el libro de contabilidad en escritura mongola, ya que no

sabía leer caracteres chinos. Pero Wang la ayudó a convertirse en una prestamista reconocida y de confianza, y la apoyaba cuando era necesario cobrar un pago por la fuerza. Todos se agachaban cuando él entraba en la habitación, haciendo sonar sus armas. Aunque vivíamos con bastante comodidad y sin mucha austeridad, su fortuna crecía constantemente.

Weng era incluso mejor en la cama que Wang, así que aprendí de él a contener mi eyaculación hasta que mi madre tuviera el orgasmo. Ella no se masturbaba durante el sexo, como era costumbre entre las mujeres chinas. Si se excitaba durante el sexo pero no llegaba al orgasmo, solo se masturbaba después de que él eyaculara dentro de ella. Había sido infértil desde mi nacimiento, y me permitían tener relaciones sexuales con ella todas las noches desde que tenía 10 años y podía eyacular. Aun así, se masturbaba todas las noches mientras yo me dormía; era una costumbre mongola.

Mis maestros me enseñaron mandarín y etiqueta cortesana; aprendí con rapidez y facilidad. A los 20 años, dominaba otros 70 idiomas chinos, además del mongol y el mandarín. Me resultaba fácil aprender idiomas y pasaba mucho tiempo en la biblioteca real estudiando las costumbres y tradiciones de estos pueblos. Mis habilidades llamaron la atención de la corte y, a los 20 años, me invitaron a ser intérprete de la corte. Mi madre y yo estábamos inmensamente orgullosos de este nombramiento, y le prometí visitarla con regularidad para tener relaciones sexuales. Mi madre no era una mujer promiscua; solo se acostaba con Weng y Wang, y por lo demás, no se involucraba en ninguna aventura, por tentadora que fuera. Era una mujer respetada y casta.

Me asignaron una pequeña celda de seis metros cuadrados en el palacio real y me llamaron inmediatamente ante la Reina. Me sorprendió mucho, porque la Reina Mei era más joven que mi madre, que solo tenía 34 años. Más tarde supe que la Reina tenía solo 28, apenas ocho años mayor que yo. Era la cuarta esposa del Rey, que ya rondaba los 60. Ya tenía cuatro hijas, pero ningún heredero al trono. La Reina me recibió muy amablemente e hizo que el sastre me midiera las manos. Debía recibir guantes especiales, porque el Rey notaría

que me faltaban dedos, y eso no sería bueno. Así que recibí guantes de diez dedos, que tenía que usar en presencia del Rey.

Enseguida me di cuenta de que la reina tenía acento y le dije que también podíamos hablar en Qin. Se sorprendió mucho, ya que nadie en la corte hablaba su lengua materna. Bajó la mirada. “Solo cuando estemos a solas, Maestro Lin, ¡de lo contrario seguiremos hablando en mandarín!”. Asentí, pues no me importaba. Pero esto, por sí solo, contribuyó a que la reina me llamara más a menudo que a otros funcionarios. Tomamos té, y ella se sintió muy aliviada de poder hablar en su lengua materna, y con el tiempo nos hicimos amigos. “¿Por qué te llaman Pequeño Lin?”, preguntó al principio, y respondí: “A mi padre lo llamaban Gran Lin; medía un metro ochenta, como yo, y era media cabeza más alto que los demás. Por eso me llaman Pequeño Lin”. Le conté sobre mi padre y sus hazañas heroicas. Luego le hablé de mi madre, a quien debía mis rasgos mongoles. Llevaba con orgullo mi fino bigote mongol con las puntas bajas. Era medio mongol, y estaba orgulloso de ello.

La reina preguntó por mi madre. Confesé que había estado con ella desde que tenía diez años, como era costumbre entre los mongoles. “¿Así que te dejó masturbarte a su lado?!” Negué levemente con la cabeza, pero no pareció notarlo. Me miró seriamente, pero con curiosidad, e inmediatamente continuó con sus preguntas. “¿Estaban ambos desnudos? Y... ¿eyaculaste sobre su cuerpo, o incluso sobre su vagina? O, por Dios, ¡incluso dentro de su vagina?!” Afortunadamente, me interrogó en su lengua materna, así que los sirvientes no entendieron nada. Bajé la cabeza. “Con tan pocos dedos, masturbarse es bastante difícil, si no imposible, ¡Su Majestad!” dije, y la vi pensar mucho. “¿Así que ella te masturbó, mi pobre amigo? ¡He masturbado a un chico un par de veces, y fue un trabajo duro!” preguntó gravemente. Retiré la cabeza. — ¡Majestad, no me masturbaba a menudo! Dejó de frotarme el pene cuando descubrió que podía eyacular. Dijo: «¡Masturbarse con el puño es asqueroso!» — logré decir, ya que no me sentía muy cómodo con el tema. La reina arqueó las cejas. — ¿Te la follaste, pequeño Lin? — preguntó asombrada, porque en China solo la alta nobleza hacía eso, y yo no era uno de ellos. Asentí con la cabeza.

Abrió los ojos con incredulidad. “¡Desde que tenía 10 años, Su Majestad, a la manera mongola!” Se tapó la boca con la mano, sonrojándose profundamente por sus pensamientos impuros. “¿Y... de verdad la follaste como a una adulta? ¿Y te dejó correrte dentro? ¿Cuántos minutos la follaste, pequeña Lin?!” Respondí a todas las preguntas, mirando su puño, que mantuvo presionado contra su coño por encima de la falda todo el tiempo, intentando ocultar su excitación. Pero eso solo empeoró las cosas. Su puño, sus nudillos, hicieron que su clítoris se desbordara varias veces mientras le contaba los detalles lascivos. Fingí no darme cuenta de que estaba reprimiendo su orgasmo, su cuerpo temblando ligeramente. “Mi madre era infértil desde que estaba embarazada, así que siempre me dejaba eyacular dentro de ella. Normalmente la follo durante media hora o incluso más, hasta que mi polla se vuelve flácida. A veces eyaculo dos veces, ¡y hago todo lo posible para asegurarme de que ella también tenga un orgasmo, Su Majestad!”

Permaneció en silencio durante un largo rato, con el puño inmóvil sobre su regazo. Me di cuenta de que estaba revelando algo íntimo. «El rey, mi querido Lord Feng, ni siquiera me folla durante dos minutos; eyacula rápidamente y se va enseguida. Por desgracia, no folla ni de lejos tan bien como mi padre, la única persona con la que me acosté aparte de Lord Feng en mi juventud». No dije nada; la entendía perfectamente, pero no tenía nada que añadir.

Ahora me hacía describir todo con minucioso detalle: cómo era el cuerpo de mi madre, su coño y su clítoris, y cómo follábamos, exactamente cómo; insistía en oír cada detalle. También le hablé de Weng y Wang. La reina escuchaba con los ojos brillantes, y me di cuenta de lo excitada que se ponía mientras escuchaba. Me quedé mirando su puño, que seguía presionando contra su coño por encima de la falda para ocultar su calor. Pero eso solo empeoraba las cosas; su puño, sus nudillos, hacían que su clítoris se desbordara. Una y otra vez. Fingí no darme cuenta de que estaba reprimiendo su orgasmo y que su cuerpo temblaba ligeramente. «Aún voy a verla dos o tres veces por semana», dije con orgullo, «pero por lo demás, una de tus muchas criadas duerme conmigo». Ella sonrió. «Me lo han dicho, y está bien, pequeña Lin. ¡Tienes los mismos derechos que todas mis sirvientas!».

Más tarde me preguntó si llevaba un cuchillo oculto como los demás hombres del palacio. Asentí. «El maestro Weng, el armero y amigo de mi padre, que visita a mi madre dos veces al mes, me hizo uno especial por mis dedos». Parecía no importarle que Weng estuviera teniendo sexo con mi madre, pero preguntó con curiosidad si podía ver mi cuchillo. Impulsivamente, me aflojé el cinturón, de modo que mi vestido se abrió por delante y mi pene semierecto quedó a la vista. Extendió la mano hacia mi cuchillo, que estaba sujeto al cinturón de armas, y lo sacó, pero siguió mirando mi pene. «Un cuchillo muy interesante», dijo la reina, sopesándolo en su mano. «Ya veo por qué el mango tiene esa forma». Sin dejar de mirar mi pene, guardó el cuchillo en su vaina, rozándolo accidentalmente con el dorso de la mano. Noté su mirada curiosa y lujuriosa sobre mi pene, pero en ese momento no tenía ni idea de que estaba a punto de acostarse conmigo. «Un cuchillo muy grande», dijo para mi asombro, porque mi cuchillo no era para nada grande. Se refería a mi pene, querido amigo, pero en ese momento no lo entendí.

Durante el té, hablamos principalmente de temas sexuales; ambas teníamos muchas cosas íntimas o picantes que contar. Ahora solo usaba vestidos abiertos por delante y sujetos únicamente por un cinturón. Me quedé mirando su puño, que presionaba constantemente contra su vulva a lo largo del dobladillo para ocultar su excitación. Su mano desaparecía discretamente bajo el dobladillo. Pero eso no era todo; su puño, sus nudillos, hacían que su clítoris se desbordara. Una y otra vez. Pero apenas ocultaba el hecho de que estaba teniendo un orgasmo y que su cuerpo temblaba ligeramente. Surgió un acuerdo tácito que ambas ignoramos en silencio. Me alegraba que disfrutara de estas conversaciones atrevidas, de las historias picantes o de nuestros secretos íntimos, y que no tuviera ninguna inhibición conmigo. Solo tenía que tener cuidado por sus doncellas, aunque no entendieran ni una palabra. Pero no se inmutaban cuando la reina se estremecía o temblaba ligeramente. Sospeché de solidaridad femenina.

Solo después de un mes fui convocado ante el rey. Me puse la túnica ceremonial y los guantes bellamente decorados y me arrodillé ante él. Era un hombre pequeño y musculoso de unos sesenta años, y sus ojos delataban una gran inteligencia. Me pidió que me pusiera de pie

y me sentara a su lado. Me explicó mi misión. Tenía una delegación del Reino de Xiulin de visita; no hablaban mandarín. Asentí y dije que hablaba Xiulin. Dijo que no estaba allí solo para interpretar; quería saber todo lo que los delegados susurraban entre ellos. Lo entendí. Un cuarto de hora después, entramos en la sala del trono donde esperaba la delegación. Metí las manos en las mangas, como los demás consejeros del rey.

El líder de la delegación comenzó a hablar, y lo interrumpí airadamente. «¡Salude a mi señor y rey como es debido; es el rey Feng de Xin y merece su respeto!». El líder se sobresaltó visiblemente, y el rey Feng me preguntó qué se había dicho. Me acerqué a su oído y susurré. No se inmutó. Luego traduje en ambos sentidos; básicamente, se trataba de asuntos comerciales. Los delegados pronto se dieron cuenta de que yo estaba traduciendo sus susurros al rey y se pusieron en guardia. Sin embargo, la negociación transcurrió bien y se firmó un tratado. Tras la recepción, el rey me despidió y se marchó con sus consejeros.

Tenía mucho tiempo libre y coqueteaba con las jóvenes sirvientas de la casa real. Me acostaba con una de ellas todos los días, a veces con dos. Cuando venían dos conmigo, las observaba boquiabierto mientras se besaban, se acariciaban y se tocaban el clítoris. No podía quejarme de nada; a las chicas les encantaba mi gran polla y se aseguraban de que todo el mundo lo supiera.

Para evitar malentendidos o la impresión de que el palacio era un gran burdel: había unas 140 sirvientas, pero solo seis o siete me llamaron la atención y me mostraron deseo y disposición. Tuve que ignorar a las esposas, en su mayoría hermosas, de los cortesanos y nobles debido a la diferencia de clases. Seguía visitando a mi madre dos o tres veces por semana, así que, aunque tenía suficiente sexo, no me acostaba con todas las sirvientas.

Había pasado uno o dos meses cuando la reina me sorprendió, con las mejillas sonrojadas, anunciando que finalmente estaba embarazada. Sabía que no se acostaba con nadie más que con el rey, pero aun así me sorprendió porque él solo venía a verla cada dos semanas. Se rió a carcajadas cuando lo mencioné. “Lo hago con mi dedo todas

las noches, pequeño Lin, y me basta con que venga a dormir conmigo solo cada dos semanas. Y no, nunca me he acostado con nadie más que con el rey Feng, aparte de mi padre cuando era muy joven. Estoy segura de que lo sabes". Asentí y le besé las yemas de los dedos. "Perdóname, Su Majestad, por preguntar, pero siempre pensé que debías tener muchos amantes, Su Majestad, ¡siendo tan bella y encantadora como eres!". Negó con la cabeza, sonriendo. "Gracias por el cumplido, amiga mía, pero yo misma rechacé al emperador Teng porque quería serle fiel físicamente a mi esposo y rey, ¡y solo él debería ser el padre del heredero al trono!".

Cambió de tema. Las dos doncellas eran bastante toscas y torpes al depilarle el vello púbico. Su marido las había contratado, y su lealtad era solo hacia él; debían informarle de cualquier transgresión. ¿Acaso no le gustaría depilarle el vello púbico? No tuvo que pensarlo. "Nunca lo he hecho, Su Majestad, y no sé si mis dedos serían lo suficientemente ágiles. ¡Pero déjeme intentarlo!". La reina sonrió con picardía. "¡Estoy segura de que no será tan brusca como mis doncellas, Herr Lin!", susurró, sonriendo de nuevo. "Hablando de mi vulva, me untará con pomada dos veces al día durante mi embarazo, ¿verdad?". Lin asintió con entusiasmo. "He untado a mi madre con aceite a diario después de su baño durante los últimos diez años, así que sé que puedo hacerlo. Ella siempre quiso una piel suave y una vulva bien lubricada".

Lin sonrió cuando la reina le preguntó con qué minuciosidad había lubricado el coño de su madre. "Normalmente lo quería muy a fondo, sabiendo lo sensiblemente que trataba su clítoris". Ella sonrió inescrutablemente. "No necesitas lubricarme tan a fondo, pequeño Lin. Siempre me doy placer a mí misma". Su sonrisa era descarada e insolente. Lin preguntó si no sería mejor enviar a los sirvientes lejos durante ese tiempo. Se sentiría avergonzado si los dos espías estuvieran mirando. La reina rió. "Tendré que preguntarle a mi marido; ¡son sus espías, después de todo!" El rey, sorprendentemente, estuvo de acuerdo; su esposa estaba embarazada, e incluso si dejaba que Lin la follara, él tenía a su heredero.

Lin conoció a las hijas del rey, que tenían entre 16 y 20 años. Y, para su asombro, descubrió que las cuatro eran auténticas diosas del

sexo. No había otra forma de decirlo; habían oído de las criadas que tenía un pene grande y resistente. Se le acercaron directamente y sin rodeos; ¡querían estar con él! Así que las llevó a la fila de criadas y se acostó con ellas una tras otra. Pero tuvo que aprender que eran mucho menos hábiles en la cama que la mayoría de las jóvenes criadas que había elegido. Se lo contó a la reina mucho después; ella escuchó con preocupación, pues tenía una impresión diferente de las chicas. Sin embargo, le exigió que le contara todo con detalle. Lin dijo que la mayor era la peor en la cama; se quedaba tumbada en la estera como una tabla de madera, completamente pasiva y, por supuesto, sin llegar nunca al orgasmo. Era una de las pocas chicas que nunca le permitía eyacular dentro de ella. Pero después de follar con él, ella tomó su pene entero en su boca, lo frotó vigorosamente y se tragó su semen. Ella era una de las pocas chicas que nunca dejaba que nadie eyaculara dentro de ella. Pero después de ser follada, rápidamente tomó su pene en su boca, lo frotó fuerte y se tragó su jugo. Ella frotó su pene y dejó que eyaculara toda su carga en su garganta, luego se la tragó, bebiéndola con una sonrisa traviesa. Ella era verdaderamente maestra en eso; pocas chicas hacían eso con él. En cuanto a la edad, las dos chicas del medio follaron con cierto interés, pero la más joven era realmente buena. Las dos chicas del medio, las gemelas, apretaron sus músculos vaginales demasiado fuerte, suprimiendo sus orgasmos a pesar de que ardían de deseo. Él no podía entender por qué. Siempre venían a follar en parejas y ya habían acordado el orden. Las folló a ambas una tras otra durante una hora entera hasta que su pene se ablandó. La primera vez, una de las jóvenes de 19 años le preguntó tímidamente: "¿Podemos, Maestro Lin? ¡Siempre lo hacemos así!", y él asintió, aunque aún no sabía a qué se refería. No fue nada especial; los dos se besaron con lengua y se masturbaron mutuamente el clítoris. Llegaron al orgasmo casi simultáneamente; ese era todo el secreto. La más joven era la única que se masturbaba durante el sexo, y eso provenía de su adicción a la masturbación, como ella misma admitió, ya que se masturbaba y tenía orgasmos sin parar durante dos horas. Era realmente buena en la cama; le encantaba y dejaba que él la penetrara hasta que su pene se cansara. Le dijo que algún día quería ser la cortesana más solicitada del palacio. Ninguno de los dos pensaba en el matrimonio; su padre los casaría algún día en condiciones favorables para el reino; de eso, nadie dudaba.

Tras recibir la aprobación del rey, la reina Mei liberó a sus dos sirvientes cuando Lin fue a verla. Vestía solo una capa de seda transparente y finísima, y se desabrochó el cinturón después de recostarse en la cama. Él tomó las pinzas entre el pulgar y el índice, le pidió que separara sus labios vaginales con los dedos y, con delicadeza y respeto, le depiló el vello púbico. La reina Mei tenía una vulva muy hermosa y de aspecto juvenil, un monte de Venus bien formado y un clítoris pequeño y bien escondido. Permaneció completamente inmóvil, ya que la depilación no la excitó en absoluto. Él le entregó un espejo de mano, y ella quedó muy complacida con el resultado.

Ahora tenía que aplicarle ungüento para prevenir las estrías. Ella tenía pechos pequeños y dulces, que él frotó con entusiasmo, luego su vientre, que aún era bastante plano. Le frotó el fragante ungüento en la vulva y le pidió que separara sus labios con los dedos. Incluso frotó su pequeña vulva y la abertura vaginal con mucho cuidado. Ella suspiraba continuamente mientras su dedo índice penetraba profundamente en su vulva y aplicaba firmemente el ungüento, tocando finalmente su clítoris. Tuvo que sacarlo de su escondite antes de poder aplicarle el ungüento. Le pidió que también separara sus labios menores, retrajera su prepucio y presionara la carne alrededor de su clítoris para que sobresaliera bien. Ella lo hizo, suspirando y sonrojándose profundamente, porque estaba muy avergonzada de exponer su clítoris para él y presentar vergonzosamente el último trozo de su desnudez. Él ungió suavemente su clítoris hasta que estuvo completamente rígido y duro. Se excitó profundamente, y los párpados de Mei temblaron mientras le suplicaba: «¡Ya basta, amigo mío, ya basta!». Él se deleitó con la tarea y solo a regañadientes soltó su clítoris. Después de vestirse, fue a la puerta y llamó a sus sirvientes. Repitieron la unción dos veces al día, después del almuerzo y después de la cena.

Los pechos de la reina Mei crecieron antes que su vientre. El embarazo avivó sin cesar su deseo sexual; ahora decía que se sentía satisfecha cada vez más tarde. Hasta que dejó de decirlo. Se había acostumbrado a exponer completamente su clítoris ella misma y a entregarlo a su voluntad. Retraía el prepucio con los dedos y presionaba la carne para que su clítoris se elevara expectante. Lin ya no tenía que pedírselo; ella sonreía con placer y lo hacía por voluntad propia cu-

ando su clítoris estaba listo. Él ungía firmemente su clítoris y la masturbaba con delicadeza. Al principio, durante las primeras veces, era muy tímida cuando tenía un orgasmo y estaba a punto de llorar de vergüenza, ¡pues ningún hombre le había masturbado el clítoris y la había llevado al orgasmo antes! Pero nunca hablaron de ello, y él la masturbaba al mediodía y por la noche, ahora a veces dos o tres veces seguidas. Pero ahora ella chillaba y chillaba de placer, pues la masturbación la relajaba enormemente, y después se sentía verdaderamente suave y alegre. Era una bendición que los sirvientes no se dieran cuenta, aunque a veces asomaban la cabeza inesperadamente. Pero no podían ver más que al Maestro Lin ungiendo a la reina o depilándole el vello púbico. Eso era todo lo que podían informar al rey.

El rey Feng era un gobernante bueno y prudente. Siempre avisaba con antelación cuando necesitaba al maestro Lin como intérprete y estaba muy satisfecho con él. Cada vez con más frecuencia, hablaba con Lin después de las recepciones y lo escuchaba atentamente, pues Lin no solo era elocuente, sino también muy inteligente y astuto; reconocía con precisión las maniobras de su interlocutor.

El rey Feng sonrió con indulgencia al saber que el maestro Lin se acostaba ocasionalmente con sus cuatro hijas. Las había desflorado a los doce años, como era costumbre, y se acostó con ellas durante un tiempo, pero no las encontraba excitantes. Durante un tiempo, le preguntaron si podían acostarse con tal o cual hombre, y él las dejaba acostarse con quien quisieran. Sin embargo, les aconsejó que se acostaran con los nobles en lugar de con los sirvientes, aunque sabía que no le hacían caso. El propio rey Feng, en cambio, sí le hacía caso; prefería acostarse con las esposas tímidas, honorables y castamente reservadas de los cortesanos. No deseaba viudas ni mujeres mayores de treinta, aunque muchas de ellas eran bonitas, deseables, sexys y dispuestas. No, solo las jóvenes, las tímidas y las castas lo atraían, y cuantas más de estas cualidades poseía una mujer, más se despertaba su instinto de cazador. Ninguno de los cortesanos podía hacer nada cuando la mirada del rey se posaba en su joven esposa o hija; Nada ni nadie podía impedir que el rey cazara. El coqueteo y la persecución de la escurridiza presa eran muy emocionantes; su corazón latía con fuerza hasta que lograba seducirla.

Amaba sus lágrimas cuando se rendían y yacían a su lado, sollozando de vergüenza, y amaba su timidez durante el sexo por encima de todo. Él mismo no era particularmente talentoso en esta disciplina, pero la persecución de su presa alimentaba su pasión. Las mujeres se aferraban a su conquistador, llorando, pues muchas nunca habían sido infieles a sus maridos. Por otro lado, él era el rey, y sus súbditos debían someterse a él. Le rogaban que no eyaculara dentro de ellas; ninguna quería quedar embarazada durante este acto humillante y violento. Y cuanto más gemían pidiéndole que no eyaculara dentro de ellas, por favor, por favor, más fuerte apretaba las caderas de las nobles y eyaculaba todo dentro de ellas, ¡la carga real completa! Era increíblemente excitante, y le importaba un comino si engendraba un bastardo.

Lin observó cómo crecía el vientre de la reina, acariciándolo diligentemente dos veces al día hasta la fecha prevista del parto y, por supuesto, masturbándose el clítoris. El destino fue bondadoso con la reina Mei; tuvo un parto sin complicaciones y, de hecho, dio a luz a un heredero al trono, un hijo llamado Xinhua. El rey estaba exultante, besando y abrazando a Mei efusivamente y con gratitud. Organizó un gran banquete para su pueblo y prometió a cada mujer 10 monedas de oro si quedaba embarazada durante las festividades. Hubo banquetes, bebida y sexo; las muchachas y mujeres tuvieron sexo desenfrenado con decenas de hombres en las calles y plazas a la vista de todos, porque todas querían las 10 monedas de oro. Algunas se dejaban penetrar discretamente bajo sus faldas, otras se las subían y otras se quitaban los vestidos y se dejaban penetrar completamente desnudas. Pero todas sonreían ampliamente como las cortesanas más lascivas.

La reina Mei amamantó al príncipe Xinhua personalmente; tenía leche en abundancia. Lin visitaba a la reina Mei a diario, compartiendo su alegría por el dulce niño. Tres meses después, era evidente para todos que el príncipe gozaba de buena salud y no había motivo de preocupación. Lin dormía con las hijas del rey, su madre y las doncellas, pero se mantenía alejado de la reina. Ella estaba completamente absorta en la maternidad y no necesitaba ningún placer adicional en ese momento.

Dos o tres veces al año, Lin acompañaba al rey Feng a Mongolia, a medio día de viaje. La mayoría de las veces se trataba de una visita amistosa sin negociaciones serias. Traducía en ambos sentidos y disfrutaba estando en la tierra natal de su madre. Los mongoles estaban muy orgullosos de él y le llevaban una jovencita a su tienda cada noche. La mayoría eran jóvenes pero experimentadas; tenían relaciones sexuales con desenvoltura y gracia, igual que su madre. La mayoría le permitían eyacular dentro de ellas, mientras que otras le dejaban eyacular en sus bocas. Le gustaba cómo frotaban su pene en sus bocas y eyaculaban profundamente en sus gargantas para poder beber hasta la última gota de su semen. Esto era algo que las jóvenes mongolas dominaban a la perfección. A veces, la chica aún era virgen, y él la desfloraba con mucha ternura y cariño, aunque nunca volviera a verla. A los mongoles les encantaba el sexo, de eso no cabía duda. Siempre recibía una cálida despedida cuando se marchaban.

Lin acompañó al rey Feng a la capital, Guang'an, para reunirse con el emperador Teng, donde permanecieron diez días. El emperador Teng reconoció la habilidad y el talento diplomático de Lin en su primer encuentro, a pesar de que Lin asistía como consejero, no como intérprete. Le envió a su mejor y más inteligente concubina, la señorita Ling, para que pasara esas diez noches con él. La concubina mantuvo relaciones sexuales con Lin hasta la medianoche; ambos eran excelentes amantes, y las noches estaban llenas de lujuria y pasión. Ella poseía una habilidad excepcional: sus músculos vaginales le extraían hasta la última gota de semen al eyacular, algo que Lin disfrutaba enormemente. A menudo yacían uno al lado del otro durante largos periodos, susurrando sobre política, costumbres y otros asuntos extraños, pues ninguno de los dos había conocido jamás a una persona tan inteligente. También mantenían relaciones sexuales por las mañanas y las tardes, cuando no había reuniones oficiales. El emperador Teng sabía que las mejores ideas y sugerencias sobre la señorita Ling provenían del maestro Lin, no del rey, a quien, sin embargo, el emperador valoraba mucho por su fidelidad y lealtad. Lin disfrutó mucho de tener relaciones sexuales con la joven, pero su corazón pertenecía a su reina; eso le quedó más claro que nunca. El emperador habló en privado con Lin varias veces y le comentó al rey lo envidiable que era tener un intérprete tan talentoso para los idiomas y un diplomático tan astuto. El rey Feng sonrió, pero no podía ni

quería dejar ir a Lin. El emperador Teng no dio ninguna señal de sus sentimientos; primero la reina de Xin lo había rechazado, y ahora el rey también había denegado su petición. Lin se sintió muy halagado, pero no quería quedarse en la capital. A las preguntas del rey Feng, respondió que no quería dejar a su madre ni a las cuatro princesas. Se le ruborizaron las mejillas porque mentía; no quería dejar a la reina Mei, de quien se había enamorado durante todos esos meses. Pero el rey Feng, sabiamente, no insistió.

Al regresar a casa, el rey solo tenía ojos para el heredero al trono y sonrió cálidamente cuando la reina abrazó al intérprete. Lin intuyó que ella también lo había extrañado. Tras el nacimiento, la reina no había pedido oro, joyas ni ornamentos; solo había solicitado dos nuevos sirvientes. El rey accedió de inmediato, pues el riesgo de indiscreción había desaparecido. Los dos espías fueron obsequiados a familias nobles, y la reina Mei contrató a sus dos mejores amigas como sirvientas personales. Ella planeó con astucia, y Lin solo alcanzó a ver fragmentos de todo. Valoraba enormemente a las dos recién llegadas; eran muy agradables y hermosas, diez años menores que la reina.

La reina Mei había cumplido con su deber; el príncipe prosperaba y tenía una joven y encantadora esposa, a quien la propia reina había elegido. Ahora podía dar el siguiente paso y tener un amante, pues el rey se retiraba gradualmente de la vida pública y buscaba esposas castas; eso era más que suficiente para sus deseos ya maduros. Él liberó a Mei y sonrió con sorna, diciendo que ya sabía a quién elegiría. La reina Mei se asombró, pues él parecía saberlo incluso antes que ella. En cualquier caso, suspiró aliviada, ahora que tenía su bendición. Y así hizo su elección.

Lin no había tocado su clítoris en seis meses. Solía visitar a su madre por las noches o se acostaba con las princesas y las doncellas; era un tiempo muy agradable, sin ninguna emoción ni sorpresa en particular. Su madre apreciaba especialmente sus visitas. Era tan alto como el Gran Lin, de hombros anchos y musculoso, lo que hacía que el sexo fuera aún más especial. Era mongola de corazón y le acariciaba el bigote, que él llevaba al estilo mongol. Había cumplido 40 años, una mujer honorable y orgullosa que solo había tenido a Weng y

Wang como amantes y que, por lo demás, había llevado una vida casta. Con orgullo le mostró a su hijo los libros de contabilidad, donde su fortuna había aumentado constantemente. Lin se sorprendió al principio de que se desmayara profundamente antes de su orgasmo durante el sexo. Continuó follando a la mujer inconsciente sin inmutarse, y ella solo despertó de nuevo al llegar al orgasmo. Sonrió al reconocerlo. Él preguntó discretamente a los señores Weng y Wang, y ellos lo experimentaron cada vez. Lin aceptó este extraño acontecimiento sin la menor sospecha de que se tratara de los primeros síntomas de su enfermedad mortal.

La reina Mei invitaba a Lin a tomar el té todas las tardes. Decía que echaba de menos conversar en su lengua materna y que quería hablar de temas sexuales con él, pero solo en su idioma. Lin estaba encantado, pues tenía que aceptar que la amaba por encima de todo. Claro que ella era inalcanzable para él; era la reina y él un simple empleado de su marido; no se engañaba a sí mismo. Pero cuando hablaban de temas sexuales, se le ruborizaban las mejillas. Tomaron té durante dos meses hasta que ella, sin rodeos, le pidió que tuvieran relaciones sexuales. Los dos nuevos sirvientes permanecían inmóviles contra la pared, esperando sus órdenes y deseos, pero no entendían ni una palabra de su idioma. No le molestaba que estuvieran allí; siguió a la reina Mei hasta su estera, donde se había acostado con su capa de seda transparente. Abrió la capa y se le presentó desnuda. Él se quitó la túnica y el cinturón y se acostó a su lado, con el corazón latiéndole con fuerza.

No, no era un chico inexperto, sino un hombre experimentado de unos 25 años cuando se acostó por primera vez junto a la reina, con el corazón latiéndole con fuerza. Sonrió a las dos doncellas y se dio cuenta de que le devolvían la sonrisa, casi imperceptiblemente. Acarició el cuerpo de Mei durante un buen rato antes de llegar a su clítoris. Ella ya estaba muy excitada; no podía esperar a follar con él. Cuando sintió que los preliminares habían ido bien, se montó sobre ella. Entró en su vagina, y estaba mucho más estrecha de lo que esperaba. Cuando estuvo dentro de ella, abrazó a su gran amor con todo su corazón y la besó por primera vez con un beso francés. Ella le devolvió el beso, y él la folló. Al principio despacio, hasta que ella igualó su ritmo, y luego más rápido. Ella había practicado el orgasmo

desde muy joven, y se aferró a él, feliz y relajada después. Sonriendo, le dejó que siguiera follándola hasta que él se corrió. Él eyaculó dentro y ella lo permitió. Hicieron que las criadas les llevaran limonada fría al campamento.

Lin acarició los traseros de las chicas guapas mientras traían la limonada. La reina sonrió y dijo: "¡No están fuera de los límites, y tienen la noche libre!". Él sonrió tímidamente porque ella había adivinado sus pensamientos. "Quizás", respondió, "quizás". Finalmente, la situación llegó a este punto: algunas noches, llevaba a las dos chicas a su habitación y se acostaba con ellas, porque ambas eran realmente buenas en ello: apasionadas y gráciles. Un par de veces, se dejó llevar, y luego, por la tarde, las arrastró a ambas sobre la estera donde Mei estaba tumbada y se acostó con las tres por turnos. Mei, que ya había tenido un poco de amor lésbico con las dos chicas antes, sonrió radiante de oreja a oreja porque tenía un amante tan viril. Pero esto no ocurría muy a menudo.

Pero ahora dirigió su atención a su reina. "Llevo enamorado de ti muchos meses, mi querida Mei", dijo, "incluso antes de que me permitieran depilarte el vello púbico". Ella le sonrió. "Te he deseado desde el principio, pequeña Lin, pero esperé a pedirle permiso a mi esposo y rey". Le contó que se masturbaba desde su más tierna infancia y que perdió la virginidad a los 12 años con su padre viudo, quien, a pesar de su edad, tuvo relaciones sexuales con ella casi todas las noches durante 15 años, hasta que el rey se casó con ella. Dijo que el sexo con él le resultaba increíblemente placentero; él le proporcionaba un orgasmo maravilloso casi todas las noches, muy diferente de los orgasmos que tenía al masturbarse. Se aferraba a él durante el orgasmo porque lo amaba profundamente. Le gustaba pensar en su padre, quien le había enseñado todo lo que sabía. Él fue la única persona con la que tuvo relaciones sexuales antes del rey, y él comprendía perfectamente por qué siempre se masturbaba antes de dormirse. Hablaron durante otra hora, y él tuvo que contarle con detalle cómo empezó todo con Weng, Wang y la madre, y Mei, distraídamente, jugaba con su clítoris mientras él contaba la historia. Mei quería oír hablar de aquella primera vez salvaje una y otra vez, porque la excitaba tanto que casi se arrancaba el clítoris. Luego, cómo, siendo un niño pequeño, la había follado torpemente después del hombre, y cómo su

pene creció gradualmente y le permitieron follarla todas las noches. Ella escuchaba y, distraídamente, jugaba con su clítoris, teniendo un pequeño orgasmo tras otro, pero no quería follar de nuevo ese día. Él se marchó con paso ligero; mañana le permitirían follarla de nuevo, dijo Mei.

Tuvieron tres hijos, dos princesas y un príncipe, de quienes el rey Feng reconoció la paternidad. Lin y Mei permanecieron juntos y su romance se mantuvo intacto. Lin continuó acostándose con la madre, las hijas del rey y las jóvenes y bellas doncellas, aunque ahora se lo tomaba con menos seriedad.

Su hija Hue-Lin había cumplido doce años, y el rey ya tenía más de setenta. Llamó a Lin y le dijo que era demasiado viejo para desflorar a su hija. Lin debería hacerlo, dijo con un guiño, ya que, en cierto modo, era el hombre indicado para el trabajo. El pequeño Lin se inclinó hasta el suelo: “¡Como usted ordene, Su Majestad!”.

Por las noches, al irse a la cama, la reina hacía que la princesa Hue-Lin se acostara a su lado. La princesa, por supuesto, sabía lo que venía y estaba muy excitada. Pero su madre la tranquilizó, diciéndole que solo era un pequeño pinchazo y que luego sería una mujer de verdad. Lin excitó a su hija con su dedo índice hasta que la linda niña estuvo muy caliente. Hue-Lin se acostó boca arriba sobre su madre, la reina, cuando Lin, con consideración pero con una embestida firme, le rompió el himen y luego la penetró. La princesa no tuvo un orgasmo, así que después de eyacular, Lin dejó su pene dentro de ella hasta que Mei terminó de masturbarla. La penetró todas las noches durante dos meses en los brazos de la reina, y entonces ella aprendió a tener orgasmos. Más tarde, solo la penetraba cuando ella lo miraba suplicante. Un buen año después, su hermana, Chin-Lin, cumplió doce años, y Lin también la desfloró, sin preguntarle al rey Feng. Se acostó con Chin-Lin durante más de un año porque ella era mucho mejor y más hábil en la cama que su hermana. Además, lo disfrutaba mucho más. Mei siempre se acostaba a su lado cuando él se acostaba con una de sus hijas porque, por un lado, estaba muy orgullosa del pene de Lin, y por otro, así podía hablar de ello con su hija sin complejos y con total libertad.

Cuando su hijo Koh-Lin cumplió doce años, se le permitió dormir con su madre, la reina Mei. Su joven esposa le había contado todo sobre el sexo, se lo había explicado todo e incluso lo había masturbado a él y luego a sí misma, pero debía dejarle el acto sexual propiamente dicho a la reina; esa era la orden. Koh-Lin durmió con su madre por primera vez; su padre, Lin, dormía en su propia habitación contigua. Le cedió su lugar junto a ella a su hijo, ya que cada año había nuevas y jóvenes sirvientas que dormían con él.

La reina solo llamó a su hijo después de que Lin se hubiera retirado a su habitación tras su encuentro sexual. Koh-Lin se sentía muy avergonzado mientras yacía desnudo junto a su madre. Después de todo, hasta entonces había estado desnudo junto a su joven esposa; ella le había mostrado todo sobre el cuerpo femenino, su masturbación y sus orgasmos, pero su corazón aún latía con fuerza. Ahora se le permitía tener relaciones sexuales de verdad. Su madre, incluso después de cuatro partos, era una mujer hermosa, más hermosa que su joven esposa. Y ahora le mostraba cómo tener relaciones sexuales, procediendo con delicadeza y consideración, dejándole dar cada paso.

«¡Qué bien, qué suave, qué placentero!», exclamó su hijo en voz baja, y casi al instante eyaculó. Ella sonrió, le sacó el pene por completo y lo sostuvo en su puño, dándole tiempo para recuperar el aliento. Había heredado el pene grande y resistente de su padre; ella lo descubriría esa noche. Ahora tenía permiso para follar a su madre. Hasta ahora, siempre se había sentado junto a su joven esposa cuando un amante la follaba, porque ella tenía que mostrarle cómo follaba, cómo la follaban todos los días; la reina lo había ordenado. La reina había dado instrucciones muy precisas: si el niño tenía una erección mientras la veía follar, tenía permiso para masturbarse o que ella lo masturbara y eyacular en su coño, ¡pero no penetrarla, jamás!

La niña-mujer era una buena segunda madre para Koh-Lin; él veía a su madre varias veces al día, pero dormía con la niña-mujer por la noche. Sexualmente, era bastante salvaje, razón por la cual la reina la había elegido. Y era muy sensible y lo ayudó a desarrollar su sexualidad. Por supuesto, cuando el niño sintió curiosidad, le preguntó a su

madre si debía enseñarle a masturbarse. Por supuesto, cuando él comenzó a eyacular, ella preguntó si podía masturbarlo correctamente. La reina a veces observaba cuando la niña-mujer lo masturbaba. Ella se acostaba frente al niño, con las piernas bien abiertas, y él miraba fijamente su vagina y se ponía muy duro. Ella insertaba la punta de su glande en su vagina y lo masturbaba. Era infértil y lo dejaba eyacular dentro de ella. Cuando él terminaba, ella lentamente lo dejaba penetrar profundamente en su vagina, donde él podía esperar inmóvil hasta que su pene volviera a ablandarse. La reina estaba bastante contenta con esto, pero seguía diciendo que no debía dejar que él tuviera relaciones sexuales con ella; ¡Eso era algo que se reservaba para sí misma!

Obedecieron la orden de la reina durante mucho tiempo. A veces, la reina veía que él follaba durante un minuto entero mientras eyaculaba, así que repetía su orden. Pero estaba muy complacida con la niña-mujer y más tarde le ordenó que dejara que un hombre la follara todos los días en presencia de Koh-Lin, para que él pudiera aprender. La niña-mujer, que hasta entonces solo había sido follada muy raramente y en completo secreto, suspiró aliviada. Ahora dejaba que un hombre la follara todos los días, y a Koh-Lin se le permitía poner su cara entre sus muslos para verlo de cerca. La niña-mujer follaba con un hombre todos los días, siempre eligiendo uno nuevo, y el chico tenía que mirar. Por supuesto, se le ponía dura cada vez y se masturbaba mientras miraba. Observaba cómo ella agarraba el pene y lo insertaba en su vagina; tenía una vagina grande, suave y ancha, el chico podía verlo con bastante claridad. Se quedó mirando su coño, donde su polla golpeaba y empujaba mientras ella se masturbaba hasta el orgasmo. Cuando el hombre terminó, Koh-Lin se masturbó rápidamente y eyaculó por toda su vagina. Para terminar, se arrodilló detrás del hombre y roció todo sobre sus testículos, su pene y sobre la vagina de la niña-mujer. Ella rió fuerte porque era simplemente excitante. Más tarde, el chico apartó al hombre y roció su carga por toda la vagina de la niña-mujer. Solo mucho después penetró su vagina para eyacular dentro de ella, e incluso entonces, solo rara vez, cuando la reina estaba mirando. El año pasado, eso ya no fue suficiente para el chico; penetró la vagina de la niña-mujer profundamente para eyacular dentro de ella. Ella sintió el frío acero del verdugo en su

cuello, pero ¿qué podía hacer? Él ya estaba muy curioso y ansioso por follar de verdad.

El chico no solo eyaculaba profundamente dentro de su vagina en medio de su relación sexual con el hombre; se masturbaba cinco veces o más al día, y ella tenía que yacer desnuda frente a él mientras lo hacía. Él la miraba fijamente a la vulva abierta, luego la penetraba profundamente para eyacular. Realizaba movimientos de empuje vigorosos mientras se corría, pero ella no podía ni se le permitía permitir más, con el hacha del verdugo acechando. El chico lo entendía y no quería meter a la pobre joven en problemas. Solo la penetraba después de haberse masturbado, follándola con fuerza durante un minuto entero mientras eyaculaba. Ella imaginaba que estaba muy cerca de la muerte durante ese minuto, pero así era. Podía justificarlo más o menos. El chico la follaba durante más tiempo cada vez antes de poder eyacular, cinco veces o más al día. Ahora la follaba durante diez minutos antes de eyacular.

El chico se masturbaba cinco veces al día o más. Penetró a la joven mucho antes de que ella eyaculara y la folló durante diez minutos hasta que él se corrió. Aunque la joven temía el hacha del verdugo como al diablo, cedió. Ya no tenía que masturbarse; se le permitió follarla desde el principio. Después de todo, pronto cumpliría doce años y estaría con su madre, la reina. El chico lo entendió y asintió agradecido. Ahora follaba a su joven, que aún no tenía treinta años, al menos cinco veces al día, pero generalmente mucho más a menudo. Ella seguía buscando a otros hombres para follar, y el chico se masturbaba y eyaculaba como antes, pero una vez que el hombre se había ido, los dos follaban a sus anchas. Él le juró que nunca se lo contaría a la reina, y cumplió fielmente su palabra. Ella sabía que tendría que hablar con la reina al respecto, pero nunca llegó a ese punto.

Pero ahora, por primera vez, tenía permiso oficial para follar con una mujer adulta, y una a la que amaba muchísimo. “¡Vamos, hagámoslo otra vez! Métela hasta el fondo y espera a que esté realmente excitada, ¡y luego fóllame!” Él asintió y la penetró con mucho cuidado, dándole tiempo para que se acostumbrara a su pene. Podía sentir exactamente cómo se frotaba el clítoris, primero despacio y luego ca-

da vez más rápido. También podía sentir cómo toda su vagina trabajaba intensamente mientras se masturbaba. Esperó inmóvil hasta que ella jadeó: "¡Sí, ahora, fóllame!" y se puso manos a la obra. Ella se aferró a él con fuerza mientras su orgasmo estallaba, pero él estaba lejos de terminar y siguió follándola sin inmutarse. Su excitación se mantuvo alta, tuvo orgasmos continuamente, y solo se detuvo cuando él se corrió dos veces dentro de ella y dejó de follarla. Se tumbaron uno al lado del otro, jadeando, hasta que se durmieron abrazados.

Pasaron cuatro años, el reino estaba en paz, y el rey Feng, ya septuagenario, preparaba a su hijo Xinhua para el trono. Era un muchacho brillante e inteligente, y habría sido un buen rey si las Nornas no le hubieran arrebatado la vida. Cayó de su caballo mientras cazaba un jabalí y el animal, enfurecido, lo mató. El corazón de la reina Mei se rompió; era su primogénito. El rey Feng se encerró durante días y lloró como nunca antes. Al quinto día, convocó a la reina Mei y al maestro Lin a sus aposentos privados. Los tres permanecieron en silencio durante minutos hasta que el rey comenzó: «Querida Mei, mi pobre reina, hemos perdido a un hijo, y estoy inconsolable. Pero tenemos otro hijo legítimo, Koh-Lin, tu hijo. Deseo que me suceda». Un profundo silencio se apoderó del lugar. Tanto Mei como Lin sintieron una inmensa gratitud, pues el rey, por supuesto, conocía la paternidad de Lin. Se miraron brevemente, y entonces la reina dijo: «¡Qué sabio y generoso eres, mi señor y amo! Encomendaremos a mi hijo, Koh-Lin, que solo tiene dieciséis años y medio, a los maestros, ya que debe ser capaz de sucederte en un año y medio. Hasta entonces, mi querido y bondadoso esposo, te ruego que te mantengas fuerte y sano, para que no haya ninguna brecha en la línea sucesoria. Y, mi amor, pretendo cuidarte y amarte durante mucho tiempo, ¡como te he amado hasta ahora!». Solo Lin percibió la ambigüedad de su última frase, pero el rey Feng le acarició la mejilla con cariño. «Por supuesto, mi amor, ¡permaneceré contigo durante mucho tiempo!». La miró a ella y luego a Lin. «Estamos de acuerdo, ¿no es así?». Lin asintió. «¡Exactamente como usted ordene, Su Majestad!».

El entrenamiento de Koh-Lin comenzó al día siguiente. Lin apoyó a su hijo lo mejor que pudo; tenía en mente varias obras sobre la realeza y sabía que al rey no le quedaban muchos años de reinado. Des-

de ese día, los nobles, los ricos y los poderosos de todo el reino le trajeron a sus hijas jóvenes, e incluso a algunas esposas jóvenes. Lin le explicó a su hijo que esa era la costumbre, aunque la mayoría tenía segundas intenciones. Tenía que acostarse con todas las chicas si no quería provocar un escándalo. Koh-Lin asintió, algo decepcionado, porque se acostaba con la reina todas las noches y prefería hacerlo con ella. La mayoría de las chicas eran guapas y dispuestas, así que se acostaba con ellas una tras otra, pues era un deber placentero y hermoso. Se acostó con muchas chicas antes de acostarse con la reina, y se acostó con cientos en los doce años previos a su matrimonio. La reina permanecía acostada si sentía que no lo molestaría. Examinaba a las chicas con más detenimiento si él tenía relaciones sexuales con ellas una segunda o tercera vez. Pero ella se complacía cuando él follaba con tanto entusiasmo. O ella iba a la habitación de al lado con Lin; no lo molestaba, incluso cuando estaba con una chica. Se excitaba mucho cuando él follaba con las hijas del rey. Tenía que estar de acuerdo con él; la hija menor follaba con mucha pasión y obviamente lo disfrutaba, las otras eran bastante aburridas. Era bastante obvio que la chica era adicta a la masturbación. La reina se maravilló porque era la primera vez que veía a alguien adicto a la masturbación, pero no le pareció malo en absoluto. Algunas de sus doncellas se irritaban un poco cuando su ama se acostaba con ellas. Mei les daba la espalda y se masturbaba discretamente mientras estaba acostada de lado, luego se dormía satisfecha.

La madre de Lin enfermó gravemente y murió pocas semanas después. Lin le ofreció un funeral suntuoso; asistieron cientos de personas, pero Lin apenas conocía a nadie. Solo saludó afectuosamente a los ancianos Weng y Wang; hacía años que no veía a sus dos amigos. Su madre le había contado con una sonrisa que ahora los dos amigos la visitaban juntos todas las noches, ya que Lin rara vez se acostaba con ella. Estaba muy contenta con este nuevo arreglo, porque solían turnarse para tener relaciones sexuales con ella, y así alcanzaba el orgasmo con mucha frecuencia. Contó que ahora se desmayaba cada vez que tenían relaciones sexuales con ella, y que ambos la penetraban como a una muñeca sin vida hasta que despertaba con un orgasmo a gritos. Dijo que estaba tan profundamente inconsciente que no recordaba nada del acto. Al principio, los hombres le tapaban la boca, pero con el tiempo, a ninguno le importaba ya si su grito resonaba

por toda la casa. La madre le acarició la mano y le dijo lo orgullosa que estaba de él; le había dado tres nietos reales, y su hijo Koh-Lin sería incluso el próximo rey. "¡Tu padre seguramente está muy orgulloso de ti, pequeña Lin!" Esa fue su última conversación.

Lin les cedió el negocio de préstamos a sus amigos Weng y Wang, como recompensa por su lealtad. Su madre le había dejado una gran fortuna; él la dividió en cuatro partes, quedándose con una cuarta parte y repartiendo las otras tres a partes iguales entre sus hijos.

Hue-Lin fue la primera en casarse, pero su marido la abandonó antes de cumplir un año juntos. Tenía un amante diferente cada noche, algo que su esposo no podía tolerar. El rey Feng y la reina Mei estaban muy tristes de que Hue-Lin se hubiera convertido tan rápidamente en una prostituta de clase alta en el palacio. El pequeño Lin habló largo y tendido con ella antes de que su marido se marchara, pero ella había elegido esa vida disoluta, y él no podía hacer nada para cambiarlo. La vigilaba de cerca y solo intervenía cuando algún noble se portaba mal. Les dio una buena paliza a muchos nobles; no conocía distinciones de clase. Un miserable merecía una paliza, y así era como se defendía, incluso ante el rey.

Chin-Lin, la menuda belleza, pospuso el matrimonio todo lo que pudo. También tuvo muchos, muchísimos romances y le encantaba el sexo. Pero no se convirtió en una prostituta como su hermana, a quien apodaban "la de las alas de mariposa extendidas" porque esperaba a cada hombre con las piernas abiertas. Chin-Lin se preocupaba mucho más por su reputación y no cambiaba de pareja tan a menudo, y solo lo hacía discretamente. Desde joven, era una masturbadora obsesiva y adicta; ni Mei ni Lin la detuvieron, porque no creían que su adicción a la masturbación fuera algo malo. Quizás incluso fue algo bueno, porque significaba que no corría el peligro de convertirse en una prostituta como su hermana mayor. El dinero de la madre de Lin llegó justo a tiempo para ambas chicas, y en este asunto, fueron sensatas. Su hijo, Koh-Lin, no necesitaba el dinero con tanta urgencia, pero le ayudó a colmar de regalos a las bellas princesas y a las hijas de la nobleza después de haberlas follado como es debido y haberlas enviado a casa. Nadie podría acusarlo de ser tacaño o de querer acos-

tarse con cualquiera gratis. ¡Y el pobre tuvo que acostarse con cientos de chicas guapas antes de casarse!

El rey Feng murió cuatro años después, y Koh-Lin ascendió al trono, bien preparado. Permaneció con la reina hasta que se casó a los 29 años. La corte le había proporcionado repetidamente damas de la nobleza, con las que se acostó un par de veces a modo de prueba, para luego despedirlas. Era de naturaleza fundamentalmente bondadosa y, por lo tanto, no quería ofender a nadie en la corte. Todas las princesas eran hermosas y presentables, y muchas de ellas ya tenían bastante experiencia en la cama. Jamás lo habría admitido, pero anhelaba a cada una de estas bellezas, que podían tener relaciones sexuales con tanta gracia y elegancia. Se acostó con cada una de ellas durante varias noches para experimentarlas plenamente antes de dejarlas ir a regañadientes.

Entonces le trajeron una encantadora princesa de trece años que solo había estado con su padre y ningún otro hombre. Koh-Lin quedó cautivado por esta inusual joven desde el primer momento. Se ganó su corazón al instante; era inteligente, muy hermosa, alegre y podía inseminar como una diosa, a pesar de que solo había estado con su padre durante un año. Él había sido un excelente maestro y le había enseñado cómo inseminar correctamente a un hombre. Solo cuando ella creció y perdió atractivo, el rey Koh-Lin comenzó a buscar otras mujeres y desarrolló una predilección por las vírgenes jóvenes, muy jóvenes, y su esposa le consintió en este vicio.

El pequeño Lin permaneció junto a la reina Mei hasta el final, y su amor fue celebrado a menudo en canciones por la posteridad.

• • •

Pequeño Lodo

von Jack Faber © 2024

Era el año en que Harun al-Rashid ascendió al trono de Bagdad. Bagdad era una gran provincia del Imperio abasí, que se extendía desde Turquía hasta China. Umeya era sirvienta de un rico comerciante; tenía 14 años, era atractiva y de una belleza deslumbrante. El lujurioso comerciante aún no había asimilado por completo las enseñanzas y la sabiduría del Islam. Lo que deseaba era el bien. Bienaventurado era quien se sometía a él. Era increíblemente rico; siempre daba generosas limosnas en la mezquita, y esa era la única razón de su popularidad, la única razón. No maltrataba a sus esclavos, pero les exigía todo.

Sus labios se humedecieron con deseo cuando el comerciante vio por primera vez a la bella Umeya en su granja. Como todas las chicas de su edad, estaba en plena floración, con hermosos y voluptuosos senos, un cuerpo muy esbelto con caderas femeninas, un rostro encantador de aspecto infantil y una espesa cabellera castaña que le caía hasta los hombros. Era hija de una familia numerosa y pobre, y tuvo que empezar a trabajar pronto. El comerciante le pagaba bien, y ella le daba una buena parte de su salario a su madre. Era de naturaleza dulce y sencilla, y lo único que definitivamente le faltaba era experiencia sexual. Claro que a menudo había visto a sus padres teniendo relaciones sexuales, y su madre le había explicado que así era como se hacían los bebés. No necesitaba saber nada más. Sus hermanos le habían enseñado a masturbarse, y ella lo hacía con gusto; sus hermanos la amaban y la besaban con cariño, así que eso era bueno. Por lo demás, no tenía ni idea; a pesar de su edad, era virgen.

El mercader lujurioso se lamió los labios y le ordenó que lo siguiera. Así que, sin sospechar nada, ella lo siguió hasta el dormitorio. Él la desnudó y le dijo lo hermosa que era. Ella asintió con entusiasmo; se lo habían dicho todo el tiempo. El mercader sonrió. “¿Te gusta follar?”, preguntó, y ella dijo que no sabía qué era eso. “¿Nunca has estado con un hombre, un chico?”, preguntó, rebosante de alegría. “Sí”, dijo Umeya, “¡solía estar con todos mis hermanos!”. El merca-

der sonrió. “¿Pero nunca has tenido un pene?”, continuó el mercader. “Sí”, respondió Umeya, “aprendí a frotar a mis hermanos hasta que se corrían; ¡todos los chicos necesitan eso antes de dormirse!”. La sonrisa del mercader se amplió; parecía un gato saciado.

“¡Vamos, acostémonos en la cama, vamos a follar!” Umeya asintió obedientemente y se acostó en la cama, con el mercader a su lado. Notó su pene erecto y le preguntó si debía frotarlo para que eyaculara. El mercader asintió, y ella lo frotó, igual que sus hermanos. Pero el mercader la interrumpió y la hizo acostarse boca arriba. “¡Así que ahora vamos a follar!”, dijo, y Umeya asintió, sin tener ni idea. La penetró, y ella chilló suavemente cuando él le desgarró el himen. “Esa es solo la primera vez”, le aseguró el mercader, “¡no sentirás más dolor cuando follemos!” Umeya asintió obedientemente, porque ahora la estaba follando como su padre había follado a su madre delante de todos los niños. Pero la folló durante mucho más tiempo que su padre y luego eyaculó toda su carga de semen dentro de ella, y entonces terminó. Su padre siempre sacaba su pene y eyaculaba sobre el estómago de su madre.

— ¿Disfrutaste del sexo? — preguntó, y ella asintió con entusiasmo. — ¡Sobre todo la explosión al final, fue genial! — dijo la ingenua Umeya, y añadió que ese era el orgasmo, la máxima satisfacción. ¡De eso se trataba el sexo, del orgasmo! Le sorprendió gratamente lo complaciente que era Umeya, la facilidad con la que alcanzaba el orgasmo. — Sí — respondió Umeya — , ¡claro que quiero follarte otra vez cuando tengas tiempo! El comerciante ahora ronroneaba como el gato mencionado. La asignó a la jardinería para que siempre estuviera cerca.

Él se acostaba con Umeya todos los días, tan a menudo como podía. Ella era una bomba en la cama, y si él no hubiera sido un soltero empedernido, quién sabe, tal vez se habría casado con ella. A ella le encantaba el sexo; siempre era un bienvenido descanso de la jardinería, y los orgasmos eran maravillosos. Se acostaron sin parar durante tres años, y entonces Umeya quedó embarazada. Estaba completamente desconcertada, pero así eran las cosas. Preguntó a algunas mujeres mayores qué podía esperar. El comerciante le dio una

gruesa bolsa llena de monedas de oro y la despidió; no necesitaba niños cerca.

Compró una casita diminuta a la orilla del río, abrió una pequeña tienda frente a ella y vendía todo tipo de artículos para el hogar. Una mujer amable la ayudaba en todo, como una hermana mayor. Nunca volvió a ver al comerciante. Tuvo un hijo pequeño y juró no tener otro, ya que el parto había sido difícil. Llamó a su hijo Muck, derivado del nombre del comerciante desleal. Su casa constaba de una sola habitación. Por la noche, extendía la estera y Muck dormía desnudo a su lado, igual que ella. Era sano y vivaz, pero a los cuatro años dejó de crecer y se le puso jorobado. De niño medía solo 1,10 metros; a los dieciséis, medía 1,45 metros y se mantuvo así durante mucho tiempo. Casi nadie quería jugar con el niño enano y jorobado. No tenía amigos, excepto el amable anciano persa de enfrente, que siempre tenía tiempo para Muck. Al-Mahdi, como se le conocía, era un anciano que pasaba el día leyendo sus libros. Una vez al día, llevaba a Pequeño Muck a pasear por la orilla del río y le enseñaba cómo se movían las estrellas y los planetas, qué sangrientos acontecimientos sacudían el Imperio Persa y cómo funcionaba el imperio de Harún al-Rashid. «Si quieres, te enseñaré a leer», dijo Al-Mahdi, «solo tienes que pedirle a tu madre que se acueste conmigo una vez al mes». Pequeño Muck asintió y preguntó qué era eso. Al-Mahdi se lo explicó al niño de siete años a grandes rasgos. «Entonces, avísame si acepta, ¡y te enseñaré a leer!».

Umeya levantó las manos horrorizada cuando Little Muck le preguntó al respecto aquella noche. Por supuesto, conocía bien a Hern Al-Mahdi. Había sido Gran Visir de un emperador de Persia, un hombre rico con considerable influencia y un gran harén, como era costumbre en aquella época. Seguía el culto de Mitra; no era un verdadero creyente. Cuando el emperador fue envenenado, huyó a Bagdad y vivió solo y modestamente en la gran casa. No tenía esposa ni hija con quien dormir; cada noche se sentaba en el banco de piedra detrás de su casa y se masturbaba a la luz de la luna. Umeya lo había visto muchas veces; no era un rumor. A menudo se escabullía en su jardín cuando él apagaba las luces de la casa. Con frecuencia contemplaba con anhelo su hermoso y gran pene, que él frotaba con placer a la luz de la luna y luego eyaculaba sobre los rosales. Era astrólogo, filósofo

y erudito. ¿Y si pudiera darle a Pequeño Lodo un poco de educación por un precio tan bajo? Ella le dijo a Pequeño Lodo: “Lo pensaré”. Al día siguiente fue a ver al señor Al-Mahdi.

Tomaron un té exquisito de Persia y hablaron de todos los detalles. Ella le contó que no había tenido relaciones sexuales en siete años; no quería volver a quedar embarazada. Él lo entendió perfectamente; la anticoncepción era importante. Se podía calcular, dijo; todas las mujeres de su tierra natal la usaban así. Se podía calcular en función de la menstruación. Umeya miró con incertidumbre al hombre amable y cordial. “No tengo la regla, Su Excelencia”, dijo. “Solo la tuve un par de veces antes de quedar embarazada, y nunca más después de eso, no en los últimos ocho años”. Él sonrió amablemente y le puso una mano en el brazo. “Si una mujer deja de menstruar, es infértil y ya no puede tener hijos. Así son las cosas”. Los ojos de Umeya se abrieron de par en par. “¿Quiere decir que no puedo quedar embarazada si tengo relaciones sexuales con un hombre?”. Él asintió. “Te lo garantizo, hija mía”, dijo el anciano con amabilidad.

Umeya reflexionó un rato, así que le preguntó qué le preocupaba. «He estado pensando», dijo ella, «que podrías acostarte conmigo una vez al mes si le enseñas a leer a mi hijo, ¡Excelencia!». Él sonrió. «Mira, tengo cientos, miles de libros persas sobre todo lo que existe en el mundo». Umeya palideció. «Mi hijo no habla persa, ¿de qué sirve leer?». Después de todo, no es tan tonta, pensó, y sonrió. «Si me pagas con sexo más a menudo, digamos dos veces al mes, entonces mi hijo también aprenderá persa; ¡es el idioma más hermoso del mundo!». Umeya asintió. «Muy bien, dos veces al mes entonces, ¡Excelencia! Estoy lista; ¡mi hijo lo es todo para mí!».

El trato estaba hecho. Al-Mahdi sugirió una primera prueba. Umeya se sonrojó profundamente. “No me he bañado hoy, señor, ¡estoy muy avergonzada!” Él asintió, sabiendo que esto era importante para muchas mujeres. Sonrió. “Acuéstate en el sofá y déjame mirar, ¡y mírame tú también!” Umeya asintió, se acostó en el sofá y se subió el vestido hasta el ombligo. Él silbó entre dientes. “Qué cosa magnífica tienes, hija mía”, dijo, “He visto y follado cientos de vaginas, ¡y la tuya está entre las más hermosas!” Umeya abrió bien las piernas y separó sus labios vaginales con los dedos, tal como él le había dicho.

Entonces sacó su pene. Ella solo había visto los penes de sus hermanos y del comerciante. Pero este era sin duda el más grande y grueso que jamás había visto. Preguntó con incertidumbre si cabría en su pequeña vagina. Dijo que a veces se despertaba por la noche con un orgasmo y entonces metía el dedo índice para empujar, así que sabía lo pequeña y estrecha que era. Él rió con orgullo. "Tu coño se adapta al tamaño, no importa cuán grande sea. Incluso puede soportar el pene de un caballo", dijo, y ella dio un salto. "¿Un caballo? ¿Un caballo de montar, tal vez?" Él sonrió con aire de suficiencia. "Algunas campesinas se dejan follar por un caballo, ¡lo he visto con mis propios ojos, pequeña Umeya!" Ella le pidió que le contara sobre ello y se sonrojó, porque lo que estaba ocurriendo en su mente era a la vez excitante y repugnante.

Se incorporó y extendió la mano hacia su pene. "Es mucho más grande que el del padre de mi Much. ¡Dudo que quepa dentro de mí!" Su Excelencia dijo que tenían que intentarlo de inmediato; ¡no quería que le robaran su salario! Umeya aún tenía en mente la imagen del caballo follando a la malvada campesina, como él lo había descrito en términos obscenos. Asintió con la cabeza y separó sus labios vaginales. Su pene la tocó, e inmediatamente dijo: "¡Es demasiado grueso, Su Excelencia!", pero él continuó. "¡No entrará más, Su Excelencia!", repitió, pero él empujó su pene milímetro a milímetro. Contuvo la respiración porque él estaba entrando, muy, muy despacio. Y entonces, de repente, estaba completamente dentro. Ella lo miró. "¡Ya está completamente dentro, Su Excelencia!", pero él permaneció inmóvil frente a ella con los ojos cerrados. De repente, se dio cuenta de que estaba eyaculando, bombeando su semen dentro de ella. "¡Estás eyaculando, Su Excelencia, estás eyaculando dentro de mí!" Pero él siguió bombeando y bombeando, aparentemente disfrutándolo. Umeya permaneció en silencio y tuvo que esperar mucho tiempo hasta que terminó. Abrió los ojos, brillando intensamente. "¡Aaah, eso fue maravilloso! Ahora sabes que mi pene no es demasiado grande y que aún puedo eyacular. Y sé que puedes pagar la educación de tu hijo. ¿No es bueno para ambos?" Umeya asintió, y Su Excelencia retiró su pene. Ella se bajó la falda y se puso de pie. Acordaron una hora para que ella fuera a verlo, preferiblemente el viernes, cuando los hombres estuvieran en la oración del viernes. Luego ella se fue a casa, sintiéndose ligera de alegría.

El pequeño Muck dio una voltereta de alegría. Era un enano, con una nariz enorme, jorobado y una cola larguísima. ¡Pero era el único de su edad que tenía un tutor particular! No paraba de abrazar a Umeya por el cuello, hasta que de repente se detuvo. «Tienes que pagarle con sexo», dijo. «¿Te parece bien pagar con sexo?», preguntó Umeya, abrazando a su pequeño. «¡Eres mi todo, querido Muck! Haría cualquier cosa por ti. ¡El sexo es un precio pequeño a pagar por aprender un idioma y a leer también!».

Como de costumbre, Muck se pegó a Umeya aquella noche; las noches en Bagdad eran calurosas y la gente dormía desnuda. Estaba casi completamente dormido y murmuró: «¡Gracias, mamá, por acostarte con él!». Umeya sonrió y se durmieron.

Muck iba a casa de Al-Mahdi todos los días y estudiaba con diligencia; era muy talentoso y absorbía cada palabra del viejo maestro como una esponja. El viernes, Umeya fue con él. Se sentó en una silla en un rincón y prometió guardar silencio. Umeya se quitó el vestido y se tumbó desnuda en el sofá, y Al-Mahdi se tumbó desnudo a su lado. Muck miró el pene del anciano y suspiró aliviado; era solo un poco más grande que el suyo. Sabía desde hacía tiempo que tenía un pene muy grande. Cuando se bañaba en el río, podía ver los penes diminutos de los otros chicos, y las chicas reían entre dientes y susurraban, seguramente por su gran pene.

Al-Mahdi estimuló hábilmente el clítoris de Umeya; Muck lo veía por primera vez. Sus ojos se abrieron de par en par cuando el pene de su amo separó sus labios y su abertura se abrió. Muck nunca lo había visto antes; ¡estaba viendo a su madre siendo follada por primera vez! Luego, el anciano folló a la joven, que tenía solo 26 años y suspiró de placer. Muck había visto el acto sexual algunas veces desde la distancia, cuando las parejas follaban en la orilla del río. Pero ahora lo veía de cerca. Umeya tenía una vagina diminuta, y el hombre introdujo su pene suave y lentamente para que su vagina pudiera adaptarse. El anciano no follaba tan rápido como las parejas en la orilla del río, pero Muck vio cómo Umeya se excitaba cada vez más y, después de un cuarto de hora, tuvo un orgasmo estremecedor. Ya estaba familiarizado con los orgasmos de las chicas; las había espiado con bastante frecuencia en la orilla del río.

Unos instantes después, el maestro eyaculó; Muck lo vio de cerca por primera vez. El maestro tuvo que bombear durante mucho tiempo antes de terminar. A Muck le pareció absolutamente maravilloso y excitante; presionó sus dedos contra sus pantalones, donde ocultaba su erección. Pero aún así no podía hacer nada con ella. Umeya se marchó al poco rato y él estudió con su maestro hasta el atardecer.

Umeya floreció. Daud, como debía llamarlo ahora, y ya no Su Excelencia, era mucho mejor en la cama que su mercader, ¡de eso no cabía duda! Cada dos viernes, iba con Muck y se dejaba seducir por él. Amaba los orgasmos por encima de todo, pues hasta entonces solo los había conocido a través del mercader y sus sueños impuros; no sabía nada sobre la masturbación femenina. Daud era muy sensible en el sexo y le daba gran importancia a que Umeya siempre tuviera un orgasmo.

Pasaron los años, Muck estudió con diligencia y pronto habló persa con fluidez, pudiendo leer cualquier libro, incluso aquellos de contenido difícil. Entonces alzaba la vista y preguntaba a su maestro. Su maestro era el hombre más sabio del mundo; lo sabía todo y a veces podía hablar durante horas sobre algo que Muck no había entendido. Muck escuchaba con mucha atención y no se daba cuenta de lo inteligente que se había vuelto.

Muck llegó a una edad en la que su erección lo atormentaba noche tras noche. Recordaba haber visto a los otros chicos frotándose en la orilla del río y eyaculando sobre los cuerpos de las chicas. Así que se frotó de la misma manera y ¡eyaculó por primera vez! ¡Fue el invento más ingenioso desde el Gran Diluvio! Umeya había dudado si debía frotarlo como sus hermanos, pero por alguna razón, decidió no hacerlo. Por lo tanto, las cosas se desarrollaron gradualmente.

Muck se masturbó varias veces seguidas hasta que su pene se ablandó. Presionó su glande contra la nalga de Umeya, que estaba girada hacia un lado. Eyaculó sobre sus nalgas, pero ella no emitió ningún sonido. Solo si se masturbaba más de tres veces seguidas, ella le hablaba. «¡No lo hagas demasiado a menudo, querido hijo, te puedes quedar ciego!», y el pequeño Muck asintió. Ambos conocían al pobre ciego que mendigaba en la esquina de la calle. Umeya a veces

se inclinaba y lo masturbaba suavemente. El ciego estaba agradecido de poder tocar su cuerpo mientras ella lo masturbaba. A ella no le importaban los transeúntes que negaban con la cabeza. Que miraran, idiotas; solo lo hacía para relajar al pobre hombre, igual que a sus hermanos.

Muck le preguntó a Umeya si podía introducir su pene en sus nalgas mientras se masturbaba y eyaculaba. «Por supuesto», respondió ella, recostándose de lado, levantando una pierna y separando sus nalgas con las manos. Muck quedó completamente fascinado con la idea de eyacular en sus nalgas; Umeya suspiró suavemente y lo dejó continuar durante meses. A ambos les parecía bien.

Muchos meses después, accidentalmente eyaculó sobre su vagina. Umeya se giró hacia él y le preguntó si, después de masturbarse en su hendidura anal, preferiría eyacular dentro de su vagina. A ella no le importó, así que él dijo que sí. Durante los siguientes meses, se masturbó en su hendidura anal, luego ella se volteaba boca arriba y levantaba sus piernas abiertas hacia el cielo, abriendo su vagina de par en par. Parecía un melocotón cortado en rodajas, sus piernas arriba, sus nalgas a cada lado y su pequeña vagina en medio. Él buscaba su abertura con la punta de su glande y se le permitía insertar la punta, pero solo unos pocos milímetros, ¡no todo el glande! Solo la punta de su glande con su pequeña abertura para la eyaculación. Luego continuó masturbándose y eyaculó su carga completa dentro. Más tarde, cuando ella ya estaba dormida o dormitando de lado, él le separaba las nalgas con las manos e insertaba la punta de su glande. Luego se masturbaba y eyaculaba dentro de ella. Ella solía estar medio dormida y se reía entre dientes: “¡Qué cosquilleo tan agradable, la eyaculación dentro!”. Hicieron esto durante muchos meses.

Una noche le preguntó muy bajito si no podía follársela bien, ¿en su coño? Umeya pensó un momento. Algunas de sus amigas dejaban que sus hijos mayores las follaran, pero eran criticadas o despreciadas por muchos. Se armó de valor y asintió. “¿Puedes hacerlo de lado?”, preguntó, “porque pesas demasiado para mí”. Muck susurró que sí. Ella levantó una pierna y separó sus labios con los dedos. La polla de Muck era grande, incluso más grande que la de Daud. Agarró su polla y la insertó con cuidado un poco. Daud tenía razón;

su coño se ajustó al tamaño. “¡No tan rápido, grandullón, o me vas a reventar el agujero!” Preguntó él, “¿Está bien?”, pero ella negó con la cabeza, “¡Ve muy despacio y con cuidado!” Lo intentó con fuerza, y después de unos momentos encontró resistencia. “No irá más allá, mamá”, dijo lastimosamente. Ella se encogió de hombros, “Si ya estás tan adentro, no necesitas empujar más, ¡o me vas a reventar el agujero! ¡Ahora sí que puedes follarme!” Muck la folló por detrás al mismo ritmo que el Maestro Daud, mientras ella yacía de lado. La folló bien, y ella tuvo un orgasmo maravilloso, igual que con Daud, con quien ahora follaba todos los viernes. Pero Muck seguía duro y quería seguir follando. Ella tuvo otro orgasmo y jadeó en busca de aire. Él se corrió un total de tres veces dentro de su coño antes de que su polla finalmente se ablandara.

En un mes, se había acostado con todas las chicas de la orilla o del río. Ninguna hacía bromas tontas sobre su enanismo o su joroba; le permitían acostarse con una cada día al mediodía, y eso era todo lo que quería. Los chicos aceptaban que las chicas lo deseaban y eran algo amigables con él. De alguna manera, había encontrado su lugar; se acostaba con una cada día y eyaculaba dentro de ella. Claro que tenía que tener cuidado; no quería hacerles daño a ninguna. Ninguna de las chicas del río era virgen; todas provenían de entornos pobres como él, donde la virginidad no significaba nada.

Siguieron años hermosos y tranquilos. Umeya iba a casa de Daud todos los viernes; Muck la follaba todas las noches y se corría una o dos veces. Hasta entonces, había rechazado todos los coqueteos de los clientes, pero ahora observaba a los hombres con más atención. Rechazaba a los groseros, sucios y prepotentes. A los hombres refinados y limpios, que también pagaban una moneda de oro, los invitaba a su casa y les permitía follar con ella. Todos eran amables y decentes, pero la mayoría tenía penes pequeños o medianos, así que rara vez tenía un orgasmo con estos clientes ocasionales. Pero seguían siendo amables y educados. Esto le reportaba entre cuatro y seis monedas de oro a la semana, más de lo que ganaba con las ventas. Pero no abandonó su tienda. La noticia se corrió y los hombres seguían viniendo, trayendo cada vez una moneda de oro.

Al mediodía, mientras su amo dormía la siesta, Muck caminó la corta distancia hasta el río. Las chicas ya lo esperaban, gritando y chillando de alegría. Las chicas, de entre 11 y 17 años, se exhibieron en sus poses más sensuales y vitorearon ruidosamente cuando él hizo su elección. Solo las mayores ya tenían un delicado vello en sus vulvas, pero las desnudas, con aspecto infantil, eran las que más le atraían. Se metió en el agua hasta las rodillas y comenzó a follar a la chica. Fue muy cuidadoso; no quería dañar sus pequeñas vulvas. La penetró muy suavemente hasta que sintió resistencia. Luego la folló, rodeado por el grupo de las otras chicas. Por lo general, sacaba el pene al eyacular; eso le parecía correcto. Ninguna de esas niñas debía convertirse en madre prematuramente. Dejó que el sol lo secara y regresó con el amo Daud.

Cuando su amo tomaba su siesta del mediodía, Muck solía ir a la orilla del río. A veces se encontraba con alguien que no tenía problema en hablar con un enano. A veces surgía una conversación fascinante, y sus interlocutores quedaban impresionados por la inteligencia de aquel diminuto jorobado. Una vez, paseando por la orilla, vio a una muchacha leyendo un libro; lo reconoció inmediatamente como persa. Se inclinó ante ella y le habló en persa. Ella respondió, sorprendida y cortés, pero él notó enseguida que su persa era deficiente. Cambió al dialecto árabe de Bagdad y le preguntó qué le parecía el texto. Lo había leído hacía tiempo; era una historia de amor con una crítica política velada al emperador. Ella quedó bastante impresionada y señaló la hierba, invitándolo a sentarse a su lado.

— Me llamo Ran, en realidad Ranawarasara, pero es demasiado largo. — Se presentó como Muck, de 21 años, aprendiendo persa con un maestro y estudiando el vasto conocimiento de esa cultura. — Mi padre insiste en que aprenda persa porque estoy prometida a un persa. Pero es demasiado mayor para mí — añadió, pero no respondió a su pregunta sobre su padre. Él sabía que solo las muchachas nobles se comprometían, así que no insistió. Discutieron sobre la obra de Ferdowsi durante aproximadamente una hora, y Ran se asombró de cómo la política se ocultaba en aquella historia de amor. Tenía que marcharse; Al-Mahdi seguramente ya había terminado su siesta. Le preguntó a Ran si podía volver a verla, él, el enano jorobado. Solo ahora, de pie, lo miró con más atención. — Oh, no me había dado

cuenta de nada de esto — mintió Ran — , y por supuesto que podemos volver a vernos. Vengo aquí todos los mediodías a leer en paz. — Así eran las cosas, y él se dirigió al maestro.

El rostro de Ran lo obsesionaba. ¿Se estaba enamorando, tal vez de una chica de una clase social inalcanzable? Era tan bonita, probablemente de 16 o 17 años, de figura esbelta y pechos pequeños y firmes. Sus grandes ojos dorados eran profundos como el océano, su rostro terso y hermoso, aunque nadie la consideraría excepcionalmente bella debido a su nariz grande y aguileña. Pero olía tan bien; aún podía olerla, su perfume, durante horas. Su cabello era pulcro y negro azabache. Soñó con ella mientras se quedaba dormido.

A la mañana siguiente, leyó esta obra del poeta Ferdowsi, esperando impacientemente a que el maestro se acostara. Caminó por la orilla del río; Ran ya estaba allí. Ella le sonrió. «Ayer pensé que todavía eras un niño, pero hoy recordé que eres cuatro años mayor que yo». Diecisiete, pensó. Sonrió cuando ella comentó su aspecto. «Eso es algo que tenemos en común, una nariz grande y bonita», dijo, riendo alegremente. Él se unió a la risa. «¡Sería aún mejor si tuviéramos más en común! ¡Un enano con pechos magníficos y llenos! ¡Eso sería una sensación!». Rieron una y otra vez; él comentó sobre su hermoso cuerpo de una manera casi indecente, y ella rió a su vez, diciendo que no la habrían vendido a un viejo persa asquerosamente rico si hubiera tenido su joroba. Se puso serio. Le había entristecido que la hubieran prometido a un hombre al que no valoraba ni amaba. ¡Eso era injusto! — ¡Un ser humano, una chica, no es un trozo de carne que se vende al mejor postor en el mercado! — dijo con desánimo. La voz de Ran se tornó seria — . Es política, política familiar. Todas las chicas a mi alrededor sufren el mismo destino que yo; ni siquiera les preguntan si quieren a ese hombre. El padre las casa para obtener ganancias. Entonces es una lotería si consigues un hombre que sea digno de amor y al que puedas amar. Pero si tu padre es un califa... — Ran se tapó la boca con la mano horrorizada; no era una actuación. Muck guardó silencio durante unos largos segundos — . ¿Tu padre es un califa? — preguntó en voz baja, estremeciéndose. Ella lo miró extrañada — . ¿Cuántos califas conoces, listillo Muck? — Volvió a guardar silencio durante un largo rato — . Solo uno, el nuestro. Harun al-Rashid. El califa de Bagdad.

Las lágrimas rodaban lentamente por las mejillas de Ran, pero no lloró. «En realidad no quería decirlo, porque toda conversación muere en ese momento, ¡y no quería asustarte, querido Muck!». Muck se había recuperado de la sorpresa inicial. La barrera de clases era impenetrable, lo sabía. Pero estaba enamorado de Ran, no cabía duda. Decidió en un instante ignorar la barrera de clases. De alguna manera. Nunca podría casarse con ella legítimamente. Nadie de las clases altas lo reconocería, ni como novio, ni como amante, ni siquiera como concubina. Solo una amistad platónica parecía factible.

"Nuestra conversación no morirá si la mantenemos viva, querida Ran. Nadie, ni siquiera el Califa, puede prohibirnos una amistad mientras nos comportemos correctamente. Me alegra que seas princesa, porque así puedes llevar una buena vida. ¡Y yo quiero esta amistad, Ran, la inalcanzable hija del Califa!" Ran se secó las lágrimas de las mejillas. El gesto denotaba casi ira. "¿Y quieres esta amistad aunque algún día me case con un rico persa?"

Ella lo miró fijamente, y él le devolvió la mirada con la misma intensidad. — Lo sellaría con un beso — comenzó, pero Ran lo interrumpió — , lo cual, maldita sea, te abstendrás de hacer, ¡porque no sé dónde se esconden mis guardianes y espías! Ella sonrió, y él también. — Qué torpe soy — murmuró para sí mismo — , ¡claro que tengo que preguntarte primero si siquiera puedo besarte! Ran sonrió con su sonrisa felina. — Si no fuera por los guardianes y espías... — dejó la frase inconclusa. Muck, el enano, hizo una reverencia con una sonrisa — . ¡Considera que te he besado, hija del califa! — y ambos rieron. Ran retomó la novela de Firdausi, y pasaron una buena hora analizándola y debatiéndola, luego tuvo que irse.

Por la noche, después de follar, se incorporó y acarició los pechos llenos de Umeya. "Me he enamorado, mamá", dijo, y ella lo miró, completamente despierta. "¡Genial, hijo mío, qué buena noticia! ¿Ya te la has tirado?". Él negó con la cabeza. "No, mamá. Es muy complicado, ¡es la hija del califa!". Umeya se incorporó de golpe, como si la hubiera picado una tarántula. "¡Estás bromeando, Muck!". Cuando se enfadaba, solo decía "Muck", no "querido Muck" ni nada parecido. Sollozó brevemente. "Es la verdad, no estoy bromeando. ¡Y estoy completamente destrozado!".

Umeya no era solo la mujer con la que se acostaba; era una madre para él. Lo abrazó y lo dejó llorar en su hombro. No dijo nada, simplemente lo dejó llorar. Él se había recompuesto y ella había reflexionado. «¡Oh, qué desgracia! Las barreras de clase...» lo interrumpió, «...son insuperables. Lo sé, y ella también lo sabe». Ella le acarició la espalda. «No tengo experiencia en asuntos del corazón, querido hijo. Nunca olvides que es la hija del Califa; podría costarte la vida. ¿Te ha dicho siquiera que te ama?». Él negó con la cabeza. «¡Aún no hemos llegado a ese punto, mamá!», dijo en voz baja. «Pero lo sé, ella lo sabe».

— Así que pregúntale enseguida, si no, solo estarás persiguiendo una quimera. Y si ella te corresponde, se acostará contigo, a pesar de todas las diferencias de clase que os separan. — Asintió — . Tienes toda la razón, mamá, es la única manera. Y ya no me importa si solo soy un romance pasajero. El Fadl y su Fátima fueron solo un romance pasajero toda su vida. — Umeya no sabía quiénes eran, pero entendió lo que quería decir — . A menudo no se tarda mucho, solo mira a tu padre. Me tomó y me masticó, luego tiró el cascarón vacío. Hace mucho que no estoy enfadada con él, pequeña Muck, ¡porque me dio al mejor y más cariñoso hijo del mundo!

Hablaron durante mucho tiempo; él le contó todo con sinceridad, pues no era un mentiroso empedernido. Luego se durmieron; Muck durmió sin soñar.

A Al-Mahdi no le importó que Muck alargara su descanso para almorzar. Ya había visto suficiente de la vida amorosa y sabía cuánto tiempo se necesitaba para ello. Era comprensivo y no interrogó más a Muck. Si aún no quería decir el nombre de la chica, no había problema. “Si puedo aportar algo, o si quieres preguntarme algo, adelante, estoy aquí, ¡soy tu amigo!”. A Muck se le llenaron los ojos de lágrimas; al anciano le caía bien, y no solo porque tuviera una madre joven y atractiva. Y así fue como pudo pasar todos los descansos para almorzar con Ran.

Dejaron de hablar de clases; era inútil. Ran sentía mucha curiosidad por su sexualidad y también era muy abierta sobre sus propios secretos. Seguía siendo virgen, como su padre esperaba. Había

aprendido a masturbarse en su temprana juventud y lo hacía todas las noches antes de dormirse. A menudo espiaba en secreto a dos sirvientes teniendo relaciones sexuales, así que estaba bastante familiarizada con ese tipo de cosas. Una de sus compañeras de juegos había sido lesbiana desde la infancia y quería hacer el amor con ella, pero Ran no se identificaba como lesbiana, así que solo ocasionalmente implicaba estimulación clitoriana mutua, nada más.

Tenía poco que contar. Como enano jorobado, nunca participaba en los juegos sexuales de sus compañeros. Lo único que podía hacer era observar desde lejos. Veía a los chicos masturbarse, veía a las chicas masturbarse, veía a las parejas teniendo sexo desde la distancia. Dormía en casa de Umeya y llevaba unos tres años teniendo relaciones sexuales con ella. Todos los días al mediodía, tenía sexo con una chica de su edad en el río poco profundo; ya había tenido sexo con todas ellas varias veces porque les gustaba su pene grande y resistente. Pero solo era sexo; no tenía ninguna relación romántica con ninguna de ellas.

Muck vaciló, preguntándose si debía contárselo, luego se armó de valor. “Umeya es mi madre, y se acuesta con mi amo una vez por semana para pagar mi aprendizaje”. Ahí estaba, al descubierto, y respiró hondo. Ran lo miró con los ojos muy abiertos. “¿Te acuestas con tu madre, querido Muck?”, dijo, palideciendo. “¡Eso está prohibido, como sabes!”. Se encogió de hombros. “Puede que esté prohibido, pero así son las cosas. Mírame, ¿qué chica se acostaría con un lisiado como yo?”, dijo con terquedad. Ran sonrió de repente. “¡Veo algo con mis ojitos!”, exclamó alegremente. Él siguió su mirada, desconcertado. Entonces ambos rieron al mismo tiempo. Su pene se había puesto erecto, y la cabeza asomó descaradamente por debajo de sus pantalones cortos.

Ran rió y brevemente le pasó un brazo por el hombro, pero inmediatamente lo soltó: ¡los vigilantes! Ella lo miró a los ojos con una sonrisa traviesa. “¡Enséñame el tuyo, y luego te enseño el mío!” Él la miró interrogante. “Bueno, ya he visto parte, ahora enséñamelo entero”, explicó ella. Él no dudó y sacó su pene erecto de sus pantalones. Ella lo miró fijamente y lo agarró brevemente, retrayendo el prepucio todo lo que pudo. Después de unos minutos, lo soltó y él volvió a

guardar su pene en el garaje. Ahora la miró. Ella se había puesto roja como la sangre, pero se subió el vestido, por encima de las rodillas, de modo que su coño quedó expuesto. “Parece muy infantil”, susurró él, “¡completamente sin vello!” Ella susurró que ninguna mujer de su linaje tenía vello púbico. Él la miró expectante. Ran separó sus labios y le mostró su pequeño clítoris, que estaba bien escondido y también erecto. Él lo tocó y retrajo el prepucio. El rostro de Ran se había puesto rojo brillante, pero ella le permitió que lo explorara. Cuando él asintió satisfecho, ella se ajustó la falda. «Espero que nuestros vigilantes estén dormitando», dijo con una sonrisa, «¡si no, esta noche me van a regañar de lo lindo!». Se rieron.

Se veían todos los días. Después de dos semanas, él le dijo que estaba enamorado de ella. Ella leyó dos líneas más de la historia de amor de Firdausi y luego susurró: «¡Yo también te amo, mi Muck, mi tesoro inalcanzable!». Sus dedos se encontraron en las páginas del libro, como tantas veces antes. Esta vez, sin embargo, entrelazaron sus dedos y se abrazaron con fuerza. Ningún vigilante, ningún espía podía verlos. Hablaron durante la siguiente media hora sobre cuánto deseaban ambos acostarse juntos. Querían pensarlo; sin duda sería indecoroso. Y ciertamente lo era.

Se veían todos los días. A Ran le encantaba sostener su pene en su mano; ya no pensaba en los guardias. “Solía ver y tocar los penes de los pajes del palacio. Solo los observaba masturbarse y eyacular; incluso lo hice yo misma un par de veces. Cuando sus penes volvían a estar blandos, eran pequeños y lindos”, dijo Ran. “Pero tu pene es completamente diferente. Para empezar, es mucho más grande que cualquiera que haya visto. También es bastante firme incluso cuando no está erecto. Y cuando deslizo tu prepucio hacia adelante y hacia atrás, se pone muy duro; eso me impresiona”, concluyó Ran. Muck dijo que había dos tipos de penes. “Los penes de carne como el mío se mantienen duros durante media hora o más, incluso después de la eyaculación. Eso es una ventaja al follar; puedo seguir follando hasta que vuelva a estar blando”. Ran le preguntó si hablaría de follar, y él lo hizo sin dudarlo. Ran suspiró: “Te quiero mucho, cariño, y me encantaría acostarme contigo porque siento que te pertenezco”. Hablaron así durante muchos días, y ambos sentían un fuerte deseo sexual el uno por el otro.

Se conocían desde hacía casi tres meses cuando él la llevó a la pequeña arboleda al otro lado del camino que bordeaba el río, a un lugar apartado. «Aquí no nos molestarán», dijo, y se tumbaron en el suelo del bosque. Ran era muy tímida y reservada mientras se desvestían. Se abrazaron inocentemente y se dieron largos y apasionados besos. Ran dijo que había aprendido a besar de su pareja lesbiana. A partir de entonces, iban a ese lugar todos los días, juntaban sus cuerpos desnudos y se besaban. Muck no se dejó llevar; esperar era lo más sensato. Siempre hablaban de sexo, de perder la virginidad y de las consecuencias, ya que estaba prometida a otro hombre.

Después de unos días, Ran dio el primer paso. “Debo desobedecer la orden de mi padre”, dijo. “Quiere conservar mi virginidad para que se la dé a un viejo borracho que ni siquiera conozco. Te amo a ti, no a él. Quiero darte mi virginidad porque mi corazón me lo ordena”. Se secó las lágrimas de la mejilla con desafío. “Realmente no me importa lo que diga mi prometido. ¡Vamos, querido Muck, follemos!”. Él pensó un buen rato y luego asintió. “¡Aunque me cueste la cabeza!”. Ran lo miró fijamente a los ojos. “¡Aunque me cueste la cabeza!”.

Se acostó a su lado y acarició su clítoris hasta que ella se excitó y lo besó apasionadamente. Se colocó entre sus muslos, ella agarró su pene y lo guió hacia su vagina. Estaba increíblemente excitada, pero lo miró fijamente a los ojos y asintió. Él entró con mucho cuidado; ella tenía una vagina muy pequeña y estrecha, y él quería ser delicado. Su himen se estiró y se desgarró. Pudo ver que sus párpados parpadeaban levemente, pero no parecía sentir mucho dolor. Él penetró lentamente hasta que encontró resistencia. Ella cerró los ojos y sonrió mientras él comenzaba a embestir lentamente.

La folló durante mucho tiempo, más de media hora. Ella estaba acostumbrada a los orgasmos por la masturbación nocturna, y resultó ser muy receptiva. Tuvo tres orgasmos durante el acto, sonriendo con lujuria y satisfacción mientras él simplemente continuaba. Él eyaculó en un estado de intensa excitación, disparando su carga dentro de ella, y luego se desplomó sin aliento junto a Ran en el suelo del bosque. Ambos estaban exhaustos y jadeando por aire. “Tenemos que tener cuidado, le preguntaré a mi amo sobre la anticoncepción”. Ran asintió; un embarazo no deseado sería desastroso. Ya podían oír

a lo lejos a uno o dos guardias abriéndose paso ruidosamente y sin miramientos por el bosque. Esquivaron a las mujeres chillonas — de hecho, eran dos — y se sentaron de nuevo en la hierba junto al río, discutiendo el libro Firdausi. En realidad, hablaban de sexo, pero no de Firdausi.

Las dos chaperonas, mujeres mayores, gordas y robustas, salieron del bosque jadeando y con dificultad para respirar. Hablaron brevemente y luego se plantaron frente a la princesa. "¿Dónde has estado?", gruñó una de ellas. Ran la miró, sonriendo, con una calma imperturbable. "Fui al bosque. El niño conoce bien el lugar y me enseñó muchas cosas interesantes. Todavía puedo hacerlo, ¿no?". La chaperona se sobresaltó. "¡Claro que sí, princesa! Estábamos preocupadas". Miró brevemente a Muck, a quien confundió con un niño. Ran aprovechó la oportunidad de inmediato. "Dejaré que el niño me guíe por el bosque todos los días, les guste o no. No me hará daño, ¿verdad?". Las chaperonas asintieron; no, el niño no le haría daño.

Así fue. Iban al bosque a follar todos los días; el viejo maestro le había enseñado a calcular los días peligrosos. En esos días, solo follaban brevemente, hasta que Ran tenía su primer orgasmo, entonces le tomaba el pene con la boca, lo masturbaba hábilmente y dejaba que eyaculara en su boca. Sonriendo, se tragaba su semen. Fue un momento hermoso y maravilloso para los dos.

Ran le dijo en el último momento que había movido todos los hilos para que Muck entrara oficialmente al palacio. Había logrado infiltrarlo haciéndose pasar por astrónomo; solo tenía que demostrar sus conocimientos de astronomía, que en aquel entonces se consideraba casi exclusivamente astrología en el sentido moderno. La Academia Astronómica enviaría un mensajero al señor Al-Mahdi. Muck se quedó sin palabras, pero supo de inmediato lo que ella tramaba. Sonrió y dijo: «¡Buena chica, no te decepcionaré!».

En efecto, el mensajero se presentó ante el maestro y le indicó el día y la hora en que la Academia Astronómica esperaba a Muck. Tenían tres semanas. El maestro mandó a un sastre que le hiciera a Muck un hermoso vestido. Entonces, el maestro Al-Mahdi sacó todos sus libros de astronomía y astrología, y Muck estudió día y noche, re-

uniéndose con Ran únicamente al mediodía para tener relaciones sexuales.

Muck entró al palacio con el corazón latiendo con fuerza. Todo dependía ahora de él, de su futuro y del de Ran. Los astrónomos lo hicieron esperar durante horas, y su ansiedad fue disminuyendo gradualmente. Confiaba en su respuesta, pues había estudiado el tema a fondo, sin importar lo que le preguntaran. Luego llegó el examen. Seis ancianos se sentaron en círculo, y él tuvo que ocupar el asiento del medio. Estaban preparados para su enanismo, pero querían saber su edad. “Veintidós, casi veintitrés”, respondió. Le siguieron preguntas sobre su padre, su madre y su maestro. Respondió rápidamente a las dos primeras preguntas, pero cuando mencionó a su maestro, los hombres intercambiaron miradas significativas. Sí, había sido su alumno durante doce años, y los hombres asintieron. Los oyó susurrar entre ellos. ¿No era ese el antiguo Gran Visir del Emperador Persa? ¿El que vino al exilio tras su asesinato, cuyo hijo fue califa de Bagdad durante seis años, el que introdujo tantas innovaciones tecnológicas y el que cayó luchando contra los sahadistas? Los caballeros le dirigieron entonces sus preguntas, principalmente sobre su conocimiento de la luna. Estaba en terreno firme; podría haber dado una conferencia sobre la luna durante horas. Tras tres horas, lo dejaron marchar y se retiraron a deliberar. Un mensajero se presentaría ante su amo en un plazo de diez días para informarle de todos los detalles.

Muck regresó a casa sumido en sus pensamientos. En general, se sentía seguro, pero había cometido algunos errores. ¿Se habrían dado cuenta los caballeros? Les contó a Umeya, al maestro y a Ran sobre la prueba. El maestro escuchó atentamente sus errores. “Son cosas sin importancia, hijo mío”, dijo. “Respondiste a las demás preguntas de forma brillante; eso es lo único que importa. Te aceptarán”. El maestro asintió. “Te aceptarán, y tendremos que terminar tu entrenamiento una vez que trabajes en el palacio”. Muck se entristeció mucho, pero escuchó atentamente al anciano. Conocía a mucha gente en el palacio; incluso conocía personalmente al Califa. Sabía quiénes eran los buenos y quiénes los malos. Muck escuchó con atención y lo recordó todo; era información vital que recibía de primera mano.

Muck se asombró al saber que el califa tenía más de treinta hijos. Al-Mahdi había instruido a sus dos hijos mayores durante varios años; eran jóvenes espléndidos e inteligentes, pero quizás demasiado ansiosos por entrar en el servicio militar, y no había nada que hacer al respecto. El califa era un hombre astuto y sabio, un hombre de equipo por naturaleza. Confiaba en los lazos de sangre, colocando a tíos, primos y sobrinos en puestos de poder, y por supuesto, también a sus hijos. Pero, como buen hombre de su época, sus esposas e hijas pertenecían al harén, no a la política. El maestro tenía en alta estima al califa; era un político astuto y un líder militar victorioso, aunque Al-Mahdi no era precisamente un caudillo militar. Al final, siempre deponían las armas y se iban a negociar, como siempre ocurría. Las guerras eran fundamentalmente inútiles, decía el anciano; lo que realmente importaba eran las negociaciones y la diplomacia. Por desgracia, el maestro no conocía a nadie en la Academia Astronómica, pues consideraba la astrología una completa tontería y el palacio ejercía una clara influencia sobre la astronomía. Siempre le daría buenos consejos a Muck, dijo el anciano, y lo abrazó.

El mensajero llegó con buenas noticias: Muck había sido aceptado y trabajaría como astrónomo para la academia. Se despidió de Umeya, Al-Mahdi y Ran y comenzó su servicio. Recibió el atuendo formal de astrónomo, una habitación muy agradable con sirvientes y un salario que le pareció astronómico, según le contó a su maestro. Con su formación completada, la obligación de Umeya de tener relaciones sexuales con el maestro también quedó anulada. Umeya sonrió tímidamente y le dijo a Daud Al-Mahdi que deseaba continuar la relación, voluntariamente y sin cobrar nada. Muck se alegró mucho, pues Daud era un apoyo constante y una guía para su madre, quien, aunque continuaba con su lucrativo negocio de prostitución, tenía un respaldo confiable en Daud.

Al-Mahdi se acercaba a los 80 y disfrutaba del cuerpo juvenil de Umeya, que solo tenía 36 años y conservaba su belleza, atractivo sexual y pasión por el sexo. A Daud le encantaba que ella bailara desnuda en su habitación mientras la música llegaba de la calle, y luego que lo acompañara a caballo al ritmo de la música; ¡al fin y al cabo, era un hombre mayor! Muck le había hablado a menudo a su madre sobre el señor Daud, y ella le había contado lo feliz que era de tener

relaciones sexuales con él una vez por semana. Era el hombre más sensible y el mejor con el que jamás había estado. ¿Y los clientes ocasionales? Umeya hizo un gesto de desdén. «¡Ninguno que valga la pena mencionar!», exclamó. «Me traen una moneda de oro, ¡pero nada de placer sexual!».

Ran lo había planeado todo y lo había orquestado. Quería tener a su amante cerca, quería que estuviera oficialmente en el palacio, quería darle una carrera respetable y un buen sueldo. Así que no era raro ver a una princesa paseando por el jardín con un funcionario y hablando con él. Cualquier tipo de impureza era imposible en el jardín; incluso el más mínimo beso que no llegara a la punta de sus dedos sería notado y visto. Muck, por supuesto, no podía entrar en los aposentos de las mujeres; solo el Califa y los eunucos tenían acceso. Pero a Ran no le resultaba difícil visitar a Muck en su habitación. Después de tener relaciones sexuales, ella dijo con tristeza que aún se masturbaba antes de dormirse, como si fuera adicta. Muck la besó en la boca. «Es el disfrute de tu cuerpo, no una adicción, ¡y desde luego no hay nada malo en ello! Pienso en ti todas las noches antes de dormirme, y de ahora en adelante, ¡especialmente en tu dulce clítoris!». Se rieron y se abrazaron. Ella venía todos los días para tener relaciones sexuales, salían a pasear por el jardín a diario para hablar de todo. Su trabajo en la academia le dejaba mucho tiempo libre.

Tras unos meses, conocía a todos en la academia y se llevaba bien con todos, excepto con Hassan el Badi, quien llevaba décadas intentando, sin éxito, convertirse en el director. Al fin y al cabo, era nieto de un califa, así que sin duda el puesto le pertenecía. Nadie lo creía salvo él, sobre todo por su carácter oscuro y siniestro. Sus opiniones expertas y horóscopos eran todos sombríos, desoladores y ominosos. Le encantaba recitarlos en voz alta, pero, en su opinión, todo acabaría en caos, asesinatos y destrucción; lo más leve que predecía era una enfermedad mortal para un recién nacido. Casi nadie tomaba en serio a el Badi. Muck continuó escribiendo sus horóscopos sin inmutarse, ateniéndose a hechos calculables, y era evidente en cada uno de ellos que amaba a la gente, les atribuía buenas cualidades y nunca predecía un destino trágico. Al igual que su maestro Daud, consideraba la astrología una tontería, pero se esforzaba por realizar los cálculos correctamente y por ser alegre, seguro y positivo en sus co-

mentarios. Ningún bebé influyó en el momento de su nacimiento, y el hecho de que se convirtiera en santo o en asesino no tenía absolutamente nada que ver con su nacimiento ni con los astros. Se mantuvo fiel a esa idea.

Habían pasado unos seis meses cuando Ran le hizo una seña para que entrara rápidamente al jardín. Inmediatamente soltó su pluma y corrió hacia allí. Las mejillas de Ran estaban rojas como la fiebre. Muck las miró con ansiedad. “Acabo de hablar con mi padre, el Califa. Dijo que tenía una triste noticia que dar”, dijo Ran alegremente. Muck esperó en silencio. “Mi padre estaba muy triste; mi prometido en Persia había muerto. Quizás mi padre notó que mi corazón dio un vuelco de alegría, pero volví a ponerme serio para no demostrarlo. Me miró con desaprobación, así que rápidamente le pregunté de qué había muerto mi amado prometido: ¿en batalla, tal vez? Eso fue demasiado incluso para mi severo padre. Apenas logró contener la risa. “¿Él, en batalla? ¡No, en el vientre de una prostituta de Samarcanda, como anunció mi embajador en su carta! Oficialmente, fue solo un fallo cardíaco; nunca se mencionó el burdel”. Muck no pudo contener la sonrisa. — No es una buena manera de enviudar — dijo, sonriendo. Ran continuó — . Mi padre estaba muy preocupado; no tenía prometido y había que encontrar uno nuevo, lo cual era muy difícil por mi nariz vergonzosamente grande. Muck preguntó asombrado: — ¿Qué nariz?

Ran seguía alegre. “Le dije a mi padre que no perdiera el tiempo; tenía tiempo de sobra para encontrar un prometido. Había muchos hombres buenos y guapos en el palacio; seguro que encontraría uno. Mi padre seguía escéptico. Todos los nobles del palacio estaban casados, así que solo quedaban funcionarios. ¡Debería olvidarme de un sirviente o mozo de cuadra de inmediato! Bajé la mirada, ¡tal como me ordenas, oh califa! ¡Dentro de exactamente un año, te presentaré a mi prometido, querido padre! Murmuró para sí mismo que todo aquello era indecoroso y contrario a la costumbre; el padre de una princesa buscaba un novio del que también esperaba un beneficio por razones de estado. Lo provoqué, sugiriéndole que intentara darle al príncipe a elegir entre su reino y mi bonita nariz aguileña. Gruñó sobre lo impropio que era todo y que no tenía tiempo para eso ahora. Mi padre se recompuso y dijo: ‘Muy bien, ¡dentro de un año a partir

de hoy!'" "¡Y nada de sirvientes subordinados ni mozos de cuadra!" Le di un beso en la mejilla y salí corriendo. ¡Quería decírtelo enseguida!

Muck había tenido tiempo para pensar. La diferencia de clases era superable, pensó, y respiró hondo. Miró a Ran, radiante. "¿Así que puedes buscar trabajo en la administración pública, es cierto?" Ella le sonrió, radiante. "¡Exacto, mi amor! Mi padre quiere casarme; ya tengo más de 19 años, ¿y la gente se preguntaría por qué no lo ha hecho? Bueno, entonces, buscaré trabajo en la administración pública a ver si encuentro un hombrecito muy agradable!" Le tomó la mano y le besó las yemas de los dedos, pues no tenía permitido besarla, y ambos rieron con los ojos brillantes. "¡No puedo besarte aquí, mi amor!", dijo.

Pasaron varios meses y, tras una larga reunión, uno de los sirvientes del califa agarró a Muck por la manga. «¡El califa desea verte, astrónomo, inmediatamente!». Lo condujo escaleras arriba y se detuvo ante una puerta. Llamó y dejó entrar a Muck. Este se arrojó al suelo y saludó al gobernante como es debido. Nunca antes había visto al califa Harún tan de cerca. Ahora parecía mucho más joven; Muck sabía que tenía 51 años. Le dijo que se sentara y negó con la cabeza. Hablaba persa porque había nacido en Persia. «¡Solo puedo ver la parte superior de tu cabeza!», se quejó. Muck se arrodilló en el asiento, quedando a la misma altura. «¿Me has llamado, oh califa?», preguntó Muck en persa fluido. El califa aplaudió y llamó al sirviente: «¡Dos copas de vino!». Luego miró a Muck con más atención. «Antes de hacerte mis preguntas, dime tu nombre y edad, joven». Era sorprendentemente amable, no el caníbal como lo llamaban. «Me llamo Muckinandras, oh califa, pero todos me llaman Muck; mis amigos me llaman Pequeño Muck. Tengo veinticinco años y trabajo para usted como astrónomo». Hizo una profunda reverencia una vez más.

— ¡Bienvenido, pequeño Muck, mi querido amigo! Me sorprendió un poco porque apenas eres más grande que un niño. Ahora, basta de formalidades, quiero hablarte de la conferencia del astrónomo El Badi sobre mi próxima campaña contra los Sahidines. ¿No parecías estar de acuerdo con lo que dijo? — El pequeño Muck se quedó sin palabras. «Oh, califa, mi amistad con el señor el Badi es de sobra conoci-

da, seguramente la habrás oído, y no oculto mi aversión hacia él. Si dependiera de el Badi, reinaría la noche eterna, la gente se pelearía por cada bocado de pan, se matarían entre sí por cada mujer, sería un caos absoluto. ¡Ese no es mi mundo, oh califa! Yo veo el sol cada día y la luna cada noche, la gente nace, trabaja, se casa y tiene hijos, y luego los enterramos. El sol brilla, oh califa, eso es un hecho, las flores florecen con belleza, lo cual también es un hecho, y los pájaros trinan alegremente. ¡Ese es mi mundo!» Muck volvió a inclinarse.

— No te inclines así, pequeño Muck. Te hablo como a un amigo, no como a un califa rígido e inflexible. El estimado El Badi predijo una guerra terrible contra los Sahidines, es cierto. Pero también sugirió que yo podría ganar la batalla. ¿Qué es lo que no te gusta de eso? — Muck dejó de inclinarse — . ¡No soy pesimista, oh califa! Me imagino que con un discurso apasionado inspirarás a tus tropas y derrotarás a los Sahidines. Así es como yo le hablaría a mi gobernante, con optimismo y confianza. Si el gobernante fuera mi amigo, le preguntaría cuál es el sentido de la guerra. Hasta ahora, todas las guerras que no aniquilaron al enemigo por completo terminaron en diplomacia y negociaciones. Era completamente irrelevante quién mató a más gente. Lo sé; he leído diligentemente sobre todas las guerras de los últimos siglos. — Muck guardó silencio y bajó la mirada hacia la mesa.

Harun, el califa, sonrió. — ¿Quién, dijiste, fue tu maestro? — preguntó. Muck respondió: — El honorable Daud Al-Mahdi, antiguo Gran Visir del Imperio Persa. Harun asintió. — Conocí al buen Daud, una mente verdaderamente capaz. Merecía gobernar Persia, y el imperio estaría mejor que ahora. Enseñó a mis dos hijos mayores después de su exilio, y aprendieron mucho de él. Excepto en esgrima; el buen Daud siempre se valió de la diplomacia. Entiendo por qué piensas así. El califa Harun tamborileó con los dedos impacientemente sobre la mesa. — Desafortunadamente, me convertí en gobernante en una encrucijada. Por un lado, la guerra; por otro, la diplomacia, que en verdad tiene la última palabra. Si Daud me lo hubiera dicho antes, no me habría convertido en califa, sino en cantero o orfebre. Pero soy el califa; debo decidir ahora, aquí y hoy. ¿Qué piensas, pequeño Muck?

Muck se sintió brevemente halagado. «Si yo fuera el comandante en esta situación, reuniría a mis tropas y, al mismo tiempo, enviaría a los mejores diplomáticos a los Saedinos con sugerencias ingeniosas y ofertas tentadoras, para que tal vez se pudiera evitar la batalla». El califa Harún sonrió ampliamente. «Ya envié a mis diplomáticos hace dos días, amigo mío. Ahora estoy dejando que lleguen las tropas. ¡Pero gracias por tu franqueza!». El califa se puso de pie y caminó de un lado a otro detrás de su silla. «¡Hay una cosa más que quiero preguntarte, mi querido Muck!».

El califa permaneció inmóvil al hablar; por lo demás, caminaba inquieto. "¿Conoces a mis hijos, pequeño Muck?" Muck se quedó helado; sabía adónde iba a parar aquello. "No conozco a tus hijos, aunque los veo de vez en cuando. Solo conozco a una de tus hijas, oh califa, la magnífica princesa Ranawarasara. Salimos a pasear por el jardín al mediodía algunos días; nos llevamos bien y podemos hablar de cualquier cosa." El califa asintió; ya lo sabía, por supuesto. "¿Cómo la conociste?", preguntó el califa. Muck tragó saliva. "La vi leyendo una obra del poeta persa Ferdowsi a la orilla del río, oh califa, y nos pusimos a hablar de ella. Creo que le gustó cuando le mostré cómo Ferdowsi criticaba sutilmente a su gobernante entre líneas. Era un hombre astuto; ocultó la crítica dentro de una historia de amor. Fue lo suficientemente sabio como para no dejar que su adversario lo decapitara."

El califa rió entre dientes. «Si alguna vez escribes una novela romántica, pequeño Muck, la leeré con mucha atención, prestando especial atención a tus críticas». Muck respondió de inmediato: «Lo que tendría que criticar, oh califa, ya tuve el placer de decírtelo hace un minuto. No soy alguien que entienda ni ame la guerra. No lo oculto». Miró fijamente a los ojos del califa durante un buen rato, hasta que este apartó la mirada, irritado. «¿Así que Ran probablemente te contó que su prometido murió hace unos meses?», preguntó el padre de Ran. «Lo mencionó casualmente, sí, oh califa», respondió Muck sin dudarlo. «¿Y cómo murió, dice ella?», preguntó el padre con severidad. «Estadísticamente hablando, los hombres jóvenes son los que tienen más probabilidades de morir en batalla, oh califa», respondió Muck, y el califa notó su incomodidad. «Cuando doy mi palabra a una persona honorable, cumplo mi promesa, incluso si otra

persona honorable me amenaza con un castigo», continuó. Muck sabía que había respondido a la pregunta del califa sin romper su promesa. El califa asintió pensativo.

«Ran no tenía por qué fingir dolor por esta persona; ninguno de los dos somos tan mezquinos. Pero soy su padre, y me duele mucho tener que buscarle un marido. ¡Con esa nariz tan horrible y aguileña que tiene la pobre muchacha, me resulta muy difícil encontrarle un marido!». Muck permaneció en silencio hasta que el Califa le preguntó a qué se refería.

— Yo mismo tengo una nariz bastante prominente, oh califa, ¡y solo puedo compensarlo con mi magnífica estatura cuando finalmente vaya a buscar esposa! — dijo Muck, riendo. El califa sonrió, pero luego volvió a ponerse serio — . Comprendo su situación, oh califa. Yo mismo me he acostumbrado a su nariz; no fue difícil, porque tras ella se esconde un carácter espléndido, que sin duda le agrada y le llena de orgullo como padre. Y por otro lado, usted es el gobernante, y un gobernante debe aumentar su reino mediante políticas matrimoniales calculadas. Eso es lo que la corte espera de usted, y quizás incluso sus súbditos. No debo ni quiero ofender a ningún príncipe extranjero, ¡pero encontrar un marido honesto y bueno para su hija entre ellos no será nada fácil! — Muck ladeó la cabeza — . ¿Un discurso tan largo para su gobernante?

El califa se detuvo. «Es un alivio que comprendas mi problema con tanta claridad. La corte me expulsaría de Bagdad en desgracia si supiera lo sensible que soy en este asunto, pero no hablaré de eso ahora. El palacio tiene ojos y oídos, como bien sabes». Hizo una breve pausa y reflexionó. «Eres uno de sus amigos; quizás algún día hable de ello. Eso es lo que quería decir. Si te consideras su amigo, espero que solo le des buenos y honorables consejos. Eres el mayor de los dos, presumiblemente con más experiencia en asuntos amorosos que mi hija, y ella te escuchará. Te exijo, de hecho, te ordeno, que la apoyes en estos asuntos con todas tus fuerzas. Quiero que tome una buena decisión, no una insensata. No sería la primera princesa en enamorarse de un mozo de cuadra o un cantero».

Muck bajó la mirada al suelo para que Harun no viera el brillo en su alma. “Tal como ordenas, oh Califa, soy tu fiel servidor y el más fiel amigo de tu magnífica hija!” Casi dijo encantadora en lugar de magnífica. El Califa se detuvo. “A menudo me siento mientras mi Ran está de pie en la bañera y las criadas la lavan. ¡Es de una estatura magnífica, mi niña, una belleza perfectamente femenina! Como sus hermanas, es lampiña, lo que hace que su coño parezca infantil y deseable. En ese momento, me estaba follando a su hermana mayor, Tamina, pero cada vez que veía el lavado y a las desvergonzadas criadas lavando el coño y el clítoris de Ran durante tanto tiempo que las piernas de la pobre niña temblaban, me excitaba tanto que me hubiera encantado follármela allí mismo. Solo el pensamiento de Tamina me detuvo.” El Califa levantó los brazos al cielo. “¡Oh, ojalá un hechizo o una poción mágica embelleciera la nariz de Ran!” Muck no pudo resistirse. — ¡No creo en la magia, oh califa! Solo existe para engañar a la gente primitiva. — Se dio cuenta de que el califa podría ofenderse e inmediatamente añadió — : Estoy seguro de que usted, mi califa, no cree en semejantes tonterías. — El califa lo miró fijamente. Él, un hombre de su época, creía en la magia y los genios como todos en Bagdad en aquel entonces — . ¡Cuidado, señor astrónomo! Sus horóscopos también podrían considerarse una tontería. — Replicó Muck de inmediato — . ¡Lo son, mi gobernante, lo son! El horóscopo nunca se elabora para el niño, sino para los afortunados padres o parientes. Mis horóscopos siempre están escritos de tal manera que los padres se sientan animados a criar a su hijo con mucho amor y atención a esa joya que les presento. — Bajó la cabeza; era su opinión, pero podría interpretarse negativamente. El califa reflexionó durante un largo rato. «Reflexionaré sobre tus palabras, querido Muck. El tiempo se me acaba; debo organizar la guerra contra los Sahidines. Pero estoy decidido a tener una larga conversación contigo sobre estas tonterías después de la guerra. ¡Adiós, amigo mío!». Muck hizo varias reverencias antes de retirarse.

Ran y Muck hablaron de esta conversación con su padre durante un buen rato. Era un buen padre, pero como gobernante, tenía que seguir las reglas. Ran lo abrazó cariñosamente cuando estaban en su habitación, recuperando el aliento. “Solo unos meses más, y luego el año habrá terminado, y te presentaré a mi padre como mi esposo”. Él asintió con gravedad. “¡Solo unos meses más, y luego mi pobre cabe-

za rodará del cadalso!" Ran reaccionó con vehemencia. "¡No se atreverá! Tal vez te rechace, tal vez vuelva a hablar de las princesas que se enamoraron de sus mozos de cuadra, ¡pero no debe matarte!" Estaba realmente indignada. "Si te rechaza, ¡seguiremos siendo amantes en secreto!" Muck no discutió; era inútil. Si el Califa lo rechazaba, tendría que abandonar el reino, lo ordenara el Califa o no. Entonces tendría que ir a Persia, un imperio moribundo que, generaciones atrás, había sido uno de los más brillantes del mundo.

La guerra contra los sahidines terminó tras cuatro semanas. Hubo solo unas pocas escaramuzas insignificantes, apenas muertes y un gran número de heridos. Pero los diplomáticos trabajaron incansablemente y negociaron con ahínco. El califa Harún ni siquiera tuvo que entrar en batalla, aunque, por supuesto, habría liderado a sus tropas como siempre. Los sahidines obtuvieron todo y más, a cambio de lo cual prometieron la paz y un pequeño tributo. El califa entró a caballo en la capital sahidín entre vítores de alegría; los sahidines se sentían vencedores. Solo lo acompañaba su guardia personal y veinte de las doncellas más bellas como obsequio, que estaban casadas con sahidines. Los sahidines ofrecieron un magnífico banquete al califa y colocaron a las muchachas más hermosas en la cama de su huésped de honor derrotado, de modo que al día siguiente, en su viaje de regreso a casa, se quedó dormido en la silla de montar.

Radiante de alegría, Ran entró en las aposentos del califa. "¡El año termina hoy, querido padre, justo hoy!" Harun levantó la vista de su escritorio. "¿Qué año, hijo mío?" preguntó con pesar, habiendo perdido, por supuesto, la noción del tiempo. "¡Se suponía que te presentaría a mi prometido dentro de un año!" Ran le recordó, y el rostro de Harun se suavizó. "Sí, lo sé, lo recuerdo. ¿Y qué?" Ran salió corriendo de la habitación y regresó con Muck. "Mi prometido, querido padre, el señor Muckinandras, ¡y tú, por supuesto, lo conoces!"

El califa no pudo ocultar su sorpresa, pero frunció los labios y acercó dos sillas al escritorio. "¡Siéntense, niños, siéntense!" A pesar de su sorpresa, supo al instante que ella había hecho una buena elección. "Ven aquí, querida hija, dame un beso en la mejilla, ¡porque quiero ser un buen padre para ti! Y tú, amigo mío, puedes inclinarte una vez, pero solo una vez; odio esta humillación como la peste. De-

spués de eso, mírame a los ojos y dime qué quieres de mí!" Ran le dio el beso, Muck se inclinó una vez y se arrodilló sobre una rodilla. "¡Te ruego que tomes a tu hija por esposa, oh mi califa!" Harún les dijo a los dos que se sentaran.

El califa sonrió y comenzó a pensar en voz alta. ¿Es guapo? Sí, es justo lo que ella busca, y por la edad, hacen buena pareja. Sus narices son idénticas, así que ya no tengo que preocuparme por eso. ¿Es príncipe, noble, líder militar? No, no y otra vez no. Un funcionario real intachable, eso tendrá que bastar. No sería la primera princesa en casarse con un funcionario. Bueno, al menos no es mozo de cuadra. ¿Es rico? ¿Trae una fortuna? ¿Podrá mantener a mi hija? No, no es ni rico ni adinerado, y no heredará mucho de su madre, que está disponible por una miseria. Pero como funcionario, tiene un buen sueldo y no dejará que mi hija pase hambre. No es un guerrero, lo cual lamentaría si no conociera su opinión sobre la guerra. ¿Se opondrá la corte? Por supuesto, pero siempre lo hacen cuando no pueden vender a una princesa por dinero. ¡Qué tacaños! Pero ya me encargaré de eso. ¿Y qué? — preguntó retóricamente, acariciándose la barba pensativamente.

"Ah, sí, solo quedan dos preguntas. ¿Se aman con todo su corazón y el muchacho es bueno en la cama? ¡Deberías responder a eso, mi querida hija!" Miró a Ran expectante. Ella respondió: "Padre, Muck y yo nos amamos con todo nuestro corazón, ¡y sí! ¡Puede follar como un joven dios, querido padre!" "Ah", dijo Harun con una sonrisa, "¿estás segura de eso?" preguntó provocativamente, y Ran cayó en la pequeña trampa, observando a Muck con una sonrisa burlona. "¡Folla como un dios, padre, mejor que todos los demás!" Se sonrojó furiosamente, pues Muck era el único hombre con el que se había acostado. El califa permaneció en silencio; no sabía que su hija se había acostado con tantos hombres como para juzgar tales cosas. En cualquier caso, hablaría seriamente con los chaperones. El califa sonrió. "Y ahora tú, mi querido amigo, ¿la amas?" Muck lo miró directamente a los ojos. «¡Amo a tu hija con todo mi corazón y juro amarla, cuidarla y protegerla como ninguna otra mujer ha sido amada jamás! Y en cuanto a follar, oh Califa, tu hija tiene un don especial para ello, ¡y practicaremos sin descanso para que se convierta en campeona mundial! He estado con mujeres antes que ella, pero tu hija es muy espe-

cial y genial en la cama, si me permites decirlo». Los tres rieron porque lo dijo de una manera tan divertida y fanfarrona.

El califa se puso de pie y estrechó a su hija contra su pecho. «¡Os doy mi bendición, hijos! Si es necesario, discutiré con la corte, pero dejadme eso a mí. Hoy mismo ordenaré a mi mariscal que prepare el banquete de bodas y envíe las invitaciones. Querido Muck, me gustaría que tu madre y tu señor estuvieran presentes; ¿podrías encargarte tú mismo?». Muck hizo una reverencia, pero luego simplemente asintió; ¡por supuesto que sí! Caminaron de la mano, como si flotaran en las nubes.

Harun permaneció sentado, absorto en sus pensamientos, masticando su nuez de betel mientras contemplaba los jardines. Sin duda, se gustaban, y su hija había hecho una buena elección. Alguien que simplemente ignoraba su desafortunada nariz aguileña porque él mismo tenía una nariz larga y no le importaba. Hacían el amor, no para tener un heredero. Aunque había pospuesto repetidamente la conversación más larga con Muck, hacía tiempo que sabía que el muchacho era un buen tipo. Podrían discrepar en algunas cosas, pero era un hombre brillante, culto e inteligente. Harun no le había preguntado al respecto, pero tenía la clara sensación de que Muck no quería una esclava ni un mueble por esposa, sino una persona completa, íntegra, con sus defectos e imperfecciones.

No hay mucho que contar sobre el banquete. Ran y Muck fueron declarados solemnemente marido y mujer, y todos, absolutamente todos, felicitaron a la pareja, de aspecto tan diferente; miles de buenos deseos los acompañaron en su matrimonio. El califa mantuvo una larga y amena conversación con Daud Al-Mahdi, a quien no veía desde hacía años. Le complació mucho poder hablar en su lengua materna con un hombre inteligente y brillante, sumamente bien informado sobre la actualidad política. Daud no era alguien que quisiera destronarlo; no estaba tan seguro de algunos cortesanos. Pero al final del banquete, después de que todos hubieran comido dulces y un rico y dulce vino tinto, hizo que la madre de Muck se sentara a su lado en el sofá. Fue Daud quien le había encargado su sofisticado y seductor vestido; ¡el califa lo conocía bien!

¡La mujer era deslumbrante! El califa atribuyó su coqueteo con la bella joven al fuerte vino tinto, traspasando los límites de la decencia. Envió un mensajero al burdel para decir que había cambiado de opinión; la concubina no debía ir después de todo. Todos se marcharon, y Harún le pidió a Umeya que lo siguiera al dormitorio. Ella no solo se sentía honrada de estar con un verdadero califa; no, él quería, y era, tremendamente bueno en la cama. Hicieron el amor con pocas pausas hasta el amanecer. Sonriendo, le dio una moneda de oro y le preguntó si lo visitaría una vez por semana a cambio de cinco monedas de oro. Ella sonrió y bromeó un poco, preguntándose si realmente podría usar las cinco monedas de oro. ¿O debería pedir más? Pero rió a carcajadas y dijo: "Querido señor Harún, espero poder estar con usted tan a menudo como desee. ¡No solo es un honor, sino también un placer y una buena manera de ganar dinero!". Él la dejó ir con una sonrisa.

El califa visitaba a Daud Al-Mahdi ocasionalmente, pues ahora valoraba mucho la opinión del viejo político. Umayya lo visitó durante varios años y, en cada visita, ganaba con gran placer cinco monedas de oro. Con ello, podía permitirse una casa más grande, algunos lujos y un esclavo, todo ello fruto de su esfuerzo honesto.

Se convirtió en una costumbre para el califa tomar unas copas de vino con Muck en la terraza del palacio ciertas noches de la semana. Muck era un conversador amable e inteligente, y se convirtió en un consejero extraoficial del califa. Este escuchaba atentamente y disfrutaba debatiendo, pero muchas de las ideas de Muck influyeron en su gobierno. Así, el califa se convirtió en el más popular de Bagdad, y sus súbditos hablaron de Harun al-Rashid con la mayor admiración durante siglos.

Cuando las estrellas brillaban en lo alto del cielo y habían vaciado copa tras copa, al califa le encantaba hablar de sus aventuras amorosas. Casi a diario relataba la historia de la novia de la noche anterior; solo muy rara vez se refería a sus dos esposas, con las que hacía tiempo que había tenido suficiente. Tanto los nobles como los plebeyos acostaban a sus hijas con él, pues era de dominio público cuánto disfrutaba el califa desflorando vírgenes. Y él, a su vez, disfrutaba relatando todo esto con gran detalle a su yerno con gran entusiasmo. El

yerno también hablaba de escapadas amorosas pasadas, pero el califa tenía mucho más que contar.

En ese momento, el califa sintió la tentación de acostarse con una de sus hijas, pues su hija favorita, Tamina, con quien había tenido relaciones sexuales durante años, se había casado con Abisinia. El califa era seguidor de Mitra y no un creyente ortodoxo; no sentía culpa alguna al desflorar a sus propias hijas y acostarse con ellas a su antojo. Muck asintió con la cabeza; no le importaban los lazos de sangre. Lo que importaba era tratar a las chicas con ternura y cariño, sin corromperlas ni asustarlas. El califa se alegró de su consentimiento. Y así sucedió que, con el paso de los años, se acostó con todas sus hijas, una tras otra.

A menudo debatían sobre horóscopos y tonterías. Una noche, Muck le pidió a Ran que le diera el día, la hora y el lugar exactos del nacimiento del califa y elaboró un horóscopo, que le leyó en voz alta y le presentó. Había aprendido los datos actuales de Ran a lo largo de los años, así que no tuvo problema en plasmar la juventud y el desarrollo del califa en palabras elogiosas. Que crecería en la corte del rey Barmakid y sería convertido en hombre por la reina a los 12 años, que se acostaría con todas sus hermanas como si fueran sus hermanos. Que se convertiría en califa a los 18 años tras asesinar a su padre. Que tendría tres esposas en su harén y 37 hijos con ellas y otras amantes, y que sería un buen padre. Que sería un general invicto en 5 batallas y un gobernante muy popular. Que moriría en brazos de un pariente cercano a los 71 años. Muck había mentido aquí; Harún moriría diez años antes, en brazos de su sobrina menor, Fátima, pero tuvo que mentir sobre el horóscopo. Quería ver a Harún gobernando activamente hasta el final, no temblando y esperando su muerte. Uno de sus hijos sería su sucesor y el último de los califas abasíes.

Harun devoró el horóscopo. Todo parecía ser como realmente era. Pero sobre todo le preocupaba su muerte. Setenta y un años no le importaba; aún le quedaban muchos años. Que muriera en Persia tampoco le importaba; al fin y al cabo, había nacido allí. Pero lo que más le inquietaba era el familiar cercano en cuyos brazos moriría. Preferiría caer en batalla, dijo Harun; ese sería el honorable logro culminante de su vida. Pero por más que se devanara los sesos, no encon-

traba a ningún familiar joven con quien acostarse. Era cierto que se había acostado con sus hermanas con regularidad en su juventud, pero ahora todas eran viejas, desde luego no jóvenes. Seguía siendo un misterio sin resolver, y Muck guardaba silencio, que sería su sobrina Fátima, de veintidós años.

Muck sonrió a su amigo y suegro. «Todo esto son tonterías, querido señor Harun. Ran me habló de tu juventud a lo largo de los años; esa es la única manera en que supe que te acostabas con tu madre adoptiva y tus hermanas, algo que no es inusual en la clase alta. Lo demás era de dominio público, no cosas místicas escritas en las estrellas. El hecho de que lo exprese todo con frases agradables y fluidas no oculta que todo es una tontería. Pude calcular la hora de tu muerte con matemáticas puras; eso no es clarividencia, sino aritmética. Difícil, pero no imposible para un buen matemático. Sostengo, querido califa, que todo es una tontería agradable. No basaría mis acciones en un horóscopo».

Ran y Muck se amaron toda la vida; ningún coqueteo, por tentador que fuera, iba demasiado lejos. Se fueron fieles el uno al otro sin haber jurado jamás un voto formal de fidelidad. Durante sus embarazos y otras dolencias, Ran llamaba a una criada para que su amado Muck tuviera una chica con quien follar. Estaba inmensamente orgullosa de su Muck y de su magnífico pene mientras él lo introducía en la vagina de la chica que suspiraba. A las chicas les encantaba que su amo las follara, pues tenía un pene espléndido y follaba como nadie. Ran lo amaba; lo amaba muchísimo.

Ran y Muck permanecieron juntos toda su vida. A petición del califa, se quedaron en el palacio y criaron a sus cuatro hijas como pequeñas princesas, a quienes el anciano califa Harun al-Rashid casó ventajosamente con príncipes y comandantes militares de gran prestigio. Ambos vivieron hasta una edad avanzada, y cuando Ran falleció, Muck la siguió apenas un mes después. No podían vivir el uno sin el otro. Punto.

Por supuesto, existe otro cuento de hadas sobre Little Muck y sus zapatillas mágicas, pero yo prefiero mi versión.